der Weg

EL SENDERO

REVISTA MENSUAL CULTURAL

IV, Nº 1



der Weg

EL SENDERO

Registro Nacional Prop. Intelec. N. 317.320
Queda hecho el depósito que señala la ley

INHALT DIESES HEFTES

der Weg

Monatshefte zur Kulturpflege und zum Aufbau

4. JAHRGANG . "AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTIN" · 1. HEFT, 1950

DÜRER-VERLAG, BUENOS AIRES

¡SAN MARTIN!

¡No morirá tu nombre!
Ni dejará de resonar un día,

. . . .

Mientras haya en los Andes una roca
Y un cóndor en su cúspide bravía.

OLEGARIO V. ANDRADE

Nuestro Cuarto a Espadas

Queremos estar completamente a tono con ésta nuestra época fatídica y echar en el alba del nuevo año nuestro cuarto a espadas, hablando bien claro sobre cosas que durante el año vencido vinieron a caer sobre nosotros como una herida de congojosa pesadumbre.

Han sido múltiples los estúpidos ataques que se llevaron a cabo contra esta revista en 1949. Pero si no viviéramos en un mundo tan poco pensativo y por desgracia acostumbrado a consumir y devorar "slogans" tontos y baratos, con el mismo afán que ponen los niños en comerse golosinas, ni siquiera hubiéramos reaccionado, ni sentiríamos tampoco la obligación de limpiar un poco la atmósfera antes de emprender la marcha a través de los enigmas y las sorpresas que trae siempre consigo un año nuevo. Mucho menos temor abrigamos por que las calumnias lanzadas contra estas páginas hayan podido borrar alguno de nuestros renglones claros y concisos, pues, lodo nunca borró sangre, ni pudo jamás resistir el agua cristalina de la verdad inconmovible. Lo que sentimos y lo que nos duele como germano-argentinos es que una incidia nacida en el campo de la competencia comercial tienda a convertirse en instrumento de nefastas corrientes políticas. Ello nos obliga a señalar ese peligro con toda claridad.

Quienes originariamente nos tildaron de "revista nazi" lo hicieron con el propósito de arruinarnos comercialmente, porque la prosperidad y el éxito de nuestras páginas demostraba y demuestra claramente que la preferencia del público de habla germana en la Argentina y Sudamérica se volcaba en nuestro favor, alejándose de aquellos que siguen finteando con las sombras del pasado, sin acertar las notas de la melodía del futuro, y también de los otros que siguen cocinando sopas tibias y sin sabor, sin enterarse del magno peligro en que se encuentra el pueblo y la nación de nuestros padres.

Firmes en nuestra creencia que en la Argentina mandan los argentinos y que la libertad que gozamos los germano-argentinos en la tierra que nos vió nacer y a la cual dedicamos diariamente nuestras mejores energías, no es menor que la que, por ejemplo, brindan los Estados Unidos a sus ciudadanos de origen alemán que se vienen expresando y manifestando sobre la política de las grandes potencias en Alemania y Europa con una franqueza que nos deja a veces atónitos y en un lenguaje polémico que por respeto a las relaciones exteriores de la Nación no osamos copiar; en cambio nos decidimos desde el primer instante a ayudar a la patria de nuestros antepasados diciendo cosas, que ella, por la mordaza de la ocupación, no puede decir. Además, nos dedicamos a desentrañar los enigmas de la década nacional-socialista, no porque nos gustara el tema, sino para descifrar la lección histórica que encierra, tanto en sus aspectos positivos como negativos. La honestidad espiritual con la que acometimos estas tareas y la energía con la que combatimos las injusticias que a diario se vienen cometiendo contra el pueblo de Goethe, de Kant, de Beethoven, Robert Koch y Federico el Grande, fueron las piedras angulares de nuestro éxito, que en sus aspectos económicos y morales tanto doliera a determinados atrasados. No supieron defenderse mejor que esgrimiendo el adjetivo nefasto de esta post-guerra: ¡nazi!

Hasta aquí ofrece el asunto un vulgar desarrollo y pudiéramos pasarlo por alto —como hay que hacerlo con todas las vulgaridades— empero, en este punto entronca la artimaña de los envidiosos con la maniobra de los políticos inescrupulosos. El adjetivo mordaz, destinado a hundirnos a nosotros, se convierte en manos de ciertos círculos de la oposición en piedra propagandística contra el gobierno argentino a quien acusan con indignación artificial de "tolerar" una revista nazi. Así se hermanan dos corrientes contrarias a toda ética con

el fin de ahogar la verdad. Huelga decir que ni el gobierno de la Nación Argentina ni nosotros profesamos pensamientos de un ideario completamente ajeno al medio nacional.

No obstante, lo repetimos una vez más, para que lo apunten los que deben apuntarlo y para que sea más visible la majadería de los que a costa del elemento germano-argentino desean hacer política antiargentina y de los que bajo manifiesto engaño de la opinión pública argentina intentan "liquidar suciamente un competidor", que este contubernio no da aún por perdida la doble maniobra. Conviene por lo tanto, percatarse de lo que se proponen. Sin rodeos ponemos por eso el dedo en la llaga para evitar que en lo sucesivo nos arrastren al lodazal del politiqueo, pues, no queremos navegar por las aguas turbias que mantienen a flote determinados pasquines marxistas y semi-comunistas.

De otro rincón político dispararon recientemente un segundo proyectil contra nosotros, alegando que nuestra revista es un foro de rusofilia galopante. No necesitamos ser clarividentes para constatar que también esta segunda vez apretaba el *mismo dedo* el gatillo del fusil de la calumnia con el fin de colocarle tanto al gobierno como a nosotros un sanbenito rojo, ya que el pardo no había dado los resultados apetecidos. ¡Sigue, pues, la sucia maniobra! Se trata deliberadamente de colocar las autoridades argentinas ante un dilema entre los intereses internacionales de la Nación y las garantías constitucionales que han de asegurarnos a quienes nacimos de padres extranjeros bajo la gloriosa bandera azul y blanca en esta bendita tierra. En el marco de esta disyuntiva se convertiría nuestra revista en una piedra de toque político, en algo que se podría sacrificar baratamente para evitar mayores males.

Sin embargo, no temblamos por nuestra vida, pues, estamos seguros que nuestros compatriotas responsables conocen mejor que nosotros "*a los que ceban mates con cicuta*" y han escogido a los vástagos de un pueblo vencido para experimentar sin resistencia su veneno. Estamos, además, en condiciones de asegurar que venimos aprendiendo demasiado para chupar despreocupadamente en la mortífera bombilla que nos ofrecen. No en balde nacimos en esta santa tierra. Nuestros padres no nos enseñaron solamente los cuentos y leyendas de su tierra, sino también los consejos de Martín Fierro. Es decir, que sabemos defendernos y percatarnos payando la verdad sin remilgos. He aquí la razón que nos indujo a echar ante el año nuevo nuestro cuarto a espadas. Esperamos que lo dicho sea suficiente para suplantar la polémica por la meditación.

A los ridículos adjetivos de revista "nazi y filosoviética" oponemos nuestra intachable actitud de publicación honestamente democrática. Ella es el pabellón bajo el cual entramos al umbral del año 1950. *M. B.*

Lo que no puedo concebir es el que haya americanos que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar a su Patria . . . Una tal felonía, ni el sepulcro la puede hacer desaparecer.

SAN MARTIN

ZU GUTER FAHRT!

VON EBERHARD FRITSCH

Vom Atem der Zeit

„Der Weg" tritt heute in seinen vierten Jahrgang, und diese Tatsache, sowie der Beginn des neuen Jahres sind uns Anlaß zu einer Standortbestimmung, wie sie der Fahrensmann bei bewegter See häufiger vornehmen muß als bei ruhiger. Und daß wir heute in bewegter See fahren und wilde Stürme um Masten und Segel toben, daß wir, um es konkret auszudrücken, in einer der revolutionärsten Epochen der Menschheitsgeschichte leben, wird jedem bewußt sein, der sich nicht von Ereignissen blenden und von der Propaganda verwirren läßt, sondern mit wachem Verstand die treibenden Kräfte des Geschehens zu erkennen versucht. Es sind nicht immer Sterne, die uns leuchten, aber immer sei es der kraftvolle Atem der Weltgeschichte, der unser Handeln und unsere Entscheidungen bestimme. Daß dieser voll Glut und Fährnissen ist, wird nur den schrecken, dem der Sinn des Lebens verborgen und dem die Freude an gewaltigen Entwicklungen erschlafft ist. Enthaltsamkeit des Strebens und Genügsamkeit des Willens sind immer die Tugenden derer gewesen, denen die Manneskräfte fehlten. Wer einst nicht das Odium der feigen Verantwortungslosigkeit auf sich laden will, in dieser großen Epoche, in die das Schicksal ihn gestellt hat, sich vor Entschlüssen und Taten gedrückt zu haben, wird sich heute entscheiden und handeln müssen. An diese Menschen hat sich unser „Weg" seit je gewandt, und daß er so großen Zuspruch fand und so steilen Aufstieg erlebte, zeugt nur für die, die sich den jungen Geist und den kraftvollen Willen bewahrt haben und zeugt gegen die, die resigniert vom „Untergang des Abendlandes" faseln, weil sie in pseudokluger Art den mißverstandenen Titel eines geistvollen Werkes zur trägen Phrase ihrer geistlosen Weltuntergangsstimmung und Ruhekissenphilosophie degradiert haben.

Unser erster Gruß

Unsere Freunde aus Gesinnung wissen, daß unser „Weg" kein Rezept für „gute Zeiten" ist, sondern daß er als Reaktion auf die totale Geistesverwirrung auf allen Lebensgebieten unserer Zeit geboren wurde. „Der Weg" tut das, was die Politiker zu tun versäumt haben: Er versucht das Gemeinsame aufzudecken, das der Ausgangspunkt aller Fäden war, die heute so hoffnungslos verwirrt sind, er versucht den Grundton zu finden, in den alle einzustimmen vermögen, ungeachtet der schauerlichen Dissonanzen, die von verantwortungslosen Dirigenten noch mehr gesteigert werden. Dieses Gemeinsame mag vielleicht nicht das Endgültige sein, aber es wird eine Ausgangsbasis darstellen, von der aus das Gültige gefunden werden wird.

Die Politiker der Gegenwart aber pressen die unter dem Druck eines unbarmherzigen Geschickes bereits übel bedrängte Menschheit noch schonungsloser in die Fesseln ihrer Diktatur, sie gaukeln einer bereits gänzlich in Verwirrung geratenen Masse immer wieder falsche Takte vor, sie hauen zerstörungswütig in das verwirrte Knäuel hinein und zerren, was zu zerren ist, an allen Enden, mit allen Kräften, in alle Richtungen. Nietzsche sagte von ihnen: „Dank den Politikern des kurzen Blicks und der raschen Hand, die heute oben auf sind und nicht ahnen, wie sehr die auseinanderlösende Politik, welche sie treiben, notwendig nur Zwischenaktspolitik sein kann, werden jetzt die unzweideutigsten Zeichen übersehen oder willkürlich und lügenhaft umgedeutet, in denen sich ausspricht, daß Europa eins werden will". Sie gieren nur nach einem: daß sich den Völkern ja nicht das Gemeinsame, Schicksalsgleiche offenbare, denn je verzweifelter die Verwirrung und je erbärmlicher das Dasein dieser, desto gewisser der Sieg und desto strotzender die Aktienpakete jener ... und die Aktienpakete bestimmen heute, die monetarischen im goldenen Westen, die doktrinären im roten Osten. Der Schacher der Gegenwart geht um Europa, um das gleiche Europa, das von den goldenen Aktienpaketen den roten in den Rachen gespielt wurde und das diesen nun wieder aus den Klauen entrissen werden soll. Die, um deren Schicksal es in diesem qualvollen Gefeilsche geht, wurden gezwungen zu schweigen, im wörtlichen Sinne: wie das Grab zu schweigen. Weil beispielsweise ein Brasillach Gleiches bereits vor Jahren gesagt hat, dafür mordeten ihn die Henker der Vierten Republik der Resistance — und ist es heute besser?

Uns geht es nicht um eine Entscheidung zwischen der einen Lebensform im Glanze der

goldenen Lockungen und einer anderen im Schatten der roten Drohungen: **Wir** ringen um die eigene Konzeption einer in neuen geistigen, ethischen, politischen und wirtschaftlichen Erkenntnissen begründeten **abendländischen** Lebensform, die sowohl eine würdige und folgerichtige Weiterentwicklung der größten Epochen der Menschheitsgeschichte sichert, in der sich das abendländische Denken eigengesetzlich entfalten kann, als auch kraftvoller und fruchtbarer Ausgangspunkt für eine Weiterentwicklung ist, deren Erbe unsere Kinder und Kindeskinder freudig und stolz übernehmen können. Dieses ernste Suchen und verantwortungsvolle Ringen verbindet uns mit unseren „Freunden aus Gesinnung". Ihnen gilt unser erster und herzlichster Gruß zum Neuen Jahr. Mögen wir in ihm unserem Ziel ein gutes Stück näher kommen!

Unser zweiter Gruß

Unsere **Freunde aus Schwärmerei** stießen in zahlreichen Scharen zu uns, beeindruckt von unserem Willen, als Einzelne gegen die festgefügte Front der Lüge und die Alleinherrschaft der Propaganda anzugehen. Sie stimmten vorbehaltlos unserer Forderung nach geistiger Freiheit und Klarheit als der Voraussetzung zu einer Entwirrung der zahllosen Probleme der Gegenwart zu, sie waren jedoch enttäuscht, als sie von uns nicht Dogmen, Parteiaufrufe und Programme vorgesetzt erhielten, als wir ihnen nicht ein fertiges Rezept servierten. Manche warten heute noch darauf, jedoch unsere Beiträge über die Großtaten deutschen und europäischen Geistes sind nicht veröffentlicht worden, um Begeisterung und Schwärmerei zu entfachen oder einem Dogma dienstbar gemacht zu werden, sondern um nüchterne realpolitische Erkenntnisse daraus zu folgern.

Räusche sind heute gefährlicher denn je und manch einer ist aus ihnen mit lähmender Enttäuschung erwacht.

Eines sei uns allen auch für das neue Jahr gewiß: es wird uns nichts, nicht das Geringste **geschenkt** werden, und was wir uns nicht erringen, bleibt ungedacht, und was wir uns nicht ertrotzen, bleibt ungetan. Es gibt **darum** kein präpariertes Allheilmittel für unsere verwirrte Zeit, weil sie selbst so eigengeartet und eigengesetzlich ist, weil sie nicht allein das Ergebnis einer äußeren Verranntheit schlechter Politiker ist, sondern weil sie Aeußerung eines geistigen Umbruches ist, wie er in solchem Ausmaße und in solcher Konsequenz kaum eine geschichtliche Parallele haben mag.

Wir Menschen sind hierin sowohl Getriebene als auch Treibende, Gestaltete als auch Gestaltende, Statisten als auch Akteure, Wild und Jäger zugleich. Es kommt darauf an, daß sich jeder zu seiner Zeit und in voller Erkenntnis der Tragweite seines persönlichen Handelns und mit dem Wissen um seine Verantwortung die drei Kant'schen Fragen*) vorlegt: Die Frage des Verstandes „Was will ich", die Frage des Gefühls „Worauf kommt es an" und die Frage der Vernunft „Was kommt heraus", daß er diese nüchtern beantwortet, daß er dann seine Ausgangsstellung und seine Kräfte überprüft und schließlich im Rahmen seiner Fähigkeiten und seiner Möglichkeiten seine Rolle antritt, daß er nicht in falscher Leidenschaft das als Inhalt anspreche, was nur Hülle ist und das als ursächliche Kraft ansehe, was nur erstarrte Farce ist.

So sehr uns die Treue und Begeisterung unserer „Freunde aus Schwärmerei" rühren, so besorgen sie uns doch, denn unser Streben erstreckt sich über Generationen, und es genügt daher zu seiner Meisterung nicht die Aufwallung von Gefühlen und der Rausch der Begeisterung. Beide sind neben der sehr realen und unsentimentalen Geschichte wie Strohfeuer. Es kommt vielmehr auf den **Sauerteig** an, der wirksam die Geister durchdringt, nicht auf das Strohfeuer, das in dem Augenblick bereits erlischt, wo seine Wärme erst beginnen sollte, alles Umliegende zu beleben.

Nichts ist so gefährlich wie die Täuschung!

Die Ereignisse einer furchtbaren Katastrophe liegen hinter uns. Es ist sinnlos, einzelne Akteure be- oder verurteilen zu wollen oder mit Wehmut der Möglichkeiten zu gedenken, die uns gegeben schienen: Jede Epoche hat ihr Gesetz, ihre Notwendigkeit, ihre Berechtigung! Soweit wir mit unserem zeitbehafteten Kriterium Lehren aus der Vergangenheit zu ziehen vermögen, sollen wir es tun. Wesentlicher ist jedoch, **unseren Standort** festzustellen, die sich uns bietenden **Möglichkeiten** zu untersuchen und im Hinblick auf unser Ziel daraus die Losung für unser **Handeln** abzuleiten. Uns nützt nicht **Schmollwinkel-Resignation**, uns nützen Vernunft und Zähigkeit.

Was soll aller Traum von Größe und Freiheit, alle heilige Sehnsucht des „Ver sacrum", wenn wir nicht konkret die „erweiterten Elemente der Vergangenheit" und die neugewonnenen Erkenntnisse der Gegenwart zu begreifen vermögen, um mit ihnen eine vernunftvolle Zukunft zu gestalten?

Keiner hat heute das Recht, seinen Träumen nachzuhängen, die bestenfalls seine kleine

*) „Weg" 7/49, Seite 480.

private Welt erhellen können, während die große Welt unseres Menschentums in Wehen liegt und die tiefsten Kräfte eines Kontinents in schicksalsvollem Drängen kreißen? Die ungestillte Sehnsucht sei die konstruktive Antriebskraft zu verantwortungsvollem Handeln, sie sei jedoch nie Selbstzweck!

So gilt unser zweiter Neujahrsgruß unseren „Freunden aus Schwärmerei", denen wir wünschen, daß ihnen die Ereignisse dieses Jahres, und sei es selbst in schmerzvoller Weise, über die wirklichen Voraussetzungen und Möglichkeiten einer Lebensordnung die Augen öffnen und ihnen zur Erkenntnis verhelfen mögen, daß die größten Sehnsüchte in Wirklichkeit aus vielen einzelnen Realitäten bestehen, die alle gemeistert werden müssen.

Mag ein Spruch Bonnhöfers diesen zweiten Gruß beschließen: „Nicht das Beliebige, sondern das Rechte tun und wagen, nicht im Möglichen schweben, sondern das Wirkliche tapfer ergreifen, nicht in der Flucht der Gedanken, allein in der Tat ist die Freiheit".

„Grober Unfug"

Unser drittes Gedenken gilt unseren Gegnern aus Mißgunst und Angst. Ihrer sind viele, allzuviele. Allzuviele deshalb, weil jede große Aufgabe ihrer großen Gegner wert ist und wir uns diese wünschen an Stelle der Schwärme von kleinen Geistern. Beiden, sowohl denen aus Mißgunst als auch denen aus Angst, ist es gemeinsam, daß sie versuchen, die Auseinandersetzung mit uns von den Ebenen des Geistes fort auf die Arena des kleinen Intellekts zu ziehen.

Sie haben in dem verflossenen Jahr Gelegenheit übergenug gefunden, sich auszutoben und ihren destruktiven Leidenschaften zu frönen. Ganze Regimenter von Federhaltern, ganze Armeen von Schreibmaschinen, ganze Stauseen von Tinte und Druckerschwärze, ganze Papierproduktionen wurden aufgeboten, um gegen den „Weg" zu Felde zu ziehen. Skorzeny und Hanna Reitsch tollten sich in unseren Redaktionsräumen, Colin Roß und Haushofer trieben ihren Geisterspuk, schauerliche Geheimorganisationen erwuchsen um den „Weg" und aus erbrochenen Stahlschränken ergossen sich die Geheimfonds zu seiner Finanzierung.

An der Spitze dieses Feldzuges tummelte sich zeternd das „Argentinische Tageblatt" in Buenos Aires, dessen Tatsachenverdrehung das einzige ist, was wir zu vermerken hätten, und die ihr bereits durch die Lächerlichkeit, die ihr dieser „Feldzug" in weiten Kreisen als einzigen Gewinn eingebracht hat, genügsam quittiert wurde. An diese Sorte von Publizisten mag Jeremias Gotthelf gedacht haben, als er schrieb: „Unglücklich ist es allerdings, daß es Leute gibt, welchen es rein unmöglich ist, eine Wahrheit zu glauben, sondern welchen alle Wahrheit als eine Lüge erscheint, so wie es Leute gibt, welche den Himmel gelb sehen statt blau, welche nur Lügen glauben können und je größer, desto lieber. Aber solche Leute gibt es leider zu Tausenden, die Sendlinge des Abgrunds. Einen heilloseren Zustand kann es wirklich nicht geben, als so verkehrten Geistes zu sein, daß die Lüge Wahrheit scheint, die Wahrheit Lüge. Und wer diese Erfahrung gemacht hat, dessen Pflicht ist es, den Uebergang bei anderen aus der Finsternis zum Licht zu beschleunigen". Sogar ein deutschnational aufgemachter Korvettenkapitän a. D. publiziert darin die Offenbarungen seines Geistes, die er selbst vorausschauend als „grober Unfug" bezeichnet. In Deutschland dürfte dieser Herr der wohl sehr „a. D." zu sein scheint, gewiß heute nicht von Männern wie Jodl, Schwerin-Krosigk, Dönitz, Rudel, Baumbach als von „einwandfrei ... überführten Naziverbrechern" schimpfen und er dürfte auch gewiß nicht Hans Grimm, Kolbenheyer, Carossa, Pfitzner, Sven Hedin, Benz, Curtius, Cysarz Agnes Miegel, Brehm, Wittek, Beumelburg und all' die anderen als „Niveau geistig minderbemittelter Schulungskurse" bezeichnen.

Doch genug, fort aus dieser Arena, in der sich diese allzuvielen beleidigten Geister einer längst überholten Zeit tummeln. Wir wünschen uns, daß sie uns auch im kommenden Jahre ihre „tödliche Feindschaft" erhalten mögen, denn wir wären untröstlich, wenn unser Tun auch nur einen Augenblick ihre Zustimmung finden würde. Wie heißt doch das tapfere Wort Martin Luthers? „Mein Ding steht gut, denn ich habe viele Widersacher".

Anschauung gegen Anschauung

Einer vierten und letzten Gruppe gilt noch unser Neujahrswunsch, der unserer Gegner aus geistiger und politischer Ueberzeugung. Von überallher erfahren wir ihre Reaktionen: Wir achten sie und nehmen sie durchaus ernst. Wohl stehen wir in getrennten Lagern, und mag es vielleicht heute noch keine Brücke über die geistige Kluft geben, die uns trennt, so anerkennen wir doch beide die Ebene, auf der mit geistigen Waffen gefochten werden kann. Diese Gegner sind uns unentbehrlich, denn sie tragen dazu bei, daß unser Mut nie erlahme, daß unser

Denken nicht erstarre, daß die Konsequenz unseres Handelns nicht verwässere.

Mögen sie auch eine andere Wahrheit suchen als wir, so ist doch uns beiden der Wille gemeinsam, das Gesetz der geistigen Revolution unseres Zeitalters zu erkennen und ihm zum Durchbruch zu verhelfen. Wem es aber gelingt, die Forderungen dieser Geistesrevolution in ihrer ganzen verpflichtenden Tragweite am unverfälschtesten zu erkennen, sie am stoßkräftigsten zu gestalten, durch konsequente und unermüdliche Kleinarbeit ihr den fruchtbarsten Acker zu bereiten und in selbstloser Weise an der Durchsetzung ihrer reinsten Ausdrucksform zu wirken, wer zu opfern bereit ist und wessen Wille nicht erlahmt, dem wird endlich der Sieg werden.

Charakter zu haben, darauf kommt es an! So achten wir in diesen Gegnern die Front der Unbedingten gegen die Lauen auf der anderen Seite. Wir glauben, daß sich die Wagschale des Schicksals auf unsere Seite gesenkt haben wird, wenn wir uns im kommenden neuen Jahr wieder grüßen sollten, denn die Zeit arbeitet für uns und gegen sie.

So wie jene nicht in ihrem Streben erlahmen werden, dürfen auch wir keinen Augenblick ruhen, denn zu viel steht auf dem Spiel und wir tragen die Verantwortung für kommende Geschlechter.

So grüßen wir auch unsere überzeugten Gegner gebührend zum Neuen Jahr und versprechen ihnen, daß wir in keinem Augenblick ablassen werden, unsere Gedankengänge klar und unverfälscht zu vertreten.

„Der Weg" in Oesterreich

Besondere Freude dürfte bei unseren Lesern hervorrufen, daß nach einem fast siebenmonatigen Prozeß in Oesterreich nicht nur unser dortiger Vertreter, der durch Monate hindurch widergesetzlich in Haft gehalten wurde, freigelassen worden ist, sondern daß auch der „Weg" der Anklage „nazistischer Tendenz" freigesprochen wurde, daß die beschlagnahmten Hefte vom Oesterreichischen Staat zurückerstattet wurden und daß „Der Weg" nunmehr wieder öffentlich in Oesterreich vertrieben werden darf.

Wir werden noch ausführlich auf den gesamten Prozeß zurückkommen, danken an dieser Stelle unserem hervorragenden Anwalt, unserem aufrechten Vertreter, unseren treuen Freunden sowie der unparteilichen Justiz und hoffen, daß auch die deutschen Amtsstellen und die US-Besatzungsbehörden in Deutschland von gleicher Einsicht geleitet sein mögen.

Negativ — positiv

Es hat mal jemand gemeint, „Der Weg" sei in manchen Dingen zu kritisch, zu negativ eingestellt. Nun, der Satz soll nicht nur ausgesprochen sein, er soll auch im folgenden überdacht werden. Es wird wohl jeder mit uns darin übereinstimmen, daß es notwendig war, daß endlich einer daran ging, das so abgefeimt gesponnene Lügennetz zu zerreißen, den Schutt abzutragen, der durch eine gerissen aufgezogene Propaganda über Geschehnisse und Personen geworfen worden war. Das Einreißen als Handlung beurteilt, ist immer negativ, was dabei aber gewonnen wird, ist positiv — und darauf kommt es an.

Der Machtkoalition, die diese Herrschaft der Propaganda errichtet hat, konnten wir nur mit massiver Stärke entgegentreten. Im Rahmen unseres Wirkens mußte schonungslos das eingerissen werden, was als Gerüst für alle diese Greuel und Entstellungsfeldzüge diente. Die Fronten mußten geklärt werden, damit der Einzelne zu erkennen vermochte, wo die Wahrheit sei und wo er in diesem Hexensabbat seinen Platz einzunehmen habe. Da es auf den Erfolg, nicht nur auf den guten Willen ankommt, so dürfen wir nur mit Kompromißlosigkeit, niemals mit falscher Konziliianz für die Wahrheit und gegen die Geschichtsfälschung auftreten.

Nachdem uns der Durchbruch zur internationalen Beachtung gelungen ist, nachdem der „Weg" im Rampenlicht der Oeffentlichkeit und im Kreuzfeuer von Meinungsstreit, Polemik und Presseangriffen steht, beantwortet sich die Frage von selbst: „Hat uns die Entwicklung recht gegeben?" Nicht weil wir Propaganda machten, sondern weil wir Propaganda entlarvten, darum mußten die Verbote gegen uns erlassen werden, darum mußte die Presse der Welt gegen den „Weg" mobilisiert werden. Bis heute galt und für alle Zukunft gilt uns das Goethe-Wort: „Es ist mit Meinungen, die man wagt, wie mit Steinen, die man im Brette voranbewegt; sie können geschlagen werden, aber sie haben ein Spiel eingeleitet, das gewonnen wird!"

Wenn einmal wieder das Können, die Leistung, der Geist und der Charakter den Ausschlag geben werden bei der Wertung von Menschen und bei der Berufung derer, denen als Sachwalter der europäischen Geschicke die Macht gegeben ist, wenn einmal wieder die Ereignisse mit weltgeschichtlichen Maßstäben gemessen werden, dann werden uns die, die durch unsere scharfe

Sprache Klarheit gewonnen haben und zu Erkenntnissen und Entscheidungen getrieben worden sind, dieses danken.

Asiens Sprung zum Rhein

Gewiß, wo gehobelt wird, fallen Späne. Aber, wer wollte schweigen angesichts der ekelerregenden Heuchelei, der falschen Schuldanklage, der kurzsichtigen Zerstörungen, die die Welt immer schonungsloser ins Chaos verstricken und Europa dem asiatischen Zugriff immer mehr ausliefern? Wer heute noch nicht brennende Scham empfindet über das Schindluder, das mit den Begriffen menschlicher Ethik getrieben wird, hat überhaupt noch nicht erfaßt, was gespielt wird.

Und all dieser Wahnsinn angesichts eines gemeinsamen Feindes, der bewiesen hat, daß er warten kann, daß er geruhig der Folgen harren kann, die seine in die Welt getriebenen ideologischen Stollen auslösen werden. Wehe, wenn diese Kräfte einmal zu blutiger Bartholomäusnacht an die Oberfläche durchstoßen! So manche Schachpartie wurde verspielt, als es einem gegnerischen Bauern gelang, bis in die eigene Linie vorzustoßen und dort, die Rechte der Königin an sich reißend, furchtbar zu hausen und die Front von innen aufzurollen!

Wo der Bolschewismus keimt, zerbröckelt jede Widerstandsfront, und wer heute noch glaubt, daß die „Kommunistische P a r t e i" die notwendige Voraussetzung zur Verseuchung der Menschen sei, wird seine Sperrung gegen die unzähligen Gegenbeweise blutig büßen müssen. Der Bolschewismus ist eine Angelegenheit der G e s i n n u n g , nicht der Partei oder Fahne. Und wo Unterdrückung, Unzufriedenheit, leiblicher und geistiger Hunger, Vermassung — also Chaos — herrschen, da ist der Boden für ihn reif.

Deutschland, das Bollwerk im Westen, hat man zerstört; Japan, das Bollwerk im Osten, hat man zerstört; die rote Revolution überrollte mit alliierter Zustimmung die Millionenmassen Chinas; England gibt Indien auf, sitzt morgen der Russe dort?; das restliche noch nicht verschacherte Europa bäumt sich in versiegender Leidenschaft vor dem endgültigen Zugriff Asiens auf; weltüber züngeln immer häufiger und immer blutigere rote Flammen auf, sie deuten auf erfolgreiche Wühlarbeit; 1878 sagte Dostojewski: „Alle Menschen müssen russisch werden, als erstes und vor allen Dingen russisch werden", und meinte dies geistig; die rote Revolution prägte den Satz: „Wer Deutschland hat, hat Europa" und meinte dies realpolitisch ...

Nicht zum ersten Mal ist Europa von Asien bedroht, aber wohl zum ersten Mal so total, da Asien seine geistige Formulierung und organisatorische Konzeption gefunden hat. Der Augenblick, in dem Sowjetrußland sich anschickt, sich an die Spitze der farbigen Revolution zu setzen zum Generalangriff gegen den weißen Menschen, findet diesen zersplitterter, uneiniger, unschlüssiger denn je vor. Und angesichts all dieser Tatsachen meinte kürzlich ein italienischer Minister, die europäischen Probleme seien zu lösen, indem man „die Zollschranken aufhebt"! Herr Minister, mehr noch als von M ä n n e r n ist die Geschichte von I d e e n gemacht worden! Das haben S i e so wenig begriffen wie es der übrige Westen begriffen hat — und das ist die tiefste Tragik unserer Zeit.

Atombombe gegen Ideologie

Heute ist von Europa nichts mehr übrig geblieben als die Spannung zwischen Asien und Amerika. Alle bisherigen Ordnungsbestrebungen im europäischen Vakuum mußten an dieser alles beherrschenden Spannung scheitern. Der zweite Weltkrieg galt nicht der Lösung dieser unheilvollen Spannung — und damit auch nicht dem europäischen Gedanken — sondern diente im wesentlichen der Schaffung einer internationalen Konspiration gegen den europäischen Ordnungsversuch Deutschlands.

Heute tut man so, als ginge man daran, diese unheilvolle Spannung zu lösen. Nach dem vielfachen Betrug an Europa wissen wir nicht, ob es den Machthabern ernst darum ist, wir wissen aber eines: w i r Übriggebliebenen stehen heute für das Abendland, w i r tragen seine Verantwortung, und sollten einmal die Würfel rollen, wird u n s e r Schicksal gespielt werden und niemand als w i r wird dann das Abendland verteidigen. Nicht bei außereuropäischen Mächten, sondern bei den E u r o p ä e r n liegt das Gesetz des Handelns und von europäischer Seite müssen heute die Grundsätze geprägt werden, die die Voraussetzung für einen Aufbau sind.

Machtpolitisch gibt es vielleicht nur zwei Möglichkeiten: Entweder erkennt die weiße Menschheit und in erster Linie das amerikanische Volk, daß in Europa die Zukunft der Welt auf dem Spiele steht, und macht die europäische Sache ideologisch, wirtschaftlich und machtpolitisch zu ihrer eigenen, d. h. sie übernähme die totale Vormundschaft über den alten Kontinent — oder man überläßt Aufbau und Verteidigung in vollster Freiheit und Eigenbestimmung g a n z den Europäern, d. h. man gäbe jede Bevormundungsversuche auf.

Wir sind keine Propheten und wissen daher nicht zu sagen, wie die nächste Zukunft aussehen wird. Fest steht jedoch, daß wenn die Sieger das erstere nicht tun wollen, das zweite tun müssen, denn Ideologien sind weit suggestiver als Atombomben. Und wenn schon für letztere der Ozean kein Hindernis ist, so für die ersteren schon gar nicht. Wer in der Welt maßt sich an, einen ideologischen Vormarsch aufzuhalten, der Asien, Indien, Europa und vielleicht auch Afrika erobert hat — und gar noch, ohne ihm eine eigene bessere Ideologie entgegenhalten zu können?

Unser Glaube

Wir aber glauben an Europa, an das Abendland.

Ihm gilt unser ganzes Denken. Wenn man uns heute fragt: Was aber setzt Ihr den Totengräbern des Kontinents und der Zersetzung des Abendlandes entgegen?, so antworten wir: Die Ideen der europäischen Ordnung. Durch Jahrhunderte hat diese unstillbare Sehnsucht und Triebkraft konstruktivster Gedanken versucht, auch staatspolitische Formen zu erringen — doch es mußte wohl erst der totale Zusammenbruch des Kontinents erfolgen, um den Boden für dieses Denken zu bereiten. Vielleicht ist dies die tiefste Sinndeutung unserer gegenwärtigen Not.

Diese europäische Ordnung hat nichts gemein mit etwaigen machtpolitischen Dominierungsversuchen eines ihrer Komponenten, sondern sie stellt ein Prinzip dar, das die Erkenntnis der unentrinnbaren und unterschiedlosen Gültigkeit des europäischen Schicksals für alle Völker dieses Erdteils zur Voraussetzung jeder ideellen Wertung und materiellen Problemlösung macht. Nur in der aufrichtigen Anerkennung dieses Prinzips wird die Klärung aller politischen, wirtschaftlichen, menschlichen, soziologischen und technischen Probleme gelingen.

Diese europäische Ordnung, für die jedes ihrer Glieder im höchsten Sinne mitverantwortlich ist, ist auch zugleich die geistige konstruktive Stoßkraft gegen die Auflösungstendenzen sowohl des Ostens als auch des Westens. Sie ist eine Aufgabe, durch deren Erfüllung allein ein Weiterleben des Abendlandes ermöglicht wird.

Wir setzen diesen Gedanken allen falschen Propheten und Phrasenschmieden von „europäischen Schicksalsgemeinschaften und Unionen" und ähnlicher Luftballons, die noch nie über die Privatinteressen eigenmächtiger Politiker oder Schwärmer hinausragten, einen konstruktiven Gedanken im Interesse und im Sinne aller europäischen Völker entgegen.

Heute geht ein Schnitt durch die Völker Europas, er verläuft horizontal und unterteilt Egoisten und Europäer. Den Egoisten ist der Gedanke einer europäischen Gemeinschaft nichts als erweiterter Chauvinismus oder politische Selbstbefriedigung oder ein Rauschtrank. Uns aber ist Europa eine Verpflichtung. Entweder werden wir den „Untergang des Abendlandes" überwinden — oder wir werden die Trümmer eines von innen und außen gestorbenen Kontinents selbst begraben.

Wir müssen — und nur wir können — die eigene europäische Lebensform gestalten, so wie sie sich aus den historischen, lebenspraktischen und geistigen Voraussetzungen und Notwendigkeiten der einzelnen Staaten begründet. Die ungeheuren Kräfte dieser Völker sollen der politischen Formgebung dessen dienen, was wir im Geistigen als das Abendland bezeichnen.

Und wir?

Es geht heute nicht allein um Deutschland, es geht auch nicht um flämisch-wallonische, slovakische oder Südtiroler Fragen, es geht einzig und allein um diese europäische Ordnung.

Deutschland ist mehr als irgendein anderes Land in das Geschehen der europäischen Völker verwoben und es kann daher niemals als ein Einzelnes, Gesondertes behandelt werden. Es war oft genug der Kampfplatz, auf dem die weltpolitischen Spannungen ausgetragen wurden, gleichviel, ob es sich um Machtfragen in Indien, um Herrschaftsansprüche in Südafrika, um Besitzverhältnisse in Amerika handelte. Darum auch ist die geistige Enge für den Deutschen mehr denn für irgendeinen anderen verhängnisvoll.

Jeder Europäer weiß heute, daß ohne die Lösung des deutschen Problems für Europa nichts, aber auch gar nichts zu erhoffen ist. So können diese Dinge nicht getrennt werden, und wenn wir auch im „Weg" naturgemäß die deutsche Frage stärker beleuchten, so klingt doch in allem als Grundton unser europäisches Verantwortungsbewußtsein mit. „Der Weg" bemüht sich, in wesentlichen Aufsätzen bedeutender europäischer Geister die Wurzeln der Probleme freizulegen, Krankheitskeime aufzuzeigen und zu ihrer Beseitigung beizutragen. Er versucht, die geistige Plattform zu schaffen, auf der sich die durch eine verantwortungslose Propaganda verhetzten und zersplitterten Menschen wiederfinden können.

Wir alle müssen nach Weitherzigkeit und geistiger Freizügigkeit streben, wir alle müssen uns ernsthaft bemühen, gegenseitiges europäisches Verständnis zu entwickeln, aus diesem allein kann die gegenseitige Achtung erwachsen, die Voraussetzung aller europäischen Ordnung.

Nicht frei wovon — frei wozu!

Warum Herz und Sinnen an ewige Utopien binden? Warum in den ausgetretenen Fußtapfen der gescheiterten „Friedensbringer und Menschheitsbeglücker" weiterschreiten? Wen überläuft es nicht kalt bei der Posaunenpropaganda von „Völkerfrieden", „Völkerbund", „Weltbürgertum" und ähnlichem?

Völker schließen sich nicht zusammen, um zusammen zu sein, sondern um zusammen etwas zu tun, um gemeinsam ein Programm der Zukunft zu verwirklichen. Dieses Tun aber muß allen von gleichem Nutzen sein. Die Familie ist ein Zustand, die Völkergemeinschaft aber eine Entwicklung, keine statische, sondern eine durchaus dynamische Lebensform, die den Interessen, Absichten und Vorteilen der einzelnen Glieder dienen muß und deren Kohäsionskraft in dem Augenblick erlischt, wo das erstrebenswerte Ziel verfällt.

Eine Staatengemeinschaft lebt nicht für das Heute, sondern stets für das ersehnte Morgen und ihre Grundlagen sind durchaus reale: Auf klaren wirtschaftlichen Notwendigkeiten aufgebaute Zusammenarbeit; durch vernünftige Rohstoff-, Zoll- und Verkehrspolitik gewonnener industrieller Ausgleich; durch intensiven Kulturaustausch bedingtes gegenseitiges Verständnis: durch Jugend- und Studentenlager, Wissenschaftler-, Arbeiter- und Sportleraustausch erwirktes gemeinsames Erleben; durch strengste Unterdrückung jeder unsachlichen Publizistik geförderte gegenseitige Würde und Achtung; durch stärkste Förderung aller konstruktiven Ideen erreichtes gleiches Verantwortungsbewußtsein; auf Anerkennung gemeinsamer Ziele gegründetes geistiges Zusammengehörigkeitsgefühl und durch gleiches weltpolitisches Schicksal erwachsene politische Verbundenheit sind einige der Realitäten, aus deren gemeinsamer Bewältigung Europa sein neues Gepräge erhalten wird.

Vereinigen wir nur einmal, für Jahre, die Atmosphäre von Mißtrauen, Haß, Furcht und gegenseitiger Herabsetzung, lassen wir nur eine Generation frei davon heranwachsen, belasten wir sie nicht mit den altübernommenen und von unverantwortlicher Seite immer wieder geschürten Voreingenommenheiten, und wir werden das erreichen, was Ministerkonferenzen, Heilsarmeetagungen, „Völkerbünde" nie verwirklichen können.

Nicht, daß es plötzlich nicht mehr Deutsche, Engländer, Franzosen und stattdessen nur noch „europäische Bürger" gäbe, das wäre eine verderbliche Mißachtung der völkischen Eigenart und der nationalen Kraft, die die Keimzelle für jede politische Planung sind. Beileibe keine „Ueberwindung" der Nationalitäten noch des Volkstums, denn diese sind die Wurzelkraft jeder europäischen Ordnung! Beileibe keinen Brei, kein Gefasel von Weltverbrüderung, keinen Kosmopolitismus, keine Menschheitsträume ... beileibe keine abstrakte, unklare Zusammenwürfelung von Europäern und müden Geistern ... aber: eine Gemeinschaft mächtiger und gesunder Organismen, eine Ordnung unter großen Völkern, die Gedanken Gottes sind, die atmen, leben und von kraftvollem Blut durchpulst sind!

Ausblick

Der europäische Reisepaß, die Europa-Bank, das großzügige Verkehrsnetz von Fluglinien, Eisenbahnen, Schiffahrtsstraßen, die europäische Wirtschafts- und Industriemesse, die europäische Wirtschaftszentrale zur Lenkung und Förderung des Rohstoffreichtums, die europäische Universität, der Studentenaustausch, das Europa-Museum, die europäische Kulturfestwoche, die europäischen Jugendlager, die „Ars Europae", die Hochschule für Kunst und unzählige andere Aeußerungen abendländischer Gesittung und Kultur, europäischer Wirtschaft und Zivilisation werden den Boden schaffen, auf dem eine neue Generation schließlich auch zur politischen Verwirklichung dieses Europas gelangen wird.

Oswald Spengler schrieb 1933: „Nationen einer neuen Art sind im Begriff zu entstehen, nicht wie sie heute noch sind: Summen gleichgeordneter Individuen von gleicher Sprache, auch nicht wie sie vormals waren ... Faustische Nationen am Ende des 20. Jahrhunderts werden Wahlverwandtschaften von Menschen mit gleichem Lebensgefühl sein, mit gleichen Imperativen eines starken Willens, selbstverständlich mit der gleichen Sprache, ohne daß die Kenntnis dieser Sprache sie bezeichnet oder abgrenzt, Menschen von starker Rasse, nicht im Sinne heutigen Rasseglaubens, sondern in meinem Sinne, der die starken Instinkte meint, zu

denen auch die Ueberlegenheit des Blickes für die Dinge der Wirklichkeit gehört ... Menschen, die sich zu Herren geboren und berufen fühlen."

Kaum einer der heute verantwortlichen Politiker wird diese europäische Aufgabe bewältigen können, denn selten noch ist der Sinn der Geschichte so verkannt worden, nie sind die Ansätze einer europäischen Evolution so vergewaltigt worden wie durch diese Politiker des „kurzen Blickes und der raschen Hand".

Wir glauben, daß jede Epoche *ihre* Aufgabe im Gesamtablauf der Geschichte erfüllt, und so werden vielleicht einmal zukünftige Historiker als das Ergebnis der gegenwärtigen Epoche, — die politisch von der farbigen Revolution unter kommunistischer Führung und geistig durch das Ringen des aristokratischen*) gegen das Massenprinzip geprägt wird — *das* bezeichnen, daß Europa, der bedrohteste Kontinent, durch die unerbittlichen Ereignisse zum gemeinsamen Bewußtsein *gezwungen* wurde!

Es leben Menschen einer jungen Generation, in denen das Erbe und Erleben zweier Kriege und der Atem der großen Revolution zum europäischen Bekenntnis wurden. Nur *mit* dieser jungen Macht wird zukünftige Geschichte gemacht werden können! Sie negieren oder gewaltsam unterdrücken, hieße, das Rad der Geschichte zurückzudrehen. Unerbittlich aber ist das Gesetz der Geschichte gegen die, die ihren Sinn und ihre Forderungen verfälschen!

Ueberwinden wir, bevor das Schicksal über uns hinweggeht, die unglückselige Mischung von Machtdrang und Konkurrenzfurcht, von Menschheitsglauben und blindwütigem Chauvinismus, die zu immer neuen, unheilvolleren Katastrophen führen konnte und bekennen wir uns zum *Goethe*-Wort:

Denn gelöst sind die Bande der Welt;
wer knüpfet sie wieder,
als allein nur die Not,
die höchste, die uns bevorsteht.

Verpflichtung

Heute stehen wir dort, wohin Fürst Metternich deutete, als er sagte: „Mein geheimster Gedanke ist, daß das alte Europa am Anfang seines Endes ist. Ich werde, entschlossen mit ihm unterzugehen, meine Pflicht zu tun wissen. Das neue Europa ist andererseits noch im Werden; *zwischen Ende und Anfang wird es ein Chaos geben*", und dieses Chaos gilt es heute zu überleben und zu überwinden. Wir müssen heute noch, sogleich, beginnen, die dargestellten Gedankengänge in Taten umzusetzen, wir müssen von Mensch zu Mensch die Grundlagen zu ihrer Verwirklichung legen, wir müssen bei kleinem beginnen, die Knoten zu entwirren, die Klüfte zu überbrücken, die Wälle abzutragen, die unserem gegenseitigen Verständnis und unserem gemeinsamen Schicksal noch im Wege stehen.

Es mag mancher resigniert oder mitleidsvoll die Achseln zucken, daß wir gerade in einer Zeit größter politischer Ohnmacht von der Verwirklichung dieser europäischen Ordnung sprechen. Doch, wer immer nur aus der Froschperspektive urteilt und nur aus dem Kellerfenster lugt, wird Geist und Forderung der Gegenwart nie begreifen und den Atem der Weltgeschichte nie verspüren.

Wir müssen heute *handeln*, als ob wir noch heute diese politische Großtat zu leisten hätten. Zaudern und Zuwarten kann uns nichts nützen. Wer auf einem Schneehang abgleitet und unheilvollen Gletscherspalten entgegenfällt, darf nicht zurückdenken, wie schön es noch eben auf dem Grat war, sondern wird handeln müssen. Je rasender der Absturz, desto dringlicher die entschlossene Tat! Es gilt, den Acker zu pflügen für große Entscheidungen, jeder auf seinem Platz und in seinem Kreis. Je festgefügter die kleinen Kreise sind, desto fester wird auch der große Kreis sein, zu dem sie sich eines Tages zusammenfinden werden! Darin gerade offenbart sich die Größe des Mutes, daß in der tiefsten Tiefe der *Aufbau* begonnen wird.

Wir leben zur Zeit *zwischen* den Ereignissen und wehe, wenn wir diese Zeit, die wichtiger sein wird als die Ereignisse selbst, ungenützt vorübergehen lassen. Das Schicksal bietet uns nur *einmal* die Hand! Wir haben heute alles zu gewinnen — und es beginnt eine jede Tat beim Einzelnen... auch Europa!

---

*) vergl. meinen Kolbenheyer-Aufsatz, Weg 7/49, Seite 489

Zum Neuen Jahr

SVEN HEDIN

Unter den zahlreichen Lesern des „Weg" gibt es sicherlich viele, die sich ebenfalls so lebhaft wie ich der XI. Olympiade entsinnen, welche an hellen und warmen Sommertagen in Berlin zwischen dem 1. und 16. August 1936 gefeiert wurde. An den Wettkämpfen im riesigen Stadion mit seinen 105 000 Sitzplätzen, nahmen 4798 junge Menschen von 51 Nationen teil. 1403 Schiedsrichter waren tätig. 2 100 000 Eintrittskarten für das Stadion wurden verkauft. 300 deutsche und 777 ausländische Journalisten gaben ununterbrochen Berichte an ihre Zeitungen durch. 15 Weltrekorde wurden geschlagen. Die olympischen Spiele in Berlin gaben der Welt ein leuchtendes Beispiel für die Tatkraft, zu der sich Deutschland, trotz des harten Schicksals der vergangenen 20 Jahre, wieder emporgearbeitet hatte.

Um die gewaltige Arena flatterten von hohen Masten, hier friedlich vereint, die Fahnen der 51 teilnehmenden Nationen. Von der gottbegnadeten Weihestätte des Olymp wurde das heilige Feuer die gesamte Strecke von 3075 km von Staffelläufern, die es von Fackel zu Fackel weiterreichten, durch Griechenland, Bulgarien, Jugoslawien, Ungarn, Oesterreich und die Tschechoslowakei zum pythischen Dreifuß im Berliner Stadion getragen, wo es ununterbrochen Tag und Nacht während der ganzen Spiele brennen sollte. An den Abenden der olympischen Spielzeit leuchtete der rotgelbe Schein aus Hellas über den Sportlern in der grauen Hauptstadt des Deutschen Reiches.

Der 4. August wurde ein Tag, den ich nie vergessen werde. Das Präsidium der Olympiade hatte mich gebeten, von einem Rednerpult inmitten der Arena aus, zur Jugend der ganzen Welt zu sprechen. Ich übernahm damit eine sehr große Verantwortung. Für die Ansprache selbst standen mir nur sechs Minuten zur Verfügung. Ich begann mit den Worten: „Ich rufe die Jugend der Welt!" — und nach einer kurzen Einleitung hieß es weiter:

„Begnügt Euch nicht damit, das zu leisten, was Ihr könnt — Ihr müßt nach dem streben, was Ihr nicht könnt, dem Unmöglichen, dem Unerreichbaren! Durch unbeugsame Willenstärke und zielbewußte Körperkultur habt Ihr Aussicht, die höchsten Ziele zur Ehre Eures eigenen Landes und dem Segen und Nutzen für die ganze Menschheit zu erreichen ..."

„Vor jungen Kämpfern, Ringern und Diskuswerfern, die einmal die Zukunft des Vaterlandes auf ihren Schultern tragen sollten, besang vor 2400 Jahren Sophokles die göttliche Macht des Menschen, zu beherrschen die Erde, das Meer, die Luft, die Tiere und den Geist — nur nicht den Tod. Damit meint er, daß die Mauern des Stadions nicht die Grenzen für das Feld darstellten, auf welchem das junge Geschlecht kämpfte. Nein, ihr Wirken sollte die ganze Welt umspannen. Sie sollten alles beherrschen und die verborgenen Kräfte der Natur zu ihren gehorsamen Dienern machen. Er meinte, daß der beste Weg zur Erreichung der höchsten Ziele, die Formung des Körpers, des Charakters und der Seele zu Größe und Vollkommenheit sei."

Ich beendete meine Ansprache an die Jugend der Welt mit folgenden Worten:

„Laßt die Gesetze der Olympischen Spiele, die Ausdauer, unermüdliche Arbeit und Ritterlichkeit verlangen, auch zum Vorbild und zum Grundgedanken in einem neuen Bunde der Völker werden, zu einem weltumspannenden Zusammenschluß, dessen Mitglieder im Glauben an Gott und an ihre eigene Kraft für gegenseitiges Vertrauen, Wahrheit und Frieden unter allen Völkern der Erde kämpfen ... Geht wieder hinaus in die Welt als Herolde im Dienste des Guten. Der Weg, den Ihr beschritten habt, führt durch die brausenden Stürme der Zeit in einer Welt von unvergänglicher Schönheit und zu einer Menschheit, die in Glück, Brüderlichkeit und Harmonie lebt."

Nach der Rede dröhnte donnernder Applaus. Durch den Rundfunk wurde diese

Rede, in die verschiedensten Sprachen übersetzt, über die Welt getragen und von Millionen von Menschen gehört.

Der Wortlaut der Rede zeigt, daß ich damals glaubte oder wenigstens hoffte, daß die XI. Olympiade mit ihren Teilnehmern aus 51 Nationen der fünf Kontinente, ein Auftakt oder das Vorbild für eine neue Völkergemeinschaft, eine Brüderschaft der Nationen werden würde, deren Ideale der Glaube an Gott, gegenseitiges Vertrauen, Wahrheit und Frieden zwischen allen Völkern der Erde sein sollten. Die Jungen, die im Stadion kämpften, sollten Herolde des Guten werden, Rufer, die die Müßigen zur Kameradschaft und zum Zusammenschluß aufrütteln sollten.

Nur 13 Jahre sind seitdem vergangen, da diese mahnenden Worte erklangen und in allen Ländern widerhallten. Als sie ausgesprochen wurden, hofften bestimmt alle, die sie vernahmen, daß ich recht behalten sollte, und daß diese glänzende und gelungene Olympiade, die in brüderlicher Gemeinschaft hervorragende Vertreter so vieler Nationen, Rassen, Farben und Religionen im Zeichen des sportlichen Wettbewerbs versammelt hatte, ein Aufruf zur Einigkeit und zur Versöhnung werden sollte, ohne die Frieden, Fortschritt und Zusammenarbeit unter den Völkern unmöglich wären. Daß ich selbst blind an den Inhalt meiner Worte glaubte, und daß ich überzeugt war, daß das Bild der Zukunft, das ich zeichnete, auch das Ziel war, auf welches die Menschheit zusteuerte, ist ganz gewiß. Sonst hätte ich nicht in solch optimistischen Worten gesprochen, sondern ich hätte vielmehr die unübersehbaren Zuhörermassen vor den versteckten Gefahren der Zeit gewarnt.

Und wie wurde es in der Wirklichkeit! Nur drei Jahre lang war Frieden, wenigstens nach außen hin, denn im Verborgenen regten sich Mächte, die von Jahr zu Jahr immer wirksamer wurden, und die schließlich den großen Krieg, der am 1. September 1939 begann, auslösten. Das Dritte Reich entwickelte sich zu einer europäischen Großmacht. Den klarsehenden Staatsmännern und Strategen wurde es immer deutlicher, daß Deutschland als solche die ihr durch den Versailler Frieden, durch Abtrennung des polnischen Korridors, zugefügte Schmach nicht länger werde dulden können und auf eine Lösung dieses Problems drängen würde. Marschall Foch hatte vorausgesagt, daß diese naturwidrige Verstümmelung des deutschen Reichsgebietes unfehlbar zum Kriege führen müsse, und er sollte recht behalten.

Fast alleine kämpfte Deutschland sechs Jahre lang gegen die vier alliierten Großmächte und eine ganze Reihe von anderen Feinden. Deutschland, das auch in diesem Kriege von allen Seiten von Feinden umringt war, mußte Rußland, mit seinen unermeßlichen Menschenreserven, und den Vereinigten Staaten, mit ihrer hochentwickelten Technik, unterliegen. Mussolinis ehrgeizige Bestrebungen zur Verwirklichung seines Traumes von einem Imperium Romanum, zwangen Deutschland, seine Armeen auf immer neu hinzukommenden Schlachtfeldern in Europa und Nordafrika zu zersplittern. Die Warnung Schlieffens vor einem Zweifrontenkrieg konnte nicht beachtet werden. Die Deutschen kämpften schließlich an vier Fronten. Ihr Blut wurde vergossen, oft ohne daß dabei irgendein Erfolg erzielt werden konnte. Die neuen Waffen schließlich, von denen man die letzte entscheidende Wendung dieses Krieges erhoffte, wurden nicht mehr rechtzeitig fertig. — Eisenhower ließ seine breite Front in Deutschland genügend langsam ostwärts vorrücken, um die Sowjets, wie es ihnen von Roosevelt versprochen worden war, als erste in Berlin einmarschieren zu lassen. Durch diesen Verrat an der abendländischen Kultur und an dem herrlichsten Kontinent dieser Erde, wurde die Tür nach Asien aufgerissen und der leere Raum des niedergeworfenen Deutschlands dem Bolschewismus preisgegeben. Kein anderer als nur Roosevelt konnte so töricht sein zu glauben, daß die Sowjets nach Beendigung des Krieges als gute Demokraten Ihre Truppen aus Berlin und Ostdeutschland wieder zurückziehen würden, freiwillig auf Gebiete verzichten würden, die die Kornkammer des Reiches bildeten und das Volk mit den wichtigsten Nahrungsmitteln versahen.

Es wäre bestimmt für alle Parteien — auch für die Sieger — von Vorteil gewesen, wenn nach der Niederwerfung Deutschlands auf dem Schlachtfelde, Frieden geschlossen worden wäre. Selbst bei harten und zermürbenden Bedingungen wäre ein solcher Frieden immer noch besser gewesen als das u n c o n d i t i o n a l s u r r e n d e r, welches Roosevelt und Churchill im Januar 1943 beschlossen hatten, dem völlig zerschlagenen und verbluteten deutschen Volke aufzuzwingen. Aber Haß, Rachsucht und Furcht siegten über Vernunft und Ueberlegung. Deutschland wurde zerstükkelt, und um das vernichtete Reich herum begannen die Alliierten ihre Opfertänze unter sieggekrönten Fahnen. Die zukünftige Geschichtsforschung wird sich erschüttert fragen, wie es möglich war, daß keiner unter den Staatsmännern der triumphierenden Mächte über so viel Voraussicht und Logik verfügte,

um zu erkennen, daß die Sowjetunion Berlin und die von ihr besetzten Gebiete Deutschlands niemals freiwillig aufgeben würde, und daß die Nachfolge des von ihnen gehaßten und gefürchteten jungen Reiches von einer Macht angetreten würde, die für die Menschheit unendlich viel gefährlicher werden würde, als die vernichtete jemals hätte sein können.

Eines Tages wird die Welt Kenntnis erhalten von den Versprechungen, die in Yalta, Teheran und Potsdam gegeben wurden. Die Politik, die damals getrieben wurde, zeugt von einer bodenlosen Unkenntnis Europas und der asiatischen Sowjetunion. Man ist versucht zu glauben, daß den beiden Großmächten jenseits des Kanals und des Atlantiks, jegliche Voraussetzung fehlte, als Europäer zu denken und zu urteilen. Verantwortungslos haben sie Europa dem Bolschewismus ausgeliefert, und sie begriffen nicht, wohin solch ein Schritt führen muß. Denn hätten sie es begriffen, dann würden sie wahrscheinlich klügere Linien in ihrer Politik verfolgen. Sie hätten mit einem entwaffneten aber selbständigen Deutschland Frieden geschlossen, und sich so einen Damm gegen die drohende Gefahr aus dem Osten geschaffen. Dahingegen wurde der ursprünglich unüberwindliche Schutzwall völlig vernichtet und somit die Schleusen für die asiatische Sturmflut geöffnet. Mit Waffen aller Art im Werte von 11 Milliarden Dollar, hat Amerika zur Aufrüstung Sowjetrußlands beigetragen. Ohne diese Hilfe hätte Rußland den deutschen Armeen nie widerstehen können. Mit vereinten Kräften vernichteten die Alliierten die beiden Grenzposten: Deutschland im Westen und Japan im Osten, die vor dem letzten Weltkriege die unüberwindlichen Bollwerke der westlichen Zivilisation und des unermeßlich weiten Ostasiens gegen den Bolschewismus darstellten. Deutschland und Japan waren die einzigen Mächte dieser Welt, die es vermocht hätten, der bolschewistischen Expansion Einhalt zu gebieten. Dieser Schutzwall wurde niedergerissen und der Erde gleichgemacht. Wir brauchen nicht an die für die gesamte Menschheit schicksalschweren Folgen dieser kopflosen Politik zu erinnern. Ganz Osteuropa und der Balkan wurden von der roten Sturmflut überschwemmt. Zentral- und Westeuropa warten auf ihr hartes Schicksal. Im Fernen Osten sind die Mandschurei und das riesige China von den Roten bezwungen worden.

Die siegreichen Armeen Mao-Tse-Tung's stehen sprungbereit an den Grenzen von Vietnam, Burma, Indien und Tibet, um dann die Philippinen und die Inselwelt ebenfalls ihrem unübersehbaren Reich einzuverleiben. Mit einer unbeirrbaren, grausamen Zielstrebigkeit vollzieht sich mit der rasenden Geschwindigkeit des „Blitzkrieges" der größte Eroberungszug der Weltgeschichte. In seinem Umfang hat er die Eroberungswege Djingis Khans bereits bei weitem übertroffen!

Noch niemals in der Geschichte der Menschheit hat die zweite Hälfte eines Jahrhunderts unter solch dunklen Vorzeichen und von so vielen Sturmwolken bedroht, wie jetzt, begonnen. Eine ganze Reihe von schicksalsschweren Irrtümern hat zu der jetzigen Weltlage geführt, einer Situation, die sich täglich verschlechtert. Die Sowjetunion ist die einzige Macht, die Dank ihrer konsequenten und folgerichtigen Politik stark genug ist, um voll Zuversicht der Zukunft entgegentreten zu können. Ihre Gegner wissen nicht, was sie wollen, und haben in wesentlichen Fragen verschiedene Meinungen. In der Sowjetunion spricht man nicht — man handelt. Man reißt nicht an einem Tage ab, um anderen Tages das Gleiche wieder aufzubauen. Man folgt der Linie, die zum Ziel führt, und verliert keine Zeit auf endlosen Konferenzen.

Ein wirklicher Frieden kann nicht mit einem Staate wie Deutschland, das seiner Selbständigkeit beraubt ist, geschlossen werden. Ein Frieden mit Rußland, das über alle Trümpfe verfügt, ist kaum denkbar. Soll dann der Krieg auf der Welt zu einem Dauerzustand werden? Sollen dann die Bewohner dieser Erde nie wieder zu ihrer verdienten Arbeitsruhe und zu den normalen Lebensverhältnissen gelangen? Wir gleichen einem Viergespann, das in rasender Geschwindigkeit dem Rande eines Abgrundes zujagt. Vergeblich spähen wir nach dem Führer, der der wahnsinnigen Fahrt Einhalt gebieten und den Wagen zum Stehen bringen könnte, ehe er in den Abgrund stürzt und zerschmettert.

Laßt uns ehrlich zugeben, daß wir jetzt schon einen allzudeutlichen Vorgeschmack von dem Chaos bekommen haben, das uns erwartet. Ja, laßt uns daran denken, daß nie eine Jahrhunderthalbwende unter trostloseren Aussichten begonnen hat, als die, auf deren Schwelle wir stehen. Die Worte, die ich vor 13 Jahren auf dem olympischen Stadion in Berlin ausrief, sind ungehört verklungen, und unter den Menschen unserer Tage gibt es niemanden, der sich ihrer noch erinnern würde. Das einzige, was uns noch übrigbleibt, ist die Hoffnung, daß der Allmächtige sich unserer erbarme und uns mit seiner starken Hand liebevoll auf den Weg der Vernunft, der Versöhnung und des Friedens zurückführe.

Stockholm, den 15. Dezember 1949.

DAS "EWIGE FRANKREICH" UND DAS "Ewige Deutschland"

VON PIERRE DELMY

Ein bedeutender französischer Politiker und Publizist, der durch Jahrzehnte in der ersten Reihe der politischen Schriftsteller Frankreichs stand, nimmt hier Stellung zu dem Problem Deutschland—Frankreich. Daß er dies unter einem Pseudonym tun muß, ist ein bitteres Zeichen der Zeit, die die Waage der Gerechtigkeit der Justitia aus der Hand gerissen und der Rachegöttin übertragen hat.

Ist Deutschland für Frankreich der „Erbfeind", um eine in Paris 1939 bis 1945 wie bereits 1914 bis 1918 übliche Benennung zu gebrauchen?

Schauen wir weiter zurück in die Geschichte, so trifft diese Benennung sicherlich nicht zu. Es ist wohl wahr, daß vor allem in der jüngsten Vergangenheit sich diese beiden Großmächte mehrfach gegeneinander wandten. Aber das geschah doch nicht öfter, als es immer in jenen Fällen üblich ist, wo zwei starke Staaten bei überschneidenden Interessen nebeneinander leben müssen. Wenn man die Vergangenheit betrachtet, so könnte man viel eher England oder sogar Spanien als den Erbfeind Frankreichs ansehen.

Aber komplizieren wir die Dinge nicht. Nicht mehr und nicht weniger soll hier zu Beginn klar gemacht werden, als daß es kein unabänderliches, auf ewiger Feindschaft aufgebautes Gesetz gibt, daß die beiden Völker am Rhein zu Feinden macht.

Sowohl in Frankreich als auch bei einigen Freunden Frankreichs hört man immer wieder, daß Deutschland im Laufe der letzten beiden Jahrhunderte mehrfach in Frankreich eingefallen sei. Das stimmt. Aber man vergißt dabei, daß eigentlich Frankreich die Differenzen aktivierte, die zum Kriege führten, und daß also jene Kriege eigentlich von Frankreich begonnen wurden. Letzten Endes hat Deutschland doch wohl nicht Napoleon I. angegriffen. Waterloo war nur eine Antwort. Und die Besetzung von Paris durch die Heere der Heiligen Alliance desgleichen. Im Jahre 1870 wurde die Emser Depesche nicht von Preußen abgesandt. Sedan war nur eine Antwort auf eine wahnwitzige Politik. Und wenn im September 1939 Frankreich nicht unter englischem Druck dem Dritten Reich den Krieg erklärt hätte, so hätte sein Schicksal höchstwahrscheinlich einen anderen Lauf genommen. Wahr ist wohl nur, daß das kaiserliche Deutschland 1914 anfing.

Die Franzosen sind seit altersher ein kriegerisches Volk. Die Deutschen übrigens auch. Aus der engen geographischen Nachbarschaft scheint es daher unvermeidlich, daß ab und zu die Funken sprühen.

*

Das Uebel, das schreckliche Uebel liegt weniger im Ehrgeiz, zu herrschen, oder im Haß, der in schweren Krisen die beiden Nachbarn aufpeitscht, als in einem gegenseitigen Mißtrauen. Es ist das Ergebnis einer Verständnislosigkeit, die in dem Augenblick, da nur noch Bande der Einigkeit den alten Kontinent retten können, wahrhaft tragische Folgen haben muß.

Es scheint ziemlich sicher, daß Adolf Hitler (dessen Schwäche es war, daß er das von ihm beherrschte Europa nicht kannte) Frankreich niemals verstanden hat. Er fühlte sich von ihm während seines kurzen Besuches in Paris nach dem Waffenstillstand von Compiègne geblendet. Er ahnte wohl die Notwendigkeit, „ein Europa zu machen", aber er hatte Unrecht, wenn er es nur in Zusammenhang mit seinem Deutschland sah.

Genau so scheint es den französischen Politikern niemals gelungen zu sein, die Wesenszüge Deutschlands richtig zu erkennen. Diese Vorgänge sind schwer erklärbar, aber handgreiflich. Um sie mit einem Wort verständlich zu machen, könnte man sagen: es ist wie zwischen Privatpersonen (z. B. in einem Haushalt — und wer könnte besser zusammen einen Haushalt führen, als Deutschland und Frankreich den europäischen Haushalt?), man spricht von „Unvereinbarkeit der Charaktere".

Natürlich gibt es Ausnahmen. Otto Abetz zum Beispiel. Eines Tages wird man ihm gerecht werden müssen. Ausgezeichnet verstand er Frankreich. Ihm gegenüber stand Fernand

de Brinon, der ohne zu irren die Handlungsweise Deutschlands erkannte. Pierre Laval verstand Deutschland kaum, aber er lebte seit 1940 in einer von Furcht untermalten Achtung und sagte sich im übrigen, daß er im Falle der Zusammenarbeit schon mit seinen politischen Fähigkeiten die Deutschen überspielen würde.

Ich hoffe, man wird nicht darüber bestürzt sein, wenn ich Herrn Robert Schumann nun noch als moderneres Beispiel an die Seite dieser Namen setze.

Wir sind der Meinung, daß der derzeitige französische Außenminister ein Mann untadelhafter Ehrauffassung ist, und daß er zum erstenmal tatsächlich über Eigenschaften verfügt, wie keiner seiner Vorgänger am Quay d'Orsay: er kennt Deutschland sehr gut, er kennt den deutschen Volkscharakter und die deutsche Sprache. Der Grund dafür ist sehr einfach, wenn man auch kaum davon spricht und die Sache heute etwas Pikantes an sich hat. Der Leiter der französischen auswärtigen Politik ist nämlich Elsässer, also deutschstämmig. Er wurde in Straßburg zu der Zeit geboren, als diese Stadt zum Kaiserreich Wilhelms II. gehörte. Man berichtet sogar, daß er in seiner Jugend die Uniform der deutschen Armee getragen hat. Es wäre das in diesem Fall auch ganz natürlich. Kurz gesagt, er kennt Deutschland — wir sagen nicht, daß er es liebt. Da er ein intelligenter Mensch ist, betrachtet er es sogar als eine Stärke, es zu kennen.

Dennoch steht er vor einer sehr schwierigen Aufgabe. Zunächst einmal ist er nicht allein, und seine Regierung ist weder gefestigt noch stark. So muß er nicht nur Rücksicht nehmen auf die schlecht definierte und kaum zu erfassende Meinung der Parlamentarier und auf eine mehr denn je auf alten Vorurteilen aufgebaute öffentliche Meinung, sondern vor allem auch auf die Wünsche der mächtigeren Alliierten, die sich oft genug aus deren persönlichen Interessen ergeben und mithin ganz und gar nicht im französischen Sinne sind.

Frankreich ist machtlos, doch es besitzt Einbildungskraft. Es steckt voller Illusion. Ganz ernsthaft (und dieser Ernst ist eine ernste Angelegenheit!) bildet es sich ein, gesiegt zu haben. In Wirklichkeit aber steht es nur glücklicherweise im Lager der Sieger, das ist etwas ganz anderes.

Schon 1918, wo es tatsächlich gesiegt hatte, vergaß es sehr schnell, daß es diesen Sieg nur davongetragen hatte, weil es die mächtigsten Verbündeten auf der Erde hatte, die Nordamerikaner, Engländer, Japaner, Italiener und noch zehn andere. Alleine hätte es niemals gesiegt. Es machte sich nicht klar, daß es sein Leben nur „bis auf weiteres" fristete.

In einer seltsamen Geistesanwandlung wollte es seine Schwäche vergessen, je mehr sich diese offenbarte. Mehr und mehr pumpte es sich voller Illusionen, und 1939 war es so weit, daß es in aller Seelenruhe sich als die mächtigste Nation der Welt ansah, als beinahe die einzige, die überhaupt noch zählte.

Heute, wo es glücklicherweise bei sehr geringer persönlicher Beteiligung wieder durch Amerikaner und Engländer befreit wurde, neigt es erneut dazu, seine Träume von nationaler Größe aufzunehmen. Frankreich möchte gerne, daß die Welt seiner Auffassung über Deutschland beitritt. Trotz aller Erfahrungen berauscht es sich bei den Gedanken an die Politik Richelieus. Es vergißt, daß das Königreich Frankreich damals eine stärkere Bevölkerungszahl hatte, als irgend ein anderer europäischer Staat, daß es eine Armee hatte, die die weitaus stärkste des Kontinents war.

Herr Robert Schuman weiß das übrigens besser als jeder andere, und e r macht sich auch keine Illusionen. Aber was kann das schon machen? ... Herr Schuman entdeckt also vor sich ein Deutschland, Westdeutschland, das zu Unterhaltungen sehr geeignet wäre, das die Entente mit Frankreich schon wünschte, das aber selbst in der unangenehmen Lage einer vollständigen Kontrolle seitens der sieghaften Feinde ist, und dessen Regierung so gleichermaßen der eigenen Bevölkerung, wie dem Auslande verdächtig ist. Was die deutschen führenden Politiker heute auch immer unternehmen mögen, was sie versprechen mögen, was sie auszuführen beginnen, es ist alles — vorausgesetzt, sie sind überhaupt ernst zu nehmen — von demselben Laster befallen, das nacheinander zwischen 1940 und 1945 ein westeuropäisches Land nach dem anderen ereilte: Jeder weiß, und jeder fühlt, daß morgen die alliierte Kontrolle verschwinden wird, und daß unter einer anderen Regierung als der von Herrn Adenauer wenig mehr von den Verpflichtungen und Versprechungen aus der Besatzungs- und Zwangsperiode übrig bleiben wird. Man hat anderswo vor fünf Jahren schon die gleichen Vorgänge beobachten können.

Man wundert sich darum, daß die Alliierten selbst nicht die Baufälligkeit des eben erst künstlich zwischen Rhein und Oder errichteten Gebäudes berücksichtigen. Aber das französische Volk fühlt dunkel diese Unsicherheit. Daher ist es mit Recht so unruhig. Ach, wenn das alles, was man mit so viel Mühe und gegen so viele Schwierigkeiten vor seiner Haustür

dort in der Mitte des Kontinents aufrichtet, doch fest und dauerhaft sein würde, ohne Zweifel würden dann manche jener vorgefaßten Meinungen mit der Zeit verschwinden. Aber eigentliches Vertrauen wächst nur in Generationen. Man kann es nicht fabrizieren, auch nicht mit der raffiniertesten Propaganda ...

Wenn der Franzose kaum den Deutschen versteht — nicht mehr übrigens als er den Engländer oder Amerikaner versteht, und zwar weil er eine so ausgebildete Eigenpersönlichkeit besitzt —, so versteht der Deutsche auch kaum besser den Franzosen. Aber es ist ein Unterschied da: Er haßt ihn kaum.

Oft genug verachtet der Franzose seinen Nachbarn im Osten, dessen Stärke er fürchtet. Diese Tatsache ist unbezweifelbar, während der Deutsche, ohne ihn dabei besser zu verstehen, seltsame Gefühlsanwandlungen hat, eine Art instinktiver Sympathie, die in ihrer Ausdrucksform manchmal linkisch wirkt.

Der Deutsche hat eine unbewußte aber deutliche Bewunderung für den lebhaften Geist des Franzosen, für seine leichte Lebensauffassung, für seinen Geschmack, für die französische Landschaft, für Frankreichs Städte, für französisches Essen und für die Frauen Frankreichs. Er betrachtet Frankreich etwa so, wie ein handfester Bursche, der sich seiner männlichen Kraft bewußt ist, aber ein wenig furchtsam und unbeholfen, ein schönes Mädchen anschaut, mit dem er sich ganz gerne unterhalten hätte, mag sie sich auch noch so sehr zieren und es ablehnen, daß man ihr den Hof macht, und mag sie auch noch so sehr entschlossen sein, einen Liebhaber zu betrügen, bei dem sie ihrer Meinung nach ganz entschieden zu viel Aussichten hat.

Das Unglück will es, daß der tüchtige Bursche leider zu schnell angesichts der Reize seiner Eroberung erkaltet.

Dem Beobachter scheint es ziemlich sicher, daß vier Jahre Besatzung in einzigartiger Weise die deutschen Besatzungstruppen in Frankreich umgeformt und verweichlicht haben, daß sie sich von 1940 bis 1944 von dem charmanten, leichten und zwanglosen französischen Leben einfangen ließen.

Für eine Armee ist die längere Besetzung eines eroberten Landes immer gefährlich. Man berichtet, daß die russischen Soldaten in dem besetzten Ostdeutschland eine neue Welt voller Annehmlichkeiten entdeckten, die sie bisher nicht kannten, und die sie unbewußt so zersetzte, daß sogar ihr bolschewistischer Glaube ins Wanken geriet. Das ist recht gut möglich. Das harte deutsche Regierungssystem des Dritten Reiches konnte sicher nicht viel gewinnen bei der engen Berührung mit der liebenswürdigen Zivilisation der entschlafenen Dritten Republik ...

Im Verlaufe dieser letzten Jahre haben wohlgesinnte Menschen immer wieder betont, daß Deutsche und Franzosen die Herren Europas sein könnten, wenn sie sich vertrügen. Diese Wahrheit scheint unbezweifelbar. Gerade, weil eine solche Wahrheit (die die Franzosen und Deutschen nicht sahen) so leicht von ausländischen Beobachtern erkannt werden konnte, wurde diese Zusammenarbeit unmöglich gemacht und wird unserer Meinung nach auch unmöglich bleiben, so lange die gegenwärtigen Bedingungen bestehen.

Die Engländer haben in der Tat ein unmittelbares Interesse daran, daß diese Gemeinschaft nicht verwirklicht wird. Churchill hat es in seiner Brutalität ganz deutlich gezeigt. Die Italiener haben das gleiche Interesse, und Mussolini förderte im Laufe des Krieges alle möglichen laufend auftretenden Hindernisse der deutsch-französischen Annäherung. Er war der Auffassung, daß Italien mit ihrer Verwirklichung von der Stellung eines ersten Verbündeten Deutschlands auf den zweiten Rang oder noch weiter herabgedrückt werden würde.

Sogar die Vereinigten Staaten, die Europa (besonders nach dem Verlust Chinas) in einem Zustand genügender Abhängigkeit halten wollen, fühlen kein Bedürfnis, daß sich französischer Geist und deutsche Technik zu einem mächtigen Block vereinen, der ihnen bald schon nicht nur im alten Kontinent selbst, sondern in einem großen Teil der Welt eine gefährliche Konkurrenz bereiten würde.

Endlich liegt diese Annäherung aus anderen Gründen auch nicht im Interesse der Bolschewisten. Eine deutsch-französische Verständigung würde alle Hoffnung auf deutsch-russische Zusammenarbeit zerschlagen und würde die Russen wieder nach Asien zurückdrängen. Europa würde ihnen zu schnell wieder Herr seiner eigenen Geschicke werden.

Aus diesen Gründen müssen wir leider feststellen, daß wir gegenwärtig nicht an die Möglichkeit einer Entente zwischen dem schwachen Frankreich und dem schwachen Deutschland glauben. Aber die Ereignisse nehmen ihren Lauf. Morgen werden wir weitersehen.

*

Wir müssen noch mehr sagen: Wir glauben, daß die Gründe, die wir soeben oberflächlich nannten, dieselben sind, die nicht nur eine wahre deutsch-französische Zusammenarbeit verhindern, sondern die sich auch der Bildung *eines Europas* widersetzen.

Niemand, selbst unter den leidenschaftlichsten Alliierten, den Juden, oder ihren Verbünde-

ten, die so leichtsinnig dem Bolschewismus die Tore öffneten, glaubt mehr, daß man ein Europa schaffen kann, ohne Deutschland einzuschließen.

Die ganze Welt weiß sehr wohl aus dem Zwang der Dinge, daß Deutschland eines Tages eine überragende Rolle in einem mehr oder weniger geeinten Europa spielen wird. Man fühlt sogar (ohne daß man es zu sagen wagt), daß infolge der verhängnisvollen Ereignisse der Tag, bald oder später, kommen wird, wo die heute so mutwillig getrennten beiden Deutschland sich wieder vereinigen werden. Die Russen hoffen, daß dieser Vorgang unter bolschewistischem Vorzeichen vor sich gehen wird.

Die Alliierten aber, das heißt die drei anderen Besatzungsmächte: Amerikaner, Engländer und Franzosen, wissen, daß sie um ihres eigenen Bestandes willen eine solche Entwicklung verhindern müssen. Von daher erwächst die Grausamkeit des Dilemmas, vor dem sie stehen: um einen eventuellen Sieg der Moskauer Politik zu vermeiden, müßte Westdeutschland aufgerüstet werden. Dieses Westdeutschland aber erklärt heute mit ganz unerwarteter Festigkeit seinen Besatzungsmächten, daß es keine deutsche Armee mehr will, daß man ihm vielmehr die Verantwortlichkeit für seine Verteidigung selbst überlasse.

Wird man also — die Welt steht Kopf! — erleben, daß die Alliierten das viel stärker als Frankreich bevölkerte Westdeutschland zwingen werden, eine mächtige Armee zu schaffen? In Wirklichkeit findet man bis heute keine andere praktische und logische Lösung. Selbst wenn man sie nicht wollte, wird sie sich eines Tages von selbst aufdrängen. So werden denn alle jene Probleme wieder entstehen, die man für alle Ewigkeit mit der Vernichtung des Reiches beseitigt zu haben glaubte ...

Noch hat man nicht die ganze Stumpfsinnigkeit der Politik eines Roosevelt und Churchill in ihren tragischen Folgen klar umrissen. Aber die Völker, einschließlich der Sieger, beginnen, sich im Grunde ihrer Seele darüber Rechenschaft abzulegen. Die Franzosen sind wegen ihrer Schwäche und trotz des Herrn de Gaulle, der heute die unglaubliche Unverfrorenheit besitzt, eine deutsch-französische Entente zu wünschen, dafür weniger verantwortlich. Umso besser für sie.

„Nach der christlichen Auffassung des Rechts konnte der Täter immer seine Absicht zur Verteidigung vorbringen. Er konnte das sogar dann, wenn ihn seine eigenen Handlungen erschreckten, wenn diese durch umgehende fremde Handlungen nachträglich verfärbt und entstellt worden waren. Das christliche Recht war in dieser Hinsicht ein Recht der Wiederherstellung der Persönlichkeit gegenüber dem römischen Recht, das geometrisch, wissenschaftlich hart und gegenständlich war. Das christliche Rtcht gab dem Menschen das Recht zu dem Ausruf: „Das hatte ich nicht gewollt!" Das menschliche Recht war ein Erforschen der Ursachen geworden. Es näherte sich so nahe wie möglich dem Tatbestand. Zu diesem aber gehörte auch die Seele des Täters. Es neigte sich darum über die Gesichter!

Es genügt, diese Grundsätze in Erinnerung zu rufen um zu sehen, was alles mit einem Schlage 1945 vernichtet wurde. Nürnberg will keine Gesichter mehr sehen. Nürnberg will nicht einmal mehr den Einzelnen als verantwortlich für seine Taten sehen: Nürnberg sieht nur noch seelenlose Massen, denkt in Massen und Statistiken und liefert dem weltlichen Arm aus! Man richtet nicht mehr. Das ist heutzutage unmodern geworden. Man trennt ab, man entfernt!"

Maurice Bardèche
in seinem Buch „Nürnberg oder das Gelobte Land"

Europa in Gefahr

Die französische Politik vom „bösen Deutschland"

VON MARC AUGIER

Marc Augier, Autor verschiedener französischer Werke, darunter des soeben in Buenos Aires in deutscher Sprache erschienenen Buches „Götterdämmerung", war ein namhafter politischer Führer der französischen Jugendbewegung und Vorkämpfer für deutsch-französische Annäherung. Nach 1940 gründete er in Frankreich die Bewegung „Jugend des Neuen Europa", kämpfte mit Europa gegen den Bolschewismus und gab die Zeitung der Französischen Freiwilligen gegen Rußland, den „Combattant Européen" heraus.

Ich wurde 1908 geboren. So war mein Leben von dem deutsch-französischen Drama gezeichnet. 1914 haben uns unsere Väter eingeredet, daß man das „böse" Deutschland züchtigen müsse. Es war ein monarchistisches Deutschland. Meine frühesten Erinnerungen aus der Kindheit sind verbunden mit dem Auszug unserer Soldaten im August 1914. Als ich das Gymnasium beendet hatte, interessierte ich mich nur sehr oberflächlich für Politik. Die Zeitung erzählte mir, daß dem monarchistischen Deutschland ein demokratisches gefolgt sei. Dieses sei nicht gerade böse, aber stände doch in dem Verdacht, dem Sieger die Verdauung seines Sieges erschweren zu wollen. „Sie haben mit Herrn X zu tun? ... Vorsicht, Herr X wird Sie täuschen ... X ist ein ganz Gewiegter". — „Stresemann spricht von Europa? ... Vorsicht, er wird Sie täuschen ... Er ist ein Demokrat ... Ja, aber ..."

Ich entdeckte Deutschland im Jahre 1929. Bescheiden, mit wenigen Talern in der Tasche, war ich mit meinem Motorrad da. Ich hatte einen unvergeßlichen Empfang, nicht von Politikern, die an einer französischen Propaganda interessiert waren, sondern von dem einfachen Volk.

1935 kam es auf meine Veranlassung zur Gründung einer Jugendherbergsbewegung in Frankreich, die die Gedanken des westfälischen Lehrers Schirman aufgriff und die einen großen Teil der französischen Jugend erfassen sollte: 50.000 junge Menschen von 16 bis 21 Jahren! Unsere politische Auffassung? Verständigung und Freundschaft zwischen den Jungen in allen Ländern. So organisierte ich Fahrten nach Deutschland. Jede Gruppe, die ich über den Rhein schickte, war für die Kriegspropaganda verloren. Die von mir so gesteuerte, aber nicht von mir kontrollierte Bewegung hing von „linkseingestellten" Einrichtungen ab. 1938 rief mich der Direktor des Jugendherbergskomitees: „Sie organisieren die Annäherung der deutschen und französischen Jugendherbergler? Seien Sie vorsichtig. Unternehmen Sie nichts mit dem Hitlerdeutschland. Das ist das „böse" Deutschland. Schicken Sie Ihre Jungen lieber nach Schottland oder Dänemark ..."

Ich setzte meine Arbeit dennoch bis 1939 fort. Meine letzte Gruppe überschritt den Rhein im August 1939.

So hat man denn in dieser ersten Hälfte des 20. Jahrhunderts jegliche politische Meinungsbildung unserer Jugend in das gleichmäßig schlechte Bild von den drei verschiedenen Deutschland gepreßt: der Monarchie, der Demokratie und dem Dritten Reich. Wir sollten uns mit keinem von ihnen verständigen ... Ich kann nicht beurteilen, ob ich mich mit der Monarchie vertragen hätte, denn ich habe sie nicht kennen gelernt. Ich bin aber immer gut mit den beiden anderen ausgekommen. Ich habe nur wertvolle, arbeitsame und disziplinierte Menschen getroffen, die mir immer und überall offen die Hand zum Gruße entgegenstreckten. Daraus ziehe ich meine Schlußfolgerungen.

*

Es war nicht Deutschland, das den Eintritt in das europäische Konzert verweigerte, es war das sogenannte demokratische Europa, das als Bedingung für diesen Eintritt von ihm forderte, daß es sein deutsches Wesen ablege, daß es seine nationale Ehre und seine lebenswichtigsten Bedürfnisse opfere. Ich begriff die Zusammenhänge der Weltpolitik während dieses Krieges. Jene geheimen Mächte, die die Verderbung Deutschlands als Vorbedingung seiner Anerkennung als wirklich demokratisch forderten, waren die gleichen, die seit 1789 Frankreich aushöhlten, die aus meinem Vaterlande einen echten Gegner Europas gemacht haben. Wenn sie kein Deutschland wollten, so wollten sie ebenso wenig ein Europa, es sei denn, es handele sich um ein entmanntes, versklavtes Europa, das bereit ist, im bolschewistischen Weltreich aufzugehen. Ich

ging weiter in meinen Schlußfolgerungen. 1942 befand ich mich als Kämpfer unter den kühnsten und revolutionärsten Fahnen unserer französischen Geschichte, nämlich denen der französischen Freiwilligen-Legion gegen den Bolschewismus, zwischen Moskau und Smolensk, in unvergeßlicher Kameradschaft an der Seite der deutschen Soldaten. Zum erstenmale endlich kämpften Franzosen nicht mehr gegen Deutsche, sondern standen Seite an Seite in jener Schlacht, die über die Freiheit beider Länder entschied.

Das „Urteil Gottes" war gegen uns, aber das Urteil der Geschichte beginnt, die Größe dieses Kampfes bereits heute anzuerkennen. Indem die „böse Allianz" Deutschland von der Karte der souveränen Nationen ausradierte, hat sie praktisch Europa auf der Weltkarte ausradiert. Die Alliierten haben den Bolschewismus auf 300 km an die französische Grenze herangeführt und nur ein neuer siegreicher Krieg kann ihn wieder nach Asien zurückdrängen. Das ist das Ergebnis der Politik gegen das „böse" Deutschland. Es gibt kein Deutschland mehr, es gibt auch kein Europa mehr.

Man wird Europa niemals retten, wenn man nicht eine völlig entgegengesetzte Politik aufgreift, wenn man nicht das „gute" Deutschland erkennt. Die Franzosen irren, wenn sie meinen, die Rettung käme von außen. Das harte Gesetz der Völker ist das gleiche, wie das des Einzelnen. Der Mensch ist des Menschen Wolf. Nicht eine ideologische Hilfe aus Rußland oder eine wirtschaftliche Hilfe aus den U. S. A. können Frankreich vor dem Grauen der marxistischen Finsternis retten. Europa, rette dich selbst, durch deine Arbeit, durch deine Gesellschafts- und Wirtschaftsorganisation und durch das Opfer deiner Helden! Aber nichts wird erreicht werden, ohne die deutsche Arbeit, ohne die deutsche Organisation, ohne die deutschen Helden!

Als französischer Schriftsteller und Politiker muß ich die Frage beantworten, die mir die Leser des „Weg" stellen werden: Kann Deutschland heute auf die Unterstützung Frankreichs rechnen, wenn es eine neue antibolschewistische Front aufrichten will? Auf Frankreich vielleicht, auf die IV. Republik nicht!

Die IV. Republik spricht niemals von Zusammenarbeit, sie spricht von Verurteilungen, von Kriegsverbrechen, von Reparationen, Wirtschaftskontrolle, Besetzung, Demontage, kurz, von ewigem Haß, von unauslöschlichem Haß. Unumwunden wünscht sie die Vernichtung Deutschlands, und wird dabei mit ihm zugrunde gehen. Dank einer hohnvollen Entwicklung der Ereignisse kommt die erste Stimme, die sich seit 1945 für eine deutsch-französische Vereinigung einsetzt, ausgerechnet vom — Widerständler Nr. 1, von dem Gründer dieser famosen Republik, Herrn General Charles De Gaulle! Derjenige, der sich mit einem Präsidenten Roosevelt verbündete, um die „bedingungslose Kapitulation" zu erreichen, erklärt vor einigen Wochen: „Es ist die Stunde gekommen, um mit Deutschland nicht nur zu kollaborieren, sondern sich mit Deutschland zu verbünden, um Europa zu retten!" Unsere 100 000 Märtyrer, Lavalle, Darnant, de Brinon, Brasillach, Paquis, Buccard wurden ermordet, weil sie denselben Satz aussprachen. Sie sind bei den Worten De Gaulles nicht aus ihren Gräbern aufgestanden, und das beweist wahrhaftig, daß Gott nicht mehr Franzose ist, wie es Herr Friedrich Siegburg in einem berühmten Buch behauptet.

De Gaulle also entdeckt endlich das „gute" Deutschland, das weder monarchistisch, noch demokratisch, noch hitlerisch ist, das sich in seinem Kopf identifiziert mit der Deutschen Wehrmacht, einer Wehrmacht, die ihre Wiedererstehung dem Schüttelfrost der französischen Kleinbürger vor dem roten Sumpf verdanken soll ... Vorwärts, blonde Siegfriede, sterbt, um unsere Suez-Kanal-Aktien zu verteidigen! ...

Es ist etwas spät, Herr General, eine Wehrmacht neu erstehen zu lassen, die Sie ja am Gipfel ihrer Macht kennen gelernt haben. Das deutsche Volk hat einige recht gute Gründe, ihren Vorschlägen zu mißtrauen. Ich weiß nicht ganz genau, was es inmitten jener Nacht denkt, in die Ihr „Sieg" es gestoßen hat, aber ich bin mir sicher, daß es bereit sein würde, sein Blut zur Verteidigung unseres Kontinents herzugeben, sich aber weigern wird, es für unsere chauvinistischen Interessen zu opfern, nachdem man ihm in kindischer Wut das kleinste Stückchen afrikanischer Erde vorenthielt; daß es nach seiner restlosen Ausplünderung sicher nicht bereit ist, gerade für die im Reichtum schwimmende internationale Hochfinanz zu sterben.

Herr General, es ist nichts damit getan, daß Frankreich durch Ihre Stimme endlich das „gute" Deutschland entdeckt, nachdem das „böse" Deutschland Hitlers zerschlagen wurde. Damit Ihre Worte geschichtlichen Wert bekommen, übernehmen Sie zunächst einmal wieder die Macht (und Sie werden sehen, daß das heute schon etwas schwieriger ist als 1944!) und dann wird das deutsche Volk Ihnen hoffentlich gerne zuhören. Es ist bereit, die weiße Rasse gegen Asien zu verteidigen. Wenn Sie aber in sauberer und nicht in schmutziger Absicht sich mit Deutschland verbünden wollen, so muß man ihm zunächst einmal gestatten, Würde und Größe seines Schicksals selbst zu gestalten.

Geistige WIEDERGEBURT ist heute das WICHTIGSTE

Von SOLON E. LOW, M. P., KANADA

Die Aufgaben einer Nation gehen weit hinaus über Steuern und Schulden, Produktion und Handel, Gesetzgebung und soziale Sicherheit. Ich möchte Ihnen vielmehr von einer Gruppe nationaler Aufgaben sprechen, die wichtiger ist, als eine der genannten, etwas, wovon man in den Zeitungen und Rundfunkansprachen nur selten hört, etwas, das aber trotzdem einen tiefgehenden Einfluß auf Leben, Gut und Glück eines jeden Volksgenossen hat. Ich tue dies in der demütigen Hoffnung, daß der eine oder der andere Leser dadurch angeregt werden möge, das seine in diesem Rahmen beizutragen.

Ich will mit der Erzählung von einem kleinen Zwischenfall beginnen, der sich in der letzten Woche zutrug. Ich ging zu einem bekannten Holzhändler in der Nähe von Ottawa, um mir ein bißchen Material für einen Drahtzaun zu kaufen. Dabei wurde mir (wie heute ja üblich) mitgeteilt, daß ich das Gewünschte nicht so mir nichts dir nichts bekommen könnte, daß das Holz bekanntlich immer noch knapp sei, und daß ich noch ein bißchen warten müßte. „Das heißt", fügte man dann aber gleich hinzu, „wir haben gerade im Augenblick ganz ausgezeichnetes Material auf Lager. Das können sie sicher gebrauchen, erste Qualität, 120 Dollar tausend Fuß. Wir schicken es ihnen gleich heute zu. Sie haben ganz großes Glück gehabt." Dabei wurde mir gleich klar, was für ein Lump ich eigentlich war, für ein paar Fuß Holz einen solchen Preis zu bezahlen. Aber die Versicherung des Unternehmers, daß es sich um erstklassiges Material handele, und daß ich es noch am selben Nachmittag bekommen würde, gab den Ausschlag. Ich bezahlte und ging in dem Gefühl, ein glücklicher Mann zu sein.

Der Nachmittag verging und kein Holz kam. Am Telefon sagte man mir, daß die Leute Tag und Nacht beschäftigt seien, daß aber meine Bestellung trotzdem soeben gesägt und zusammengestellt worden sei. Etwas mißtrauisch geworden fuhr ich eine Viertelstunde darauf zu dem Geschäft und stellte fest, daß alles dicht war und nur noch ein Wächter auf dem Hof spazieren ging. Von meinem Material konnte ich nichts sehen, auch war offensichtlich nichts bereit gestellt worden. Früh am nächsten Morgen rief ich den Geschäftsführer abermals an und wurde etwas deutlicher. Das hatte denn auch Erfolg: das Holz wurde geliefert. Als ich es mir ansah, mußte ich feststellen, daß es so ungefähr das elendigste Zeug war, das ich seit meiner Zeit als Lehrling in der Sägerei am Crow's Nest-Paß gesehen hatte. Das meiste davon eignete sich nicht einmal zu einem Schweinestall, viel weniger für einen Bretterzaun. Außerdem war es nicht einmal nach den bestellten Längen geschnitten.

Sie können sich meine Gefühle vorstellen. Ich fuhr noch einmal zu dem Holzhändler und protestierte gegen die Ausführung meines Auftrages, die ich für einen vollendeten Betrug hielt. Mir wurde glattweg erklärt, ich hätte die mir zustehende Ware erhalten: „Und jetzt gehen sie gefälligst und belästigen sie mich nicht mehr." Meine Erregung steigerte sich, und ich verlangte, daß das Holz sofort zurückgeholt würde, ich wünsche solchen Dreck nicht und nicht zu diesem Preis, und wenn ich niemals einen Zaun bekommen sollte. Es scheint, daß dabei in meinen Augen ein bestimmter Ausdruck war, der den Herrn überzeugte. Er gab mir schnell das Geld zurück und holte innerhalb von fünf Minuten das Holz wieder ab. Ich glaube, er wollte nicht, daß die Regierungsinspektoren sehen sollten, was er für 120 Dollar für Holz verkaufte.

Aber warum erzähle ich Ihnen diese ganze Geschichte? Aus folgenden Gründen. Erstens hielt ich den ganzen Vorgang für ein Symptom und nicht etwa nur für einen Einzelfall. So würden sie wohl alle handeln, wenn dieses Land jemals das Unglück hätte, dem Staatskapitalismus zu verfallen. Dann würden sie alle ohne Gefahr viertklassiges Holz als erste Qualität den Kunden andrehen. Mit dem „Dienst am Kunden" wäre es dann ganz aus.

Dieser Holzhändler war sicher der Meinung, daß Holz derzeit so knapp sei, daß er keine Unterbietung zu fürchten brauche und darum dem Kunden berechnen könne, was er nach seinem Aussehen vertrage. Da in der betreffenden Gemeinde auch keine weitere Konkurrenz

für ihn besteht, sah er schon gar keine Notwendigkeit mehr für einen „Dienst am Kunden". Es ist menschenverständlich, daß man nur so viel leistet, wie zur Aufrechterhaltung des Geschäftes notwendig ist. Wenn die Kunden also vor die Wahl gestellt waren, Holz zu kaufen, oder nichts zu bekommen, warum sollte er sich da noch über die Güte seines Kundendienstes Gedanken machen? Beinahe jedes Monopol denkt so. Die Kunden haben normalerweise die Folgen zu tragen. Die Kommunisten und ihre marxistischen Freunde erzählen ihnen, daß wir sogar ein Staatsmonopol haben müßten. Meinen Sie auch nur einen Augenblick, daß ich besseres Holz bekommen hätte, wenn jener Holzhändler der Verwalter der einzigen staatlichen Holzverkaufsstelle am Platz gewesen wäre? Ich denke, wir sind uns einig darüber, daß seine Unverschämtheit dann wohl wahrscheinlich noch größer gewesen wäre, und er mir ganz bestimmt nicht mehr das einmal gelieferte schlechte Holz wieder zurückgenommen hätte.

Nein, mit Regierungsmonopolen an Stelle der privaten stellt man die Uebel der gegenwärtigen Zeit nicht ab. Es würde wahrscheinlich sogar noch schlechter werden.

Ich möchte aber nicht mißverstanden werden. Die Händler sind nicht alle so. Nach einiger Suche nach Holz fand ich sogar heraus, daß dieser Herr sich angewöhnt hatte, die Mangeljahre zu seinem Vorteil auszunutzen, weil die Konkurrenz, die ihn früher in ordentlichen Bahnen kaufmännischer Gepflogenheiten hielt, durch Regierungsmaßnahmen zerstört worden war. Er hatte aber nicht gemerkt, daß die Belieferung sich wieder gebessert hatte, und daß andere Holzhändler ihre Kunden besser bedienten. Ich fand schließlich auch einen solchen Händler und bekam das gewünschte Material von ihm und 25% billiger. Die Qualität des Holzes war etwas besser, und der Dienst am Kunden war es ganz entschieden.

Und jetzt komme ich zu dem zweiten Grund für meine Erzählung. Seit Jahren hat eine pausenlose, teuflisch ausgeklügelte und gut organisierte materialistische Propaganda eine dauernde Verschlechterung der Moral und Geisteshaltung unseres Volkes bewirkt. Besonders klar trat dies in den letzten Kriegsjahren zutage, als wir nach einer schweren Periode der Armut zu vorübergehendem materiellem Reichtum kamen. Der unheilige Materialismus ging an seine tödliche Arbeit. Er plante die Verwicklung der Welt in einen Krieg und nach Erreichung seines Zieles verbreitete er Verwirrung, Chaos und Furcht, um Haß und Mißtrauen in die Herzen der Menschen zu säen. Diese Gefühle sind es, die die Einigkeit zersplittern. Sie wollen, daß jeder den einzigen Weg zum Erfolg im größten Ausmaße materialistischen Wohlstandes und politischer Macht sieht. Unter solchen tragischen Mißverständnissen ist es dann nicht schwer, die Menschen in dem Glauben herumzuhetzen, man wolle ihnen Fallen stellen. Voller Mißtrauen begegnet dann einer dem anderen.

So ist es denn klar, daß unser erstes Ziel heute in Kanada, wie in der ganzen Welt die geistige Wiedergeburt sein muß. Wir müssen wieder alle davon überzeugt sein, daß die geistige Unverletzlichkeit des Einzelnen, der Familie und des Staates die einzige Grundlage für die Wahrung des Friedens und des Wohlstandes ist. Wahre Demokratie braucht einen solchen Ausgleich zur Erhaltung der Freiheit aller Menschen. Wir müssen Menschen für das Wirtschaftsleben mit derselben Sorgfalt hervorbringen, wie wir Maschinen bauen, Menschen, die stolz sind, freiwillig die Erfordernisse des Staates vor ihre eigenen Interessen zu stellen. Männer sind viel wichtiger als Maschinen. Wir müssen bestrebt sein, die wirtschaftlichen, sozialen und politischen Voraussetzungen für die Entwicklung von gottgeführten Männern und Frauen zu schaffen. Wir müssen die Ursachen des Hasses, der Angst, der gierigen Wollust und des Geizes durch Entwaffnung des unheiligen Materialismus beseitigen. Denn dieser ist es, der Uneinigkeit und Mißtrauen, Unglück und Verzweiflung unter die Menschen brachte.

Ich führe zum Schluß noch die Worte des Gouverneurs James H. Duff an, die dieser bei der Eröffnung der Republikanischen Nationalversammlung in Philadelphia fand. Ich stelle mich voll und ganz hinter diese Sätze und empfehle sie Ihnen:

„Wohlstand ohne moralischen Zweck und ohne Verantwortungsgefühl hat die Mehrzahl der großen Kulturen der Vergangenheit zerstört. Unsere eigene ist in der gleichen Gefahr.

Jeder Tag bestätigt von neuem, daß wir nur mit wirtschaftlichen Waffen für die Zukunft unserer heutigen Kultur kämpfen können. Die Krisis, die die Welt durchmacht, ist zu groß, als daß man einfach ein Dollarzeichen über die Seiten der Geschichte malen könnte.

Der atheistische Materialismus, der das Denken des Einzelnen heute in der ganzen Welt vergiftet, kann nicht durch einen anderen Materialismus überwunden werden, der unseren eigenen nationalen Fortschritt nach dem Maßstab von Gehältern und Profiten werten möchte.

Senator LANGER

Ein Kämpfer für Freiheit und Recht

Niemand in den U. S. A. hat für das deutsche Volk politisch mehr getan, als William Langer, der Senator von North Dakota. Stolz auf seine deutsche Herkunft hat sich Senator Langer seit je schon für eine gerechte und menschliche Behandlung des Landes seiner Ahnen eingesetzt. Sein Interesse an diesen Fragen bezeugte er durch eine endlose Reihe von Amtshandlungen im Senat und außerhalb desselben. Wahrung der Menschlichkeit und Schutz der berechtigten Interessen des deutschen Volkes sind Fragen, die allezeit bei Senator Langer Gehör und Unterstützung fanden. Wenn man gegenüber den ernsten Vorgängen in der Nachkriegszeit von einem Gewissen Amerikas reden kann, so ist Senator Langer dieses Gewissen. Sicherlich wären die Nachkriegsvorgänge in Deutschland und Oesterreich noch erbarmungsloser gewesen, hätte e r nicht in rücksichtsloser Kritik zu den Geschehnissen Stellung genommen. Er war es zum Beispiel auch, der zusammen mit noch elf anderen Senatoren ein Telegramm an den britischen Verpflegungsminister sandte und dadurch erreichte, daß die Britische Besatzungszone Deutschlands endlich für die Einfuhr von Liebesgabenpaketen geöffnet wurde. Sein Verdienst war es auch, daß später das Gewicht solcher Pakete nach Deutschland von den ganz ungenügenden elf Pfund auf 22 Pfund erhöht wurden. Ich weiß aus eigenem Erleben im Senat, wo ich im April 1947 zu diesem Vorgang mein Gutachten abzugeben hatte, wie ungelegen diese Maßnahmen dem State Department kamen, und daß es versuchte, die Angelegenheit aufzuschieben, indem es die Aenderung des Paketumfanges von der Genehmigung der anderen drei Besatzungsmächte abhängig machen wollte. Senator Langer wurde bei seinem Vorgehen von Herrn Siegmund Goetze als Mitarbeiter unterstützt, und es gelang ihm, die Vorlage durchzudrücken.

Zusammen mit Senator Eastland brachte Senator Langer im Frühjahr 1948 eine Gesetzesvorlage ein, welche den Wiederaufbau des zerstörten Deutschlands unter Heranziehung von überflüssigem Heereseigentum in Europa ermöglichen sollte. Da man aber nachher herausfand, daß die Heeresüberschüsse anderweitig inzwischen verwandt, insbesondere auch in andere Länder verschickt worden waren, so wurde diese Vorlage nicht zum Gesetz erhoben.

Im Senat selbst hat der Senator eine Reihe bedeutender Reden gehalten, in denen er mit den Hassern und Verderbern des deutschen Volkes scharf abrechnete. Diese zeichneten sich durch ihre Klarheit und Schärfe aus und sind Musterbeispiele vortrefflich vorbereiteter Parlamentsreden. Sie waren wirksamer als irgendwelche andere im Senat gehaltenen Reden. Die großartigsten und eindrucksvollsten dieser Ansprachen bezüglich Deutschland dürften die am 11. April und Anfang Mai 1949

Was wir in 172 Jahren unseres nationalen Lebens erreicht haben, darf nicht nur nach der Anhäufung von Besitz beurteilt werden. Unser größtes Gut ist vielmehr der amerikanische Lebensstil, unsere ererbten und lebenswichtigen Traditionen, unser Glaube an die Würde jedes amerikanischen Staatsbürgers.

In jeder großen Krise unserer Geschichte haben wir in dem Glauben gehandelt, daß es in der Welt noch eine Macht gibt, die unendlich viel größer und klüger ist, als unsere eigene. Das Vertrauen auf diese göttliche Macht und die feste Zuversicht, daß nur dieser Glaube uns die Gewähr zur Fortsetzung unseres Weges gibt, hat es uns ermöglicht, hier in Amerika die besten Lebensverhältnisse für den Durchschnittsmenschen zu erlangen, die je auf dieser Welt der Geschichte geherrscht haben. Untrennbar aber mit diesem physischen Wohlstand ist die religiöse Freiheit verbunden, wie sie ebenfalls in dieser Vollkommenheit nie in der Vergangenheit geherrscht hat."

Wenn ich mich jetzt von Ihnen verabschiede, möchte ich Ihnen daher noch den nachstehenden Gedanken mit auf den Weg geben: Die Herzen, Geister und Seelen, die Gewissen der Menschen sind die größten Kräfte, die man heranziehen kann, eine bessere Welt zu schaffen. Gott möge unseren Mitbürgern das Urteilsvermögen verleihen, auf daß sie den Mut aufbringen und so handeln, wie es in dieser Stunde der Weltgefahr notwendig ist.

gehaltenen sein. Sie sind im „Congressional Record“ vom 26. April und 13. Mai niedergelegt. In keiner seiner Reden nimmt der Senator ein Blatt vor den Mund. Er schildert alles, wie es ist und schreckt auch nicht vor der Darstellung der Missetaten der Truman-Regierung zurück. Gleich einem Zola klagt er an. Die demokratische Presse hat nicht eine dieser hervorragenden Reden auch nur erwähnt, ein Beweis ihrer Wahrhaftigkeit und Wirksamkeit.

Senator Langer gilt daher mit Recht als der derzeit furchtloseste und aufrichtigste aller Gesetzgeber und wird von keinem anderen an Rednergabe, Feuer, Ueberzeugungskraft und Klarheit übertroffen. Man kann ihn daher den Anwalt des Volkes gegen die grausamen und skrupellosen Uebergriffe der Exekutivgewalt in Europa nennen. In jedem wirklich demokratisch geführten Lande würde eine derartige Folge von begründeten und sachlich aufgebauten Anklagen schon längst den Sturz der Regierung zur Folge gehabt haben. In seiner bedeutenden Senatorsrede vom 13. Mai 1949 heißt es von der amerikanischen Nachkriegspolitik: „Es war die Politik des geplanten Chaos, entworfen, um die deutschsprachigen Völker zu vernichten, eine Politik, die den Kommunisten direkt in die Hände spielt.“

Der Senator verfügt nicht nur über eine hervorragende Rednergabe, sondern in gleichem Maße über eine ausgezeichnete Allgemeinbildung, scharfe Einsicht in das Wesen der Dinge, große Schlagfertigkeit und die Fähigkeit, die Schwächen seiner Gegner zu erkennen und sofort auszunutzen. Er ist deshalb in der Debatte ein gefürchteter Gegner. Bei jeder Angelegenheit, die außenpolitisch oder innenpolitisch das Wohl und Wehe, die Ehre und die Interessen der Vereinigten Staaten betreffen, steht Senator Langer in vorderster Front. Groß und imposant, von hohem Wuchs, ist sein scharf geschnittenes, von Intelligenz, Energie und Menschlichkeit erfülltes Gesicht unwillkürlich der Mittelpunkt des Senats, wenn er die Rednertribüne betritt. Die Deutschstämmigen Amerikas und der ganzen Welt können stolz sein, einen solchen Verfechter des Rechts und der Wahrheit im U. S. A.-Senat zu haben.

Dennoch hat diese überzeugende Beredsamkeit Senator Langers und anderer bis heute keinen entscheidenden Einfluß auf die Außenpolitik unseres Landes ausüben können. Dies ist insbesondere dem Umstand zuzuschreiben, daß der Präsident auf Grund unserer Verfassung diktatorische Macht besitzt und nur durch „impeachment“, das heißt durch öffentliche Anklage abgesetzt werden kann. Da er aber Führer der demokratischen Partei ist, ist dieses beinahe unmöglich.

Auch bei allen Veranstaltungen politischer, humanitärer und gesellschaftlicher Art ist der Senator ein beliebter und gesuchter Redner, der stets seine Zeit dem Verlangen seiner Freunde opferte. Selbstredend hat „Bill“, wie er sich als echter Demokrat gerne nennen hört, unzählige Freunde, die laufend bei ihm Rat holen. So ist er ein vorbildlicher und aufrichtiger Repräsentant und Freund des Volkes, wie Amerika ihrer mehr noch hervorbringen sollte.

Vor einigen Wochen wurde Senator Langer von berufener Seite der „Carl Schurz des XX. Jahrhunderts“ genannt. Der Vergleich hat seine volle Berechtigung, ja, es fragt sich, ob Langer nicht in diesen schweren Jahren mehr für das deutsche Volk getan hat, als unser Vorkämpfer Carl Schurz. Sicher ist, daß die Heimat diesem einen Manne mehr verdankt als jedem anderen Staatsmann und Politiker unserer Zeit. Wer seine Verdienste allein bis zum heutigen Tage überschaut, muß dem Wunsche zustimmen, daß diesem Manne ein Ehrenplatz im Herzen des deutschen Volkes gebührt.

Wer gute Freunde hat, der hat gewöhnlich auch Feinde. Unser Bill macht hierin keine Ausnahme. Selbstverständlich wurde ihm von gewisser Seite übel vermerkt, daß er, der nordamerikanische Senator, beim Yorkville-Wohltätigkeitskonzert im Mai 1947, die Versammelten zum Singen dreier deutscher Lieder aufforderte: „In Lauterbach“, „Die Wacht am Rhein“ und anschließend dem Deutschlandlied.

Auf einer Farm im Staate North Dakota erblickte William Langer das Licht der Welt. Er studierte Jura an der Universität von North Dakota und später an der Columbia-University in New York. Obwohl mehrere New Yorker Anwaltsfirmen sich um ihn bewarben, zog es ihn doch in die Weite des großen Westens zurück. Dort eröffnete er seine Anwaltspraxis und wurde bereits mit 27 Jahren Staatsanwalt. Er prozessierte als solcher große Oelgesellschaften, Eisenbahnen und den Korn-Trust. So zog er die Aufmerksamkeit der unparteiischen Farmer-Liga durch seine Fähigkeiten und seine Furchtlosigkeit auf sich. Sie stellte ihn in den Wahlen 1916 als Generalanwalt auf und er siegte. Wiedergewählt zeichnete sich Langer durch einen kräftigen Feldzug zur Beachtung der Gesetze und staatlichen Maßnahmen aus, die zu Gunsten der Farmer erlassen worden waren.

1920 war er Gouverneurskandidat, wurde aber mit knapper Mehrheit geschlagen. 1932 wurde er erneut aufgestellt und gewählt. Gerade zu dieser Zeit war die Wirtschaft des Staates North-Dakotas wegen anhaltender Dürren am Darniederliegen. Allein Langer



wußte zu helfen. Er verringerte das Staatsbudget um die Hälfte, erklärte ein Moratorium auf die Liquidierung von Farm-Hypotheken und verhinderte so, daß Hunderte von Familien ihr Eigentum, ihre Farmen und Häuser verloren. Auf Grund seiner Fähigkeiten und seiner Beliebtheit wurde er zum zweitenmal zum Gouverneur gewählt. 1940 erhielt er die republikanische Nomination zum Senat und wurde gewählt. Bei seiner Wiederwahl als Senator im Jahre 1946 gewann er sogar jede Grafschaft seines Wahlbezirkes. Seine senatorische Tätigkeit ist ebenso energievoll wie seine ganze bisherige Laufbahn. Er besitzt zweifellos mehr als genügend Attribute, um einmal die höchste Stelle unseres Landes, den Präsidentenstuhl, zu erreichen. Es ist nicht vorauszusagen, ob ihm das einmal gelingen wird, denn Fähigkeiten alleine sind bei den Partei-„bosses" nicht maßgebend. Sicher ist, daß er dann Amerika auf den graden Pfad des Rechts und der Gerechtigkeit zurückführen würde, und daß der Inhalt seiner Politik wahrhaft amerikanisch der Freundschaft gegenüber allen und der Feindschaft gegenüber niemandem gelten wird. Vielleicht

SENATOR LANGER SPEAKS*

Not until the year 1946 did the State Department dare to publish the story of the Paris Peace Conference, which included the violent protests of such outstanding men as **Secretary of State Robert Lansing, who on May 8, 1919, wrote:**

"Examine the treaty, and you will find peoples delivered against their wills into the hands of those whom they hate, while their economic resources are torn from them and given to others. It may be years, before these opressed people are able to throw off the yoke, but as sure as day follows night the time will come when they will make the effort."

Lieutenant George B. Noble, another member of the Peace Commission, wrote on May 15, 1919:

"I believe that the peace, as proposed, will be an execeedingly dangerous settlement ... I believe it will be provocative of future wars, rather than a guarantee of world peace. I feel that the idealism of America has been largely sacrificed on the altar of imperialism."

On May 17, 1919, none other than Mr. William Bullitt, a close friend and personal confidant of both President Wilson and President Roosevelt, sent his resignation to President Wilson in which he wrote:

"I was one who trusted implicitly in your leadership and believed that you would take nothing less than 'a permanent peace' based upon 'unselfish and unbiassed justice', But our government has consented now to deliver the suffering peoples of the world to new oppressions, subjections and dismemberments,—a new century of war."

It is incredible to believe that such a terrible experience as the First World War and the consequences of the abandonment of American principles in the peace settlement should have gone unheeded. Certainly the American people ought to have learned what a terrible price we have to pay when we forsake our traditions.

Yet, instead of learning this lesson and instead of guiding our actions by it, for the second time in this generation we find ourselves parties to the betrayal of American principles which make Versailles seem like a Utopia.

This time the betrayal was long in the making. Few American people know that the original document containing the Morgenthau Plan, which was signed on September 15, 1944, is still a secret, locked up in Hyde Park. No United States Senator has ever seen it, although its basic provisions were incorporated into the Potsdam Declaration. For four long post-war years, this Morgenthau Plan has remained the basis for our policies towards the German-speaking people. No greater outrage has ever been inflicted on the American people, who have become the unwilling victims of the very exploitation and suffering which our earliest American statesmen warned would follow inevitably whenever this government abandoned its great traditions .**The truth is, that no other people in history have ever been singled out for such brutal degradation and deliberately inflicted suffering by the government of the United States.**

All of this time, those who have been responsible for those outrages have been poisoning public opinion and covering up their own bloody tracks with as vicious a propaganda and deliberate falsehood as we ever known. To this moment, the United States Senate has never been consulted or had a chance to accept or reject these policies which are betraying our whole future as a free people. For four long years, this has been going on.

How can there be the slightest question in the minds of this Administration, of the United States Senate, or of the American people that this is a one-way road to catastrophe, and that the time has come for an awakening of public opinion, for a re-orientation of the American mind, and for a complete about-face in America's dealings with the German-speaking people? Across this country today, there are millions of our fellow-Americans who sense this danger, who are as deeply concerned, and who are as earnestly determined to prevent this catastrophe as are those of us who are gathered here.

In my own humble opinion, of all the problems we confront as a free people, there is none so urgently demanding a solution. Those of us who have been closest to this problem know from the bitter experience of the past that this solution will not be forthcoming until it is forced upon the representatives of the American people at the ballot-box. Therefore, we must use what time remains to bring this issue out into the open, to make it the Number One political issue in the next election and prove once again the wisdom of our founding fathers, who devised a system of government which still provides, through the exercise of the ballot in the hands of a free people, the power to right the most grievous wrongs, to amend the gravest injustices, and to remove from office those who would abuse their sacred trust.

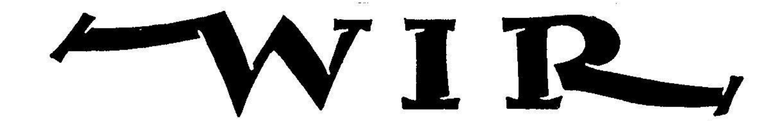
*) At German-American Day, Milwaukee/Wis., June 26, 1949.

---

gestalten sich die Verhältnisse einmal so, daß ein solcher Befürworter des Anstands und der Gerechtigkeit, der Wahrheit und der Menschlichkeit die Leitung unseres Landes in seine Hände nehmen kann.

Je klarer es wird, daß die bisherige amerikanische „große" Politik versagt hat, umso heller wird das Ansehen des Senators Langer leuchten. Senator Langer ist unbezweifelbar der hervorragendste Deutsch-Amerikaner unserer Generation. Wie die Engländer „ihrem" Roosevelt ein Denkmal setzen, so sollten die Deutschen voller Dankbarkeit Senator Langer ein Gleiches tun.

Middlebury, Vermont, im Dezember 1949.
A. O. Tittmann.



WIR

EINE MODERNE ERZAHLUNG IM ALTEN STIL

VON WILLEM SLUYSE, FLANDERN

Am Sylvesterabend 1949 saß Mr. Peters mutterseelenallein im häßlichen Haus der Nr. 126 in der Thomas Moore-Street in D... County D... Es war bitterkalt und in dreißig Minuten begann das neue Jahr. Das heißt, so genau konnte Mr. Peters die Uhrzeit wieder nicht sagen, denn er hatte nur eine billige Uhr, und die war sprunghaft wie ihr Herr. Mr. Peters' Impulsivität war groß und die Ursache vieler eigenartiger Dinge. Es würde hier zu weit führen, im einzelnen darauf einzugehen, und da die Geduld unserer Leser gewiß nicht mehr so groß wie die unserer Großeltern ist, seien nur die wichtigsten von ihnen und auch so kurz wie möglich im folgenden beschrieben.

So leid es uns tut, so müssen wir schon mit der Feststellung beginnen, daß Mr. Peters gar nicht Mr. Peters ist. Wie würden die Großeltern unserer lieben Leser bei dieser Tatsache mächtig erschrecken und wie würde die Fratze eines Vatermörders oder gar eines Falschmünzers oder eines Verfolgers des edlen Grafen von Montecristo heraufbeschworen werden. Doch unseren Lesern aus der fortschrittlichen Gegenwart ist die Tarnkappe des falschen Namens wohl nichts Neues mehr. Fahren wir deshalb fort: wie in den neo-atomischen und alt-aristotelischen Gesetzen hängen auch im Falle von Mr. Peters Ursachen und Folgen ganz konservativ zusammen. Der falsche Name Mr. Peters ist nur die Folge von dem unglücklichen Umstand, daß Mr. Peters seinen wirklichen Namen (und der ist mijnheer Janssen) nicht tragen kann. Warum? Mijnheer Janssen ist zum Tode verurteilt, gründlichst zum Tode verurteilt, zweimal zum Tode verurteilt. Auch bei dieser Feststellung wird der liebe Leser, und auch wieder im Gegensatz zu seinen Großeltern, nicht erschrecken. Denn auch das ist heute nichts Neues mehr. Wir sind ja fast im heiligen Jahre 1950. So brauchen wir nicht viel Worte zu machen von dem Umstand, daß mijnheer Janssen sein Leben — wenigstens juristisch — verspielt hat kraft eines Gesetzes, das erst geraume Zeit nach dem „Vergehen" des mijnheer Janssen erfunden worden ist!

„Aber das ist ja gesetzeswidrig, denn ‚nula poena sine lege' und gar zweimal zum Tode verurteilt! ... Wo bleibt da nur das heilige ‚ne bis in idem,' das unanfechtbare Prinzip aller Rechtsprechung seit den römischen Zeiten ...!" so rief in größter Aufregung ein uralter, mit der Familie Janssen sr. befreundeter Richter aus, der pensioniert, schwerhörig, sechsundachtzig Jahre alt, unmodern und der neuen Zeit verständnislos unelastisch gegenübersteht. Wir verzeichnen diese Sätze nur der Chronik halber, denn dieser alte Richter gehört mit seinen mulmigen lateinischen Sprüchen schon längst nicht mehr in unsere fortschrittliche Welt.

Aber nun laßt uns wiederkehren zu mijnheer Janssen alias Mr. Peters, denn wir können ihn nicht länger in dem unfreundlichen Hause warten lassen, bis wir unsere kulturhistorischen Betrachtungen beendet haben, denn schliche das neue Jahr unbemerkt heran, würden unserer Erzählung sozusagen die Zähne aus dem Munde fallen. Mijnheer Janssen wurde also 1945 zum Tode verurteilt. Beim zweiten Mal war er sogar selbst dabei: der Richter verkündete das Urteil mit eintöniger Stimme, jedoch hasterfüllt, denn im Gerichtssaal zu Amsterdam warteten noch Dutzende von Todeskandidaten, so etwa wie vor dem 10. Mai 1940 die Uebertreter der vielen Fahrradvorschriften. Hinzu kommt, daß es der Richtersgattin jedes Mal eine zähe Verdauunsstörung verursachte, wenn ihr Gemahl zu spät zum Mittagessen erschien.

Wenn wir hier nun wieder eine Zwischenbemerkung einschieben, so wird der Leser es uns gewiß verzeihen, ist sie doch zu drollig, als daß wir sie ihm in dieser etwas trockenen Erzählung vorenthalten könnten: Mijnheer Janssen hat nämlich einen Neffen und dieser hat sich mit einem haargenau gleichen Vergehen schuldig gemacht. Doch wurde dieser Neffe erst 1947 gegriffen und unter derselben blinden „Justitia" und von demselben Richter mit derselben gelangweilten Stimme nur zu — 5 Jahren Gefängnis verurteilt, woraus hervorgeht, daß in unserer fortschritt-

lichen Zeit nicht nur gewisse Großmachtsarmeen, sondern auch die Prinzipien der menschlichen Ordnung sich sehr elastisch zurückziehen lassen — bis zur Selbstvernichtung.

Andererseits wirkt dieses Phänomen in der winterlichen Landschaft des kalten Krieges recht vertaut.

Warum also wurde mijnheer Janssen alias Mr. Peters zum Tode verurteilt? Weil er „des Feindes Waffen aufgenommen hat in oder um August 1941 gegen den Verbündeten unserer Regierung". Nun mag der liebe Leser vielleicht diese Zeit nicht so im einzelnen miterlebt haben und so müssen wir wohl einige Erklärungen zu der Urteilsbegründung geben. „Des Feindes Waffen", die mijnheer Janssen „aufgenommen" hatte, waren in chronologischer Reihenfolge: die deutsche Uniform (bis zum bitteren Ende bestand mijnheer Janssen jedoch darauf, daß die niederländische Flagge nicht von seinem Aermel entfernt wurde und galt deshalb in manchen supereuropäischen Kreisen als rückständig), die dazugehörigen brutalen Stiefel, ein Infanteriespaten, ein Gewehr, einige Handgranaten, eine außerordentliche Pistole, ab Anfang 1943 eine 50 mm-Kanone und ab Juli 1943 eine 88 mm-Kanone — die Letzteren allerdings auf einem Panzer Mark III, bzw. Tiger montiert. Des Richters Waffenkenntnisse waren beschränkt auf einige gelegentliche Besuche im Museum und so bezweifle ich, daß das relativ schwere Kaliber der letztgenannten Waffen bei der Urteilsbildung eine Rolle gespielt haben mag. Andererseits ist es jedoch nicht ausgeschlossen, daß die manchmal übertriebene Berichterstattung einiger deutscher Kriegskorrespondenten über die unvorstellbare Vernichtungskraft des Tigerpanzers doch einen gewissen Eindruck in des Richters Gemüt oder Gehirn hinterlassen hatte und daher als eine der vielen Imponderabilien mit im Gerichtssaal schwebte ... wer weiß?

Was jedoch mit Bestimmtheit dort geschwebt hat, war der warmherzige „good will" dem Verbündeten gegenüber, gegen den mijnheer Janssen so leichtfertig des Feindes Waffen aufgenommen hatte. Dieser selbe „good will" war auch der Grund, daß einer der 1267 in den Niederlanden stationierten Beamten der Sowjetunion im Saal mit anwesend war und nach dem Rechten und dem Richter sah. Bevor mijnheer Janssen sich niedersetzte, warf er noch einen Blick in den Saal und vermeinte, dieses Beamtengesicht schon ein paar tausend Mal und unter verschiedensten Umständen zwischen Djnestr und Kaukasus gesehen zu haben. Mal im Infanteriesturmangriff, mal als es sich riesengroß vor dem Sehschlitz seines Panzers in tierischer Angst übergab, mal als es in endlosen Gefangenenkolonnen vorbeizog, mal, als es bei einer kurzen Urlaubsfahrt von den überdimensionalen Plakaten des Herrn Goebbels mijnheer Janssen angrinste. Aber genau so wenig wie sich mijnheer Janssen an der Ostfront für die Politik daheim oder die Aufgabe seiner Nachbarkompanie interessierte, und sich stets nur s e i n e m Sektor widmete, so ließ er sich auch hier nicht von diesem unverhofften Wiedersehen mit der asiatischen Steppe beirren und widmete sich ganz dem Richter, den Beisitzenden und den ihn umringenden königlichen Marechaussees.

„Weil er des Feindes Waffen aufgenommen hat in oder um August 1941". Eiserne Ruhe war das Charakteristikum, das mijnheer Janssen stets auszeichnete, sei es bei einem mongolischen Ueberraschungsangriff drüben am Don gewesen, sei es bei Bjelgorod gewesen oder sei es nun bei der Gerichtssitzung, die sozusagen dem drüben geleisteten Einsatz die — wenn auch leicht von Dornen durchflochtene — Krone aufsetzte. Aber trotz dieser mustergültigen Selbstbeherrschung wallte in ihm der Aerger auf: Daß es bloß „in oder um August 1941" hieß, war doch nur auf die wohl bekannte deutsche Schwerfälligkeit und den „totalen" Gründlichkeitsfimmel zurückzuführen! Hatten die Deutschen doch wahrhaftig wochenlang, monatelang, ihn und seine Familie, seine Dokumente, das von einem demokratischen Bürgermeister ausgefertigte „Bewijs van goed gedrag", seinen Körper — der von den Haaren bis zu den Zehen 185,6 cm maß, — die Form seiner Nase und seiner Ohren, sein Herz und seine Nieren, seine politischen Anschauungen, seine Ahnentafel und noch viel mehr geprüft, bevor ihm gestattet wurde, an der Ehre teilzunehmen, drüben an Asiens Schwelle Haut und Knochen zu Markte zu tragen. Denn gemeldet hatte sich mijnheer Janssen genau am 21. Juni 1941, morgens um 7.15 Uhr (seine Uhr von damals ging sehr genau). Und dies wiederum hing zusammen mit seiner Impulsivität, die wir fast über so viel Einzelheiten vergessen hätten.

An diesem Sonntagmorgen lag mijnheer Janssen, wie alle anständigen mijnherren, und nicht alleine, in seinem geräumigen Bette ...

Seine Urteile waren immer sehr instinktiv, vielleicht daher auch impulsiv. Tatsache ist, daß er vor dem Einmarsch der deutschen Truppen in seinem Vaterland von seinem Kriegsminister als „Nazi" gelistet war und am 10. Mai 1940 nach einigem innerlichen Hin- und

herschwanken trotz allem glaubte, gegen die Invasoren kämpfen zu müssen. Nachdem er das kurze Kriegszucken Hollands noch einige Tage als Soldat in der Provinz Seeland mit verlängert hatte, war er fest entschlossen, den Krieg gegen die Deutschen, die die Neutralität seines Landes geschändet hatten, wenn es sein mußte, auch irgendwo anders fortzusetzen. Bis der Zufall es wollte — es war am 17. Mai 1940 nachmittags, — daß er Gelegenheit fand, einige Stabskarten des verlassenen Hauptquartiers von Schout-bij-Nacht van der Stadt zu Middelburg einzusehen und dazu noch die entsprechenden Einquartierungsbefehle für französische Truppen, dies alles mit einem Datum, das weit vor dem 10. Mai lag. Daraus schloß der impulsive mijnheer Janssen, daß es mit der Neutralität seines Landes, die er glaubte verteidigen zu müssen, am 10. Mai nicht weit her gewesen sei. Nachdem er nun von den Deutschen kriegsgefangen genommen worden war, und er sich die Freiheit mit Hilfe einiger süßer Geschöpfe seiner niederländischen Garnisonstadt wiedererobert hatte, verweigerte er trotz wiederholter Aufforderungen der Deutschen, irgend etwas mit diesen gemeinsam zu tun. Die Deutschen bezeichneten ihn, wie viele seiner Landsleute, als etwas „beschränkt", aber er, der kleine unbedeutende mijnheer Janssen, fand den deutschen Nichtangriffspakt mit Sowjetrußland nicht richtig. Ohne es zu wissen, verdankte er seiner katholischen Erziehung einen glühenden Bolschewistenhaß und also hielt er sich von den Deutschen und deren Getue fern, obwohl gerade in jener Zeit vor allem der Mittelstand und die Intellektuellen, des deutschen Sieges gewiß, ihre Herzen und Häuser den nunmehr „korrekten" Deutschen bereitwilligst öffneten. Mijnheer Janssen jedoch blieb stur und „Nazi" nach seiner Fasson. Es bedrückte ihn wohl ein wenig, tatenlos der einsetzenden Umwälzung und der praktischen Verwirklichung mancher Ideen, denen er selber anhing, zuzusehen, aber er war nun mal zu wenig elastisch.

... Bis zu diesem Morgen des 21. Juni 1941. Als er sich faul und schläferig den Sonnenstrahlen zudrehte, die durch das große Schlafzimmerfenster hineintänzelten — mijnheer Janssens Pyjama lag meist sauber gefaltet und unbenutzt unter seinem Kopfkissen — kitzelte ihn das Sonnenspiel wach, so daß er mit unsicherer Hand nach dem Radioknopf tastete, denn es war Sonntagmorgen und da pflegte immer sein Schwesterchen im Rundfunk zu deklamieren. Aber statt deren lieber Stimme ertönte heute das unbürgerlich durchdringende Organ von Dr. Josef Goebbels und kündigte den Krieg des Deutschen Reiches gegen die Sowjetunion an. Schlagartig war mijnheer Janssen hellwach und seine Impulsivität jagte ihn nach unten, ließ ihn einen Bogen in die Schreibmaschine spannen und ohne sich um seine dürftige Bekleidung zu kümmern, meldete er sich als Freiwilliger für den Krieg im Osten. Seine vermögende Gattin schüttelte verständnislos den Kopf, wußte sie doch, wie sehr mijnheer Janssen einen behaglichen Sessel, ein reichliches Mahl, einen literarischen Abend mit einigen Gedichten und vielem Getränk, die Freuden der Liebe und des Lebens, die Zwanglosigkeit und die Freiheit (unter uns gesagt: die Disziplinlosigkeit), den kultivierten Ton und Beethoven und Gerschwin liebte. Dagegen wollte er nun preußischen Drill, das unheimliche Rußland, Laufgräben und karge Soldatenkost, Kugeln, Blut, Disziplin, Trommelfeuer wie im Film eintauschen? ... Doch sie kannte mijnheer Janssens Sturheit und so schwieg sie und stellte sich ihr Leben ohne ihn vor.

Mijnheer Janssen wurde, wie schon berichtet, erst im Monat August eingezogen, erhielt eine sechswöchige Ausbildung, die ihm schon deswegen viel zu lange dauerte, weil er fürchtete, zu spät an die russische Front zu kommen. Er nahm noch ein Stück an dem berauschenden Vormarsch teil — nachher nagte der Winter an seinen Zehen und manchmal die Hoffnungslosigkeit an seiner Seele, er gab aber nicht auf und wurde so — wie es schon die heidnischen und christlichen Philosophen und Pädagogen behaupten — noch viel härter als ehedem. Seinen Urlaub verbrachte er als Verwundeter oder auf einer kurzen Reise in die Heimat, wo der Krach mit seinen Schwiegereltern im Quadrat zum Rückzug der deutschen Front wuchs. Einmal weilte er lange am Grabe seines besten Freundes, den die Deutschen als einen gefährlichen Widerständler erschossen hatten. So wie es einem anständigen Gegner zusteht: in den Kopf und ohne Augenbinde. Mijnheer Janssen wurde dann bei dem SS- und Polizeigeneral Rauter vorstellig, sprach über seinen Freund und vernahm, wie sehr die Deutschen ihn achteten, wie vorbildlich er sich bis zum Ende aufgeführt hatte, daß er jedoch als Feind des Reiches auch die letzte Konsequenz hatte ziehen müssen. Mijnheer Janssen war des zufrieden und entgegnete Herrn Rauter, nicht ohne einen vielleicht übertriebenen Nationalstolz, wie schade es sei, daß sein Freund nicht auf deutscher Seite gestanden hätte, denn es täte Not an solchen Männern.

Das war gegen Ende 1942. Am 5. April

1943 wurde der Richtschütze im Panzer von mijnheer Janssen von einem seltsamen Mißgeschick betroffen. Er war Flame und seine Familie wohnte in Mortsel bei Antwerpen. Seine Frau mit den zwei Kindern war zu seinen Eltern gezogen. Eines Nachmittags senkte sich ein alliierter Bombenteppich, der einer Flugzeugfabrik „Erla" galt, aber zwei Kilometer davon stecken blieb, auf Mortsel nieder. Und die ganze Familie des Flamen wurde getötet. Als der Flame das erfuhr, machte er sich am Abend — ein Panzermann! — wie ein Infanterist mit einer geballten Ladung auf den Weg nach einer Sowjetstellung im Vorfeld, wurde jedoch von — wahrscheinlich eigenen — Infanteriewaffen getötet, bevor er das Ziel erreicht hatte. Es wurde ein ganz und gar unnützer Tod. Aber mijnheer Janssen schwor sich in seinem harten Käsekopf, daß er sich für seinen Flamen rächen würde. Das war vielleicht nicht christlich, aber mijnheer Janssen erfuhr, — vielleicht irregeleitet von der deutschen Propaganda — daß gerade diese Flugzeuge, die die Familie seines flämischen Richtschützen getötet hatten, von einem gewissen Kardinal Spellman gesegnet worden waren.

Als ein Jahr später die Invasion kam, lag mijnheer Janssen gerade mit einigen Verbrennungswunden im Lazarett, die er sich geholt hatte, als ihm sein fünfter Panzer unterm Hintern weggeschossen worden war. Die Verbrennungswunden waren noch nicht ganz geheilt, aber die Wunde in mijnheer Janssens Herzen über den Tod seines flämischen Richtschützen brannte noch immer schmerzlicher. Und so zog er an die Westfront, zum zweiten Mal freiwillig, denn ursprünglich hatte er sich nur für den Kampf gegen den Bolschewismus gemeldet. An der Invasionsfront tobte mijnheer Janssen mit einem Tiger umher und war lange Zeit bei der 12. SS-Division, der Division der Pimpfe, beim Gegner „Cracks" genannt. Die Pimpfe standen der 1. und 3. Kanadischen Division und verschiedenen englischen und schottischen Truppenteilen gegenüber. Weder die Pimpfe noch mijnheer Janssen und sein Tiger wichen diesen hervorragend Kämpfenden und noch hervorragender ausgerüsteten, ausgebildeten, wohlgenährten und bewaffneten Divisionen auch nur einen Meter, sie standen wochenlang da südlich von Caen. Als mijnheer Janssens unverwüstlicher Tiger wegen Benzinmangel nicht mehr vom Fleck kam, — ein Benzinlagerhauptmann in Paris hatte aus Unaufmerksamheit zwei Millionen Liter Sprit in die Abendluft jagen lassen und wurde im Zeichen des totalen Krieges strafversetzt — machte mijnheer Janssen aus seinem Panzer eine Art Artilleriestellung und wurde auf Grund seiner Impulsivität bei einem Tieffliegerangriff außerhalb seines Panzers verwundet. Den Schlußakt des Krieges erlebte er irgendwo an der Ruhr mit, schlich sich nach der Kapitulation über die Grenze in seine Heimat und wurde dort empfangen von einer heroischen Familie, die sich im Widerstandskrieg seit der ersten Stunde bedingungslos für i h r e Auffassung zum Heil der Heimat eingesetzt hatte, die auch die folgenden schweren Blutopfer gerne auf sich genommen hatte, aber die nunmehr mit Entsetzen erlebte, wie sehr ihr Ideal einer Befreiung verraten und beschmutzt wurde. Durch irgendeinen Zufall wurde dann mijnheer Janssen von den Fouché-Schülern gefaßt.

Wir haben — ohne es zu wollen — die Geschichte von mijnheer Janssen etwas ausführlicher berichtet als wir die Absicht hatten. Das kommt daher, weil wir mehr Zeit haben als der geplagte Richter, den wir soeben unhöflicherweise im Gerichtssaal haben sitzen lassen. Alles nur darum, weil sich mijnheer Janssen noch nachträglich darüber aufregte, daß er nicht, wie es in Wirklichkeit gewesen war, „im Juni 1941 des Feindes Waffen gegen ... usw." aufgenommen hatte. Wir wollen also den roten Faden wieder aufnehmen.

Nachdem der Richter mit lustloser Stimme die Einzelheiten der Urteilsvollstreckung verlesen hatte, wurde mijnheer Janssen aufgefordert, noch etwas zu sagen. Er stand auf, mit der eckigen Bewegung eines Soldaten der Waffen SS ... Er öffnete den Mund und hörte sich zu seinem eigenen Erstaunen sagen: „Sie können mir viel erzählen und mich zum Tode verurteilen. Ueber Gesetze spreche ich nicht, mein Rechtsanwalt könnte das viel besser. Ich denke nur daran, wieviele meiner Kameraden, viele Deutsche und viele Nichtdeutsche, gefallen sind — die Deutschen für Deutschland, wir Flamen und Niederländer für unsere Heimat, die Norweger für ihr Land, die Schweden für Schweden, alle für i h r e Heimat. In diesem Kampf ist jeder von uns über das „Ich" hinaus zum „Wir" gelangt — ist unseres jeden Land unter dem Druck der äußeren Gefahr dahin gelangt, den Egoismus des „Ich" zu überwinden und an der Stelle des auflösenden „Ich" das verbindende „Wir" im Herzen zu tragen. U n s e r Land, Richter, u n s e r Europa wird nur erhalten bleiben, wenn es dieses „Wir" findet, das e c h t e „Wir" von uns im Osten erlebt, im Schützengraben, beim Sturmangriff, bei Einkesselung und tausendfacher Feindesübermacht. Das „Wir", welches uns weinen ließ

beim Anblick der sinnlosen Verwüstung in der Normandie, in Köln, bei Monte-Cassino und in Enschede. Denn in der Normandie, in Köln, in Monte-Cassino und in Enschede bebte dieses „Wir" und gab Leben und Heiligung der toten Materie. Dieses „Wir" kennen die Kalmücken nicht und auch nicht die glattrasierten Barbaren von Wall-Street. Dieses „Wir" werden nur wir kennen. Nach vielen Leiden, nach blutigem Kampf ... wir ... Sie, Richter ... und ich ..."

Mijnheer Janssens trockene Zunge glitt über seine noch trockeneren Lippen und er setzte sich genau so eckig nieder wie er aufgestanden war. Ein Hammerschlag — die Sitzung war zu Ende. „Genau wie bei einer öffentlichen Auktion", dachte noch Mijnheer Janssen und dann galt seine Aufmerksamkeit ganz dem neuen Problem. Mijnheer Janssen hätte gegen eine rasche Vollstreckung des Urteils nichts einzuwenden gehabt. Er erfuhr jedoch, daß es wohl zu den neuen Normen unseres fortgeschrittenen Zeitalters gehört, die Verurteilten monatelang mit dem Leben Katze und Maus spielen zu lassen. Der liebe Leser wird verstehen, daß diese Art nicht im Charakter von mijnheer Janssen lag, und daß er sich deshalb entschloß, bei der ersten besten Gelegenheit zu flüchten. Diese ergab sich schneller als von ihm selbst und seinen Wächtern vorgesehen war. Jedoch ist es noch nicht an der Zeit, dies alles genau zu berichten, denn wie Devisen, das Symbol der neuen Ordnung, wird auch die Freiheit streng kontrolliert. Tatsache ist, daß Mijnheer Janssen dem eisernen Griff der Justiz zu entschlüpfen wußte. Es war letzten Endes doch die Gründlichkeit der deutschen Infanterieausbildung, die ihm die Freiheit brachte. Aber „Mijnheer Janssen" mußte vorläufig sterben und da wurde „Mr. Peters" geboren. Des einen Tod ist des andern Geburt.

Nun ist es sicher, daß die Uhr von Mr. Peters in dem häßlichen Haus Nr. 126 in der Thomas Moore-Street in D. ... County D. ... nicht richtig geht: denn es ist noch immer nicht Mitternacht. Weil von dem trostlosen Zimmer, in dem Mr. Peters weilt, nicht viel zu berichten ist und weil Mr. Peters von seiner Frau auch nur indirekt erfahren hat, daß sie sich von ihm hatte scheiden lassen, zumal dies so unkompliziert ist, wenn der Mann Waffenträger war, so unkompliziert, daß die Scheidung automatisch stattfinden kann — weil also von einer Sylvesterstimmung nicht die Rede sein kann, wissen wir uns nichts Besseres als für einen kurzen Augenblick die Schädeldecke von Mijnheer Janssen abzuheben.

Unter dieser Decke tut sich im Augenblick allerhand. Ein Gedanke von Mijnheer Janssen läuft z. B. schnurstracks nach Antwerpen in das Gefängnis in der Begijnenstraat: in Zelle 365 sitzt, besser gesagt steht (denn wie wenig wird tatsächlich in einer Zelle gesessen, es wird vielmehr gelaufen oder gelegen) sein Frontkamerad D. v. W. Er ist noch blutjung und feurig. Vor dem Gericht hatte er nicht den überlegenen und leicht philosophierenden Ton von mijnheer Janssen gehabt, vielmehr hatte er furchtbar getobt. Die Flamen sind sowieso viel feuriger und können unvergeßlich toben. Auf die Frage, ob er seine Taten bereue, hatte er geantwortet: „Ich würde sie Stück für Stück genau so wiederholen!" Als der Richter ihm vorwarf, daß er noch viel zu jung sei, um über die Welt und den Aufbau Europas urteilen zu können, und daß er sich schämen solle, eine fremde Uniform angezogen zu haben, rief er höhnisch lachend: „Was die sogenannte belgische Armee jetzt trägt, ist nichts anderes als eine englische Uniform und sogar das Wort Belgien steht in Englisch darauf. Sie meinen, ich sei zu jung, nun gut, aber nie zu jung, um meine Kraft für ein Ideal herzugeben. Sie aber, Sie sind zu alt, Sie wollen mit Ihren verkalkten Ideen eine ideologische Sintflut, die aus dem Osten hereinbricht, aufhalten und das mit dem Gerede über die vier Freiheiten, die Sie selber mit Füßen treten, Sie wollen mit Francs und Dollars ein neues Evangelium bekämpfen ...!" Bei diesen Worten hatten die Gendarmen auf ein Zeichen des Anklägers, der nicht älter war als D. v. W., ihn auf seinen Sessel zurückgerissen. Aber bevor er noch den Saal verließ, hob D. v. W. den linken Arm zu einem bestimmten militärischen Gruß (den rechten Arm bzw. dessen Reste hat D. v. W. an dem südöstlichen Ausgang von Rostow am Don liegen lassen, da wo der Weg hinausführt zum herrlichen Strand des Asowschen Meeres). „Mon panache", sagte das französische Vorbild von D. v. W. — und wieviel Französisches ist leider ins Deutsche nicht übersetzbar.

Ein weiterer Gedanke von mijnheer Janssen — wir konnten leider nicht feststellen, ob gleichzeitig, ob neben- oder untergeordnet — befaßte sich mit einem ganz bestimmten Herrn: K. war ein Norweger, der im Jahre 1942 58 Jahre alt war, dessen Sohn bei der alliierten U-Bootwaffe war und dessen Tochter bei den Hilfstruppen der RAF diente. Er war ein wohlbekannter Dichter und stand im Jahre 1942 in Uniform, mit Gewehr, Handgranaten und trockenem Brot, zusammen mit verschiedenen Norwegern, unter ihnen dem Sohn ei-

nes bekannten Nobelpreisträgers für Literatur, in der vordersten Linie vor Leningrad. Die Norweger lernten gemeinsam vor Leningrad, was Hunger ist und was es bedeutet, europäischer Freiwilliger zu sein. Die Norweger sind ein so verschlossenes Volk, daß wir dem lieben Leser leider nichts Näheres darüber erzählen können, auch nicht über die norwegischen Beziehungen zu den nordrussischen Pans.

Plötzlich beobachteten wir, wie es unter der Schädeldecke von mijnheer Janssen grinste. Das war bei dem Gedanken an die Finnen, die er im Winterkrieg 1941/42 am Unterlauf des Donez kennen lernte. Teufelskerle waren das! Stiefelputzen und Wacheschieben war nicht ihre Sache, aber Spähtrupps ... da waren sie ungeschlagene Meister. Bis zu Kriegsende konnten sie immer noch kein richtiges Wort Deutsch sprechen und verdankten vielleicht, genau wie die kriegerischen Wallonen, diesem Umstand mit ihr großes Prestige bei den Deutschen.

Nun wird es Zeit, daß wir die Schädeldecke von Mijnheer Janssen, die übrigens von einer ungewöhnlichen Dicke ist, wieder zumachen. Der Mann hätte uns sonst noch mehr Zeit genommen, und damit auch unserem lieben Leser. Wir gedachten zuerst in diese Erzählung eine bittere Note zu fügen, aber es war uns beim besten Willen nicht möglich, bei mijnheer Janssen Bitterkeit festzustellen. Sogar dem Geschehen in Indonesien und den letzten waffenrasselnden Meldungen über den kalten Krieg zeigte er die noch kältere Schulter. Und dabei hatten wir doch gedacht, daß es ihm doch eigentlich wohl tun sollte, zu erleben, wie die Welt ganz allmählich entdeckt, was er bereits am 21. Juni 1941 entdeckt hatte. Leider war es damals vielleicht zu instinktiv, bestimmt wohl zu impulsiv ...

„Adieu, lieber Leser, ich habe mich entsetzlich angestrengt!" Mit fragendem Blick voll Unverstand, schaust Du mich jetzt an ... Aber nun geh schon ... bald ist es Mitternacht und Du mußt Dich Deiner Familie widmen ... und morgen Deinem Geschäft, Deiner Politik, Deiner Promotion, der Devaluation, dem Marshallplan ... nun, so geh doch ...

Ich sehe Dich um die Ecke biegen, lieber Leser, ich gucke, ob Du nicht nochmal zurückkommst ... nein, Du kommst nicht zurück. Schade ... oder vielleicht auch besser ... Denn jetzt bin ich mit ein paar Riesensprüngen oben, jage die Treppe hinauf in dem häßlichen Haus Nr. 126 in der Thomas Moore-Street. Mr. Peters steht auf aus seinem „Denkstuhl" und Janssen reicht mir die kalte, feste Hand. Er legt sein Herz in mein Herz, seinen Traum in meinen Traum und so sind wir eine starke Burg. Draußen ballert es und Sirenen heulen zum neuen Jahr.

Wir sind zusammen, ob in den Lagern und Kerkern, ob in den ausgebombten Städten oder in der heißen Sonne Brasiliens oder in der eisigen Stille Sibiriens, ob in Indochina oder Kanada, wir, w i r, die tapferen Witwen und Kinder unserer Kameraden, unsere gefolterten, beraubten Eltern und Geschwister ... wir ... hörst Du es, Leser ... wir ... hörst Du es, Welt von „Ichs" ... w i r! ...

Der kleine Trommler

„Lotterwirtschaft", rief ein kleiner Junge, der stolz vor dem Bäuchlein eine Trommel trug. Die war schon des Großvaters Entzücken gewesen, damals in der Jugendzeit. Nun hatte der Weihnachtsmann sie dem Enkel beschert.

„Lotterwirtschaft", rief der Junge, und dann trommelte er.

Zwei Spatzen flüchteten erschrocken von ihren Roßäpfeln in die Dachrinne.

„Hast du das Wort gehört?" fragte der eine. „Es kommt auch zuweilen dort aus dem Küchenfenster."

„Ach, das ist ein Stück menschlicher Unterhaltung", erwiderte der Gefragte. „Dem Hausherrn paßt verschiedenes nicht in der Wirtschaft seiner Frau und seines Jahrhunderts."

„Aha", bemerkte der Fragende, „und jetzt soll der Knabe diese Wahrheit allen Leuten verkünden."

In diesem Augenblick rannte ein Mann auf den Jungen zu, riß ihm die Trommelschlegel aus der Hand und schlug, wohin es traf.

„Merkwürdig ist das bei den Menschen", stellte der erste Spatz fest. „Wer die Wahrheit austrommelt, dem haut man die Schlegel auf den Kopf".

Gotthilf Hafner.

Castell Bó

VON MARIANNE LANGEWIESCHE, MÜNCHEN

Ich wachte auf, als die letzten Häuser von Farlan hinter uns lagen. Wir konnten noch nicht lange gefahren sein, denn es war noch kühl. Neben unserm Wagen fließt immer noch der Fluß. Er begleitet uns schon seit drei Tagen. In vielen willkürlichen Windungen schlängelt er sich durch ein grünes und fruchtbares Tal. Unsere Straße macht alle Windungen des Flusses mit. Weinberge grenzen das Tal ab. Sie schieben sich ineinander und lassen Durchblicke in andere Täler frei. Auch sie sind grün und fruchtbar.

Die Höhen haben sanfte Linien wie Rücken schöner Tiere, die nicht gewohnt sind Lasten zu tragen oder vorm Wagen zu gehen. Einzeln oder in kleinen Gruppen stehen Zypressenbäume mit ihren langen, schmalen Morgenschatten; sie reichen wie dunkle Stege in das Blau des Flusses. Der Duft des reifen Sommers dringt durch das Fenster in den Wagen.

Landleute begegnen uns. Sie tragen auf dem Haupt Körbe mit Früchten auf den Markt von Farlan. Wagen kommen uns entgegen, beladen mit Melonen und Mais.

Dann wird das Tal eng. Die Weinberge haben aufgehört. Statt ihrer schieben sich Berge eng an das Flußbett heran. Sie sind bewaldet, doch sieht man Stücke nackten Felsens zwischen den Bäumen.

Wir fahren so dicht am Ufer des Flusses entlang, daß ich manchmal befürchte, wir könnten in ihn stürzen; er hat sein schönes Blau verloren und ist grau und jetzt auch ziemlich reißend. Er führt Geröll von den Bergen mit. Ueberall bildet es kleine Stauwehre.

Es wird warm. Meine Mitreisenden unterhalten sich. Die Luft im Wagen ist verbraucht und drückend. Der Wagen fährt langsam, der Weg scheint sehr zu steigen.

Aus den Bergen ist das Grün jetzt ganz verschwunden, nur wo der Felsen den Fluß berührt, wächst Ginster. Sonst ist alles kahl.

Im Frühling, — sagt ein Mitreisender, — kann man hier überhaupt nicht fahren, dann ist alles ein stürzender Fluß. —

Jetzt begegnen uns auch keine Wagen mehr. Nur manchmal ein Reiter auf einem Maultier. Sie wechseln im Vorüberschreiten mit unserm Kutscher ein paar Sätze. Aber ich verstehe kein Wort. Sie tragen unter ihren kurzen Jacken breite Ledergürtel; die sind mit Patronen bespickt.

Es gibt, — sagt einer im Wagen, — hier nicht nur gefährliche Tiere. — Felsbrocken liegen im Wasser. Und dann hört auch das letzte bißchen Grün auf. Es ist nur noch Felsen da, grauer, nackter Fels. Er stürzt zum Flusse ab und ist so gierig darauf ihn endlich zu vertreiben, daß die Felsenspitzen sich manchmal, wie bei einer Kuppel, zu berühren scheinen, irgendwo da oben, wo der Himmel wohl noch blau ist und nachts wohl doch noch Sterne sind.

Ich versuche wieder zu schlafen, doch die Straße ist jetzt so steinig, daß man wie in einem Mörser gestoßen wird.

Das Wasser stürzt mit einer solchen Wucht herab, daß unsere Wagenfenster naß sind, als ob es regnete. Vielleicht regnet es auch. Alles ist dunkel von Feuchtigkeit. Es wird sehr kalt.

So fahren wir steil aufwärts und doch so, wie in einen Abgrund, langsam, Schritt für Schritt. Wir nähern uns einer Unendlichkeit der Felsen, in der die Luft ganz dünn sein wird und dann das Leben endet.

Irgendwo von uns entfernt, wie der Morgen entfernt ist vom Abend, schlängelt sich im Tal ein Fluß, wie in dem Märchenbuch die Schlange sich windet, die goldene Krone auf dem kleinen Schlangenhaupt.

Wir verlassen den Fluß und biegen in ein Seitental. Und dann fahren wir in das Goldne eines Lichts, in einen Riesenbrand, der all die Felsen und das Grünelose in Flammen setzte und in Flammen hält. Wir fahren in die Gluten einer Leidenschaft. Sie ist unmöglich bei dieser Härte und verzehrt dennoch leuchtend alles Grau des Fels. Hier gibt es keine Brücken schlanker Zypressenschatten, hier gibt es nichts was Wasser hindern könn-

te, herabzustürzen. Hier gibt es keinen Tag und keine wandelbaren Jahre. Hier gibt es nur das Feuer — nicht das milde Licht der Kerze, das du mit deiner Hand beschützen mußt, — nein, das Feuer, das von keines Menschen Hand entzündet hier verbrennt, sich selbst verbrennt, da es nichts andres findet, was es verbrennen könnte, da alles schon von ihm in Flammen steht.

Ich ahne nicht, daß in dem Leuchten dieses Abendhimmels die Trümmer einer Festung liegen.

Castelle stehen dort, wo das Schicksal kreist, wie Adler kreisen und dann niederstoßen.

Sie kennen kein Lächeln, keine Liebenswürdigkeit und keine Anmut. Sie sind nicht gebaut als Stätten der Demut oder des Glücks. Sie haben mit der Liebe nichts gemein.

Es geht niemals bei ihnen um andere Dinge, als um das Leben oder um den Tod. Dazwischen gibt es für sie nichts.

Kalt sind sie, hart und streng wie der Stein, auf dem sie stehen und aus dem sie gebaut worden sind. Sie sind wie Felsen und sollen wie Felsen sein. Grau sind sie wie der Fels und ohne Erbarmen wie er. Die Einsamkeit lagert um sie.

Sie warten nicht darauf, daß der Krieg an ihre Pforten klopft um dann die Pforten ängstlich vor ihm zu schließen.

Sie leben den Krieg, die Gefahr. Sie haben ein Bündnis mit dem Tode geschlossen und werden dem Bündnis nie untreu. Sie glauben nicht an die Unsterblichkeit der Seele, denn sie sind nicht fromm. Sie nehmen den Kampf auf, den das Sichcksal ihnen bietet. Sie bestehen ihn oder sie erliegen, aber sie bitten niemals um Pardon.

Sie kennen keine andere Musik als das Geschützfeuer und sie erwecken keine anderen Laute.

Brecht nicht den Stab über sie, um der Ehrfurcht willen vor den Toten, die auf beiden Seiten für Castelle fallen.

Einmal fallen auch sie. Doch wenn sie stürzen zittert die Erde. Die Erde zittert nur wenn Große fallen. Sie stehen unmittelbar vor Gottes Angesicht und sterben, wenn Er, der den Stein erschuf, die Seite umblättert, darauf verzeichnet sind die Namen der Soldaten, die für Castelle in den Tod gegangen sind. —

Mit einem scharfen Griffel waren die Berge in den Himmel geätzt. Ich sah auf dem ganzen Weg zum Castell Bó nirgendwo einen Baum, überhaupt nichts Grünes, nichts, was das Grau der Felsen hätte unterbrechen können.

Und doch war die Landschaft nicht trostlos. Sie war weit über alle Begriffe hinausgewachsen, in denen nach Trost gefragt wurde. Der Stein herrschte. Alles andere war dagegen belanglos und nichts anderes würde sich hierher wagen.

Ich ging so zum Castell, als hätte ich eine Schranke durchbrochen und wäre in ein Reich eingetreten, das man lebend nicht betreten darf. Es ist gefährlich durch eine so große Einsamkeit zu gehen, in der selbst der Tod bedeutungslos ist. Ich hatte das Gefühl, keiner würde je mehr den Weg zurückfinden, der hier hinaufgeht. Man wird hier oben auch ein Felsen werden, alterslos, zeitlos und sehr still. So still, daß man die Laute von Menschen oder Tieren nicht mehr ertragen kann, weil dann das Ohr nur noch fähig ist die absolute Stille zu vernehmen. Und nichts würde einen mehr berühren.

Das Castell Bó konnte nicht von Menschenhand gebaut oder zerstört worden sein. Die Quadern, Brocken, Zacken, auf die ich zuging, spotteten der menschlichen Hand. Das Schicksal selbst hatte es aus dem Felsen wachsen lassen, als einziges, was dort je wuchs. Und aus dem Felsen selbst mußte dann auch das Schicksal gebrochen sein, das es zerstörte.

Nein, zerriß. In einem Augenblick zerriß, so daß die Türme zur Seite stürzten, der Mittelbau sich hob und niederbrach, in sich.

Ich wagte nicht in die Ruinen vorzudringen. Sie waren still, grau, kahl und einsam. Ich fürchtete mich. Hier stand der Tod. Die Sonne schien auf ihn. Der Tod stand wie ein Fels. Ich hatte Angst vor ihm. Ich war sehr klein vor den Ruinen.

Ein einziger Fensterbogen stand. Ich kletterte hinauf, denn hier hatte einmal irgendwer hinausgesehen, und ich konnte nicht mehr so alleine sein.

Unter mir standen Bäume.

Es war einmal ein Park, vor hundert oder auch vor zweihundert Jahren. Jetzt ist es ein Urwald, weglos, mit Eichen, Buchen, still, verlassen. Stücke mannshohen Mauerwerks umgrenzen ihn. Die Mauerreste sind verwittert und mit Moos bewachsen. Wo sie eingestürzt sind, dringt der Sturm unaufhörlich ein und weht die Erde fort, nachdem er die Bäume ausgerissen hatte.

Der Stein breitet sich aus. In hundert Jahren wird nichts mehr von dem Park stehen. Felsen wird wieder sein, wo Felsen war, ehe des Menschen Hand und Fleiß Erde um Erde hier ansammelte, in mühseliger Arbeit die Erde mit Mauern schützte und sie dann bepflanzte.

Ob in der Kühle dieses Parks, unter den Schatten der Bäume sich menschliches Leben

überhaupt abspielte? Nichts kündet von ihm. Es mag trocken und männlich genug gewesen sein. Offiziere, die hier spazieren gingen oder auch ritten und sich nach Hause sehnten. Die Spanier haben Castell Bó sicher als eine Art Verbannungsort empfunden. Dann brachte, selten genug, der Krieg eine gewisse Abwechslung. Sie mögen alles hier herbeigesehnt haben, das in die Langeweile Unterbrechung brachte.

Nie klang ein weibliches Lachen durch den Park, niemals die Süßigkeit einer geflüsterten Liebkosung. Aus den Fenstern des Castells drangen nie die Töne eines Menuetts in diese Stille hier und nie der Klang tanzender Füße.

Daß dem Castell jemals Gefahr begegnen könnte, war ausgeschlossen, denn mit seinen Kanonen beherrschte es alle Straßen und Pässe. So führten sie ein Friedensleben hier, aber ausgestattet mit allem kriegerischen Gerät; Kanonen, Pulver und Soldaten.

So haben sie gelebt, Jahre, Jahrzehnte, Jahrhunderte vielleicht. Das Leben ging vorüber, ohne daß man irgendwo den Abdruck seines Schrittes sah.

Wenn die Kanonen vom Castell donnerten und auf den Bergstraßen Sterbende den letzten Schrei gegen einen heißen und trocknen Himmel sandten, rauschten die Gipfel hier gleichgültig weiter.

Ich will den Park verlassen, da seh ich etwas Weißes schimmern zwischen den grünen Bäumen. Ich gehe darauf zu.

Die Gewalt, von der ich weiß, woher sie kam, wozu sie kam und wann, hat das Castell mit den meterdicken Wänden zerbrochen und zerstört. Der zarteste von allen Tänzen aber, in Marmor nachgebildet, der durchsichtig dünne Schleier eines Marmorfächers, ein Liebeslächeln und ein zartes Werben, das blieb. Das überdauerte.

So ganz beschwingt, so leicht, so traumhaft süß, so ganz verzaubert von sich selbst und ganz in sich verliebt, horcht dieses Paar auf Töne, die niemals hier erklungen sind, auf Zärtlichkeiten, die niemals hier gewesen sind. So stehen sie im Grünen.

Es ist unmöglich hier ein Menuett zu tanzen. Der Platz ist viel zu eng. Doch tanzen sie. Ein Stückchen blauer Himmel blickt durch die Bäume auf sie herab.

Sie tanzen und sie lieben sich für eine Viertelstunde. Warum denn länger? Das wäre Leidenschaft!

Er beugt sich vor und reicht ihr seine rechte Hand. Die Dame nimmt sie nicht, sondern hält den Fächer verschämt vor das Gesicht. So sieht nur ein Aug ihn an, und nur die eine Hälfte ihres Mundes lächelt ihm, indessen ihre andre Hand den Rocksaum gerade so hoch hebt, daß er — denn alles was geschieht, geschieht ja für den Mann und für die Süßigkeiten einer viertel Stunde — die Spitze ihres rechten Marmorschuhs erblicken kann, um ihn mit allen andern Füßen zu vergleichen und festzustellen, daß für diese eine viertel Stunde der ihre doch der zarteste von allen Füßen ist.

Mit seiner linken Hand hält er den Kopf des Degens. Wird er ihn ziehen? Und zu welchem Kampf? Ja, eine Locke wird er ihr verstohlen damit schneiden!

Blüten und Bänder schmücken ihr Haar.

Stürme haben die Bäume entlaubt, Jahr für Jahr. Der Fels dringt in den Park und löst ihn auf. Kriege sind vorüber gegangen und einmal ist auch das Castell zerstört.

Unverändert aber ist das Kunstwerk dieser Haare.

Ob wohl sein Kuß, am Ende dieses Spiels, die Lockenfülle dann verwirren wird?

Doch wann begann das Spiel und welche Leidenschaft hat es beendet, ohne daß die Lockenfülle dieser Haare sich verwirrte, ohne daß der Fächer dem andern Aug erlaubte, den Tänzer anzusehen, und der anderen Hälfte des Mundes gestattete ihn anzulächeln? Ich weiß es nicht.

Niemand ist hier oben, den ich fragen könnte. Und wäre jemand hier, er wüßte es nicht, denn noch niemals hat jemand über etwas, was geschah, die Wahrheit gewußt.

Die großen Leidenschaften entfliehen ihr. Die großen Taten rücken von ihr fort. Haß und Liebe verabscheuen sie gleichermaßen. Sie steht allein auf dieser Welt und mit der andern Welt hat sie nichts gemein.

Die Wahrheit ist ein Grab, darinnen die Posaune des jüngsten Gerichts nicht zu vernehmen sein wird. Was diese Gruft umschließt, wird niemals in die Unsterblichkeit eingehen.

Auf der schmalen Brücke, zwischen Erde und Himmel gespannt, irrt alles Geschehene auf der ständigen Flucht vor den zupackenden und kalten Händen der Wahrheit und sucht einzig nach dem, was ihr so widerspricht, sucht nach Deutung.

Ich erzähle das Ende des Castell Bó.

Man wird mir sagen: So sei es gewiß nicht gewesen.

Dann werde ich fragen: Wie war es denn?

Am 24. Oktober 1808 ritt Generalmayor René de Méricourt mit der dritten Kavalleriebrigade die Paßstraße von Malagré hinauf. Er führte die Vorhut der französischen Armee, die unter Napoleon in Eilmärschen über die

Pyrenäen zog um sich mit der französischen Spanienarmee in der Nähe des Ebro zu vereinigen, bevor die Spanier sie zu einer Entscheidungsschlacht zwingen konnten. Die Dinge in Spanien drängten zur Lösung. Soeben hatte man auf dem Fürstentag in Erfurt den Zwiespalt mit Rußland notdürftig beigelegt. Aber er konnte im Fall eines Fehlschlags sofort wieder auflodern. Seit einigen Tagen wußte Napoleon, daß in Oesterreich mit größter Eile gerüstet wurde, um gegen die Franzosen loszuschlagen, ehe er aus Spanien zurück sein konnte.

Es ging nicht um verlorene Schlachten. Es ging um das Schicksal des Kaiserreichs, um Frankreichs Zukunft.

Es war etwa eine Stunde vor Mitternacht, als Méricourt seine Brigade halten und rasten ließ. Während die Soldaten ihre Pferde versorgten und sich dann selbst in ihre Wolldecken hüllten um ein wenig zu schlafen, saß Méricourt mit seinen Offizieren zusammen.

Vor einer Stunde war der Mond aufgegangen und stand als goldene Scheibe vor dem Nachthimmel. Es war hell genug um eine Landkarte in seinem Licht zu lesen. Sie zeigte nur Felsenhöhen und Felsentäler in dieser Gegend, kein Haus, keinen Baum. Nichts war auf dieser Karte angezeigt, als das Castell Bó, drei Wegstunden von hier entfernt. Es lag etwa elfhundert Meter hoch auf einem breiten Gebirgssattel, von dem es die ganze Gegend beherrschte, die Täler mit ihren wenigen Straßen und vor allen Dingen die einzig fahrbare Straße in dieser Gegend über die Pyrenäen, die Straße von Malagré, auf der sich Méricourt mit seiner Brigade befand, und auf der die französische Armee ihm nachfolgte.

Wir können, — sagte einer von Méricourts Offizieren, — unsern Pferden die Mühe sparen, uns noch weiter zu tragen, denn lebend kommen wir nicht an diesem Castell vorüber.

Er sah Méricourt an und wartete auf eine Antwort. Aber Méricourt schwieg. Er hatte den Befehl, koste es was es wolle, die Straße frei zu kämpfen. Er wußte, was es kosten würde.

Die Straße bot keine Möglichkeit der Deckung. Im Osten stiegen die Felswände steil auf, im Westen zog sich zerklüftetes Felsgestein bis zum Castell. Die spanische Besatzung konnte jede Bewegung auf der Straße verfolgen. Sie lag als offenes Ziel vor den Mündungen ihrer Kanonen.

Sie werden uns abschießen wie Spatzen, — sagte einer der Offiziere. Die Karte zeigte keine Lösung auf die Frage, wie Vorhut und Armee an diesem Castell vorbei kommen sollten. Würde Méricourt sie wissen? Das Vertrauen seiner Offiziere zu ihm war grenzenlos.

Méricourt hatte seine kurze Pfeife angezündet und die Hände in den Taschen des Mantels vergraben. Er hatte die Ferien seiner Kindheit in Castell Bó verlebt. Ein entfernter Verwandter seiner Mutter war damals dort Kommandant gewesen und zugleich Leiter der dort eingerichteten Kriegsakademie, in der junge spanische Offiziere ausgebildet wurden.

Als René de Méricourt, wie es seines Vaters Wunsch und auch der seine war, auf die Kriegsschule in Paris kam, konnte er natürlich das spanische Castell nicht mehr besuchen. Er hatte dann, über der ungewöhnlich raschen militärischen Laufbahn, die frühen Jahre seiner Kinderzeit fast vergessen gehabt.

Doch als er heute Nacht mit seinen Offizieren die Paßstraße von Malagré hinaufgeritten kam, waren ihm viele Einzelheiten jener Jahre wieder eingefallen. Oft war er zu Beginn der Ferien von Malagré nach Castell Bó geritten, jubelnd von Celia empfangen, des Kommandanten kleiner Tochter. Sie wuchs so einsam zwischen Soldaten und Festungsmauern heran. Nun sieht er sie vor sich, wie sie mit strahlenden Augen die beiden Arme um den Hals seines Pferdes legt.

— Wir wollen spielen, René, Monate lang ... —

So kannte er das Castell genau wie diese ganze Gegend. Aber er sprach mit seinen Offizieren nicht darüber.

Das Mondeslicht lag voll auf jener Gegend, in der er als Knabe so oft mit Celia geritten war. Bis hier hin, wo er nun mit seinen Offizieren rastete, begleitete Celia ihn zum Abschied.

— Komm wieder, René. Ich warte auf Dich!...

Er kannte jeden Felsen. Er meinte jeden Stein wieder zu erkennen. So wußte er auch, daß ein unterirdischer Gang vom Castell hinab führte. Er mochte noch aus der Zeit der Sarazenenkriege stammen, für das Castell Bó ursprünglich gebaut worden war, bis es immer mehr vergrößert wurde und jetzt als Muster moderner Festungsarchitektur galt. Seit Jahrhunderten war der unterirdische Gang wohl nicht mehr benutzt worden, außer einmal von ihm, als Knaben. Er erinnerte sich, daß sein Onkel ihn wegen dieses Leichtsinns schalt.

Stellenweise war der Gang durch Erdverschiebungen fast zugeschüttet, aber es war möglich, ihn an jenen Stellen zu durchkriechen. Zu seinem Eingang konnte man gelangen, ohne daß die Besatzung des Castells aufmerk-

sam werden würde, zumal ein paar Mann auch genügten für das, was Méricourt als einzige Lösung wußte, um der französischen Armee den Weg zu sichern.

Das Castell war nicht zu erobern, zum mindesten nicht mit einer Cavalleriebrigade: es mußte unschädlich gemacht werden, sollte nicht Vorhut und Armee unter dem Kanonenfeuer des Castells zu Grunde gehen.

Méricourts Gedanke war, das Castell zu sprengen. Eine halbe Wegstunde von hier entfernt, begann jener unterirdische Gang.

Er sprach den ganzen Plan mit seinen Offizieren durch. Mit den Vorbereitungen zur Sprengung verging der Rest der Nacht. Die Uhr des Castells gab alle Stunden an, die über dieser Arbeit dahin gingen. Méricourt vernahm ihren alten vertrauten Klang. Es war ihm sonderbar zu Mut; als spräche seine Kindheit ihn allstündig an. Er hatte die Uhr zwanzig Jahre lang nicht mehr gehört. Sein Onkel war schon lange tot. Celia mochte inzwischen irgendwo in Spanien verheiratet sein.

Ein Pistolenschuß wird das Zeichen zur Sprengung sein. Méricourt wird ihn abfeuern beim ersten Schlag der fünften Morgenstunde. So wird das Castell selbst seinen Untergang anzeigen.

Einer der Offiziere hat die Lunte in der Hand.

Méricourt richtet die Pistole steil gegen den Himmel.

Er wird gleich schießen.

In einer Minute wird das Castell Bó nicht mehr stehen.

Es ist jetzt vier Uhr und neunundfünfzig Minuten.

*

Nein, er hat sich geirrt! Es war doch nicht die Uhr, es war Celias Stimme, die wie seine Kindheit sprach. Die Kinderjahre trugen Celias Gesicht und gingen wie sie und warteten nun auf ihn, wie Celia wartete.

Nur eine Minute noch! Wie kurz ist diese Zeit! So knapp gespannt wie Kindheit, so schnell vorbei ...

Das Castell hat die beiden Arme seiner Seitenflügel nach ihm geöffnet und hat seine Fenster erleuchtet. Feiern sie dort ein Fest?

Mondeslicht spiegelt sich im Glas, in immer andern Fenstern, die wie Bogen sind. Fenster verlöschen, andere werden hell.

Läuft Celia mit einer Fackel durch die Räume?

— Suche mich, René! —

Das Castell ist voll Soldaten; aber sie sehen ihn nicht. Die Soldaten sehen die Sterne an oben, am Himmel. Das Castell ist voll Kanonen. Und die Kanonen sind auf ihn gerichtet. Aber sie schießen nicht.

Die Hängebrücke ist heruntergelassen. Aber niemand hält Wache auf ihr. Die Pforten sind alle nur angelehnt. Die Tür knarrt in den Angeln. Die Angeln sind verrostet. Warum ist niemand da?

Wo sind denn die Soldaten? Sie haben die Sterne inzwischen alle gezählt und sind dann fortgegangen.

Wo ist denn Celias Vater? Er kann doch nicht der Mann im Mond da oben sein?

Sind alle fortgegangen? Wo ist dann Celia?

In der Halle tropft das Wachs von den Kerzen herunter. Die Kerzen sind verlöscht vom Windzug der Tür. Das Feuer im Kamin flackert auf. Ein Fell liegt dort am Boden. Celia lag des Abends dort und las, die Fäuste in den Backen. Das Fell zeigt noch den Abdruck ihres Körpers. Wo die Füße lagen ist es aufgewühlt, weil Celia, wenn es sehr spannend war, mit ihren Füßen auf dem Fell herauf, herunter schlug.

Ihr dickes Märchenbuch liegt dort. Noch eben las sie darin. Ein Sultan ist abgebildet und um ihn sitzen viele weise Männer. Sie scheinen sehr nachdenklich zu sein. Der Sultan sagt: wer von Euch das schönste Märchen weiß, der soll mein Nachfolger sein. Und Celia schrieb daneben an den Rand: René weiß die schönsten Märchen! Er soll der Sultan sein!

Sie wird gleich wiederkommen. Das Fell ist noch ganz warm. Doch sie kommt nicht zurück.

Er nimmt das Märchenbuch und sucht nach Celia.

Nach oben führen Treppenstufen. Sie sind aus Stein und geben jeden Schritt wieder. Er läuft so schnell, daß es wie ein Glissando klingt, das die Reiterstiefel auf den Treppenstufen spielen.

Der Gang dort oben ist lang und dunkel.

— Celia! —

Der Bär aus brauner Wolle sitzt im dunklen Gang und brummt.

René nimmt den Bär und sucht nach Celia.

Es gehen viele Türen von dem Gang nach rechts, nach links. Er geht den Gang nach vorne und zurück. Wo hat sie sich versteckt? Denn wenn René im Gang hinten ist, singt Celia vorn ein Kinderlied:

... seine Augen schlafverdrossen,
hat das Schäflein halb geschlossen,
weil der Mond ist kommen so ...

Läuft er nach vorn, so singt es Celia rückwärts weiter:

... die verliebten Ringelschlangen
sind schon längst ins Bett gegangen,
weil der Mond ist kommen so ...

Wo hat sie sich denn verborgen, um dann hervorzustoßen mit dem Kriegsruf ihrer Kindheit, die von einem einzigen Wort umschlossen ist:

— René! —

Wo hat sie sich denn versteckt? Er reißt die eine Tür auf. Da wird sie sein:

— Celia! —

Das Zimmer ist leer. Im leeren Raum liegt sein Schwert. Mit dem hat er die Drachen getötet, vor denen Celia sich so gefürchtet hat, weil sie so viele Köpfe hatten. Doch er hatte sie alle bezwungen!

Da sagte sie zu ihm: René, ich heirate dich!

— Celia! ich bin gekommen, weil ich dich liebe! —

Doch niemand gibt ihm Antwort.

Er nimmt das Holzschwert auf und sucht nach Celia. Und wieder reißt er eine Tür auf. In diesem Zimmer stehen nur noch ihre Kinderbetten. Seines ist viel größer und sehr ordentlich. Ihres ist ganz klein und ganz verwühlt von Kinderhänden. Sie haben die Federbetten zu Felsen aufgetürmt. Im Felsenfederbett liegt Celias Puppe in kriegerischer Tracht. Sie ist aus Stoff und ohne Haare. Celia nannte sie trotzdem nach ihm. René, in seiner kriegerischen Tracht lag nachts in Celias Arm.

Sie muß doch eben noch hier gewesen sein, sonst wäre die Puppe nicht da. Es könnte über ihr das Haus abbrennen, wenn sie die Puppe nicht fände, ginge sie nicht.

Einer ihrer roten Kindersamtpantoffeln liegt vor ihrem Bett, der andere liegt drüben, wo die Tür zum nächsten Zimmer führt. Ist sie so schnell gelaufen, daß sie ihn verlor? Und warum lief sie, warum lief sie fort?

— Celia! —

Er nimmt die Puppe und die Kinderschuh und sucht nach Celia. Dort raucht die Kerze noch — es muß im Augenblick sie jemand ausgeblasen haben!

Ein kleiner Spiegel hängt an der weißen Wand. Er sieht hinein und findet noch den Hauch von Celias Atem. Sie ist nicht da, doch sie muß eben noch, grad eben, sich im Spiegel angesehen haben, so kurz ist es erst her, daß der Atem ihres Mundes noch nicht die Zeit fand zu entfliehen.

Er nimmt den Spiegel und den Kerzenstummel und sucht nach Celia.

Ein winzig rosa Haus, mit einem blauen Dach, dann eine Kupfermünze, ein flacher weißer Hund, ein ausgehölter Stein, der Glück bedeuten sollte, ein Stückchen Holz, das aussieht wie ein Fels, darauf der Bettelmönch zur Buße rief, das Blatt von einem Ginsterbusch, das er ihr einmal schenkte — es ist doch eben erst gepflückt, jetzt grade, es ist nicht verwelkt, — liegen in einer Tabakschachtel als einziges in einem großen leeren Raum.

Der Mond hat sich wie eine Ampel an dem runden Bogen des Fensters gehängt und schaukelt hin und her, als wiege er sich in Schlaf.

— Celia! —

Er nimmt die Tabakschachtel und das Ginsterblatt, das rosa Haus, den flachen Hund, die Kupfermünze und den ausgehölten Stein und sucht nach Celia.

Die Laute steht noch da, die sie als Kind gespielt und alle Lieder, die sie als Kind gesungen, sind da, wie ein Akkord. War sie nicht eben hier und sang die Lieder noch einmal alle, die sie als Kind gesungen hat? Die Saiten auf der Laute schwingen noch:

... weil der Mond ist kommen so,
kommen so ...

Er nimmt die Laute und den Akkord und sucht nach Celia.

— Celia, ich liebe dich! —

Die nackten Wände geben ihm zurück:

— Liebe dich! —

Vom Himmel stürzen Sterne. Als Kinder haben sie sich dabei etwas gewünscht.

— Celia! —

Er stürzt hinauf zum Turm und dann herunter ins Verließ, er sucht nach Celia im leeren Pferdestall und sucht nach ihr, wo die Kanonen stehen.

Der Staub liegt auf den Kanonen und Celia ist nicht da. Er trägt in seinen Armen alles, was ihrer Kinderzeit Glück umschloß. Ach, viel mehr Glück umschloß die Kinderzeit mit Celia, als seine Arme tragen könnten.

Er will ihr alles bringen — doch wo ist denn Celia?

Auf ihrem Ruhebett liegt Celia. Sie trägt ein Gewand aus warmem, dunklem Gold. Das Gold umhüllt sie ganz. Sie hat die Arme unter ihrem Kopf verschränkt. Ihr Gesicht ist gebettet in Gold. So sieht er sie und sie ist

anders als vor zwanzig Jahren. Sie ist kein Kind mehr, so wie er kein Kind mehr ist.

— Celia! —

Ihre Augen wenden sich ihm zu. Auch ihre Augen sind aus warmem, dunklem Gold.

— René! —

Sie löst die Arme nicht von ihrem Kopf.

Er kniet nieder neben ihr. Aus seinen Händen lösen sich die Puppe und das Märchenbuch, das frische Ginsterblatt, das rosa Haus, der braune Bär, sein Schwert und der Akkord, die Kinderschuh, der Spiegel und die Laute; sie klingt noch leis.

Hast du wirklich gedacht, René, daß ich dies hier und dich jemals verlassen könnte?

Wenn einmal der Tod kommt, René, so wird er deine Züge tragen, und mit den Händen, die den deinen gleichen, nimmt er mein Herz, das dir gehört, zu dir.

Er wird uns beide leise tragen in das Gestern und von da ins Früher.

Und dann, René, trägt er uns beide zum Anfang zurück.

*

Beim ersten Schlag der fünften Morgenstunde hatte Generalmajor René de Méricourt die Pistole scharf nach links gewendet. Er hatte sich durch seine Schläfe geschossen und so das Zeichen gegeben zur Sprengung des Castell Bó.

*

Als ich hinaufstieg zum Castell Bó hatte ich nicht gewußt, was in diesem Bezirk der Einsamkeit Bedeutung haben könne, in dem der Tod sogar keine mehr besaß. Als ich es wußte, ging ich fort. Ich ging sehr schnell und beneidete alles, was schneller als meine Füße es vermochten, das Castell verließ.

Die Felsen stürzten von ihm ab mit ihren tiefen Schluchten. Der Wind floh von ihm fort. Die Sonne löste sich von ihm und sank zu Tal.

Ein schweigsamer Abschied. Kein Laut mehr, seit ungefährdet durch die Kanonen des Castells, Vorhut und Armee auf der Paßstraße vorbeigezogen sind, indessen sich die Blätter eines blühenden Ginsterbusches über René de Méricourt legten.

Ich hielt erst an, als ein Vogel sein abendliches Lied begann. Da erst wandte ich mich um. Ich sah nichts mehr, denn die Dunkelheit hatte Castell Bó fortgenommen.

Wer hätte behaupten können, es sei einmal gewesen? Wer hätte beweisen können, es sei einmal zerstört? Wer hätte bezeugen können, daß es nicht etwas ganz anderes war, etwas männliches, hartes, kriegerisches, das einen der strahlensten Gestalten aus den napoleonischen Kriegen an jenem Morgen das Leben raubte? Als wir am nächsten Morgen die Paßstraße nach Malagré hinabfuhren, tauchte noch einmal Castell Bó über den Felsen auf.

Die Steine leuchteten. Wir aber kehrten zurück zu den Schatten schlanker Zypressenbäume, wo Hirten rasteten.

Das welke Blatt

Der Wind hat es zum Wasser hergeweht,
Das welke Blatt vom müden Weidenbaum.
Nun wiegt es sich, getragen von den Wogen,
Und seine braune Farbe leuchtet rot.

In sich versunken treibt es still dahin
Auf klarer Flut — kein Schatten trübt den Grund.
Vergilbtes Blatt — am Baum nur sinkend Sterben,
Erlöst im Wind zu letzter Lust erwacht.

C. E. von SCHENCKENDORFF

Clara Schumann

(Fortsetzung)

Da leuchtet ihm eines abends im November Clara die Treppe ihres elterlichen Hauses hinab. Wie sie so anmutig und vertraut neben ihm schreitet, übermannt es ihn und er zieht sie als die Seine in die Arme.

Clara glaubt schon an eine Trennung von Ernestine, aber nun erst wird sie Wirklichkeit. Wohl fühlt Robert Schumann, daß hier Unrecht geschehen, aber er weiß, daß das Unglück ungeheuer gewesen wäre, wenn es zu einer Verbindung mit Ernestine gekommen wäre. „Ich glaubte, daß Du nur Clara lieben könntest und glaube es auch noch", hatte jene oft genug geschrieben. Sie hatte heller gesehen.

Später schreibt Robert Schumann über diese Zeit:

„In der Nacht vom 17. zum 18. Oktober 1833 kam mir auf einmal der fürchterlichste Gedanke, den je ein Mensch haben kann — der fürchterlichste, mit dem der Himmel strafen kann — der, „den Verstand zu verlieren". Er bemächtigte sich meiner mit einer solchen Heftigkeit, daß aller Trost, alles Gebet wie Hohn und Spott dagegen verstummte."

Ein Arzt hatte ihn getröstet und ihm geraten, sich eine Frau zu nehmen. So hatte er sich an Ernestine geklammert, bis er aus seiner Torheit erwachte und wieder zu Clara zurückfand. Mit inniger Wahrhaftigkeit gesteht er: „Du bist meine älteste Liebe! Ernestine mußte kommen, damit wir vereint würden."

Glücklich endet ihnen so das Jahr 1835.

Weiße Perlen hatte Robert Clara zu Weihnachten geschenkt.

„Perlen bedeuten Tränen", hatte Claras Stiefmutter gescherzt. Tränen?

Nein, selig sind die Stunden, die sie nun des abends im Wieckschen Hause miteinander verbringen dürfen. Noch ahnt keiner ihr Geheimnis. Rührend klagt die junge Virtuosin um die ihr fehlende Mutterliebe und schließt sich enger nur an Robert an.

Keinen Augenblick zweifeln sie, daß Wieck sein Jawort geben wird, hat er doch Robert Schumann wie keinen zweiten bevorzugt.

Aber Wieck hat gewiß nicht den Plan, sein Kleinod zu verschleudern. Zu spät freilich merkt er, daß sich Robert Schumann längst von Ernestine abgewandt und Clara gefunden hat. Er wählt ein altes Mittel, die Liebenden zu trennen. Er begibt sich mit Clara auf Reisen. Damit ist nichts gesagt und nichts entschieden. Doch hält er auch mit seiner Mißbilligung nicht zurück und untersagt den vertraulichen Briefverkehr.

Siebzehn Jahre zählt Clara nun, „Clara von Gottesgnaden", wie der Vater ihr einmal ins Tagebuch schreibt. Um ihren Hals legt sie manchmal die weißen Perlen. Heimlich weint sie dabei. Perlen bedeuten Tränen. Sie soll es noch übergenug erfahren.

Der Vater ist hart. Gleichviel, er kann nicht verhindern, daß sich die Liebenden hinter seinem Rücken Nachricht geben. Am 11. Februar 1838 steht Robert Schumann wieder vor Clara und bittet:

„Bleib mir treu."

In wehmütiger Zustimmung neigt sie den Kopf. Der Treueschwur ist erneuert. Noch lebt ja die alte Hoffnung, der Vater könne seinen Segen nicht verweigern. Trügerische Hoffnung. Immer wieder flackert sie in den kommenden Jahren auf.

Als Wieck von dem Zusammentreffen der Beiden erfährt, bricht ein unglaublicher Schwall von Drohungen, Anklagen und Beleidigungen aus ihm hervor. Clara ist ihm wehrlos preisgegeben. Erschießen wird er Schumann, wenn der es noch einmal wagt, sich ihr zu nähern. Und unter dieser Drohung erzwingt er die Herausgabe aller an sie gerichteten Briefe und läßt sie einen Brief schreiben, der jeden Verkehr beendet.

Trotz allem aber ist Clara fest entschlossen, Robert Schumann die Treue zu halten, mag sie auch Tag für Tag die harten Verunglimpfungen hören, die der Vater über ihn ausgießt. Immer wieder setzt sie ihre Liebe gegen ihren Schmerz. So groß dieser ist, so stark muß auch die Liebe sein, damit die Wagschale nicht sinkt, darin die Liebe liegt. Eine Festigkeitsprobe ohnegleichen hat sie zu bestehen. Aber nicht umsonst ist sie Friedrich Wiecks Tochter. Ungeahnte Widerstandskraft und Beharrlichkeit entwickelt sie ihm gegenüber, obwohl sein Verhalten immer schrof-

fer wird und am Ende unglaubliche Formen annimmt. Immer aber fühlt sie sich noch diesem ihrem Vater, der sie zu dem gemacht hat, was sie ist, verbunden und steht mit zerrissenem Herzen zwischen ihm und Robert. Jahrelang.

Dabei hat Friedrich Wieck keinerlei Vernunftgründe, die sein Verhalten rechtfertigen könnten. Seine finanziellen Bedenken bestehen ebenfalls nicht zu recht, hat doch Clara längst bewiesen, was sie mit ihren Konzerten verdienen kann. Und Robert Schumann verfügt über eigenes Vermögen und sucht redlich sein Einkommen durch kompositorische und schriftstellerische Arbeit als Herausgeber der „Neuen Zeitschrift für Musik" zu mehren. Nein, dies alles ist es nicht, was Friedrich Wieck treibt. Er haßt Robert Schumann, weil er Clara für sich gewonnen hat. Sie aber liebt er wie das leibgewordene Bild seiner geheimsten und verborgenen Seelenkräfte. Dem romantischen Träumer und ungezügelten Phantasten will er sie nicht überlassen. Er, der selber ein verstandesklarer Willensmensch ist, steht der Genialität des andern mißtrauisch gegenüber.

Und doch läßt er Clara die kompositorischen Arbeiten Robert Schumanns spielen, all die Jahre, in denen er sie zwingt, jede Verbindung mit dem verhaßten Bewerber aufzugeben.

Ihr ist es ein Trost, wenn sie sich in die Musik des Geliebten flüchten darf, ja, wenn sie ihr öffentlich den Weg bereiten hilft.

Robert Schumann leidet unter der gewaltsamen Trennung schwer, ist er doch empfindsam und neigt ohnehin zur Melancholie.

Manchmal auch kommt es zu kleinen Verstimmungen. Intrigen spielen, die Wieck geschickt eingestreut hat.

Doch halten beide unbeirrt aneinander fest.

Robert Schumann schreibt in dieser Zeit die C-dur-Phantasie für Clara, die als Motto den Schlegelschen Vers trägt: „Durch alle Töne tönet im bunten Erdentraume ein leiser Ton, gezogen für den, der heimlich lauscht."

Ebenso schwingt ihre Seele in den „Phantasiestücken" und den „Davidsbündlertänzen."

Endlich, nach zweijähriger Pause, gibt Clara Wieck am 13. August 1837 wieder ein Konzert in Leipzig. Auf dem Programm steht die fis-moll-Sonate von Florestan und Eusebius von Robert Schumann.

Er selber aber sitzt unter den Hörern im Parkett.

„Hast Du Dir nicht gedacht, daß ich das spielte, weil ich kein anderes Mittel wußte, Dir mein Inneres ein wenig zu zeigen? Heimlich durft ich es nicht, also tat ich es öffentlich. Meinst Du, mein Herz hätte nicht dabei gezittert?" schreibt sie später über dieses Konzert.

Ein paar Wochen darauf stehen sie sich gegenüber, befangen wie bei einer ersten Begegnung, und erneuern ihren Bund.

„Beim ersten Wiedersehen warst Du so steif, so kalt, ich wär' auch gerne herzlicher gewesen, doch ich war zu sehr erregt; kaum, daß ich mich halten konnte ... Der Mond schien so schön auf Dein Gesicht, wenn Du den Hut abnahmst und mit der Hand über die Stirne strichst; ich hatte das schönste Gefühl, das ich je gehabt, ich hatte mein Liebstes wiedergefunden."

Ein paar Tage später, zu Claras 18. Geburtstag, hält Robert Schumann wiederum bei Friedrich Wieck um Claras Hand an. Ausflüchte antworten ihm. Wieder wählt Wieck das alte Mittel: mit Clara auf Reisen zu gehen. Wien, die Hauptstadt der deutschen Tonkunst ist das Ziel ihrer Reise.

Traurigen Herzens folgt Clara dem Vater, aber doch ruhig und sicher, daß nun der erneuerte Bund nicht mehr würde zerstört werden können.

Ein großer Ruf als Pianistin ist ihr nach Wien vorausgeeilt. Und doch soll Wien ihre künstlerische Laufbahn klären. Es gilt, mit den größten Klaviervirtuosen der Zeit, einem Liszt, einem Thalberg, den Wettbewerb aufzunehmen. Wien war verwöhnter noch als verwöhnt und legte den allerstrengsten Maßstab an.

Die Anhänger Thalbergs haben sogar Stimmung gegen Clara machen lassen. Aber schon im ersten Konzert wird sie zwölfmal gerufen und im dritten gar von achthundert Menschen umjubelt. Ihr Triumph ist ohne Beispiel. Grillparzer huldigt ihr durch die Veröffentlichung eines bewundernden Gedichtes.

Gewiß, es war ein Wagnis gewesen, das übliche Repertoire der vielbeklatschten Klaviervirtuosen, die schillernden Kompositionen eines Herz, Kalkbrenner und Abbé Gelinck durch Bach und Beethoven abzulösen. Aber es ist gelungen.

Und Clara Wieck spielt in weiteren Konzerten Stücke von Chopin; Robert Schumanns Symphonische Etuden perlen unter ihrer Hand auf und der Beifall umbrandet sie.

Groß ist die Begeisterung der Wiener. Sogar in den Kaffeehäusern gibt es eine „ätherisch hingehauchte" Mehlspeise „Torte á la Wieck" genannt.

Auch bei Hofe wird Clara Wieck empfangen und am Ende erhält sie die für ein achtzehnjähriges junges Mädchen höchst ehrenvolle, aber gänzlich ungewöhnliche Ernennung zur K. u. K. Kammervirtuosin. Friedrich Wieck hat sein Ziel erreicht.

Clara aber wird umworben und gefeiert. Doch schreibt sie an Robert Schumann:

„Alle Lords von London und alle Kavaliere von Paris könnten mir zu Füßen liegen, so ließe ich sie alle liegen und eilte zu dem einfachen Künstler, zu dem lieben herrlichen Menschen und legte ihm mein Herz zu Füßen."

Clara aber hat Liszts dämonisches Klavierspiel gehört und fortan quält sie die Unruhe,

die einen großen Künstler unablässig quält: Höheres noch zu leisten.

Clara Wiecks Erfolge in Wien verleiten Robert Schumann dorthin überzusiedeln. Er hofft, seiner Musikzeitschrift neue Freunde zu gewinnen.

Aber Wien ist beherrscht von der italienischen Oper und der leichten Tanzmusik. Schumanns Kompositionen und Ideen sind den Wienern neu und werden abgelehnt oder gar nicht erst beachtet. Manche düstere Stimmung legt sich über sein Schaffen. Ja, die „Nachtstücke" — geschrieben Herbst 1838 bis Sommer 1839 — weisen die ersten Spuren einer beginnenden Verdüsterung seines Gemütes auf.

Enttäuscht kehrt er aus Wien zurück und hält erneut um Claras Hand an, um endlich die entsetzliche Qual zu enden.

Hartnäckig weigert sich Friedrich Wieck: nein, niemals.

Da strengen die Liebenden einen Prozeß an, um den Heiratskonsens zu erzwingen.

Friedrich Wieck tobt.

Eine Schmähschrift gegen Schumann setzt er in Umlauf. Einen böswilligen Säufer schilt er ihn vor Gericht.

Natürlich ist es eine Lüge, doch macht sie den beiden zu schaffen und zieht den Prozeß in die Länge, muß doch zuvor das Gegenteil dieser Behauptung bewiesen werden.

In all diesem entscheidet sich Clara endlich allein für Robert. Der Kampf zwischen kindlicher Anhänglichkeit und der Liebe ist beendet. Clara verläßt den Vater und sucht Zuflucht bei ihrer Mutter, Wiecks erster geschiedener Gattin, die wieder geheiratet hat und nun Frau Bargiel heißt.

Ohne geldliche Mittel ist Clara von ihrem Vater gegangen. Nichts von dem, was sie erspielt hat, wollte er ihr geben. So findet sie sich in Sorgen und Nöten. Immer noch läßt der Heiratskonsens auf sich warten.

„Ach, wüßte ich nur, wo ich den Sommer hinginge, um mir nur wenigstens das zu verdienen — was ich brauche — meine Lage ist traurig und meine Sorge ganz niederdrückend und demütigend."

Manchmal legt sich selbst über die beiden Liebenden eine Verstimmung. Robert ist erbittert auf Wieck, den er wegen Ehrenbeleidigung verklagt hat. In Clara aber steht der Zwiespalt auf: sie liebt Robert, empfindet aber zugleich Mitleid mit dem verlassenen Vater.

Da endlich klopft das langersehnte Glück mit leichtem Finger an die Tür.

„Der Vater hat dem Beweise des Grundes seiner Widerspenstigkeit entsagt. —"

Noch einmal gibt sie unter dem Beifall ihrer Hörer ein letztes Konzert als Clara Wieck, deren dunkle, schwermütige Augen die stille Verklärung kommenden Glückes zeigen.

Am 12. September 1840 werden sie in Schönefeld bei Leipzig, zusammengegeben.

Claras Tagebuch endet ihr einundzwanzigjähriges Mädchentum mit den Worten:

„Eine Periode meines Lebens ist nun beschlossen; erfuhr ich gleich viel Trübes in meinen jungen Jahren schon, so doch auch manches Freudige, das ich nie vergessen will. Jetzt geht ein neues Leben an, ein schönes Leben, das Leben in dem, den man über alles und sich selbst liebt, aber schwere Pflichten ruhen auch auf mir, und der Himmel verleihe mir Kraft, sie getreulich wie ein gutes Weib zu erfüllen — er hat mir immer beigestanden, und wird es auch ferner tun. Ich hatte immer einen großen Glauben an Gott und werde ihn ewig in mir erhalten."

Friedrich Liszt hat ihnen die schönen Worte mit in die Künstlerehe gegeben:

„Keine glücklichere, keine harmonischere Vereinigung war in der Kunstwelt denkbar als die des erfindenden Mannes mit der ausführenden Gattin, des die Idee repräsentierenden Komponisten mit der ihre Verwirklichung vertretenden Virtuosin.

Robert und Clara Schumann reihen sich in die Sagen der Kunst ein, welche diese beiden Künstler und Liebenden, die auf Erden nur in und durch sich glücklich werden konnten, nicht durch Zeit und Raum trennte, sondern ihnen zu günstiger Stunde das Leben gab, damit sie sich begegnen, ihre Geschicke in einem Strom vereinigen, ihre Herzen in ein Meer gemeinsamer tiefer Anschauungen versenken konnten.

Die Annalen der Kunst werden beider Gedächtnis in keiner Beziehung trennen und ihre Namen nicht vereinzelt nennen können, die Zukunft wird mit e i n e m goldenen Schein beide Häupter umweben, über beiden Stirnen e i n e n Stern erglänzen lassen, wie auch ein berühmter Bildner die Profile des unsterblichen Paares schon in einem Medaillon vereinigt hat."

Ein neues Leben hat für beide begonnen. Sie werden eine überaus glückliche Ehe miteinander führen, aber für beide soll es nicht ohne Schwierigkeiten sein.

Mit ihrer Verheiratung hat Clara Schumann den Gipfel ihres Könnens und den ihres Ruhmes — so glaubt man — freiwillig verlassen. Bislang war sie berühmt und gefeiert gewesen und stand darin weit über ihrem Manne. Allen war sie wie die Verkörperung selbstlosen Künstlertums erschienen und alle wußten, daß ihr Verlust unersetzlich sein würde. Keiner war, der ahnte, daß dieser „Verlust" erst ihnen das Höchste schenken würde.

Willig stellt Clara Schumann nun ihr eigenes Hoffen und Wünschen hintan, nimmt alle kleinlichen Unzuträglichkeiten des Lebens tapfer auf sich, damit Robert den ersehnten Frieden für sein Schaffen finden kann. Das laute Getriebe

des Haushalts muß den Atem anhalten, wenn er komponiert. Clara rührt nicht die Tasten an, damit sein Höhenflug nicht gestört wird. Einsam sitzt sie in solchen Zeiten über einer häuslichen Arbeit, oder säumt die kleinen Hemdchen für das erste Kind, das sie erwarten.

Sorgsam haben sich die beiden Schumanns auf Roberts Wunsch hin nach ihrer Verheiratung von der Welt zurückgezogen. Harter Verzicht und demütiges Einordnen wird von Clara verlangt, die es so anders gewohnt ist.

Manchmal denkt sie: „Was soll aus meiner Kunst werden, wenn ich nicht mehr üben kann?"

Allen Ehrgeiz als Komponistin Eigenes neben ihrem Manne zu leisten hat sie längst begraben in der klaren Erkenntnis seiner überragenden Meisterschaft — obwohl auch ihr Können Größe zeigt.

Zum Dank für ihre Hingabe führt Robert Schumann sie mit sicherer Hand in die höhere Sphäre der Musik. An seiner Hand lernt sie die Herrlichkeiten Bachs und Beethovens tief verstehen. Den Werken ihres Mannes aber lernt sie ins Herz sehen.

Diese Jahre legen den Grund für eine neue, tiefere und reifere Künstlerschaft, in der sie als Clara Schumann zur höchsten Vollendung heranreifen soll.

Noch steht alles an jener Grenze zwischen Wirklichkeit und Traum.

Aus Robert Schumann aber bricht es hervor, ein Strom von Kompositionen quillt ans Licht. Mit ihrem unbedingten Glauben an sein Schöpfertum, mit ihrer herrlichen Beschwingtheit — die eine der schönsten und hervorstechendsten Eigenschaften ihres Wesens ist, begeistert Clara ihn zu fruchtbarstem Schaffen. Zahlreiche Lieder — in diesem ersten Jahr ihrer Ehe sind es allein 138 — schüttet er wie aus einem unerschöpflichen Füllhorn aus sich heraus. Mehrere Symphonien und Chorwerke entstehen.

Im Miterleben und Mitschaffen wächst Clara Schumann selber immer tiefer in das Verständnis der geistigen und musikalischen Welt ihres Gatten, jener Welt der deutschen Romantik, deren bedeutendste musikalische Interpretin sie einmal werden soll. Ganz Europa wird ihr dann in ungeheuren Huldigungen zu Füßen liegen.

In diesem Schaffensrausch aber drängt es Robert Schumann, auch ins Große zu wirken. Die Pläne zu den Opern Manfred und Genoveva erstehen in ihm. Clara bestärkt ihn in seinen Bemühungen, weiß sie doch, daß seine Klavierstücke nicht geeignet sind, das große Publikum leicht zu gewinnen. Es braucht auch der durchschlagenden Wirkung eines großen Werkes. So bittet sie ihn manchmal wohl, er möchte etwas „Brillantes, Leichtverständliches" schreiben. Und er gewährt es ihr auch mit dem 1. Satz des Klavierkonzertes. Ihm selber aber scheitern doch im Grunde die großen Pläne, allen trefflichen Einzelheiten zum Trotz, weil sie um der Klangwirkung willen einen ganz anderen Stil verlangen, als die „improvisierten Stimmungsmalereien seiner phantastischen Klavierstücke."

Unterdessen hat Clara vergeblich versucht, sich mit töchterlichem Herzen wieder dem Vater zu nähern.

Die beiden Liebenden aber empfinden, wie ihnen „aus neuen Sorgen und neuen Hoffnungen, neuen Kämpfen und neuen Siegen" ein vollkommeneres und tieferes Miteinander erwächst. Noch empfinden sie das Glück dieses Reifwerdens nur allein, aber schon winken die Früchte, die einmal der Allgemeinheit eine reiche Ernte bringen sollen.

Unterdessen auch ist Clara zum ersten Mal Mutter geworden und hält ihre kleine Marie im Arm. Die Erfüllung in der Mutterschaft läßt Claras Künstlernatur zugleich immer mehr Wurzel schlagen, um zu eigentlicher großer Lebenskraft aufzuwachsen. Selbst ihren Gatten setzt diese Verwandlung in Staunen; oft ist es nun, daß er über der Meisterin die Frau vergißt und sie selbst vor anderen geradezu ins Gesicht loben muß.

Nur allzu oft aber muß ihre Musikübung brachliegen. Der Flügel bleibt geschlossen und in Claras Tagebuch steht die Klage: „Mein Klavierspiel kommt wieder ganz hintenan, was immer der Fall ist, wenn Robert komponiert. Nicht ein Stündchen vom ganzen Tag findet sich für mich".

Kein Zweifel, Robert Schumann würde es am liebsten sehen, wenn Clara alle Gedanken an Konzerte und Konzertreisen aufgibt und nur ihm und „ihrem kleinen warmen Nestchen" lebte.

Clara aber spürt mit aller Feinfühligkeit, die ihr eigen, daß die Pflege ihrer Kunst als Pflicht im täglichen Leben — und üben muß eine Virtuosin immer und immer — für ewig dahingegeben wäre, wenn sie einem öffentlichen Auftreten entsagen würde.

Dazu verlangen die sich ständig sich vergrößernden Haushaltskosten, daß ihre Konzerteinnahmen das Minus ihrer häuslichen Buchführung decken helfen.

Und so tritt sie endlich im Frühjahr 1841 als „Clara Schumann" zum ersten Mal wieder seit ihrer Verheiratung mit einem Konzert im Leipziger Gewandhaus vor die Oeffentlichkeit. Ueber alle Maßen wird sie gefeiert, spielt sie doch nach Roberts strengem Urteil wie eine „Meisterin". Denselben Tag darf er als Schöpfer eines großen Orchesterwerkes feiern, das uraufgeführt ist.

Das Publikum ruft wieder nach seiner großen Künstlerin. Mit der Beschaulichkeit ihres stillen Lebens ist es vorbei, Konzerte folgen. Beifall rauscht auf, freundlicher noch gespendet als ehedem.

(Fortsetzung folgt)

Zwei Erzählungen

von Mathias Ludwig Schröder

Der unheimliche Kampf

Er saß mit dem Rücken zur Wand, in der Lücke zweier Tische. Laute Stimmen schwirrten ringsum, obwohl einige noch ihr Brot kauten; die andern hatten bereits die qualmenden Pfeifen im Mund.

Draußen ging der Polier vorbei, zog seine Uhr und begann in den Hosentaschen nach seiner Trillerpfeife zu suchen.

Einige Männer steckten schon ihre Kaffeeflaschen in die Mappen, andere reckten sich und hängten ihre Eßbeutel an den Kleidernagel. Michel Geranus gab seinem Butterbrotpapier, auf dem noch dicke Krümel und Wurstpalen lagen, einen Schubs. Er schaute ihm nach und sah es vor seinen Füßen liegen. Da bückte er sich, machte schon eine greifende Bewegung, setzte sich aber wieder aufrecht und fragte sich selbst, was ihm denn einfalle. Er drang mit seiner Frage noch tiefer in sich hinein, schloß sogar die Augen und erwägte allen Ernstes, ob er am Verrücktwerden sei! Noch war er es Gott sei Dank nicht, doch um ein Haar soeben hätte man ihn zu den Verrückten gezählt.

Er öffnete die Augen scheu, stützte die Ellenbogen und konnte nicht umhin, noch einmal heimlich auf den Boden hinabzuschauen. Hinschauen konnte er ja, aber er hob den Unrat nicht auf! Dazu war ein anderer da, einer, der nachher zum Aufräumen vom Polier bestimmt wurde. Und wenn er, Michel Geranus, der Betreffende war, gut, dann wollte er es tun, jedoch nicht jetzt aus sich heraus, — nein nie!

Es war lächerlich, solcherlei Gedanken überhaupt zu führen, und noch lächerlicher war es, von diesen Gedanken nicht mehr loszukommen. Deshalb versuchte er, nicht mehr daran zu denken; er sagte zu seinem Nebenmann: „Na, bald muß es pfeifen —!" Doch er sah schon wieder das Papier, die Krümel und die Wurstpalen — fünf Wurstpalen waren es!

Michel Geranus strich über sein stoppeliges Kinn und versuchte sich zu vergewissern, ob man ihn beobachte. Er nahm seine Mappe, setzte sie hochkant auf seinen Schoß, und stierte schon wieder auf das Papier hinab. Da legte er seine Mappe auf den Tisch zurück und bemerkte, wie sein rechter Nebenmann die Pfeife aus dem Mund nahm. Geranus lächelte mutig, zuckte leicht mit den Achseln und blickte unverwandt vor sich.

Ob er allen zum Trotz das Papier freiwillig aufhob? Oder weil der Aufenthaltsraum nicht wie ein Schweinestall auszusehen brauchte —!

Schon wieder stand das Papier, das er vorhin so gleichgültig vom Tische befördert hatte, vor seinen Augen. Er hörte deutlich, daß die Stimmen ringsum nach und nach schwiegen und wagte nicht mehr aufzuschauen, da alle zu ihm herüberblickten und nur darauf warteten, ob er seinen Abfall aufhob oder liegen ließ.

Mit einer Hand das Kinn gestützt, kniff er mit den Fingern seine Backe ... Da schrillte draußen wie zur Erlösung die Pfeife des Poliers. Die Männer jedoch standen nicht auf. Da lächelte Michel Geranus, fegte mit dem Handballen die Krümel von seinem Tischplatz, bückte sich und legte die Krümmel in das Papier, er suchte auch die Wurstpalen zusammen und warf alles in die Holzkiste neben den Ofen. In der Türe stand jetzt der Polier, neugierig, warum keiner heraustrete. Die Hände respektvoll auf dem Rücken, ließ er Geranus an sich vorbei und sah, wie jeder der Männer mit der Handkante seinen Platz sauber strich, die Krümel mit der andern Hand auffing, sein Butterbrotpapier aufhob und alles in die Kiste neben den Ofen brachte, ehe er hinaustrat.

Als der letzte sich an ihm vorbeischob, blickte er noch einmal in die saubere Bude zurück und erinnerte sich, daß er jetzt schon 27 Jahre lang Polier war ... Aber das da war nun doch noch kein einziges Mal jemals geschehen!

Die Sonne stand links

Zu seiner Linken blinzelte die Sonne in der Ferne und der letzte Straßenhügel tauchte endlich auf. Als der Lastzug ausrollte, zog er kräftig die Handbremse an und begann seine Pfeife zu stopfen. Plötzlich spürte er eine Unruhe und da ihn zugleich auch ein merkwürdiges Schuldgefühl bedrückte, schaute er zu dem Beifahrer hin.

Lechkuhl schlief mit offenem Mund in der Ecke.

Bach lauschte in die leisen Geräusche des im Leerlauf arbeitenden Motors hinein, und um sich der Gedanken zu erwehren, nur wegen des Pfeifenstopfens gehalten zu haben, stieg er aus, spazierte kritisch um alle 22 Räder herum, betrachtete die Verschnallungen der Plane und warf auch einen Blick durch die Schlitze, ob vielleicht blinde Passagiere sich eingenistet hatten.

Beim Wiedereinsteigen ließ er den Motor aufbrausen. Lechkuhl rührte sich nicht. Er trat auf die Kupplung, schaltete den ersten Gang, ließ die Kupplung schleifen und hatte schon das Gefühl des Anfahrens, als der Motor wie erwürgt stehen blieb. Nicht genug Gas, dachte er, bediente den Starter und versuchte, mit rascheren Tourenzahlen der Maschine jetzt die Kupplung das Geriebe stärker anpacken zu lassen. Doch auch diesmal verstummte der Motor und die Räder zuckten nur, ohne den Lastzug aber von der Stelle zu bringen.

Er blickte zu Lechkuhl hin, der schlief noch. Da lauschte er in die vorhin vernommenen Geräusche zurück und erinnerte sich, daß bis auf das Abwürgen alles normal gewesen war. Neugierig, was das sein könne, stieg er aus, öffnete die Motorhaube und roch in den warmen Oeldunst hinein. Während er nachdachte, ob ihm je schon einmal ein solch seltsames Stehenbleiben des Motors bekannt geworden sei, hantierte er suchend umher. Kühlwasser war vorhanden, und wenn er den kurzen Knipphebel niederdrückte, saugte der Vergaser. Bach wandte sich, langte durch die offene Wagentür und bediente den Starter mit der Hand; der Motor lief sofort. Er lauschte eine Weile, schob mit einer Fingerspitze die Tabakglut in seiner Pfeife tiefer, kletterte auf den Führersitz, ließ den Motor aufheulen, bediente die Kupplung, — der Motor verstummte röchelnd.

Lechkuhl schlief noch, Gott sei Dank.

Es gab keine Zweifel mehr, sobald er anfahren wollte, würgte eine geheimnisvolle Kraft den Motor ab und der Wagen fiel kraftlos in die Achsenfedern zurück. Um hinter dieses Rätsel zu kommen, mußte er das Anfahrmanöver noch einmal versuchen, und er wollte es vorsichtiger als bisher tun, nicht daß die Zähne des Differential sich ineinander verbissen und abbrachen; denn dann läge er richtig fest ... Und lieber tat er es nicht!

Lechkuhl schlief noch.

Bach ließ den Motor im Leerlauf spielen und steckte den Kopf nochmals unter die Haube, bereit, den Wagen nicht eher wieder zu besteigen, bis er das Uebel ausfindig gemacht hatte.

So etwas! Hier stand er noch einmal vor seinem Anfang, obwohl er bereits vor siebenundvierzig Jahren geboren wurde! Er mußte überlegen und in einem Nichts suchen, warum ausgerechnet sein Lastwagen sich außerhalb aller erforschten technischen Gesetze stellte. Er stützte den Kopf in eine Hand und versuchte den Wagen samt Motor, Kupplung, Getriebe und sogar einschließlich des schlafenden Lechkuhl in seinem Gehirn gegenüberzustellen ... Es war gut, daß Lechkuhl schlief, der verstand sowieso nichts von Motoren und legte auch keinen Wert darauf, sie zu verstehen, er habe schon genug, sich von ihnen fahren zu lassen.

Aber Bach, Hermann Bach, gelernter Autoschlosser und einer der zuverlässigsten Fahrer bisher, trommelte jetzt nervös auf den rechten Kotflügel. Wenn es nach ihm ginge, durften niemals Beifahrer mitfahren, die nicht selbst ebenfalls gute Fahrer waren; zwei Köpfe wußten nämlich mehr als einer! Allerdings würde er nie einen andern wegen eines Motors fragen, denn alles was auf motortechnischem Gebiet miteinander zu kombinieren war, wußte er im Schlaf. Das war auf allen Strecken bekannt. Und lag ein Lastzug seiner Firma irgendwo hilflos unterwegs, schickte man zuletzt ihn hin, um ihn wieder flott zu machen. Es war sogar schon vorgekommen, daß Reparaturwerkstätten bei seiner Firma angerufen und gebeten hatten, doch einmal den Bach herüberzuschicken, damit er sich einen Wagen ansehe, den ihre Monteure nicht in Gang bekämen ... Kurz, es gab seit siebenundvierzig Jahren Menschen auf der Erde, denen es aus den Fingern herausfiel, sie brauchten einen Wagen bloß mit den Händen zu berühren, dann lief er, — einer von diesen war Hermann Bach.

Lechkuhl im Führerhaus schlief noch —!

Bach unterbrach sein Trommeln. Etwas von einer Blamage kroch durch sein Gefühl, — vielleicht hätte er nicht halten sollen!

Lechkuhl schlief ... Und nach einer Stunde hing sein Gesicht immer noch an der Seitentür.

Bach war außer sich, inzwischen hatte er den Vergaser auseinandergenommen, die Lichtmaschine nachgesehen und die Zündung kontrolliert; es war ein Abwaschen. Nun sprang er auf den Führersitz, schaltete und gab Vollgas, — der Wagen schüttelte sich. Doch im Abwürgen des Motors löste Bach die Kupplung, der Motor erholte sich brüllend, — und wieder faßte die Kupplung, das Getriebe riß die Kardanwelle herum, der Wagen bockte, er bäumte sich sogar und ächzte noch in den Federn, als der Motor bereits keinen Ton mehr von sich gab.

Bach räumte das Werkzeug fort. Er war jetzt am Ende. Und Gott sei Dank, daß er am Ende war. Der ganze Krempel übrigens

gefiel ihm seit langem nicht mehr! — Aber vielleicht wäre es gut, dem Lechkuhl die ganze Verantwortung in die Schuhe zu schieben, dann war er sie los!

Bach, der Spezialist, lächelte wütend und sah Lechkuhls offenes Maul von allen Sorgen befreit schnarchend hinter dem Seitenfenster. Er riß die Tür auf, so daß Lechkuhl ihm entgegenfiel und mit mühsamem Augenaufschlag sich instinktiv festzuhalten suchte.

„Was — was ..."

„Schlaf nicht immer, wenn andere schuften!" schrie Bach. „Setze dich mal hinters Steuer und fahr den Zug langsam an, ich will nachschauen, ob der Motorwagen spurt, ich meine, er watschele was —!"

Lechkuhl lächelte.

„Wann habe ich dich Schlafmütze überhaupt schon einmal wach gesehen?" fragte Bach.

Lechkuhl rutschte hinter das Lenkrad, seine Augen waren immer noch klein. Er trat auf den Starter, schaltete den ersten Gang und ließ mit wenig Gas die Kupplung übertrieben vorsichtig zurückkommen. Bach bückte sich eben, um an den Rädern entlang zu sehen, als der Wagen schon bockte und mit abgedrosseltem Motor in die Federn zurückfiel. Lechkuhl bediente nochmals den Starter, lächelte entschuldigend und fuhr langsam an ...

Bach stand starr, und erst als der Lastzug vorbei, lief er ihm nach und sprang auf das Trittbrett. „Mensch!?" brüllte er.

Lechkuhl erschrak und berührte rasch die Fußbremse. „Ich hatte nur vergessen, die Handbremse vorher zu öffnen", sagte er schuldbewußt.

„So? Die Handbremse? — Und was wird in jeder Fahrschule als Erstes gelehrt? Man überzeuge sich vor dem Anfahren davon, daß die Handbremse gelöst ist! Ihr seid doch alle Fahrer! — Rutsch bloß rasch in deine Ecke rüber und döse weiter! Du bekommst ja das Schlafen bezahlt!"

Und Lechkuhl rutschte so schnell er konnte, er war jetzt vollständig wach, und er sah ein, er hatte einen Fehler gemacht. „Mein Gott", sagte er, „ist das denn so schlimm? Und es ist ja auch nichts kaputtgegangen ..."

„Die Kardanwelle oder das Differential konnte auseinanderreißen!"

„Es ist aber nicht auseinandergerissen ..."

„Halt's Maul!" schrie Bach, gab Gas und knatterte mit dem jauchzenden Lastzug brausend in die helle Sonne davon, die jetzt in der Ferne genau über dem Straßenhügel stand.

„Du vergißt", begann Lechkuhl nach einer Weile, „daß ich keine Fahrschule mitgemacht habe, Bach ..."

„Gut, das entschuldigt, aber nur das ... Und nun halt's Maul davon —!"

Gedanken zur Zeit

Wer die deutsche Frau eine Hure schimpfen wollte,
der mag in Deutschland wohl Huren begegnet sein
wie anderswo, nicht aber einer deutschen Frau,
die noch immer stolz sein will, sich Mutter
deutscher Söhne und Töchter nennen zu dürfen.

Und wer da sagt, daß die Deutschen schlechthin
gemeine Lumpen und Verräter wurden,
dem wollen wir gern Gelegenheit geben
uns zu begegnen, daß er sich eines anderen belehre.

Denn dadurch, daß etwas wohl durch gewisse
zeitgebundene Umstände nicht zur Geltung kommt,
hat es noch keineswegs den ihm eigentlichen
und besonderen Wert verloren. Im Gegenteil.
Und das Wertvolle hat ein Volk noch immer
wieder veredelt, solange es nur irgendwie in ihm
von Bestand war. Wie erst das Deutsche.

Es mag wohl an der Zeit gewesen sein,
daß ein Sturm die faulen Früchte so sichtbar
vom Baum schlug, um die edleren in aller Stille. . . .
um so glücklicher reifen zu lassen.

Fühlten wir es nicht schon, daß wir Same sind,
wie könnten wir noch Freude am Leben haben,
aber wir haben Freude.

Mag dies der bedeutendste Gedanke sein,
der uns Zeit und unserer Zeit Recht gibt,
dann ist das Notwendige nicht umsonst geschehen.

HERBERT BÖHME

Lob der Heimat

Wir beginnen heute mit der Veröffentlichung einer neuen Reihe: LOB DER HEIMAT.

In unzähligen Leserbriefen wurde uns der Wunsch vorgetragen, das Gesicht der Heimat, so wie es Millionen Deutscher im Herzen tragen, im WEG neu zu prägen. Wir kommen diesem gerne nach, indem wir die Ueberzeugung teilen, daß alle Zerstörungen unserer Kulturdenkmäler nicht vermögen, unsere Liebe zu dieser Erde zum Versiegen zu bringen. Daß uns ihr Bild aber immer wieder Freude und Glaube gebe, dazu sollen diese Beiträge dienen.

Die namhaftesten deutschen Heimatdichter haben sich bereit erklärt, an dieser Reihe mitzuwirken. Indem wir diese Bereitschaft als einen warmen Gruß der Heimat an ihre Kinder im Ausland dankbar aufnehmen, richtet sich unsere herzliche Erwiderung in jedem Heft an eine andere Landschaft. Daß wir die Reihe mit Berlin beginnen, mögen die tapferen und treuen Berliner als einen ehrerbietigen Gruß der Deutschen aus dem Ausland empfinden.



von LUDWIG KAPELLER

Als die ersten Rollwagen über die „Lange Brücke" polterten, da mögen sich die Urahnen der heutigen Berliner vergnügt die Hände gerieben haben, und wäre ein Prophet unter ihnen gewesen, der mit seinem Weitblick die nächsten siebenhundert Jahre überschaute: er hätte verkündet, daß nun das Werden Berlins zur Weltstadt sicher begründet sei ...

Von der Marien- und der Nikolaikirche hätten die Glocken geläutet, und von drüben, von Sankt Petri in Kölln, dem Schutzheiligen der Fischer geweiht, hätte ein leiser Wind die klingende Antwort über die Spree herübergeweht. Die Priester aber hätten das Flüßchen gesegnet, das das Doppel-Städtchen mit seinen Fischen versorgt, das ihre Aecker und Gärten bewässert, ihr Vieh getränkt und ihre Mühlen getrieben.

Von Süden her kommt sie, die Spree, aus der Lausitz, fließt durch das „Urstromtal", das eiszeitliche Gletscherströme vor Jahrmillionen durch das ebene Land gerissen, rinnt durch Sand und Sumpf, oft breit auseinander-laufend, einst ein unüberbrückbares Hindernis zwischen West und Ost. Hier bei Berlin — dem „erhöhten Platz", wie dieser Name ursprünglich aussagte — da wurde das Rinnsal von Hügeln ein wenig zusammengeschnürt, und hier schuf der Handel, der große Entdecker und Wegbereiter in allen Zeiten und Zonen, den Uebergang von der Elbe zur Oder, schuf er — Berlin.

*

Der Fischer im flachen Kahn, der seine Netze mit Barschen und Hechten füllte und aus den Reusen fette Aale holte, der ahnte nicht, wie weit diese schlangenhaft schlanken

und glatten Fische herbeigekommen, um hier zu erwachsen, zu Männlein und Weiblein heranzureifen. Viele von ihnen gerieten hier „aufs Trockene“, wanderten als „Aal grün mit Gurkensalat“ oder geräuchert als „Spickaal“ auf die Mittagstische der Berliner.

Fische sind stumm für uns Menschen, sonst hätten sie den Berlinern von ihrer langen Reise berichtet: wie sie, halbe Kinder noch, aus den Gewässern Mittelamerikas mit dem Golfstrom quer über den Atlantik geschwommen, wie sie in die Nordsee eingebogen und in die mächtige Elbe hinaufgestiegen, an Hamburg vorbei, weiter ins norddeutsche Land; wie sie die Havel entdeckt und ihr fluß-aufwärts gefolgt; wie sie da einer viel-hundert-jährigen Stadt begegnet mit altersgrau schimmernden Türmen, der Stadt, die einst dem ganzen Lande ringsum den Namen gegeben: Brandenburg ... Wie sie dann an Werder vorbeigetrieben, dem Inselstädtchen, über dem von Hügeln herab die gastlichen „Burgen“ grüßten aus bunt-schimmerndem Blütenmeer und der Gesang fröhlicher Obstweinzecher zu ihnen hinunterschallte; wie dann die Schlösser von Potsdam aufblinkten, mit des großen Friedrich „Sans-souci“, und vom Turm der Garnisonkirche, die über seinem Grab sich wölbt, das Glockenspiel klang mit der Melodie „Ueb' immer Treu und Redlichkeit!“ Wie dann, stumm und fast feierlich ernst, überall der Wald an den Fluß heran trat, die schlanken, gold-blanken Stämme der märkischen Kiefern mit ihren dunkelgrünen Nadelkronen, hier eine helle, weiß-stämmige Birke dazwischen, dort ein paar breit-ausladende Buchen ... Wie dann einmal übermütiger Lärm über das Wasser schallte, über den Wannsee hinweg vom weiß-leuchtenden Strand des menschen-wimmelnden Freibades ... Wie aufs neue die Stille der Wälder die Ufer säumte, unterbrochen einmal von den Rufen des Kuckucks, dem Schrei eines Schwarms ziehender Enten oder dumpf-stampfender Blasmusik, die ein heller Dampfer über die sanft sich kräuselnden Wellen trug ... Wie dann von hohen Ufern der Grunewald grüßte mit dem rot-ragenden Kaiser-Wilhelm-Turm, freundliche Dörfer, fast Vororte schon der großen Stadt, vom gegenüberliegenden Ufer herüberlächelten und sonntägliche Zelte von grünen Wiesen, und wie die Wasserfläche sich immer dichter bevölkerte mit flinken Motorbooten und gleitenden Seglern, mit schaukelnden Gondeln, mit pfeil-gleich dahinschießenden Vierern und Achtern, mit Paddlern und behäbigen Kanufahrern und mit seltsamen „Wasser-Fahrrädern“, mit denen man, meistens zu zweit, über die breite Havel oder den Stößensee spazieren strampelte ... Wie es dann immer enger wurde um ihn, wieder eine Stadt an die versteinerten Ufer sich drängte, Spandau mit seinem massigen Juliusturm, der einst des Reiches Goldschatz barg, mit Straßenbahn-Geklingel und Stadtbahn-Gedröhn ... Wie er dem Lärm dann rasch zu entfliehen getrachtet, in die schmale Spree hinein, die noch einmal der Ummauerung zu entweichen schien, dann jedoch, immer härter bedrängt, in die Häuserschluchten Berlins einbog, von Schleusen abgeschnürt, von Kanälen angezapft, dann wieder auseinandergebläht in mächtigen Hafenbecken, von unzähligen Brücken überspannt, und lange, schwer-beladene Schleppzüge von „Zillen“ auf ihrem Rücken tragend ... Und wie sie schließlich eine ent-zweite Spree, mit ihren Armen das Herz Berlins umschlang, die Museums-Insel umspülte, mit Lustgarten und Dom, mit Schloß und Sankt Petri und mit — dem Köllnischen Fischmarkt ...

Wie er dann jäh erschrak, wenn er in die Falle der Reuse gegangen war, wie er zuckte unter dem prüfenden Griff der kauflustigen Hausfrau, die ihn heut' noch genau so schätzt wie vor sieben- oder achthundert Jahren, als auf dem Markt hier die ersten Verkaufsstände aufgestellt wurden ...

*

Schon damals waren die Berliner „helle“, mit klarem Blick erkannten sie ihre Chance ... Brücken schlugen sie über die Spree, und auf eine von ihnen setzten sie das gemeinsame Rathaus, von Berlin und von Kölln; Dämme bauten sie durch versumpftes Land und feste Straßen durch „des Heiligen Römischen Reiches Streusandbüchse“; Speicher errichteten sie und Lagerhäuser, öffneten Schenken, „Kneipen“ für die Fuhr- und die Kaufleute, „Ausspannungen“ für die ermüdeten Pferde; Brückengelder und Wegezölle erhoben sie, und das Recht der „Niederlage“ setzten sie für ihre Doppelstadt durch: die Händler, die den Weg nach Osten suchten oder nach dem Westen heimkehrten, mußten ihre Waren erst einmal ausladen und „nieder-legen“, auf Berlins Märkten zum Kauf feilbieten ... Aus dem Fischerdorf von einst wurde eine blühende und wohlhabende Handels- und Hansestadt.

Berlin wurde die markgräfliche, die kurfürstliche Residenz; es wurde die Hauptstadt der Preußenkönige, wurde Reichshauptstadt, wurde die Weltstadt Berlin. „Wurde“, — das mag klingen, als wäre das alles von selber geschehn und beinah' ohne Zutun seiner Bewohner; aber in Wirklichkeit haben emsiger Fleiß und unermüdlicher Schaffensdrang dieses Berlin gebaut.

Der bescheidene Schuhmacher, der vom Lande gekommen, er schusterte kaum ein Jahr mit seinem „Schusterjungen" in dürftiger Werkstatt: dann kündete ein Schild über dem sauber hergerichteten Laden „Elektrische Besohl-Anstalt". Die kleine gemütliche „Kneipe"; wandelte sich in eine „Groß-Destillation" oder einen „Bier-Palast", und rasch vergrößerte sich der Kramladen an der Ecke zum Kaufhaus mit Fahrstuhl, Rolltreppen und Erfrischungsraum. Aus Werkstätten wurden Fabriken, aus Handwerksbetrieben wurden Firmen von Weltruf, aus Berlin die bedeutende Industriestadt, der zweitgrößte Binnenhafen Europas, einer der wichtigsten Verkehrsknotenpunkte des Kontinents. Und blieb trotz alledem: sich selber treu; blieb: Berlin.

*

Es ist eigenartig: wie dieses Berlin, aus fast hundert Städten, Vororten, Dörfern und Gutsbezirken vor Jahrzehnten zusammengeschmolzen und ineinandergewachsen zur Weltstadt, wie es sich immer wieder aufspaltet in gemütliche, fast romantische Kleinstädte; wie Pankow oder Steglitz, Spandau oder Treptow, Köpenick oder Reinickendorf, Friedenau oder Lichtenberg ihr eigenes Leben führen, mit ihrer eigenen „Friedrichstraße", in der Geschäft an Geschäft sich reiht, ihrem eigenen „Kurfürstendamm", der Läster- und Vergnügungsallee, und wie Dörfliches und Ländliches neben Weltstädtischem hartnäckig sich behauptet. Und es ist ebenso sonderbar: wie die Berliner, aus allen Teilen des Reiches hier einst zusammengeströmt, durch ihre Mundart sich oft noch verratend als Schlesier oder Sachsen, als Rheinländer oder Pommern, als Westfalen oder als Schwaben, als Ostpreußen oder Bayern oder — als „urwüchsige" Berliner, daß sie, ohne je ihre alte Heimat vergessend oder gar sie verleugnend, zu „Berlinern" wurden, die ihre Stadt lieben und von sehnsüchtigem Heimweh geplagt werden, wenn sie einmal fern von ihr weilen. Und es gibt, seltsam genug, keine Stadtviertel, wo etwa die Badenser zusammen-klucken oder die Ostfriesen, die Hamburger oder die Franken.

Dabei sind die vier Millionen — noch immer, oder schon wieder sind's drei-ein-halb! — in den steinernen Schluchten ihrer achttausend Straßen nicht etwa selber versteinert oder von den Samumstürmen zermürbender Jahrzehnte und Jahrfünfte zu Einheitsbürgern und Serienmenschen verschmirgelt, und die viel-gelästerte „Berliner Pflanze" treibt und bohrt ihre Wurzeln noch immer durch zähen Asphalt und harten Beton in fruchtbares Erdreich, immer wieder neue Kraft zu schöpfen aus dem Urgrund alles Menschlichen, der freien Natur ... So ist es kein Zufall, daß die meist-genannte Straße Berlins „Unter den Linden" heißt; ob es nun Linden sind oder Platanen, Birken oder Kastanien, Buchen oder Akazien: bis in die trostlosen Viertel der Mietskasernen haben sich ein paar Straßenbäume gerettet — über vierhundert-tausend waren es, über die Stadt verteilt! — und wo Bodenspekulation und Bau-Uebereifer keinen Raum gelassen für einen Baum, einen winzigen Vorgarten oder ein Stückchen Rasen: da begrünte der Berliner seinen Balkon mit wildem Wein oder Efeu, rahmte seine Brüstung mit rot-leuchtenden Geranien, und noch in den letzten der grauen, lichtlosen Hinterhöfe hingen Blumenbretter vor den Fenstern enger, übervölkerter Wohnungen. Der Berliner muß immer „was Grünes" um sich sehn, ein Stück Heimat, ein Fleckchen Natur; wahrscheinlich gibt's auf der ganzen Welt keine so blumen-freudige, so blüten-durstige Stadt wie Berlin. Und wenn inzwischen Flieder und Tulpen, Maiglöckchen und Magnolien, Azaleen und Astern vielfach verdrängt worden sind aus Kleingärten und Blumenkästen, verdrängt von Kartoffelkraut und Tabakpflanzen, von Kohlköpfen und Tomatenstauden, weil „Kalorien" wichtiger schienen als Blütenzauber und Blumenpracht: auch bittere Not und nüchterner Zwecksinn hat Berlin nicht zu ver-steppen und zu ver-wüsten vermocht, und aus Schutt und Trümmern noch sprošt es grün; hoch oben noch, in ausgebrannten Ruinen und zwischen zerbombten Zimmerwänden zauberten sich die Berliner — blühende Stuben-Gärten!

*

Und noch immer, wie vor Jahrhunderten, ziehen sie sonntags hinaus aus der Enge der Gassen, ins Freie hinaus, „in't Jrüne" und „in de Jejend". Einst waren's die „Zelten", geräumige Bierzelte, an der Spree aufgebaut für die Sonntags-Ausflügler; oder man wanderte durch das Brandenburger Tor in den Tiergarten hinein, „bis in die Puppen", bis zu den steinernen Denkmalsfiguren am Großen Stern. Später fuhr man im „Kremser", dem viel-sitzigen, offenen, zelt-überdachten Wagen, mit der baumelnden Biertonne zwischen den Rädern, mit Blumenschmuck und Blechmusik hinaus in den Grunewald, zum „Spandauer Bock" in Charlottenburg, in die Jungfern- oder die Wuhlheide oder an einen der drei Dutzend Seen, die Berlin rings umkränzen. Draußen kehrte man irgendwo ein, in einem „Waldrestaurant" oder „Seeschloß", natürlich mit — „Ausspannung", denn jeder Wirt wußte, daß er zweierlei Gäste empfing: die einen, die die Gartentische durstig stürm-

ten, die Lauben und die Terrassen, und die andern, die vierbeinigen, die sich aufwiehernd zu den Futterkrippen drängten ...

Der Ausflug „in't Jrüne" — sei's mit der S- oder U-Bahn, auf dem Fahrrad, mit dem Stern-Dampfer oder auf Schusters Rappen — der Sonntags-Ausflug ist dem Berliner Lebensbedürfnis geblieben. Und immer noch — oder schon wieder — verkünden überall draußen einladende Schilder: „Hier können Familien Kaffee kochen!" ... Da gibt's für ein paar Groschen siedendes Wasser, gegen eine kleine Leihgebühr Kannen und Tassen, und die Gäste bringen den gemahlenen Kaffee mit: dann „weiß man, was man hat", und außerdem kommt es billiger. So groß auch Berlin gewachsen, so wohlhabend es einst auch gewesen: das „kleine Einmaleins" hat der Berliner niemals verlernt oder gar großspurig verleugnet, so wenig wie seine Herkunft oder seine Liebe zur freien Natur.

„Mutta Jrün" nennt er das Draußen, und wenn er sich in den Armen dieser Mutter geborgen weiß und glücklich fühlt wie wirklich ein Kind, wenn andre vielleicht jubeln und jauchzen würden, dann stimmt der Berliner das Lied an: „Ich weiß nicht, was soll es bedeuten, daß ich so traurig bin ..." Und dann wird er, der sonst so hart und so hurtig, der so kalt-schnäuzig scheint und so schlagfertig tut, da wird er weich und zärtlich und genießt in vollen Zügen die „Wonne der Wehmut".

Vielleicht ist's die Landschaft, die karge Schönheit ragender Kiefern über dem märkischen Sand, die geheimnisvoll lockende Schwermut dunkel-blinkender Seen, ein flötender Nachtigallenschlag vielleicht oder das ferne Konzert der Frösche im Uferschilf, ein verwehender Geigenklang, ein leises Rascheln des Laubes im Windhauch des dämmernden Abends, ein sonnen-vergoldetes Wölkchen am hohen Himmel: vielleicht ist es dies oder das oder alles mitsammen, daß der Berliner zum Kind wird, das glückselig an die Mutter sich schmiegt, seine „Mutta Jrün" ...

*

Alles hat Berlin mitten in seinem Häusermeer oder draußen vor seinen weit hinausgeschobenen Toren: Wälder und stille Weiher, Wiesen und weite Seen, Obstgärten und plätschernde Bäche, die grüne Heide und sanfte Täler, kunstvoll gegliederte Parks rings um schimmernde Schlösser, nur eins hat es nicht, weit in der Runde um sich: nirgends ragt ein Gipfel zu den Wolken hinaus ... Wie stets, was man nicht oder nur geringfügig besitzt, in der Phantasie des Wünschens oder vielleicht gar des Neidens ins Märchenhafte rasch sich vergrößert: so wuchs der bescheidene Hügel im Süden Berlins zum „Berg"; mit viel Liebe und noch mehr spielerischem Eifer ward er in ein ganzes „Gebirge" gewandelt, dem Harz nachgebildet, mit steilen Pfaden an seinen Flanken und bequemen Serpentinen; mit einer „Wolfsschlucht" ward er versehn, mit Felsblöcken bestückt und einem rauschenden Wasserfall ausgerüstet, und auf seinen „Gipfel", der die vier-stöckigen Miethäuser rings-um nicht imponierend genug überragte, setzte man, zwanzig Meter hoch, eine eiserne Säule, von einem Kreuz gekrönt, und seitdem ist ganz Berlin stolz auf den „Kreuzberg".

Draußen aber, weit draußen im Osten, noch jenseits der fast unabsehbar weiten Wasserfläche des Müggelsees, da steigen vom Gestade des Seddin-Sees ein paar weiße Sandhügel auf, ein paar zwergenhafte „Mont blancs", und die hat der Berliner freudig zu seiner „Schweiz" ernannt. Seine ungestillte Sehnsucht nach den Bergen hat bei Buckow, rings um den Schermützelsee, noch eine „Märkische Schweiz" entdeckt und zwischen Ruppin und Rheinsberg eine „Ruppiner Schweiz" ... Aber nirgends ringsum hat er nach einem märkisch-verkleinerten Ebenbild etwa des Vierwaldstätter Sees oder des Lago Maggiore, des Lido oder des Lago Buenos Aires gefahndet: mit Seen ist Berlins Umgebung so reich gesegnet, daß es der tröstlichen Illusion nicht bedarf; da gibt's überall Freibäder und Badewiesen, verträumte Buchten und weltferne Inselchen.

Und das Schönste vielleicht, was der Berliner kennt: das ist der Wochenend-Ausflug im Paddelboot ... Am Sonnabend schon geht es hinaus, zu zweit oder „mit Kind und Kegel", mit Schlafdecke und Zeltbahn, mit Proviant und mit Kochgeschirr, mit Koffer-Grammophon oder Reise-Empfänger. Dann wimmelt's auf Berlins Wasserläufen von Kanus und Kajaks, von Faltbooten und Kanadiern. Dann, wenn die letzten Sonnenstrahlen die Kiefernstämme leuchtend vergolden und leise der Abend herniedersinkt, dann gehen sie in irgend einem stillen Winkel an Land; dann wird flink das Zelt aufgeschlagen, ein Feuer entzündet, der grüne Grasteppich rings sauber gefegt; appetitliche Düfte mischen sich mit dem herben Odem des Waldes und dem Geruch schwelenden Holzes, die Klänge eines Schlagerliedes oder einer Operettenmelodie verschlingen sich mit dem Abendgezwitscher der Drosseln und Stare, der Finken und Meisen ... Dann wird „gefuttert", ein wenig noch hockend über den See hingeträumt, und dann wird geruht ... Und die Nacht wölbt über das Zelt ein zweites, größeres

noch, das Sternenzelt des nördlichen Himmels ...

Selig schlummern die „Zeltler“ einem Morgen entgegen, der sie nicht aufjagt mit dem Gerassel des Weckers; ganz sanft und zärtlich ruft er sie aus dem tiefen Schlaf in der frischen Luft, mit den ersten zirpenden Stimmen der Vögel, mit dem leise klingenden Plätschern der Wellen im frühen Wind, und dann hebt er ihnen die Lider mit dem flammenden Gold der aufgehenden Sonne, daß sie, halb geblendet und halb entzückt, glückstrahlend den jungen Tag nun begrüßen ... Und es lächelt der See, und er ladet nicht vergeblich zum Bade. Wie ein Crescendo ist's dann: von der ersten Morgenstunde in den sonnigen Sonntag hinein, ein Anschwellen zum Jubeln und Jauchzen, zu einem Furioso fröhlichen Lärmens ...

Der Berliner schöpft Kraft für eine neue Woche der Arbeit.

*

Drinnen aber, auf dem Grund der steinernen Schluchten, an den Hängen der Schuttgebirge und Trümmer-Alpen: da träumt die Stille des Sonntags von jungem Grün und neuem Wachstum ...

Irgendwo, ein paar Stockwerke hoch, wo man durch die Mauerlöcher zerborstener Fenster noch die Fetzen bunter Tapeten erkennt, wo ein gold-berankter Kachelofen an der zerrissenen Wand noch klebt; wo einst ein Kind in seinen Kissen vielleicht von kommenden Taten geträumt: da fliegen ein paar Amseln auf und ab, Würmchen im gelben Schnabel und zappelnde Atzung ... Dort oben, wo einst bescheidenes Glück genistet, da füttern jetzt Amseln ihre Jungen im Nest ...

Eine Greisin mag aus tränenlosen Augen hinaufschauen, wo die Bomben alle Vorhänge zerrissen, letzte häusliche Geheimnisse enthüllt und bloßgelegt; sie mag zusammenzucken unter der Last des Erinnerns; dann mag sie die unermüdlich auf- und abfliegenden Amseln ihren mütterlichen Ruf zwitschern hören, und ein leises Lächeln mag ihre Züge ein wenig trösten ... Dann mag sie, immernoch lächelnd, sich niederbeugen und aus dem Schutthang zu ihren Füßen ein paar armselige Blütchen rupfen, ein paar Stiele jungen Grüns: die Einsamkeit ihres Notkämmerchens irgendwo im großen Berlin mit ein wenig Hoffnung zu trösten ...

Morgen aber, morgen klappert die Trümmerbahn wieder durch die Straßen der Stadt, ächzend und fauchend und mit schrillem Pfiff der kleinen Lokomotive: eine neue Woche beginnt, und vielleicht ist's die erste einer neuen Epoche ... Einer Epoche, die Berlin wieder Berlin werden läßt ...

Berlin: die fleißigste, die sauberste und einer der schönsten Städte der Welt.

Das letzte Konzert

VON WERNER BAUMBACH *)

In diesen ereignisreichen Tagen hatten wir die Berliner Philharmoniker gebeten, um die sich niemand mehr kümmerte, ob sie für uns spielen wollten. Und die Philharmoniker spielten. Jede Woche gaben sie ein Konzert vor Berliner Freiwilligen und abends musizierten Wilhelm Kempff und der junge Geiger Gerhard Taschner viele Stunden in unserem kleinen Freundeskreis. Dann kam endgültig das letzte Konzert. Niemand wußte, wie das Schicksal dieses berühmten Orchesters sein würde. Aus dieser belastenden Stimmung entstand folgende kleine Stimmungsskizze in meinem Tagebuch:

„Das letzte Konzert.

Es war in den Tagen, bevor die Russen nach Berlin kamen. Ich war noch einmal in die Stadt gefahren, um die Berliner Philharmoniker zu hören, die ein letztes Mal im Beethovensaal für uns spielen wollten.

*) Dem kürzlich im Dürer-Verlag, Buenos Aires, erschienenen Buche „Zu spät?“ entnommen.

Beethovens Violinkonzert und die Vierte von Bruckner.

Ein letztes Mal Berlin, unser Berlin.

Als ich im unansehnlichen abgetragenen Soldatenmantel, ohne Rangabzeichen, durch die Straßen gehe, komme ich mir plötzlich auch so grau, so unendlich arm, zermartert wie diese Stadt vor. Heute morgen war wieder Alarm gewesen. Die Stadt brennt noch an allen Enden.

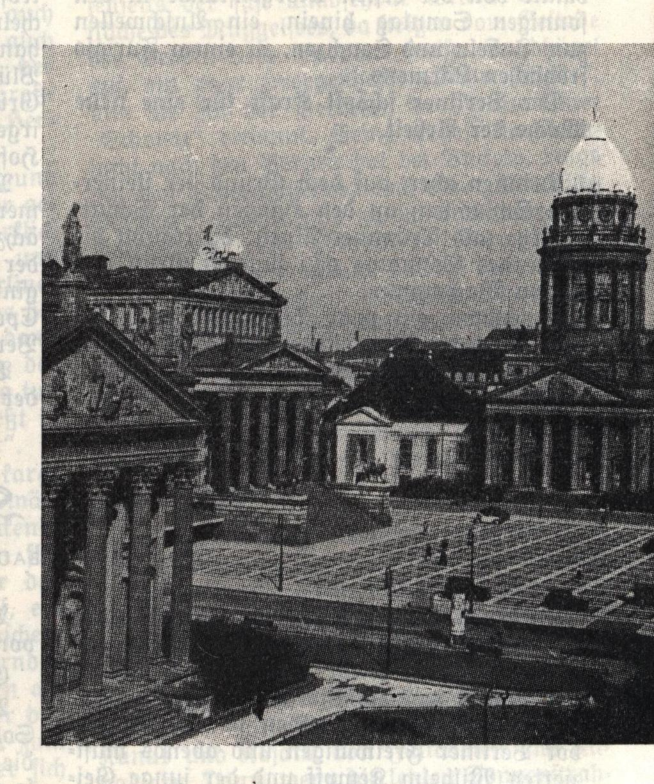
Blaugraue Wolken hingen tief über den reglosen Bäumen des Tiergartens und schließlich begann es wieder zu schneien. Ich stand still und hörte das zarte Rieseln der Flocken im vertrockneten vorjährigen Laub. Leise zirpend huschten Meisen über den Weg. Außer ihnen schien es kein Lebewesen auf diesem stummen, zerquälten Fleckchen Erde zu geben.

Ich gehe am Brandenburger Tor vorbei, zum Potsdamer Platz. Staub und Ruß wirbeln mir in die Augen. Frauen haben Tücher



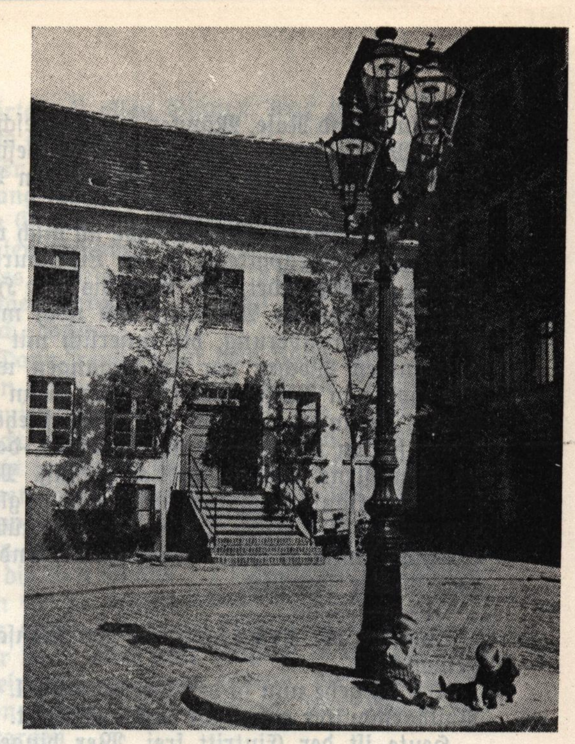
Linke Spalte: **Die Hochschule für Musik in Charlottenburg ist heute wieder der Mittelpunkt des künstlerischen Nachwuchses. — Die Garnisonskirche in Potsdam blieb erhalten.** Rechts: **Dieser Blick ist fast unverändert erhalten geblieben. Gendarmenmarkt; Staatliches Schauspielhaus und Französischer Dom** — Unten: **Kurfürstendamm und Kaiser Wilhelm-Gedächtniskirche, wie sie einst waren. Heute wird die schwerbeschädigte Gedächtniskirche vollkommen abgetragen.**



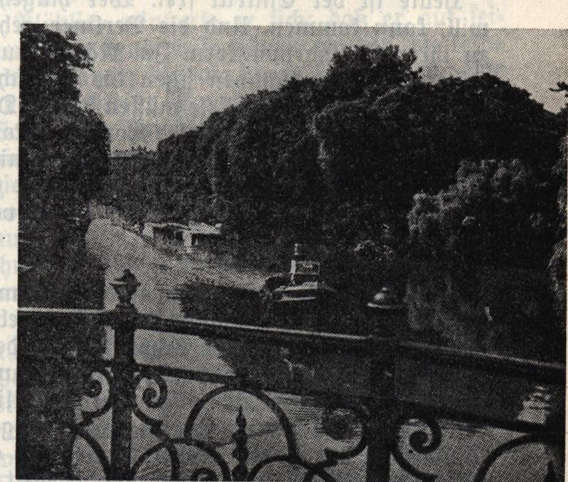


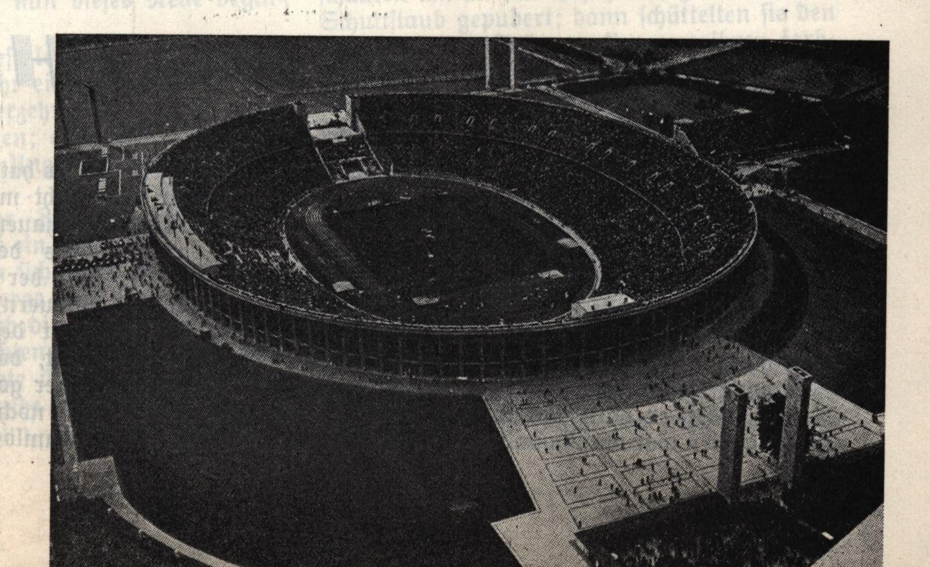












Linke Spalte: **Die Berliner Droschken fahren auch heute noch. — Dom, Zeughaus Ehrenmal und Staatsoper. Im Hintergrund der Turm des Rathauses. Von den genannten Wahrzeichen Berlins wurde die Staatsoper völlig zerstört.**
Rechte Spalte: **Ein Winkel aus Altberlin, wie man ihn auch heute trotz allem immer noch findet. — Am Ufer des Landwehrkanals nahe der Potsdamer Brücke. — Das Stadion auf dem Reichssportfeld.**

vor Mund und Nase, Männer mit hochgeschlagenen Mantelkragen, den Hut tief ins Gesicht. Noch lebt Berlin, wenn es auch nur ein Begetieren ist.

Vor einer halben Stunde habe ich mich von einer jungen Graphikerin in der Litzenburger Straße verabschiedet. Ich war bis ins Herz getroffen über ihr Aussehen und noch mehr über die Veränderung, die innerlich mit ihr in wenigen Wochen vor sich gegangen war. Sie wollte in Berlin bleiben. Auch wenn die Russen kommen. Wohin jetzt noch fliehen? Nein, sollten die Russen nur kommen, dann sei wenigstens Schluß, endlich Schluß. Man sei sich im Hause einig, wer diesmal dran glauben müsse. Als erstes würde das gegenüberliegende Buttergeschäft' ausgeräumt. Endlich mal wieder sattessen.

— — — — —

Was hat der Krieg bloß aus den Menschen gemacht.

Und ich gehe nun in den Beethovensaal. Die Philharmoniker geben ihr letztes Konzert.

Heute ist der Eintritt frei. Wer hingehen will, kann kommen. Und die Berliner gehen zu ihren Philharmonikern. In Mänteln und Hüten und Handschuhen sitzen die Menschen im ungeheizten Saal. Viele müssen stehen. Das arbeitende Berlin ist in dieses Konzert gekommen. Der Berliner, der ohne sein Berlin nicht leben kann. Mir krampft sich das Herz zusammen. Und dann sitze ich still in mich versunken und warte.

Beethoven.

Töne fallen in mich hinein und geben meinem Empfinden Schwingungen. Härte neben Weichheit, Kraft neben Schwäche, Fordern neben Bitten, Liebe neben Brutalität, Jauchzen neben Tränen, Dämonie neben Göttlichkeit ... ich sehe Bäume sich im Winde biegen, Blumen in der Sonne atmen, Wellen sich am Strande brechen und Wolken weit, weit in die Ferne wandern, — in die Unendlichkeit, die mich mit all der Ahnung erfüllt, wie sie Gott mir manchmal gibt.

Meine Augen wanderten über die Gesichter der Menschen. Ich sah viele, die hingegeben, entrückt lauschten. Da war mir plötzlich klar, wie ich mit all diesen Menschen, die ich doch gar nicht kannte, in demselben geistigen Erlebnis stark verbunden war. Und da öffnete sich vor meinen Augen der Konzertsaal und wurde zum weiten Himmelsraum. Ich sah einen nicht endenwollenden Zug geistgewordener Menschen, die in ähnlicher Verbundenheit, nur freudiger verklärter, zur Vollendung in göttlicher Einheit strömten.

— — — — —

Und dann Bruckner, den ewigen Hochzeiter.

Bei diesem Künstler ist jedes Stück Hingabe, Güte, Freude, Vorsehung, — und jedes eine Empfindung. Liebe, mit der ein Individuum den Bogen zum anderen schlägt. Sie ist der Menschheit größtes Geschenk.

Mir scheint das Ichsein vom Körper getrennt. Es trägt mich weit von der Erde fort. Wie leicht ist dieses Forteilen in Deiner Geborgenheit und wie schwer und schmerzlich das Wiederkehren, das plötzliche Alleingelassenwerden.

Das Konzert war zu Ende.

Niemand im Saal schämte sich seiner Tränen. Die Berliner Philharmoniker hatten göttliche Kunst vermittelt. Ergriffene Stille war im Raum. Der höchste Dank einer verklärten Zuhörerschaft.

Es war zu Ende und man mußte nun gehen. Mir schien, als wenn die Menschen zögerten auseinanderzugehen, diese Gemeinschaft zu zerstören. Der Geist des Genius blieb noch einen Augenblick gebannt, dann mußte er durch die Wirklichkeit, durch den Terror, zerstört werden."

DIE HEIMKEHR

VON LUDWIG KAPELLER

Er war unendlich müde; er war von jener hoffnungslosen Müdigkeit, die sich nach ein m Schlaf ohne Ende sehnt und die vor dem Wiedererwachen bangt.

Er war den ganzen Tag in Berlin umhergeirrt; er hatte alle die Stätten aufgesucht, die die Meilensteine seines Lebensweges gewesen; er hatte den Tiergarten gesucht, eine ganz bestimmte Bank unter einem laub-überdachten Weg, aber er hatte ihn nicht gefunden: der Tiergarten war verschwunden. Er hatte sich die Augen gerieben, er hatte den Kopf geschüttelt: das war doch nicht möglich, daß ein ganzer Wald unter den schauenden Fenstern der Häuser ringsum aus dem Erdboden gerissen war?! Aber statt der Rosen im Viereck der grünen Heckenmauern, statt der leuchtenden Rasenflächen, statt der lauschigen Wege in duftendem Dickicht, der spielerisch geschwungenen Brücken über gondel-befahrene Wasserläufe war da nur noch ein riesiger Sandfleck, der den Blick schamlos vom Brandenburger

Tor über sich hinschweifen ließ bis hin zu den zerbröckelten Mauern des jenseitigen Stadtviertels; aus dem Boden ragten hier und dort Baumstümpfe, verkohlte Stummel und halb-ausgegrabene Stubben, und dunkle Gestalten waren weit über die schreckliche Lichtung verstreut, tief über die Erde gebeugt, mit Spaten und Hacken, als wollten sie den verschwundenen Tiergarten mit ihren Händen aus der Erinnerung wieder heraufholen in die Wirklichkeit ...

Da war er weiter geirrt; zuletzt war er nur noch so hin getaumelt. Die Beine waren immer schwerer geworden auf der ziellosen Wanderung und unter der Last der Enttäuschungen. Das letzte Fünkchen Hoffnung war unter der Asche verglühter Freude erstickt ...

Er war endlich heimgekehrt aus der Gefangenschaft, bis obenhin erfüllt von freudiger Erwartung und froher Ungeduld, sie nach den Jahren der Trennung endlich wiederzusehn: seine Beate.

Seit langem war er ohne Nachricht geblieben von ihr; aber er war ganz sicher, daß sie noch lebte; er wußte es mit der Gewißheit des Herzens. Als sie damals Abschied genommen nach seinem letzten Urlaub, da hatten sie sich wortlos versprochen: daß sie sich verständigen würden, wenn eins von ihnen aus diesem Leben ging. Sie beide, die in den Jahren bangen und vielfach gefährdeten Glücks in eins verschmolzen, sie wußten mit unbeirrbarer Sicherheit: daß der letzte Atemzug des Einen über Ströme, Steppen und Gebirge hinweg seinen Weg finden würde zu dem Andern, ihn anwehen als ein eiskalter Hauch, als eine Botschaft des Todes ...

Beate lebte; diese Gewißheit hatte ihn bisher nie verlassen. Eine andere noch hatte sich heimlich dazugesellt: die Gewißheit, daß sie ihr Leben nicht mehr allein nur lebte, daß ein neues, junges ihnen inzwischen geschenkt. Und zu Dritt würden sie nun dieses Neue beginnen ...

Schwer waren diese letzten Jahre gewesen, bitter schwer und sehr einsam; am schwersten jedoch waren die vierzehn Tage, die sie wartend vor Berlin lagen; eine Ewigkeit waren sie, von brennender Ungeduld und zehrender Sehnsucht zerquält ... Dann endlich, eines Morgens, rollte der Zug zögernd in den Schlesischen Bahnhof ein in Berlin ... Er sah die Ruinen nicht um sich, nicht die Trümmerhaufen, nicht die Berge von Schutt; er ging hochaufgerichtet durch die verödeten Straßen, festen und zielbewußten Schritts; denn jeder dieser Schritte brachte ihn Beate näher, verkürzte um eine Sekunde die Frist, die ihn noch trennte von ihr. Nun, da er die Vorfreude spürte mit allen Sinnen, war jegliche Ungeduld gewichen von ihm.

Er hatte ihre Augen vor sich; er hatte den Klang ihrer Stimme im Ohr; er sah ihre flinken Gesten. Die Jahre und die Tage und diese letzten Stunden schmolzen dahin in ein einziges, winziges Gestern, in ein einziges, glückseliges Vergessen ... Jetzt eine Viertelstunde noch, dann ...

Dann stand er vor dem Haus. Aber es war kein Haus. Es war nur noch die Kulisse eines Hauses. Wie man Pappstreifen in den Sand steckt, damit sie aufrecht stehen bleiben und nicht umkippen, so ragte aus Trümmern und einem Schutthaufen steil und zum Schwindligwerden eine dünne Mauer zum Himmel; vor einer Fensterhöhle hing schief ein Balkon in die Luft hinaus ... Auf diesem Balkon hatten sie am letzten Abend beisammen gesessen bis tief in die Nacht. Jetzt hing er sinnlos in der Luft; alles hing plötzlich in der Luft: die Gespräche an jenem Abend, die Hoffnungen von damals, das Gestern, das Heute, das Morgen ...

Plötzlich erinnerte er sich: daß er auf seinem Weg heute viele Häuser gesehen, die keine mehr waren; die wie dieses hier waren: eine ausgeschnittene Pappkulisse, die man in den Sand des Bombenschutts gesteckt, damit sie nicht umkippten und einen erschlugen, ihn vielleicht ... Aber daß auch dieses Haus nur noch eine Kulisse sein könnte und seine Hoffnung nur eine Illusion: dieser Gedanke war ihm auf seinem Weg durch die gespensterhaften Kulissen-Straßen nicht gekommen.

Noch einmal schaute er zu dem Balkon hinauf, der da schief in die Luft hinaus hing ... Dann ging er auf die Suche durch das zerbrannte, zerbombte, zertrümmerte Viertel. Wo noch Lebendes zwischen den Trümmern hauste, wo er noch einen Menschen zwischen den Schuttbergen entdeckte: da fragte er. Sie schauten ihn an mit Gesichtern, grau, wie mit Schuttstaub gepudert; dann schüttelten sie den Kopf, daß der Trümmerkies aus ihren farblosen Haarbüscheln stäubte. Einer nur glaubte sich zu entsinnen, daß jenes Haus mit dem baumelnden Balkon seine Bewohner unter berstenden Wänden begraben, Mütter, Kinder und Greise ... Aber dann fand er Einen, der erinnerte sich: daß eine junge Frau, ihr Kind im Arm, Heldentaten der Hilfsbereitschaft in jener Bombennacht vollbracht; aber wo sie geblieben, das wußte er nicht ... Er jubelte lautlos: das konnte nur Beate gewesen sein.

Aber wo sie jetzt sein mochte, das wußte niemand. Niemand in den Straßen ringsum; niemand im Amt hinter den pappe-vernagel-

ten Fenstern in dem zerfransten Flügel des Rathauses, dessen andrer zerbrochen und zerbröckelt über der Straße lag. Er suchte; er fragte; aber er fand nirgends Anwort auf seine Frage.

Alles hing in der Luft wie der Balkon an dem Mauerrest.

Ein Schwindelgefühl packte ihn: als hinge er selbst in der Luft, sinnlos, ohne Zukunft und Zweck, jeden Augenblick willig, hinabzustürzen in die Tiefe, um zu Schutt zu zerbröckeln unter Schutt ...

Da ging er, seine Vergangenheit aufzusuchen; er schleppte sich bis zum Tiergarten, liebkosend noch einmal über jene Bank zu streicheln unter dem laubüberdachten Weg ... Aber vom Tiergarten war nicht einmal mehr eine Kulisse übrig geblieben, an der man seine Umrisse hätte erkennen können; nur Stümpfe, die aus alter Gewohnheit ihre Wurzeln in die Erde krallten, obgleich über ihnen, himmelwärts, nichts mehr war, was sie hätten erhalten müssen oder ernähren können; alles Werdende und Wieder-Kommende war mit scharfen Axthieben von ihnen getrennt. Sie hatten keine Zukunft über sich, diese Wurzeln; sie hätten ebenso in der Luft hängen können ...

Und wieder packte ihn ein Schwindelgefühl: als hinge er selbst in der Luft ... Eine unendliche Müdigkeit fiel ihn an; seine Beine trugen ihn nun nicht mehr.

Irgendwo hockte er nieder, und jemand fragte ihn, was er wünsche; er mußte sich erst ins Bewußtsein rütteln; dann bat er um etwas zu trinken. Aus einer Ecke, dunkler noch als das Halbdunkel, das ihn umgab, quoll Musik. Erst langsam begriff er, daß es Musik war; aber er begriff nicht, daß es Musik geben konnte, wo alles so schief in der Luft hing; vielleicht klang sie darum so schräg, die Musik: weil sie keinen Halt hatte ... Und jetzt kippte sie wirklich um; da lag sie, ein Trümmerhaufen von Tönen. Es war wie eine Genugtuung für ihn: daß sie zusammengestürzt war.

Aber dann meldete sich eine Stimme aus der Ecke: „Nachrichten" ... Die Stimme hämmerte an seine Stirn aber in sein Bewußtsein drang sie nicht ein. Er begriff nicht, daß noch etwas geschehen und daß man darüber berichten konnte; es war doch schon alles geschehen ... Berlin lag in Trümmern, alle Hoffnungen waren erstickt unter Bergen von Schutt, und Beate war nicht mehr da; nur der Balkon, auf dem sie miteinander gesessen, hing noch schräg in der Luft ...

Er hätte davonlaufen mögen; aber er war zu müde, sich zu erheben. Die Stimme hämmerte weiter; andre lösten sie ab. Sie taten ihm weh wie wirkliche Hammerschläge. Jetzt begann ein ganzes Hammerwerk gegen seine Schläfen zu trommeln.

„Wir sind mit unserm Mikrofon zu den Trümmerfrauen gegangen ... Sie bergen die Ziegel aus dem Schutt, sie klopfen sie glatt, und sie schaffen sie fort ... Von einer Hand in die andre wandern die Steine ... Es ist eine schwere Arbeit; aber sie muß getan werden, damit Berlin wieder aufgebaut werden kann ... Unser Berlin ... Wir fragen jetzt eine der Frauen hier ... Sie sind verheiratet? ..."

„Ja ... Aber mein Mann ist noch nicht zurück! Ich erwarte ihn jeden Tag ..."

Um seine Stirn löst sich plötzlich der eiserne Ring; er springt auseinander, und die Stimme dringt ihm tief ins Bewußtsein.

„Beate!" schreit er, daß das Halbdunkel um ihn plötzlich lebendig wird.

„Nein. Nachricht habe ich nicht von ihm, schon sehr lange nicht. Aber ich bin gewiß, daß er lebt, ganz gewiß ... Denn wenn's anders wär', dann würde ich hier nicht ... Steine klopfen! ..."

„Beate! ... Ja, Beate!" schreit er noch einmal, so laut, daß sie ihn hören müßte.

Einen Herzschlag lang umfängt es ihn wie eine Ohnmacht; aber dann ist er hell wach.

Die um ihn bedrängen ihn mit teilnehmenden Fragen. Aber er macht nur eine heftige Bewegung der Abwehr. Er ist aufgesprungen; er steht, vornüber-gebeugt, und horcht angespannt in die Ecke hinein. Aber die Stimme kommt nun nicht wieder, andre sind an ihre Stelle getreten. „Wir brachten ein Gespräch mit den Trümmerfrauen an der Berliner Staatsoper ..."

Einen Atemzug lang steht er noch, leicht vornüber-geneigt; dann zuckt es wie ein elektrischer Schlag durch den Körper, und er läuft davon. Die Umstehenden hören nur noch ein Wort, das er vor sich hinsagt wie eine Beschwörung: „Staatsoper" ...

Er fliegt durch die Straßen; er kennt sie alle; er weiß seinen Weg. Es ist der längste, den er jemals gegangen; vielleicht ist es der kürzeste; er weiß es nicht.

Und da ist das Ziel: Beate.

Sie reichen sich stumm die Hände. Es ist, als ob sie sich gestern getrennt, oder erst heute am Morgen ... Nur ihre Blicke verschlingen sich ineinander, und einer gibt den andern nicht frei.

Er kann nicht sprechen; ein paarmal muß er schlucken vorher: „Bist Du ... allein?"

Sie versteht ihn sofort. Sie schüttelt den Kopf: „Er heißt Heinz!"

Jetzt erst sieht er ihre zerschundenen Hände, ihr schmales Gesicht, ihre zerschlissenen Kleider. Halb Frage ist es, halb Vorwurf: „Muß das sein?" sein Blick scheint die Ziegel zu zählen, die sich hinter ihr türmen.

Sie nickt ernst; dann lächelt sie: „Ich mußte etwas tun! Etwas mit meinen Händen greifen, etwas ganz Wirkliches, denn all das Andere ..."

„Ja ...", nickte er, „alles Andere ... hing in der Luft!" er sieht wieder ihren Balkon hoch über sich schräg von der Mauer hängen.

„An den Steinen da ... hab' ich mich festgehalten!" sie lächelt immer noch.

„Aber Du hattest ... unsern Jungen?!"

„Ja, gerade seinetwegen! ... Ich mußte stark bleiben! Für ihn!"

„Stark bleiben? ... Und schleppst Steine? ... Du siehst so müde aus!"

„Ich wollte schlafen können! Ich brauchte die Nächte. Ich hätte keine gehabt ... ohne die schwere Arbeit hier!"

„Aber daß man das duldet?! ... Daß Frauen wie Du ... Und die andern hier ...", er begreift es nicht.

Ihr Lächeln verfliegt. „Man duldet noch ganz andere Dinge, die schlimmer sind ... Die Steine da, die sind barmherzig, die reißen nur manchmal ein bißchen die Haut auf ...", mit einer raschen Geste verbarg sie ihre Hände unter der Schürze. „Das ist nur äußerlich. Und das wird schnell wieder gut. Das Andre, das ist viel schlimmer. Und viel schmerzhafter. Und oft ... nie wieder gut zu machen!"

„Und die Männer? ... Warum stehen die Männer nicht hier?"

„Die Männer?" sie zuckt die Achseln; dann lächelt sie plötzlich, und auf einmal sieht sie garnicht mehr müde aus. „Die Einen sind es vielleicht einst gewesen oder sie wollen's erst werden, und die Andern ..., auf die haben wir bis heute gewartet!" das Lächeln entfaltet sich und scheint ihre ganze Gestalt zu umhüllen, wie ein Glorienschein. Er antwortet nicht; stumm schiebt er seinen Arm unter den ihren und führt sie davon.

Daheim, irgendwo in einem notdürftig geflickten Haus, erwartet sie ein Mann, ein ganz kleiner Mann; er reicht ihm mit seinem blonden Haarschopf knapp bis über die Knie. Der besieht ihn zuerst mißtrauisch und fast feindselig, dann durchforscht er sehr ernsthaft sein Gesicht, wirft einen fragenden Blick auf die Mutter; dann reckt er plötzlich seine Arme in die Höhe, und unter Tränen jubelt er: „Vater!"

Da heben ihn zwei starke Arme zum Himmel hinauf, und der kleine Mann hängt schräg in der Luft ...

Er aber sieht plötzlich, wie in einer Vision, einen Balkon über sich schweben; aber der hängt nicht mehr schräg in der Luft ... Er sieht drei glückliche Menschen, wie sie hinunterschauen in eine Häuserzeile, die keine Kulissenstraße mehr ist: Bäume recken ihre Kronen zu den Fenstern hinauf und grüne Vorgärten schimmern, vom Morgen mit Millionen blinkender Perlen betaut; aus der Ferne brummt es und brodelt es: die Weltstadt erwacht zu einem neuen Tag, rüstet sich zu neuem Schaffen und Werken ...

Da setzt er den kleinen Mann behutsam wieder auf den Boden nieder, und nun hängt nichts mehr in der Luft ... Nur noch ein Wort hängt in seinem Ohr, das hat sich darin unentrinnbar verfangen: „Vater!" ...

Zwei Welten oder eine Stadt!

Die Schützenstraße in Berlin. Links ist russischer Besatzungssektor, rechts amerikanischer.



AMERIKA
LAND DES AMERIGO VESPUCCI

Geschichte eines historischen Irrtums

von Kpt. FRED SCHMIDT

Vor fast fünfhundert Jahren, am 9. März 1451, wurde im Hause des Notars Vespucci in Florenz ein Knabe geboren. Als man das Kind taufte, da ahnte niemand, daß sein Name nach einem Jahrhundert zu einem Begriff werden sollte und, daß ihm eine Verbreitung beschieden war, wie sie sonst nur die Namen der großen Religionsstifter gefunden haben. Man nannte das Neugeborene Amerigo. Von diesem Namen aber wurde ein anderer abgeleitet, der wie die Fanfare einer neuen Zeit über die Erde hallen sollte: Amerika.

Geht man jedoch den historischen Zusammenhängen auf den Grund, so macht man eine höchst seltsame Entdeckung, ja vielleicht die seltsamste in der Geschichte der Menschheit überhaupt: man findet nämlich, daß nichts als eine Reihe von Mißverständnissen jenen Namen schufen, mit dem wir den vierten Teil der bewohnten Erde benennen. Die ersten Europäerschiffe, die Amerika ansteuerten, waren Wikingerdrachen. Die ersten Europäer, die dort siedelten, waren Skandinavier. Allerdings, ihre Entdeckungen blieben ohne geschichtliche Bedeutung. Doch dann kam Kolumbus und stieß die Tore zum Unbekannten auf.

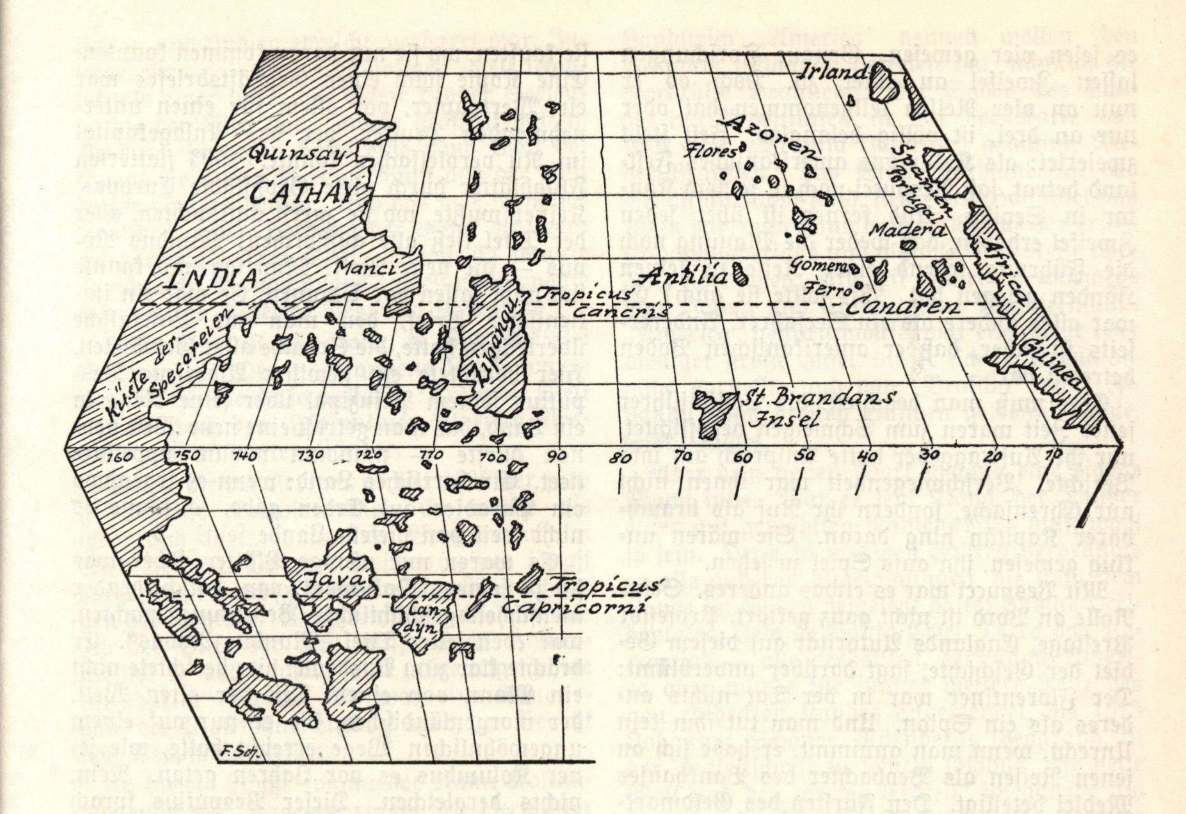
Verlangt es da nicht Gerechtigkeit und Logik, daß man den neuen Erdteil „Kolumbia" nannte oder „Christophien"? Warum Amerika? Es ist, als habe man das Christentum „Paulanertum" genannt.

Wie konnte das geschehen?

Der Knabe Amerigo genoß eine für seine Zeit recht gute Bildung. Ein gelehrter Onkel nahm sich seiner an, der Dominikanerpater Giorgio Antonio Vespucci, ein Freund Savonarolas. Dieser Erziehung hatte Amerigo es zu danken, daß ihn das Bankhaus Medici als Lehrling einstellte. Es war das führende Haus der Stadt, eine Weltfirma, mit Filialen in allen bedeutenden Handelsplätzen Europas, das rechte Sprungbrett für einen jungen Mann, der etwas von der Welt sehen wollte.

Diese Welt hatte sich in den verflossenen Jahrzehnten beträchtlich geweitet. Die Schrekken des Südens, in dessen Hitze kein Mensch atmen, kein Schiff bestehen konnte, das zähflüssige „mare pigrum", alles das war als Märchen entlarvt worden, Schauergeschichten, erfunden von schlauen Arabern, um die „Rumis", die Ungläubigen, von der Fahrt nach Osten fernzuhalten. Man sprach von arabischen Karten, die einen Weg um Afrika wiesen. Kühn stießen portugiesische Kapitäne immer weiter nach Süden vor, Cam, Deniz Diaz, Cadamosto, Nuno Tristão. Dann kam die große Kunde: Bartholomeo Diaz hatte das Kap der Stürme umsegelt. Die große Tat war vollbracht, frei lag der Weg zu den Gewässern des Ostens; und hinter deren Horizonten wartete die Pfefferküste Indiens, winkten die Schatzhäuser Chinas, von denen Marco Polo berichtet hatte, träumte das ferne geheimnisvolle Zipangu. Ganz Europa hielt den Atem an, jeder Monat konnte neue unerhörte Entdeckungen bringen.

In dieser Zeit dramatischer Spannung tauchte Amerigo Vespucci in Sevilla auf, und zwar als Agent des Hauses Medici. An der Südwestküste Spaniens wehte damals eine eigenartige Luft. Man ist versucht, sie mit etwas zu vergleichen, was unserer heutigen Zeit ihr besonderes Gepräge verleiht: mit der Geheimniskrämerei zwischen Ost und West. Hing es nicht wie ein „Eiserner Vorhang" zwischen Portugal und den spanischen Landen? Was die Lissaboner Kapitäne von ihren Reisen heimbrachten, Berichte, Segelanweisungen, Karten, Warenproben, alles wurde als Staatsgeheimnis gehütet. Wer sich erdreistete, über die Grenze zu gehen, um seine Dienste einem neuen Herrn anzubieten, galt als „Verräter" und riskierte Kopf und Kragen. In den Kontoren und am Hafen stritt man



mit hochroten Köpfen. Die „Eingeweihten", die es samt ihren „sicheren Quellen" zu allen Zeiten gibt, machten wichtigtuerische Andeutungen über das, was die Krone als nächsten Schritt zur Erreichung der Gewürzinseln plante. Man munkelte von einem Italiener, der eine ganz tolle Idee vertrat. Toscanelli sollte er heißen und die Behauptung aufgestellt haben, die Erde sei gar nicht so groß, wie man annehme. Nach Indien dürfe man nicht nach Osten steuern; das hieße, die Welt zu drei Vierteln umsegeln. In umgekehrter Richtung sei es nur halb so weit. Der Teufel mochte wissen, was der Mann damit meinte. Ob er überhaupt bei Verstand war?

Und dann platzte die Bombe: ein gewisser Colon oder Colombo, ein Kapitän unbestimmter Herkunft und nur wenigen Leuten am Hafen bekannt, hatte eine neue Route nach Indien und Zipangu entdeckt. Es war der „brevisimo camino", der kürzeste Weg. Er führte nicht um Afrika, sondern — kaum zu glauben — gen Westen, genau, wie jener Toscanelli behauptet hatte. All ihr Heiligen! — wie wunderbar! Doch es mußte wohl stimmen. Während Diaz viele Monate bis zum Cabo Tormentoso gebraucht hatte und dann immer noch nicht in Indien war, hatte Colombo in wenigen Wochen Zipangu erreicht. Noch einige Tage weiter, und er konnte in den Ganges einlaufen. Wenigstens glaubte man das.

Nun hieß es, er wolle in einem zweiten Anlauf zu seinem Ziel vorstoßen, Indien. Juanoto Beraldi, der Vertreter der Medici in Sevilla, rüstete die Schiffe aus. Es war jene Reise, auf der Kolumbus seinen Fuß auf südamerikanisches Festland setzte, allerdings ohne zu erkennen, daß er einen neuen Kontinent gefunden hatte. Immer noch narrte ihm sein Traum vom Goldlande Indien. Es war der erste in der Kette der Irrtümer, die dem neuen Erdteil in der Folge zu seinem Namen verhalfen.

Im Dezember 1945 starb Beraldi. Der Tod riß ihn mitten aus der Arbeit, ein Dutzend Schiffe für eine neue Expedition auszurüsten. In seinen letzten geschäftlichen Anweisungen gab er seinem „factor" den Auftrag, den Ausrüstungsvertrag mit der Krone zu Ende zu führen. Und dieser „factor" war unser Amerigo. Der Tod Beraldis brachte ihn in direkte Berührung mit den Seeleuten der großen Reisen.

Nun hatte König Fernando im Frühjahr 1495 sein Wort, das dem Kapitän Kolumbus das Monopol der Erforschung der westlichen Seewege zusicherte, widerrufen. Fortan war es auch Privatleuten freigestellt, Expeditionen durchzuführen. Einigen dieser hat sich Vespucci angeschlossen. Er selbst behauptet,

es seien vier gewesen. Genaue Forschungen lassen Zweifel an einer zu. Doch ob er nun an vier Reisen teilgenommen hat oder nur an drei, ist völlig belanglos. Fest steht zweierlei: als Kolumbus amerikanisches Festland betrat, saß Vespucci noch in seinem Kontor in Sevilla. Und ferner ist über jeden Zweifel erhaben, daß weder die Planung noch die Führung irgend einer Reise in seinen Händen gelegen hat. Wie sollte sie auch? Er war alles andere als ein Seefahrer. Andererseits ist sicher, daß er amerikanischen Boden betreten hat.

Eins muß man beachten: die Schiffsführer jener Zeit waren zum Schweigen verpflichtet, nur ihr Auftraggeber hatte Anspruch auf ihre Berichte. Verschwiegenheit war ihnen nicht nur Ehrensache, sondern ihr Ruf als brauchbarer Kapitän hing daran. Sie wären unklug gewesen, ihn aufs Spiel zu setzen.

Mit Vespucci war es etwas anderes. Seine Rolle an Bord ist nicht ganz geklärt. Professor Prestage, Englands Autorität auf diesem Gebiet der Geschichte, sagt darüber unverblümt: Der Florentiner war in der Tat nichts anderes als ein Spion. Und man tut ihm kein Unrecht, wenn man annimmt, er habe sich an jenen Reisen als Beobachter des Bankhauses Medici beteiligt. Den Fürsten des Geldmarktes lag viel daran, zu erfahren, welche Ziele die Entdeckerschiffe erreichten. Hatten sie Gold gefunden? Drangen sie wirklich bis zu den Gewürzinseln vor? Wenn ja, war das alte Monopol der Venezianer gebrochen. Welche Perspektiven taten sich damit auf! Der gesamte Markt Europas mußte eine Umorientierung erfahren. Gewaltige Summen standen auf dem Spiel, frühe Nachrichten konnten alles entscheiden. Da lohnte es sich, einen Vertrauensmann auf den Schiffen zu haben, die gen Westen segelten. Und das mag der letzte Grund gewesen sein, weshalb sich der Bankbeamte Vespucci plötzlich in das wandelte, was wir heute einen Globetrotter nennen würden.

Er hat seinem Chef Lorenzo Piero di Medici pflichtgemäß Bericht erstattet. Auch diese Briefe beweisen, daß er unmöglich eine Reise geleitet haben kann. Ihm fehlte jede Voraussetzung dazu. Geht man seinen Kursen und Distanzen nach, muß man annehmen, das Schiff sei quer über den nordamerikanischen Kontinent hinweg bis in den äußersten Westen Kanada gesegelt. Nein, mit solchen nautischen Ideen kann man nicht Entdecker werden. Doch er schilderte anschaulich die Fauna und Flora der neuen Länder und brachte die ersten ausführlichen Darstellungen von der Art und dem Leben südamerikanischer Indios.

Berichte dieser Art waren Geschäftsgeheimnisse. Kein Wunder, daß alle Handelshäuser sie kauften, wo sie nur daran kommen konnten. Eine Kopie solch eines Geschäftsbriefes war ein Wertpapier, vor allem für einen unternehmenden Drucker, der das Anlagekapital im Nu vervielfachen konnte. 1503 flatterten Flugblätter durch viele Großstädte Europas. Keiner wußte, wo sie zuerst auftauchten, aber der Titel ließ alle aufhorchen: Mundus Novus — die neue Welt! Man las und konnte sich nicht fassen vor Staunen. Es war ein italienischer Brief, den man ins Lateinische übertragen hatte, die Sprache aller Gebildeten. Hier berichtete ein gewisser Albericus Vesputius seinem Prinzipal über seine Reise in ein Land, das man getrost eine neue Welt nennen durfte — mundum novum appellare licet. Ein herrliches Land: wenn es irgendwo ein Paradies auf Erden gäbe, so könne es nicht weit von diesem Lande sein!

Es waren nur wenige Blätter. Aber was sie zu einem Dokument von entscheidender menschheitsgeschichtlicher Bedeutung machten, war eben jener Titel „Mundus Novus". Er brachte klar zum Ausdruck: hier berichtete nicht ein Mann von einem Teil der alten Welt, der morgenländischen, die er nur auf einem ungewöhnlichen Wege erreicht hatte, wie jener Kolumbus es vor Jahren getan. Nein, nichts dergleichen. Dieser Vesputius sprach von einem Lande, das mit den bisher bekannter Erdteilen nichts zu tun hatte: er hatte eine neue Welt entdeckt! Daß es eine paradiesische Welt war, bar jeder Not und Plage, eine, wo einem alle guten Dinge einfach in den Mund wuchsen, das machte, daß die Menschen sich diese Blätter geradezu aus der Hand rissen.

Im September 1504 folgte eine neue Schrift, diesmal in italienischer Sprache: Lettera di Amerigo Vespucci delle isole nuovamente trovate in quattro suoi viaggi — Brief des Amerigo Vespucci über die auf seinen vier Reisen entdeckten Inseln. Er umfaßt 32 Seiten und war angeblich an den Gonfaloniere Soderini gerichtet, den Gouverneur von Florenz. Dieser Bericht enthielt zahlreiche Unstimmigkeiten, wenn er auch unterhaltsam geschrieben war. Am Schluß kündigte Vespucci darin ein umfangreiches Reisewerk an. Aber er hat es nie geschrieben. Ueber jene 32 Seiten ist er nicht hinausgekommen — wenn er sie überhaupt selbst verfaßt hat, was nicht zweifelsfrei erwiesen ist.

Das Publikum konnte nicht genug lesen über die neu entdeckten Länder. Deshalb erschien 1507 in Vincenza eine Sammlung von Berichten der Reisen Cadamostos, Vasco da Gamas, Cabrals, auch die ersten drei Kolumbus-Reisen und dazu der „Mundus Novus" des Vespucci. Man muß sich nun klarmachen, daß Kolumbus auf seinem Irrtum, er habe

Japan und Indien erreicht, verharrt war. Infolgedessen galt er der damaligen Welt lediglich als einer unter der Schar kühner Seeleute, die den Weg nach Indien geöffnet hatten. Vespucci hingegen hatte eine neue Welt betreten! Sein Bericht ragte somit aus der Reihe der übrigen hervor. Und das war wohl der Grund, der den Herausgeber dieser Anthologie zur Wahl ihres Titels bewog. Er nannte sie nämlich „Mondo nuovo e paesi nuovamente retrovati da Alberico Vesputio florentino".

Dieser Titel ist eine Falle; er läßt zweierlei Deutung zu. Der unbefangene Leser konnte ihn nur allzu leicht so auffassen: Die neue Welt und die von dem Florentiner Alberico Vesputio neu entdeckten Länder.

Genau diesem Irrtum verfiel 1507 der junge Martin Waldseemüller. Er wirkte als Geograph am „Gymnasium Vosgiarum" im Städtchen St. Dié, der Residenz eines längst vergessenen Duodezfürsten an den Westabhängen der Vogesen. Waldseemüller — er nannte sich der Sitte der Zeit entsprechend Hylacomylus! — gab damals seine „Cosmographiae introductio" heraus. Es war eine Neuausgabe des Ptolemäus, ergänzt durch den Bericht von Vespuccis Reisen.

In diesem Buche kommt der Name Kolumbus nicht vor. Dagegen richtet Waldseemüller alle Scheinwerfer seiner siebenundzwanzigjährigen Begeisterung auf Amerigo Vespucci. Ihn feiert er als den bedeutendsten Entdecker seiner Zeit. Dieser Mann habe zu dem bereits bekannten Teil der Welt, einst von Ptolemäus beschrieben, den Rest gefügt, der unser Weltbild abrundete. Zum Schluß schlägt er für das neu entdeckte Land eine Benennung vor und meint: quia Americus invenit, Amerigem quasi Americi terram sive Americam nuncupare licet — weil Americus ihn entdeckte, solle man es Amerigis, also das Land des Americus oder America nennen. An anderer Stelle begründet er seinen Vorschlag noch einmal besonders. Europa und Asien hätten weibliche Benennungen erhalten, also solle man den vierten Erdteil nun nach seinem Entdecker, diesem ingeniösen Manne Americus, oder America nennen. Es ist die bekannte Mischung von Weltfremdheit und naiver Begeisterung für nie Gesehenes, mit der Stubengelahrtheit so manchen Irrtum zur Welt brachte. Besiegelt wird die Taufe durch den Randtitel „America", zugleich wird auf der Weltkarte, die das Buch begleitet, das neue Land im Westen mit dem neuen Namen bezeichnet, zum ersten Mal das Wort America im Druck. Aber Amerigo weiß nichts davon ...

Nun kommt das Seltsamste: es scheint nämlich, als habe Waldseemüller nur jenen Landstrich „America" nennen wollen, den Vespucci tatsächlich betreten hat, nämlich die Nordküste Brasiliens. Der Süden des Landes mit Argentinien ist auf der Karte von 1507 noch „Brasilia Inferior" genannt, Nieder-Brasilien. Das Stück Nordamerika, das Sebastian Cabot fand, stellte eine Halbinsel von Asien dar; man stand noch im Banne der ersten Kolumbusberichte und glaubte, eine Reise über den nördlichen Atlantik führe geradewegs nach Japan und China. Was Waldseemüller „America" nennen wollte, war eine mehr oder weniger große Insel, die er sich in Aequatornähe vorstellte und von „Brasilia" und „Zipangu" von breiten Sunden getrennt dachte. Sonst nichts.

Aber dem neuen Wort wohnte eine eigene Macht inne. War es sein Klang, der Zauber eines gut gewählten Namens? Es muß wohl so sein. Denn in wenigen Jahren verdrängte es alle anderen Bezeichnungen, die man dem Lande im Süden beigelegt hatte: Indias Occidentales, Isla de Santa Cruz, Terra dos Papagaios — alle verhallten, der Name America aber wurde für immer weitere Teile des neu entdeckten Landes angewendet, bis 1515 Johannes Schöner, Nürnbergs Geograph, in der Begleitschrift zu seinem Globus „die neue Welt und den vierten Erdteil" im ganzen als America bezeichnete. Obwohl einem Irrtum entsprungen, hatte der neue Name gesiegt.

Er blieb nicht unwidersprochen. Kein Geringerer als der Bischof Las Casas, der Verfasser der „Historia general de las Indias", des bedeutendsten Geschichtswerkes der Entdeckerzeit, ehrwürdiger Augenzeuge jener Epoche, ist dagegen aufgetreten. Ihm schloß 1601 der spanische Geschichtsforscher Herrera in seiner „Historia de las Indias Occidentales" an und beschuldigte Vespucci, er habe seine Berichte arglistig gefälscht in der Absicht, Kolumbus um die Ehre der Entdeckung Amerikas zu betrügen. Schwere Anklagen umso gewichtiger von solchen Kennern der Geschichte. Sie stempeln den ruhmreichen Entdecker plötzlich zum Hochstapler und Fälscher. Und sie wirken lange nach. Voltaire hat Vespucci seine Verachtung bekundet, und Ralph Waldo Emerson schrieb noch 1856 voller Abscheu: Seltsam, daß das weite Amerika den Namen eines Diebes tragen muß ...

Es war das alte Lied: das Pendel, anfangs zu weit nach der Seite der Heldenverehrung ausgeschlagen, schwang ebenso heftig nach der anderen Seite. Sorgfältige Nachprüfungen alter Dokumente haben ergeben, daß auch hier wieder einmal die Wahrheit in der Mitte liegt. Und wie eigenartig, auch bei der Verdammung Vespuccis spielte der Irrtum eine wichtige

Rolle; der Zorn des ernsten Las Casas fand seine Quelle in einem Druckfehler. Ein unbekannter Drucker, kurzsichtig geworden im Laufe emsiger Jahre, hatte aus „Lariab“ ein ähnlich lautendes Wort gemacht: „Parias“. Das erregte des Bischofs Verdacht, der Florentiner habe mit Vorsatz den Anschein erwecken wollen, er sei früher in Südamerika gewesen als Kolumbus.

Sicherlich ist an den Vespucci-Berichten manches, was den Kenner stutzen läßt. Die Reisedaten weichen in den einzelnen Ausgaben stark voneinander ab, die Längenbestimmungen sind fehlerhaft, die Angaben über Entfernungen nichts als laienhaftes Gestümper. Obendrein läßt der pfiffige Schreibersmann stets die wichtigste Frage in unklaren Redensarten verschwimmen, nämlich die nach dem eigentlichen Leiter der Expedition. Diese Dinge sprechen nicht für ihn.

Doch an der ursprünglichen Wahl des Namens Amerika für die neuentdeckten Westländer hat er mit größter Wahrscheinlichkeit keinerlei Anteil. Was man ihm andererseits zum Vorwurf machen könnte, ist der Umstand, daß er dazu schwieg. Er hätte wohl etwas dagegen tun können. Im März 1508 — knapp zwei Jahr nach Kolumbus' Tode — wurde er zum „Piloto Mayor“ der „Casa de Contratacion“ ernannt, war somit Leiter der nautischen Abteilung der spanischen Seemacht geworden. Ein Amt von hoher Verantwortlichkeit. Ihm oblag die Ausbildung der Seesteuerleute und das Prüfungswesen, und er erhielt den Auftrag, einen „padron real“ herzustellen, ein Kartenwerk der ganzen Welt. Hier hatte er die Gelegenheit, die Bezeichnung „America“ — er selbst wußte ja am besten, auf wie irrigen Voraussetzungen sie beruhte! — durch den Namen zu ersetzen, der durch die Geschichte gerechtfertigt ist: Columbia. Fest steht, daß er nichts dergleichen versucht hat. Die Gründe wird man nie kennen.

Kolumbus selbst hielt den Mann, der ihm — anscheinend ohne es zu wollen — den Ruhm der Patenschaft seiner Entdeckung raubte, für einen anständigen Menschen. Am 5. Febrauar 1505, ein Jahr vor seinem Tode, schrieb er an seinen Sohn. In diesem Briefe nennt er Vespuccis einen „mucho hombre de bien“, der ihm versprochen habe, bei Hofe etwas für ihn — Kolumbus — Günstiges zu erreichen. Allerdings, wie es sich in Wirklichkeit mit Vespuccis aufrichtiger Gesinnung verhielt, auch das wird ewiges Geheimnis bleiben. Er war Vertreter einer Weltbank, Kolumbus ein Seemann. Dem weltklugen Geschäftsmann wäre es weiß Gott nicht schwer gefallen, einen Graukopf von Seebären über seine wahre Meinung zu täuschen. Es wäre in der Geschichte der Seefahrt kein Einzelfall.

Daß Amerigo ein überaus gewandter Mann war, steht außer Zweifel. Wie sonst wäre es ihm gelungen, die Bestallung zum Piloto mayor zu erhalten, die einem erfahrenen Schiffsführer zustand? Die erforderlichen Kenntnisse dafür besaß er keinesfalls, das beweisen seine eigenen Berichte. Er wußte jedoch, wo die politischen Fäden endeten und wie sie gezogen werden mußten, um die Puppen richtig tanzen zu lassen. Was konnten die biederen Seeleute dagegen ausrichten? In ihrer kindlichen Ueberzeugung, die Vergebung wichtiger Aemter werde lediglich durch Eignung und Leistung der Bewerber bestimmt, fielen sie gegen den smarten Bankmann hoffnungslos ab. Das überrascht nicht. So war es früher und so ist es geblieben bis in unsere Tage.

Und bis in unsere Zeit hat sich der Name Amerika behauptet und wird vermutlich bleiben, solange unsere gute alte Erde zusammenhält. Mit ihm wird der Name Amerigo Vespucci leben bis in fernste Zeiten — als Lohn für drei Reisebriefe von etwa sechzehn Seiten Umfang. Gönnen wir ihm diesen Ruhm. Er selbst hat ihn nicht erstrebt, es scheint wenigstens so. Aber nie zuvor ist ein Sterblicher um so geringen Preis durch das Tor geschlüpft, das in die Hallen der Unsterblichkeit führt.



IX. Amerikas Däumling

VON CARL FRHR. v. MERCK

Iberoamerika hat nicht nur Riesenstaaten wie Argentinien und Brasilien, sondern auch winzig kleine Länder wie die Republik El Salvador, den Däumling Amerikas. An sich kann man von Guatemala aus sehr bequem auf der Panamerikanischen Straße, am Heiligtum des schwarzen Christus von Esquipulas vorbei, das Nachbarland erreichen. Auch eine Bahnverbindung existiert neuerdings. Doch wollen wir die mittelamerikanische Pazifikküste kennenlernen und wählen daher einen mühseligeren aber interessanteren Weg:

Im bezaubernden guatemaltekischen Pazifik-Hafen San José sahen wir die weißen Schiffe der United Fruit Company einladend auf der Reede liegen. Sie lockten uns nicht so sehr wie ein höchst malerisches, altes Peileboot, das von hier aus, der Küste entlang nach den Häfen El Salvador, La Libertad und La Unión fährt. Und so tuckern wir bald, schutzlos der sengenden Sonne ausgesetzt, die tropischen Palmenküsten entlang nach Südosten.

Zunächst beschäftigt uns ausschließlich die Anwesenheit recht großer Haifische im durchsichtigen Meerwasser um unsere Barke. Die blau-silbernen Gesellen nehmen uns, trotz der unheimlichen Hitze, jede Lust ins Wasser zu springen und neben unserer langsamen Arche herzuschwimmen, was durchaus möglich wäre. Anfangs finden wir die ständige Unterwasserbegleitung unheimlich. Dann aber gewöhnen wir uns daran, so ganz, wie man sich im täglichen Leben an die ständige Anwesenheit menschlicher Haifische gewöhnt.

Wir sehen nicht mehr ins Wasser, sondern uns unser Fahrzeug etwas genauer an. Das Boot heißt „Adelita", ist etwa 25 Meter lang und fährt unter der Fahne Guatemalas. Der Kapitän ist ein Ladino (Mestize) aus Champerico, der dauernd Maisblattzigaretten zugleich aufraucht und -kaut. Im Uebrigen schwärmt er immer wieder vom alten französischen Viertel von New Orleans, wo er die erhebendsten Tage seines Lebens verbracht hat. Nur er und der Motor haben das Vorrecht unter Deck zu sein. Mannschaft, Passagiere und Ladung liegen auf den öligen Holzplanken der „Adelita" und schützen sich mit großen Strohhüten gegen die Sonne. Die Ladung macht da keine Ausnahme, denn man hat sie in Palmmatten verpackt. Drei Tage und drei Nächte soll die Reise dauern. Und wir werden uns nicht nur an die Haifische, sondern an verschiedene andere höchst „komfortable" Begleiterscheinungen gewöhnen müssen. So zum Beispiel an den höchst seltsamen unaussprechlichen Ort, der thronartig auf dem Heck des Schiffes aufgebaut ist und luftig über den Haifischen schwebt. Wenn man dort sitzt, kann man sich ungestört mit dem Kapitän auf der Brücke unterhalten und alle Mann an Bord sehen interessiert zu. — Im ersten Augenblick war man erschrocken als man hörte, daß die „Adelita" weder Kompaß noch Seekarten hat, aber schließlich sieht man ein, wie gut es sich tagsüber an Palmenpalisaden der Küste entlangsegeln läßt, während nachts die feuerspeienden Spitzen der vielen Vulkane zur Orientierung dienen. Und so kommen wir endlich in La Libertad an und betreten dort den Boden der Republik El Salvador.



El Salvador führt noch das Wappen des alten Mittelamerikanischen Staatenbundes: die phrygische Mütze über fünf Vulkanen, die den fünf Ländern entsprechen.

Mit nur 34 126 Km² und 1.704 497 Einwohnern ist El Salvador das kleinste selbständige Land des Kontinents, aber deshalb kein Operettenstaat à la San Marino noch eine staatliche Absurdität wie Andorra und Monte Carlo. Amerikas Däumling

zeigt sich dem Reisenden als fortschrittliches und selbstbewußtes Land. An der Hauptwand seines Abgeordnetenhauses mahnt auf riesiger Tafel ein Spruch, keine ausländischen Anleihen anzunehmen und nie zu vergessen, daß die Freiheit nicht nur auf den Schlachtfeldern verloren werden kann.

Und damit sind wir auch schon bei dem erstaunlichsten Faktor, den wir hier, im Schatten der nordamerikanischen Allmacht wohl finden können: ein Nationalbewußtsein, um welches die meisten iberoamerikanischen Republiken den Däumling ihrer Familie beneiden können. Dieses Phänomen, denn um ein solches handelt es sich, wenn man an die Umstände denkt, in welchen es entstand, wird erst erklärlich, wenn wir uns die führende Schicht der kleinen Republik genauer in Augenschein nehmen und entdecken, daß sie, trotz aller Lockungen der Zivilisation der Trivialitäten sich ihr hispanisches Kulturbewußtsein erhalten und angestrengt gearbeitet hat, um die Nationalität zu prägen. Hier in diesem kleinen Lande ist die herrschende Schicht in Form geblieben. Sie leistete sich keine liberale Siesta und verwechselte den Konservativismus nicht mit klerikalem Weihrauch. Als der König von Großbritannien erstmalig im Buckingham-Palace seine Köchin zum Tanze führte, kommentierte der damalige Außenminister, Dr. Miguel Araujo: „König Georg baut dem Marxismus Brücken und fördert die Auflösung der westlichen Kultur." Als der Erzbischof von den Regierungsmitgliedern verlangte, sie sollten in einer religiösen Prozession durch die Straßen schreiten, bemerkte der gleiche Minister: „Hochwürden, es ist besser für das Land, wenn unsere Religiosität nicht auf der Straße, sondern in unseren sozialen Maßnahmen zum Ausdruck kommt." Die Einstellung des inzwischen verstorbenen Dr. Araujo ist typisch für ein bewußtes Herrentum, das auch um seine sozialen Verpflichtungen weiß. El Salvador ist noch heute von ihm erfüllt.

Sowohl in den städtischen Betrieben wie auf den Kaffee- und Kakao-Pflanzungen des Landes herrscht jene echt patriarchalische Atmosphäre vor, die den Besitzer vom Nichtstun und vom Wohlleben abhält und dem Arbeiter das gibt, was ihm gebührt. So wurde es möglich, daß El Salvador kein Nebeneinander von Weißen und Indios kennt, sondern ein einheitliches braun-weißes Staatsvolk hervorgebracht hat. Alle Bewohner des Landes sprechen spanisch und bekennen stolz, daß sie Salvadoreños sind. Mit Ausnahme von zwei Indianerstämmen, den Pachimalcos und Izalcos, sind alle Bewohner des Landes im großen Schmelztiegel der Nationalität aufgegangen. Dieser Erfolg ist in erster Linie den ländlichen Volksschulen zu verdanken. Guatemala ist ein echtes Indio-Land wie Mexiko. El Salvador dagegen ist eine Ladino-Republik par exellence. Der Unterschied springt auch rein äußerlich ins Auge. Die Landschaft gleicht der Guatemalas wie ein Ei dem anderen, aber El Salvador hat nur in sehr beschränktem Maße jene Touristen begeisternde Indio-Atmosphäre, die wir in Guatemala erlebten. Seine Menschen sind nicht das, was sie schon immer waren, sondern ein Drittes, ein Neues. Und so läuft man an den auch hier vorhandenen Zeugen der indianischen Vergangenheit einfach vorbei, weil sie mit der lebendigen Gegenwart keine Beziehung mehr zu haben scheinen. Es fehlen zudem alle rassischen und sozialen Spannungen, die das Nachbarland in so großem Maße kennt.

El Salvador ist ebenfalls ein altes Maya-Land. Teile seiner Ureinwohnerschaft stammen aus dem mittleren Mexiko. Als die Spanier ins Land kamen, blühte in der Gegend der heutigen Stadt Santa Ana das Reich von Cuzcatlán. Alvarado, der Eroberer von Guatamala unterwarf es nach kurzem Feldzug im Jahre 1526 und gliederte dieses Gebiet seiner Capitanía General de Guatemala an. Bis 1841 gehörte das Land erst zum ersten mexikanischen Großreich des Kaisers Iturbide, dann zur Zentralamerikanischen Konföderation. Und dieses kleine Land kann für sich den geschichtlichen Ruhm beanspruchen, sich stets am eifrigsten für ein geeintes Mittelamerika eingesetzt zu haben. Seine Söhne waren die energischsten Gegner des Guatemaltecos Carrera, des eigentlichen Sprengers des mittelamerikanischen Staatenbundes. Noch 1898 führte El Salvador einen blutigen Krieg um die Einheit Zentralamerikas. Selbst heute kann man in der Presse des Landes immer wieder unionistische Artikel und Aufrufe lesen. Von den klassischen mittelamerikanischen Revolten hat das Land nur wenige erlebt.

Seine positivste Aufbauzeit in unseren Tagen verdankt El Salvador einem Diktator, dem seltsamen General Maximiliano Martinez, der zur gleichen Zeit wie Ubico in Guatemala regierte. Er machte nicht nur von sich reden, weil er die Japaner, die von Haus aus Teetrinker sind, zum Kaffeetrinken bekehrte, schwungvolle Handelsbeziehungen mit ihnen aufnahm und dann, gegen den Willen und die ausdrückliche Weisung Washingtons, Mandschukuo anerkannte, sondern vor allem wegen seines begeisterten Bekenntnisses zur Teosophie und seiner Neigungen für den Okkultismus. Er vergaß aber über seinen Horoskopen und seinen täglichen Yogi-Uebungen das Wohl des Landes nicht und mußte sich 1936 mit einem recht ernsthaften kommunistischen Aufstand auseinandersetzen, den mexikanische Kominternagenten gegen ihn anzettelten. Drum hatte er volles Verständnis für den Kreuzzug des Generals Franco in Spanien und entsandte den ersten Botschafter, der damals in Salamanca der nationalspanischen Regierung ein Beglaubigungsschreiben überreichte. Dieser Linie sind seine Nachfolger — er wurde 1943 gestürzt — mehr oder minder treu geblieben.

Von diesem merkwürdigen Manne einfachsten Ursprungs stammt eine Broschüre, die in Nordamerika während der New Deal-Diskussion mächtiges Aufsehen erregte. Das Traktat hieß:

„Die Pflichten der Demokratie" und wies nach, daß alle Versager des parlamentarischen Regimes auf die Tatsache zurückzuführen sind, daß sämtliche Demokraten *„viel zu viel über die Rechte sprechen, die ihnen zustehen, aber viel zu wenig die Pflichten wahrnehmen, die ihnen ihr Lieblingssystem auferlegt"*. Die Verwirklichung des demokratischen Mythos ist aber Angelegenheit

einzelner, starker, volksnaher Männer, die noch wirklich dem demokratischen Ideal dienen können und nicht Sache der Parlamente, in denen stets nur Interessen aufmarschieren", schrieb kühn der Präsident des kleinsten Landes der westlichen Hemisphäre. Die „New York Herald Tribune" hatte sogar den Mut, seinen „modernen Auffassungen und beeindruckenden Interpretationen der Demokratie" lange Leitartikel zu widmen. In ihnen wurde gesagt — das sollte heute jemand wagen! — Martínez habe nicht ganz Unrecht mit seiner These von der autoritären Demokratie. Die Regime der Zukunft würden wohl ein Mittelding zwischen den autoritären Staaten Europas und den Demokratien Amerikas sein. — Es lohnt sich die Tatsache festzuhalten, daß das größte und stärkste Land des Kontinents sich zumindest mit den Ideenimpulsen, die aus dem kleinsten und schwächsten Land der Hemisphäre kamen, auseinandergesetzt hat.



Außer General Martínez verdient Dr. Alonso Guerra besondere Erwähnung. Er trat als Vertreter El Salvadors auf dem 2. panamerikanischen wissenschaftlichen Kongreß im Jahre 1916 auf und verlangte eine Erklärung, gemäß der im Sinne der Monroe-Doktrin nicht nur europäischen Ländern, sondern auch den U. S. A. jegliche Eroberungen in Amerika verboten sein sollten. Weiterhin ersuchte er u. a. um die ausnahmslose Abschaffung jeglicher Intervention seitens der Vereinigten Staaten. Die sogenannte „Guerra-Doktrin" („Zwischen erwachsenen Nationen darf es keine Vormundschaften geben) machte die Salvadoreños in ganz Iberoamerika bekannt. Als man den mutigen Diplomaten beglückwünschte, erklärte er stolz: „Wir Salvadoreños bemühen uns nur, die Traditionen von Atlacatl und José Simeon Cañas fortzusetzen."

Atlacatl war der letzte Maya-König von Cuzcatlán. Zwei Schlachten gewann er gegen den Eroberer Alvarado, die dritte ging verloren. Atlacatl unterwarf sich nicht, zog mit seinem Gefolge in den Urwald an den Hängen des Chaparrastique-Vulkans und starb dort vor Gram, daß ihm nicht gegeben worden war, die Freiheit Cuzcatláns zu retten. José Simeon Cañas aber war der Mann, der 300 Jahre nach dem Tode Atlacatls in Mittelamerika die Sklavenbefreiung durchführte.

Wir sehen also, daß Amerikas Däumling ein moralischer Riese unter den Nationen des Kontinents ist. Mut zeichnete stets seine Männer aus. Mut muß dieses Volk stets im Kampf mit der Natur beweisen, denn El Salvador ist besäht mit feuerspeienden Vulkanen, die immer wieder Städte zerstörten oder Ernten zunichte machten. Auch hier wurde die Landschaft zur großen Lehrmeisterin des Menschen.

Wer aber da meint, wir würden in der Republik El Salvador auf eine heroische Landschaft treffen, der irrt gewaltig: Lieblich ist das Land. Die Seen von Coatepeque, Ilopango und Güija zaubern mit dem zarten Blau ihres Wassers Ruhe in das bewegte Bild eines tropisch-vulkanischen Geländes. Wenn der Kaffee blüht, wenn die Vulkanhänge tagelang so aussehen, als habe es geschneit und die Landschaft duftet wie ein orientalischer Garten, dann vergessen die Menschen ganz, daß die Erde unter ihnen manchmal bebt. Ein wirklich erstklassiges Straßennetz erlaubt dem Besucher das Land in allen Winkeln kennenzulernen, alte Maya-Tempelruinen aufzusuchen und die beeindruckenden altspanischen Kirchen von Matapán, Villa Delgado, Suchitoto und Coatepeque zu bewundern. Und auch hier wird man inmitten von dürren Gegenden auf kleine Gottesgärten treffen, auf Fincas, die deutscher Fleiß aufgebaut hat. Die Salvadoreños haben sie auch in der Zeit respektiert, da Roosevelt die große Austreibung der Deutschen vom Kontinent betrieb.

Wirtschaftlich lebt das Land hauptsächlich vom Kaffeebau (über 100 000 Hektar), Zuckerrohr, Sisalhanf (Henequen), Tabak und Baumwolle. Gold und Silber sind reichlich vorhanden, werden aber nur in geringem Maße in den Bergwerken von La Unión und Morazán gefördert. Eine besondere Erwerbsquelle besitzt das Land im Balsam, der also nicht nur aus Perú kommt. — Die Vereinigten Staaten nehmen 71% des Exportes von El Salvador ab und stellen 76% seines Imports in Gestalt von Gebrauchsgütern und Maschinen.

Wie alle Länder, die auf Monokulturen eingestellt waren, hat El Salvador in den letzten Jahren starke Erschütterungen aushalten müssen. Zwar verstand man, sich rechtzeitig umzustellen und exportiert nun an erster Stelle Baumwolle, Hanf, Reis und Indigo und rief neue Industrien ins Leben (Hutflechtereien und Textilwerke, deren billige Produkte leider dabei sind, der alten einheimischen Handweberei der mittelamerikanischen Indios den Garaus zu bereiten), aber konnte ein Steigen des Lebensindexes nicht ver-

hindern. So beobachtet man in den letzten Monaten eine ständig zunehmende soziale Unruhe unter den Ladinos von El Salvador, die natürlich jetzt mit höchstem Interesse die linksradikalen Experimente des Nachbarlandes Guatemala verfolgen und nun, unter marxistischen Vorzeichen (!), den alten Unionsgedanken wieder aufgegriffen haben, weil auch in El Salvador die „Frutera", die United Fruit Company als Feind Nr. 1 des sozialen Fortschritts gilt.

Unter den kühlen Bögen der zierlich-anheimelnden Kathedrale der Hauptstadt San Salvador beenden wir unseren Besuch in diesem, dem Pazifik, dem Meer der Entscheidungen zugekehrten Lande. Auch hier erwartet uns eine Lektion in Gestalt eines wundersamen Christus-Bildes, das die Spanier schon kurz nach der Eroberung nach dem damaligen Cuzcatlán brachten. Es trägt die Inschrift „El Salvador del Mundo" (Der Erlöser der Welt). Diesem Gemälde, das Murillo gemalt haben könnte, verdankt dies Land seinen Namen, dessen religiöser Ursprung allerdings nur noch gezählten Salvadoreños heute etwas zu sagen vermag. Die Versprechung der himmlischen Erlösung tritt ein wenig in den Hintergrund, wenn die irdische Erlösung jeden Tag lauter ihr Recht verlangt. „Nosotros salvadoreños queremos ser todos salvadores", erklärte mir der junge Mann, der mich zum Flugplatz begleitete. „Wir wollen die Menschheit erlösen, indem wir für den Frieden eintreten und die Auswüchse des Kapitalismus bekämpfen." — Wie man sieht, nimmt Amerikas Däumling seinen Namen sehr programmatisch. Man kann nur wünschen, daß dies dem alten Cuzcatlán in einer Zeit zum Segen gereichen möge, da die ganze Welt nach Erlösung von der Macht des Mammons Ausschau hält ...

Bedauerlich bleibt nur, daß die irdischen Erlöser immer nur Däumlinge sind.

Zeitbrief aus Deutschland: Zwischen Volk und Menschheit

XXI

Wer den gemeinen Mann nach seinem Verhältnis zum europäischen Gedanken befragt, wird weithin kaum Widerhall finden; eine streitbare, von Ueberzeugung getragene Stellungnahme zum Europäertum jedenfalls ist noch nicht allgemein. Und zwar nicht etwa deshalb, weil dem unbekannten Deutschen noch immer andere Sorgen auf den Nägeln brennen oder weil ihm Vereinte Staaten von Europa als eine Phantasielandschaft politischer Theoretiker erscheinen oder weil er sich gar auf Grund der bitteren Nachkriegserfahrungen verstockt in sich selbst vereinsamt; wo er über die handgreiflichen Tagesfragen seiner Lebensbehauptung hinaus für seine Person überhaupt völkerbündlerische Grenzbereinigungen erwägt, beschäftigen ihn vielmehr im wesentlichen zwei andere, ganz einfache Ueberlegungen.

Die eine bezieht sich auf die Würde des Menschen schlechthin, auf die Achtung vor seinesgleichen, die, auch wenn sie jeder in erster Linie für sich selbst beansprucht, doch Ausdruck ist einer allgemeinmenschlichen Solidarität. Unbedingte Anerkennung für eine Handlung bedeutet das Urteil, daß etwas „menschlich" gewesen sei, und verbreiteten Abscheu löst sie aus, wenn sie als „unmenschlich" empfunden wird. Die Militär- und Zivilgerichte in Deutschland befassen sich vorwiegend mit „Verbrechen gegen die Menschlichkeit"; auch wir haben ein umfangreiches Verzeichnis dieser Art vor allem aus der Wende zum Zusammenbruch im Osten vorzulegen, und künftige einschlägige Vergehen will die internationale „Kampfgruppe gegen die Unmenschlichkeit" anprangern. „Sind wir nicht auch Menschen!" ist der aufbegehrende Kehrreim aller Mühseligen und Beladenen, Unterdrückten und Vergewaltigten, „sind das denn eigentlich noch Menschen!" der Ausruf tiefster Empörung über Untaten von Einzelnen, Gruppen und Völkern. Aus Menschenliebe sind die wahrhaft Großen ihren Lebensweg bis zur Selbstaufopferunggegangen, und ihre Werke wurden unsterblich, weil sie aus Humanität, d. i. aus einer ruhlosen Verantwortung für das Bild des Menschen Gestalt gewannen. So fühlt sichjeder irgendwie als Angehöriger einer erdumspannenden Gesellschaft ohne äußere und innere Grenzen, eingeschlossen in eine Gemeinschaft, deren Grundverhalten nicht von kodifizierten Ordnungen bestimmt wird, sondern durch überlieferte Sitte. Das moralische Gesetz in uns, das uns als Krone der Schöpfung über die anderen Naturbereiche erhebt, die Verpflichtung, ihm nachzukommen, und die Verantwortung vor dem Ebenbild Gottes, das wir als Anlage in uns tragen — das macht uns zum Wächter über eine Gesamtehre der Menschheit. Dieser Zwang zum andern ist jedem eingeboren, und so ist eine Völkerverständigung unter dem Gedanken des Menschenrechts und der Menschenpflicht unmittelbar volkstümlich.

Ebenso volkstümlich aber ist nun die auf den ersten Blick gegenteilige Anschauung, daß es tiefgreifende Unterschiede zwischen den Gliedern dieser Menschengesellschaft gibt, nicht nur zwischen den einzelnen Vertretern der Gattung homo sapiens, sondern auch zwischen den durch Abstammung, Raum und Geschichte bestimmten Gruppen, den Völkern. Diese Ansicht hat sich gerade infolge der vielfachen Berührungen mit anderen Nationen in der Kriegs- und Nachkriegszeit erneut entwickelt, bestätigt und verfeinert. Wie man in solchen persönlichen Begegnungen leidvoll und freudig manches verwandten oder fremden Menschenbildes ansichtig geworden ist, so auch verbindender und trennender Gesamtgeistigkeiten, die jedem Volk eine ihm ge-

mäße Erscheinungsform, seinem Weltbild eine besondere Sicht, seinen Handlungen ein eigentümliches Gepräge — alles in allem einen ausgesprochenen Charakter, der dem Gegenüber nicht immer ohne weiteres eingeht.

Je länger und härter während des letzten Krieges um die Entscheidung gerungen wurde, um so mehr versuchte man, über das vordergründige militärische und politische Kräftespiel zu „Mentalitäten" vorzustoßen, um die hintergründigen Fronten klarzulegen, das seelische Gewicht zu bestimmen, das Freund und Feind in die Waagschale werfen. Wir sprachen nicht nur von Imperialismus, Kapitalismus, Bolschewismus, von Diktatur, Oligarchie, Demokratie und totalitärem System als bewußten politischen Willensrichtungen, sondern auch von Angelsachsentum und Asiatentum, von Amerikanismus und jüdischem Geist, von französischer Erbfeindschaft und deutschem Wesen, vom Gesicht des englischen Menschen und von der russischen Seele als Umschreibungen für eine vorgegebene Eigenart der Völker und Rassen.

Das ist heute nicht viel anders geworden. Wenngleich alle jene Schlagworte, ihres zeitbedingten politischen Charakters entkleidet, einer neuen Besinnung gewichen sind, hat sich die Grundvoraussetzung einer Wesenverschiedenheit der Völker nur bestärkt. So unterliegen Maßnahmen und Gehaben der Besatzungsmächte gerade beim einfachen Mann einer öffentlichen Meinung, die den jeweiligen Funktionär als Repräsentanten seines Volkstums ansieht und sich dahin ausspricht, daß dieses oder jenes Ereignis offenbar wieder einmal „typisch" sei für die Russen, die Amerikaner, die Engländer, die Franzosen, für die Angelsachsen, die Slaven, die Romanen usw. Ebenso oft aber kann man in flüchtigen Bewegungsgesprächen auf der Straße Urteile nationaler Selbsterkenntnis hören, etwa: Wir haben es nicht anders verdient, denn wir verstehen nicht, uns in der Welt beliebt zu machen, und die Außenpolitik über die Innenpolitik zu stellen; wir sind viel zu ehrlich oder zu anmaßend oder zu ungeschickt oder zu undiplomatisch usw. Alle solche Aussagen sind gelegenheits- und augenblicksbestimmt, werden aber mit dem Erfahrungsanspruch auf Gemeingültigkeit vorgetragen und stoßen zumeist auf spontane Zustimmung.

Diese groblinige Volkscharakterologie wiederholt sich im zwischenvölkischen Meinungsaustausch. Daß es Artunterschiede gibt, haben die deutenden Berichte der Reisenden von Volk zu Volk durch die Jahrhunderte immer wieder zu erweisen versucht. Unabsehbar ist die Fülle überlieferter Aeußerungen über das Gemeinwesen der Andern. Wir können sie kaum auf einen Nenner bringen, sprechen aber doch von vorherrschenden wechselseitigen „Ideologien", zu denen sich die Auffassungen eines Volkes vom andern verdichten. Sie haben sich verkörpert in allegorischen Gestalten und sind Allen mit Michel, Marianne, John Bull und Uncle Sam als nationale Schlagbilder in die politische Phantasie der Völker eingegangen.

Wenn diese Vorstellungen auch heute noch eine Rolle spielen, so bemüht man sich doch gewissermaßen voraussetzungslos erneut, zu Typisierungen vorzudringen. Beispielsweise führten die Westmächte in Rundfunkkommentaren die Form des derzeitigen Währungsstreites um Berlin und seine Weiterungen auf die besondere russische Mentalität zurück. Man macht sich in verschiedenen Ländern auf Grund der Kriegserfahrungen Gedanken über den eigenen Volkscharakter und den der Nachbarn, Alliierten und ehemaligen Gegner. Vor allem aber zerbricht man sich den Kopf, ob die dem nationalsozialistischen Regime zur Last gelegten Vergehen nicht aus dem deutschen Wesen überhaupt herzuleiten seien. So beschäftigen wir uns auch mit uns selbst, um das ungeheure Geschehen in Aufstieg und Zusammenbruch irgendwie im eigenen Sein zu verankern. Ob wir nun die einschlägigen Zeitungsartikel und die vielen verwandten Marginalien der Tagespresse registrieren oder die kritischen Aeußerungen etwa von Thomas Mann und Frank Thiess herbeiziehen, überall geht es darum, aus einer Ergründung des Volkscharakters ein Schicksal zu begreifen und gleicherweise zu mahnen wie zu trösten.

So ist uns gerade heute die Aufdeckung der volkhaften Eigenart ein Dringlichkeitsvorhaben erster Ordnung. In Fremd- und Selbsterkenntnis sucht der Sieger eine moralische Bestätigung seiner Ansprüche und Maßnahmen, der Unterlegene die Gerech-

tigkeit der Geschichte, und die neutrale Kulturkritik einer aufgewühlten Zeit will die Wirrnis mit ähnlichen Gedankengängen durchleuchten. Dies Anliegen ist nicht nur Ausdruck eines ewig sich um sich selbst bemühenden Nationalbewußtseins, vielmehr zugleich Willenskundgebung einer gesunden Völkerverständigung, die über völkerkundliche Beschreibung und politische Brunnenvergiftung zu einer unvoreingenommenen und aufgeschlossenen Deutung seelischer Imponderabilien vordringen will. Für uns Deutsche bedeutet es im besonderen eine selbständige Entscheidung über den Vorwurf der „Kollektivschuld" wie über die Voraussetzungen der vielbeschrieenen „Umerziehung". Darüber hinaus suchen wir nach den Wurzeln unserer Kraft, um Anlagenentfaltungen und Fehlentwicklungen, Quellgründe und Gefahrenzonen unserer Wesensformung zu erkennen und zum mindesten in der Besinnung das zu werden, was wir sind.

So steht über der Rückgewinnung einer humanen Umgangsweise unter den Nationen der Welt das völkische „Erkenne dich selbst!" und die zwischenvölkische Mahnung, mit der gleichen leidenschaftlichen Wahrheitsliebe auch den anderen zu verstehen. Das ist unendlich schwer, und die vielen politisch, soziologisch, psychologisch bedingten kurzschlüssigen Mißverständnisse säumen als Warnungsschilder den Weg dieser Besinnung. Aber er muß immer wieder beschritten werden.

Wenn wir dabei einmal mit uns selbst anfangen, so kann in diesem Rahmen weder eine deutsche Volkscharakterologie auch nur im Entwurf entwickelt, noch lediglich die eine oder andere Vorfrage eines solchen Unternehmens geklärt werden. Es sei nur auf einen bedeutsamen Teilbereich hingewiesen, auf den Umstand nämlich, wie Charakterzüge, die zunächst als unvereinbar erscheinen, dennoch aus einem einheitlichen Gestaltungskern verstanden werden können. Hier führt nur die Einsicht zum Ziel, daß die gleiche volkhaft bedingte Wesensart sich je nach dem geistig-seelischen Vermögen des einzelnen Vertreters in unterschiedlichen Erscheinungsformen darzustellen vermag, die eine Wertskala von Böse bis Gut durchlaufen.

Ein Beispiel dafür ist der verlästerte preußische Militarismus. Aus dem Grundcharakter des Deutschen ergibt sich zweifelsohne als Wesenszug eine durch Raum und Geschichte gestärkte soldatische Haltung. Diese kann sich jedoch ganz verschieden äußern: In der gleichen Wurzel gründet die Wahrhaftigkeit eines entschlossenen, aufrechten, tapferen und standhaften Einsatzes für das Wohl des Vaterlandes oder die Erreichung eines humanen Zieles, ganz gleich auf welcher Walstatt, wie das bloße Abenteuern des Landsknechts in aller Herren Reiche und wie endlich die säbelrasselnde Kommissigkeit eines „Kadavergehorsams". — Oder nehmen wir das deutsche „Gemüt". Es vermag wirksam zu werden in einer tiefen Innerlichkeit, die alle Vorgänge teilnahmsvoll umfängt und sie sich so zu eigen macht; es kann sich aber auch ausprägen in einer gefühlsseligen Schwärmerei, die in Stimmungen zerflattert und das einzig Lebensträchtige verkennt, und schließlich gar verflachen in dem Grundbaß deutscher Gemütlichkeit, in Biergärten und an Stammtischen, die sich abseits vom Atem der Welt selbstgenügt. Es kann schwerblütig, leichtlebig oder spießig machen. Und da ist weiter die oft gerühmte Sachlichkeit, die Gründlichkeit, der fanatische Ernst der Deutschen, ihre „Endelichkeit" nach Arndt. Sie hat zu großen geschichtlichen Leistungen des Volkes der „Dichter und Denker" geführt in Wissenschaft und Technik wie in der Begründung und Darstellung letzter Seelenrätsel; auf dem gleichen Boden aber erwächst auch über die Ehrfurcht vor dem Kleinen die blutleere deutsche Pedanterie, die ordnende Organisation um ihrer selbst willen, der Partikularismus der Stämme, Länder, Parteien und Zonen, der Rückzug aus verantwortlicher Entscheidung auf eine ewig „grundsätzliche" Objektivität in Ideologie, Hypothese, System und Programm.

An vielen Beispielen ließe sich diese Gegenpoligkeit in den Manifestationen eines und desselben Grundzuges im Nationalcharakter aufzeigen. Die Auswahl mag genügen, um die sich aus völkischer Selbsterkenntnis ergebende innenpolitische Selbsterziehung als Rückschluß auf die Ursprünge zu umreißen, wo Gut und Böse noch unentbunden ineinander beschlossen liegen, und in ihrer bestmöglichen Entfaltung ein

geistiges Deutschland zu bauen, das dem Vermächtnis der bedeutendsten Vertreter deutscher Art gerecht und ähnlich ist.

Eine solche Selbsterkenntnis und Selbsterziehung fordern wir von allen Völkern. Denn nur auf diesem Wege einer geistigen Arbeit an Erbe und Aufgabe der einzelnen Volkstümer kommen wir zu einem Zusammenschluß eigenwertiger, freier Volkspersönlichkeiten. Es ist die politische Böswilligkeit einer überwundenen Zeit, wenn eine solche volkskundliche Besinnung auf die Quellen der eigenen Kraft bei uns von den Anderen als Nationalismus gebrandmarkt wird, zum mindesten eine ebensolche Verkennung wie etwa die mißbräuchliche Gleichsetzung von Militarismus und Soldatentum. Volkscharakterkunde ist das Bemühen um eine wissenschaftliche Erkenntnis unseres geistig-seelischen Gesamtorganismus, Patriotismus das gemütshafte Bekenntnis unserer Einzelzugehörigkeit, Nationalismus aber oft eine mehr oder minder entartete politische Unduldsamkeit.

Niemand ist in den entscheidenden Aeußerungen seines Tuns unmittelbar zur Menschheit; er ist handelnder Mensch nur über und durch sein Volk, das sein Los ist wie seine Sendung. In immer größeren Gemeinschaften steigen wir von Familie, Sippe, Stamm und anderen Grundgefügen über das Volk zur Menschheit auf, die sich in allen diesen Ordnungen als letzte tragende Idee verkörpert. Die Hauptfront menschheitlicher Vergegenständlichung aber ist das Volk. Unsere größten Geister haben sich um die Erfassung seiner organischen Lebensgesetzlichkeit bemüht und sie von der „Volksseele“ Herders und ähnlichen Begriffen der abendländischen Aufklärung wie „Volksgeist“ und „Volkscharakter“, von der Ganzheitsschau der Romantik in „Volkstum“, „Volksart“, „Volksgepräge“ und Goethes „Volkheit“ bis heute immer wieder als ewigen Tatbestand in Bildern zu begreifen und in Theorien auszuloten versucht.

Erst so verstehen wir das Wort, das kein Mensch gedeihet ohne Vaterland; jeder kommt nur durch sein Volkstum zum Menschentum. Darüber hinaus macht ihn diese Standfestigkeit in einem blut- und bodengebundenen Schicksal fähig für die Partnerschaft mit anderen Völkern; sie ist seine beste Mitgift für alle zwischenvölkischen Vereinigungen. Die Gegensätze, die immer wieder zu gewaltsamen Auseinandersetzungen führen, sind nicht von Volkstum zu Volkstum vorhanden, sondern in anderen Bereichen zu suchen. Alle gedankliche und pflegerische Arbeit am Volkstum trägt bei zur Entgiftung der politischen Atmosphäre und zur aufrichtigen Versöhnung der Völker, weil sie wechselseitige Erkenntnis und Anerkenntnis zur Folge hat.

Hier werden auch durch Vergleich Gruppenschaften unter den Völkern offenbar, die sie zu jeweiligen Kulturkreisen innerhalb des Gesamtgefüges zusammenschließen. So liegt auch Europa zwischen Volk und Menschheit. Wir gewinnen es nicht durch Aufgabe unserer Volkspersönlichkeit, sondern nur, indem wir gerade mit ihr unseren wertvollsten Beitrag leisten und die Vereinigung im friedlichen Wettbewerb eigenartiger und schon daher gleichberechtigter Volkstümer emporbilden. Nur der gute Deutsche ist ein guter Europäer, und in der Entfaltung seiner besten Eigenschaften, nicht in der Aufrichtung äußerer Organisationen, wird er zum Weltbürger.

(Abgeschlossen: 16. 11. 1949) *Haef.*



Diese Briefmarke wird einmal beweisen, daß das deutsche Volk auch in seiner größten Not nicht seine Hauptstadt vergaß.

Porträt des jungen Deutschen

„Ueber den Grund", so sagte ein ausländischer Korrespondent in den Gängen der Pädagogischen Akademie in Bonn, „über den Grund für die erschreckende Durchschnittlichkeit der deutschen Politiker sind wir uns längst im klaren. Sie, die größtenteils schon vor 1933 in der Politik gestanden haben, sind doch diejenigen, die Hitler zwölf Jahre lang so unwichtig erschienen, daß er sie nicht mal umbringen ließ". Mag dieses Bonmot zutreffen oder nicht — auf jeden Fall finden sich in der Tat in deutschen Parlamenten erschreckend wenige junge Politiker.

Der hochgewachsene, nicht einmal Dreißigjährige ist einer von jenen, denen der Leviathan aus Parteidiktatur und Bürokratie die Chance eines kompromißlosen Aufstiegs genommen hat. Aber er hat ihn nicht verschlungen, und jener findet das gut so. „Wir müssen warten können", so sagte er, und nach einer kleinen Pause: „Wir können länger warten als die Alten". Er steht jugendlichem Idealismus gleichermaßen skeptisch gegenüber wie sozialistischer Einfalt oder liberalen Doktrinen. Beide sind, seiner Ansicht nach, im politischen Leben absolut steril. Aber er verdammt sie nicht. Denn er ist bereit, alles zu tolerieren — mit Ausnahme der Intoleranz. Bei ihrem Auftreten dann allerdings zeichnen sich auf seinen Wangen die hervorstehenden Backenknochen als zwei scharf umrissene weiße Flecken ab, und seine Freunde wissen, es ist ihm bitter ernst. Er verabscheut jeden Fanatismus und jegliche politische Ekstase. Noch niemals sah ihn jemand die Beherrschung verlieren. Wer jedoch seine fein modellierten Züge und seinen spöttischen Blick, die Kraft seiner langfingrigen Hände und die Präzision seines Geistes kennt, weiß, daß er mit gefährlicher Schärfe zuzugreifen versteht. Er liebt im politischen Kampf nicht den Holzhammer, sondern das Florett. Sein Prinzip ist die Fairness.

Der junge Deutsche ist sich darüber klar, daß man aus den verschiedenen Demokratien der Welt viel lernen kann, ohne sich vorbehaltlos ausgerechnet jenes Gemisch anzueignen, das die Regierungsformen der westlichen Besatzungsmächte zufällig ergeben. Ministerpräsidenten, die ihre Weisungen aus Parteizentralen erhalten, sind für ihn keine Ministerpräsidenten. Abgeordnete, die ihr Brot als Parteifunktionäre verdienen, sind für ihn keine Abgeordneten. Europakonferenzen unter Beteiligung deutscher Vertreter haben für ihn stets einen Beigeschmack. Ein Talleyrand im gleichen Alter konnte nicht klarsichtiger gewesen sein. Er verfügt über die Mittel der Demagogie, aber er weiß, wann und warum er sie anzuwenden hat. Sein Ziel ist nicht die Karriere, sondern die Karriere für sein Ziel. „Tun wir Negatives", so sagte er, „kommt Negatives dabei heraus. Tun wir Positives, ist das Ergebnis positiv. Die deutsche Demokratie ist heute keine Demokratie. Sie kann erst eine werden, wenn die morschen Aeste abgestorben sind, die vorerst noch die jungen Triebe verkümmern lassen. Wollen wir uns vorerst darauf beschränken, ihnen die Saftzufuhr abzuschneiden". Und ironisch lächelnd erzählt er die Geschichte von jenem Berliner Satiriker, den man einmal fragte, warum er keine Witze über deutsche Politiker mache. Ob ihm etwa keine Pointen einfielen? „Pointen schon", meinte der, „aber keine Politiker".

(Kower)



Von der Gedenkfeier aus Anlaß des 10-jährigen Todestages von Kapitän z. S. Hans Langsdorff, dem Kommandanten von Panzerschiff „Admiral Graf Spee", in Buenos Aires am 20. Dezember 1949.

Dr. Kleist:

Zwischen Berlin und Moskau

Die Schrumpfung des europäischen Selbstbewusstseins

Eine der erstaunlichsten Entwicklungen im Geistesleben des Abendlandes ist der Schrumpfungsprozeß des europäischen Selbstbewußtseins. In den ersten Weltkrieg ging Europa hinein als die uneingeschränkte Beherrscherin der Erde. Amerika war eine zweitrangige Kolonialmacht, die farbigen Völker standen in unbedingter Botmäßigkeit, Afrika, Süd- und Südost-Asien wurden von England, Frankreich und Deutschland beherrscht, während das Zarenreich als europäische Kontinental-Macht bis nach Vladivostock reichte. Das Jahr 1920 sah die USA als erste Gläubigermacht der Welt, sah die farbigen Völker erwacht und selbstbewußt werden, sah das russische Reich aus dem Bestand Europas herausgerissen. Der Kreml, den italienische Baumeister erbaut hatten, war zum Sinnbild einer antieuropäischen Haltung geworden.

Das Entscheidende an der neuen Situation aber war ein unbewußter Vorgang, der Vorgang nämlich, daß Europa sich in aller Stille daran gewöhnte, selbst seine geografischen Grenzen nicht mehr am Ural zu sehen, sondern an der Ostgrenze der Baltischen Staaten, Polens und Rumäniens. Die Hermanns-Feste in Narwa, die barocken Dome in Wilna und Lemberg wurden als die äußersten Bollwerke europäischen Geistes empfunden. Man gewöhnte sich in dem Rest des Bauwerkes ein und vergaß, daß man in einer Ruine wohnte.

Das Jahr 1945 läßt den eisernen Vorhang bis zur Elbe vorrücken. In den befreiten und in den siegreichen Hauptstädten wird der russische Einmarsch nach Berlin, Prag und Wien rauschend gefeiert. Wiederum geschieht das Erstaunliche, daß nicht nur in den Sieger-Ländern, sondern auch in dem zerrissenen Deutschland selbst das Bewußtsein erstaunlich schnell daran geht, sich in den neuen Gegebenheiten einzurichten. Westdeutschland wird zur Ostmark Europas, aber halt! nicht einmal zu einer Ostmark, sondern zu einem abgeholzten und eingeebneten Glacis, das nur ein Schußfeld für die Verteidigung des Restes bleibt. Man sitzt am Rande eines brennenden Kontinents und spielt mit den Füßen im Atlantischen Ozean.

Westdeutschland kann in seiner Ohnmacht an dieser Kräftelage in Europa nichts ändern. Es will wieder zum Volk der Dichter und Denker werden. Aber es fällt ihm nichts mehr ein. Es gründet eine Behörde, die allgemein als „Ostministerium" bezeichnet wird, obgleich die Erinnerung an jenes Ministerium, das ein Gemisch von bürokratischer Impotenz und imperialer Anmaßung war eigentlich schrecken sollte. Es bildet ein „Ostministerium", das nicht etwa östliche Räume beherrschen oder verwalten soll, sondern das versucht, die Beziehungen mit Berlin, Weimar und Dresden, d. h. mit dem Herzen Deutschlands zu erhalten oder wieder anzuknüpfen. Das Land der Dichter und Denker hält nicht die Fackel des europäischen Selbstbewußtseins hoch, sondern nennt Mitteldeutschland die Ostzone und gibt das, was dahinterliegt, den heidnischen Osten, mit Kant, Copernicus, Herder, Hamann und E. T. A. Hoffmann dem Vergessen preis.

Die kleinen Baltischen Staaten haben sich einst leidenschaftlich dagegen empört, als „Randstaaten" bezeichnet zu werden. Gewiß mit Recht, denn im Verhältnis zum damaligen Europa hatten sie zweifellos eine bedeutungsvollere Position als heute den noch verbliebenen Rest-Europa auf der Karte Eurasiens zugesprochen werden kann.

Das Ostministerium

Eine Einwirkung auf den Reichskommissar Lohse, den ich vor seinem Anmarsch im Führerhauptquartier aufsuchte, erwies sich als ein Versuch am untauglichen Objekt. Lohse interessierte sich keinen Deut für die Lage in Estland, Lettland und Litauen. Das einzige, wonach er fragte, waren Schlösser, Hotels und Verwaltungspaläste für die Unterbringung seiner Leute und seiner Verwaltung.

Und so rollte denn die Flut der Kommissare, die man der Deutlichkeit halber in eine hellbraune Uniform gesteckt hatte, hemmungslos an, mit einer Fülle von Autos, Hilfspersonal, Schreibmaschinen, Akten, Stempeln und Stempelkissen. Die Landeseigenen Verwaltungen konnte man freilich nicht übersehen, aber sie wurden überlagert von deutschen Parallel-Organisationen, gehemmt, bevormundet und in die Opposition getrieben.

Heute kann man sagen: Besatzungsmächte müssen so sein, aber damals erfüllte es mich mit Erstaunen, wie mitten in einem gigantischen Kriege zwischen dem Reichskommissar für das Ostland und seinem nachgeordneten Generalkommissar für Litauen Telegramme gewechselt wurden, um im Winter 1941—42 die Höchstpreise für Sonnenschirme zu regeln.

Es wurde im Ostland nicht demontiert, aber wertvolle Industriewerke, wie z. B. die Eesti-Fosforiit lagen still, weil man sich nicht einigen konnte, wer dafür zuständig sei. Das moderne sowjetische Passagier-Schiff „Stalin" ein Ozean-Dampfer, von m. W. über 20 000 Tonnen lag mit Minentreffer auf Grund vor Baltisch-Port und durfte von der estnischen Behörde, die die Mittel dazu hatte, nicht eingeschleppt werden, weil ein deutscher Admiral, dem die Mittel dafür fehlten, sich für allein zuständig erklärte. In Kiviöli, dem wertvollen Brennschieferwerk wurden die estnischen Ingenieure pensioniert oder entlassen, und Neulinge aus der Besatzungsmacht gingen daran, die Werke durch eine unfaßbare und selbst mit grafischen Mitteln nicht darstellbare Ueberorganisation zu „verwalten". Deutsche Bauern, deren Verstand wohl dazu ausreichte, zu Hause ihre 10 oder 20 ha leidlich zu bewirtschaften, saßen als Verwaltungsvizechefs mit Generalsrang hohen Verwal-

tungsaufgaben gegenüber, zu denen ihnen sowohl die Landes- als auch die Sachkenntnis mangelte.

Theater, Kabaretts und Kinos wurden nicht nur nach ihrem Spielplan kontrolliert, sondern auch nach ihren Einnahmen aus Garderoben und Toiletten. Deutsche Gewerbeordnungen und Stadtverwaltungen wurden eingeführt. Die Hauptstadt Litauens, Kaunas, früher Kowno, damals Kauen, eine Stadt von ca. 100.000 Einwohnern, hatte eine deutsche Oberverwaltung von etwa 170 Beamten, die der litauischen Verwaltung Verordnungen über den Verbrauch von Tinte und Radiergummi erteilte und sich wunderte, daß die städtischen Organe von Tag zu Tag schlechter funktionierten. In Riga waren allein mit der Verwaltung des von den Sowjets enteigneten Wohnraums über 6000 deutsche und lettische Beamte beschäftigt. Ein von Rosenberg selbst eingesetzter deutscher Oberbürgermeister führte einen heftigen Kampf, die Stadt aus der Landeseigenen Verwaltung herauszulösen, weil er ja sonst als deutscher unter einem lettischen Chef gestanden hätte.

Es soll hier keineswegs die Unfähigkeit oder gar Böswilligkeit jedes einzelnen Gliedes dieser Ostverwaltung behauptet werden. Es gab viel guten Willen und echte Bereitschaft. Insbesondere in Estland hatte sich unter Führung eines persönlich integren Generalkommissars eine Schar hervorragender Männer zusammengefunden, die im Konflikt gewissermaßen mit sich selbst, mit der Besatzungspolitik und vor allem mit dem übergeordneten Reichskommissar standen. Hier war es möglich, daß ein Este zum Chef der estnischen Wirtschaftskammer ernannt wurde, während ein Deutscher als Vizepräsident sich ihm unterordnete.

Das Beschämendste und Lähmendste aber war die Beibehaltung der bolschewistischen Enteignung durch die deutsche Besatzungsmacht. Während des Jahres der bolschewistischen Okkupation 1940/41 war der gesamte Grund und Boden in Stadt und Land, sowie sämtliche industriellen Produktionsmittel und schließlich selbst der gesamte Handel nationalisiert worden. Zwar saßen noch in allen kleineren Betrieben die alten Eigentümer, aber sie waren zum Staatsangestellten degradiert. Mit dem Augenblick, in dem die Rote Armee verjagt war, nahmen diese Leute in aller Selbstverständlichkeit ihr altes Eigentum wieder ein, bis sie zu ihrem größten Erstaunen von den neuen Kommissaren darüber belehrt wurden, daß die bolschewistische Enteignung weiterhin aufrechterhalten werde. Das führte zu so grotesken Fällen, daß ein deutscher Generalkommissar eine von den Sowjets ausgesprochene, aber nicht durchgeführte Enteignung unter Berufung auf Lenin und Stalin zur Durchführung bringen ließ.

Diese Maßnahme lagerte wie ein Alpdruck nicht nur über den verstörten Geistern, sondern auch über der gelähmten Wirtschaft des ganzen Landes. Die Besatzungsmacht hatte die großen sowjetisierten Wirtschafts-Komplexe als bequem zu leitende Einheiten ergriffen und trieb die bolschewistische Methode noch weiter, indem sie über die staatlichen Grenzen hinaus die estnische, lettische, litauische und weißruthenische Wirtschaft in einem gewaltigen Kartell auf Riga hin orientierte und konzentrierte. Ostland-G. m. b. H.'s wuchsen aus dem Boden, die unverhüllt verkündeten, daß es eine nationale Wirtschaft nicht mehr gebe. Ob es Apotheken oder Glasfabriken, Spinnereien, Werften oder Bauunternehmen waren, sie fanden sich in Riesenorganisationen beim Reichskommissariat vereinigt, empfingen ihre Produktions- und Verteilungs-Direktiven und zahlten ihren nicht unbeträchtlichen Obolus. Bald stand auf jeder Wodka-Flasche „Monopol des Reichskommissariates Ostland", und an jedem Fabriktor hing das Firmenschild einer deutschen G. m. b. H., jeder größere Regierungspalast trug die Aufschrift „Reichskommissariat Ostland" oder „Generalkommissariat Litauen" oder „Gebietskommissariat Wesenberg".

Reichsminister Rosenberg sah das Treiben seiner Untergebenen nur mit dem größten Mißvergnügen. Es gelang, ihn im Frühling 1942 noch einmal zu einem Erlaß zu bewegen, durch den die Landeseigene Verwaltung bestätigt wurde. Im Sommer des gleichen Jahres folgte eine Verordnung seines Ministeriums, die die Wiederherstellung des Privateigentums, der „Reprivatisierung", ermöglichte. Beide Erlasse waren gegen sehr gewichtige Gegner erfochten worden, aber die Mühe war umsonst. Das Rad ließ sich nicht mehr zurückdrehen. Wir erfuhren damals, was wir heute im besetzten Deutschland wiederum erleben, daß es ungeheuer schwer ist, einen falschen Ansatz zu korrigieren, eine in Gang gekommene Riesenorganisation anzuhalten oder im Lauf umzubauen.

Ich begab mich noch einmal nach Riga zu Lohse, um ihm das indirekte Führungssystem schmackhaft zu machen. Seine Aufgabe sei nicht, sagte ich, die kleinen Angelegenheiten der Völker selbst zu besorgen, sondern als Regent den Regierungen seiner vier Völker den großen Rahmen der politischen Gestaltung zu geben. Lohse ging auf meinen Sirenengesang nicht ein.

Es sei übrigens zu Ehren Lohses verzeichnet, daß er sich 1941 sehr energisch gegen die „Lösung" der Judenfrage im Baltikum gewendet hat, und daß er auch später die Fehler seines politischen Kurses einsah und sich zur Errichtung eines Autonomie-Statutes für die drei Baltischen Staaten bereitfand. — Aber ich mußte mit dem Wort aus jener französischen Anekdote antworten: „Hélas Monsieur, trop tard."

Der Kaukasus

Während ich meine Bemühungen auf das Baltikum richtete, wurde Dr. Bräutigam, der bis Kriegsbeginn Generalkonsul in Tiflis war, dem anderen Flügel, der Heeresgruppe Süd, als Beobachter zugeteilt und suchte dort im gleichen Sinne zu einer politischen Lösung der Kaukasus-Probleme zu wirken. Er fand Gehör bei dem Chef der Heeresgruppe, Generalfeldmarschall v. Kleist, und arbeitete grundsätzliche Befehle für die Behandlung der Kaukasus- und Turk-Völker aus. Die Erfahrungen der Heeresgruppe bewiesen eindeutig, die Notwendigkeit einer Zusammenarbeit mit der Bevölkerung, sie erwiesen ebenso die Bereitschaft der zahllosen Völkerschaften des Gebirges zur Mitarbeit.

Schon auf dem Wege zum Kaukasus hatten sich die Kosaken als wertvolle Bundesgenossen der kämpfenden Truppe erwiesen. Es gelang, ihnen

durch einen gemeinsamen Erlaß von Ostministerium und Wehrmacht, den sogenannten Kosaken-Erlaß Rosenbergs und Keitels, eine Sonderstellung einzuräumen, die später die Aufstellung einer Kosakendivision unter General von Panwitz und die Entwicklung einer autonomen Kosaken-Ansiedlung in Tolmezzo ermöglichte.

Ebenso gelang es jetzt Bräutigam, unterstützt durch Professor von Mende in der politischen Abteilung des Ostministeriums, auch für die Kaukasus- und Turk-Völker eine Sonderstellung durchzusetzen und ihnen eine weitgehende Selbständigkeit zuzusichern, Maßnahmen, die vor allem mit außenpolitischen Rücksichten begründet werden konnten. Eine Reihe von Nationalkomitees bildeten sich und aus den „Hilfswilligen" bei der Wehrmacht, eine Benennung die man gewählt hatte, um die Bezeichnung „Freiwilliger" zu vermeiden, wurden besondere nationale Truppenteile, bei der Waffen-SS sogar eine ganze Division, die 162. Turk-Division, zusammengezogen.

Aber alle diese Unternehmungen konnten sich nicht ausreifen. Die lähmende Weite des Raumes hemmte den deutschen Vormarsch, der Stoß auf das Kaspische Meer und über das Kaukasus-Gebirge auf Baku und Tiflis blieb stecken. Generalfeldmarschall von Kleist telegrafierte an das Hauptquartier seine Meldung: „Vor mir kein Feind und hinter mir kein Nachschub."

Bräutigam wurde in das Ministerium zurückberufen, wo ein Reichskommissar für den Kaukasus, Herr Schickedanz aus dem Außenpolitischen Amt der NSDAP, befürchtete, er käme mit seinem Stabe von 1200 Mann nicht mehr zum Einsatz, wenn dort vorne den Völkern zu große Selbständigkeiten gewährt würden. Bräutigam wurde wie mir vorgeworfen, er konspirierte mit den Militärs gegen die Zivilverwaltung und treibe eine sentimentale Politik, die die Zukunft des Reiches außer Acht lasse.

Schickedanz, den man seit seiner kaukasischen Beauftragung Schickedianz nannte, war ein intelligenter Mann, aber sein Wunsch, Herr im eigenen Hause zu sein, war größer als seine Intelligenz. Um der „Bevormundung" durch seinen eigenen Minister zu entgehen, stützte er sich nicht auf die Sachkenner des Ministeriums, sondern ernannte zu seinen politischen Beratern zwei Herren, die bisher in Berlin eine „Deutsch-Schwedische Verbindungsstelle" geleitet hatten. Als ich sie fragte: wie sie ohne Landes- und Sachkunde an ihre so vielfältige und große Aufgabe herangehen wollten, erklärten sie mir: „Alle Sachkenner sind bloße Theoretiker. Der letzte Europäer war vor 10 Jahren im Kaukasus." — Auf meinen Einwand, ob sie sich schon mit Bräutigam ins Benehmen gesetzt hätten, der erst 1941 aus Tiflis nach Europa zurückgekehrt sei, erhielt ich eine negative Antwort. Sie würden nach Tiflis gehen, um dort ein halbes Jahr in aller Ruhe zu studieren. Dann würden sie dem Reich ihre Vorschläge zur politischen Gestaltung unterbreiten. Meine Antwort lautete damals ungefähr: „Ich bewundere Ihre Begabung, mit der Sie in sechs Monaten nicht nur Russisch, sondern auch Georgisch, Armenisch und Aserbeidschanisch lernen wollen. Ich bewundere auch Ihren Mut, mit dem Sie die Wirtschafts-, Verwaltungs-, Verkehrs- und Arbeitsbehörden ein halbes Jahr lang ohne politische Direktiven gewähren lassen wollen, ganz zu schweigen von den Völkern selbst, die schon heute zu wissen begehren, was mit ihnen geschieht. Ihre Aufgabe ist zu groß, als daß Studenten sie meistern könnten."

Partisanenkampf

Links: Ein Güterzug ist auf eine Mine gelaufen. Oft verbunden mit einem gleichzeitigen nächtlichen Feuerüberfall kostete das Bandenunwesen immer wieder deutsches Blut. — *Rechts:* Ein Wagen nach dem andern lief auf den Nachschubstraßen auf Minen, die die Partisanen nachts gelegt hatten. Regelmäßig kostete es deutsches Blut. Die Kommandeure, die nach allgemeinem Kriegsbrauch gegen diese Verbrechen der Partisanen vorgingen, wurden nach dem Kriege allem Völkerrecht zum Hohn als „Kriegsverbrecher" bezeichnet.

Soweit ging die Rechtsverschiebung, daß nach dem Kriege in vielen Ländern(Frankreich z.. B.) Gesetze erlassen wurden, nach denen j e d e r Soldat, der jemals im Partisanenkampf gestanden hatte, zum Tode verurteilt werden konnte! Der Partisan wurde gesetzlich zu einer Person gestempelt, die selbst jede gesetzlose Tat begehen konnte, der aber niemand entgegentreten durfte. Selbst vor den höchsten alliierten Gerichten wurde dieser Standpunkt vertreten und mit gefälschten Unterlagen gegen deutsche Offiziere und Soldaten zur Anwendung gebracht.





Demokratische Brunnenvergiftung

Briefe die totgeschwiegen wurden — Ein Beitrag zur Ethik unserer Zeit

I. Der führende sudetendeutsche Politiker Dr. Rudolf Lodgman von Aue an die Basler „National-Zeitung".

Sie haben in Ihrer Sonntag-Ausgabe Nr. 350 vom 31. Juli 1949 unter der Ueberschrift: „Ein süddeutsches Rapallo?" folgendes geschrieben:

„Fr. Dr. Rudolf Lodgman, nach dem ersten Weltkrieg Chef der deutschnationalen Fraktion im Prager tschechoslowakischen Parlament, heute ein Siebzigjähriger, feiert politische Urständ.

25.000 ehemalige Sudetendeutsche haben ein Meeting in der alten freien Reichsstadt Memmingen veranstaltet, bei dem Rudolf Lodgman, einst im k. k.-Oesterreich ein „Freiherr von der Aus", mit jubelndem Beifall begrüßt wurde. Und was war Lodgmans Botschaft an die Ausgesiedelten? Er erzählte ihnen, um wieviel besser die wirtschaftliche Eingliederung der Ostflüchtlinge in der Sowjetzone Deutschlands vor sich gehe als in den Westzonen, wie unmenschlich die alteingesessene Bevölkerung Bayerns sich zu ihnen verhalte und daß es darum nur selbstverständlich wäre, wenn sie alle ihre Stimmen den Kommunisten geben, die als einzige Partei die Rechte der sudetendeutschen Vertriebenen im kommenden Bundestag wahren würde.

Auch in diesem Ausschnitt deutschen Nachkriegslebens marschiert der Geist von Rapallo, diesmal in Form der Verbindung nationalistischer Flüchtlinge mit der Partei, die die weltpolitischen Interessen der Sowjetunion vertritt. Caveant consules!"

Ich wurde auf diese Nachricht vom Kreisverband der SL in Memmingen aufmerksam gemacht, dieser hat Ihnen den Wortlaut meiner Rede in Memmingen übersendet und gegen diese verlogene Berichterstattung Stellung genommen. Nunmehr haben Sie mit Schreiben vom 4. Oktober dem Kreisverband die Nummer 85 vom 23. Juli 1949 der „Schwäbischen Zeitung", Organ der Christlich-demokratischen Union mit der „Glosse" zugesendet, die sich ebenfalls mit mir beschäftigt und einen ebenso verlogenen Bericht über meine Rede in Memmingen bringt. Selbstverständlich hat die kommunistische Presse der Ostzone Ihren Bericht mit Behagen übernommen: siehe „Neues Deutschland", Zentralorgan der SED, Berlin Nr. 185 vom 10. August 49. Ich habe der „Schwäbischen Zeitung" am 27. August meine Stellung zu ihrer Brunnenvergiftung bekanntgegeben, selbstverständlich hat sie sie nicht gebracht. Sie aber schreiben am 4. Oktober 49 das folgende:

„In Beantwortung Ihres Schreibens vom 30.8., in dem Sie sich über den in Nr. 350 der National-Zeitung erschienenen kurzen Artikel über Herrn Dr. Lodgman äußerten, gestatte ich mir, Ihnen eine Glosse aus der Schwäbischen Zeitung zugehen zu lassen, die der Autor der in unserem Blatt erschienenen Notiz zu seiner Entlastung mir übermittelt."

Jeder vernünftige Mensch wird eine solche „Entlastung" merkwürdig und im übrigen jeder Logik bar finden: deshalb, weil die „Schwäbische Zeitung" am 23. Juli einen verlogenen Bericht brachte, war ihr Berichterstatter für Memmingen unmöglich berechtigt, über meine Rede in Memmingen zu berichten, die ich niemals vorgebracht habe. Sie scheinen es also nicht für notwendig zu halten, diesen sonderbaren Berichterstatter zur Verantwortung zu ziehen, sondern scheinen ihn mit dem vorangegangenen Artikel in der „Schwäbischen Zeitung" zu „entlasten".

Bei den Sudetendeutschen, die mich seit fast einem halben Jahrhundert kennen, wird die Behauptung Ihres Berichterstatters, ich hätte ihnen die kommunistische Heilslehre empfohlen, ungetrübte Heiterkeit ausgelöst haben, die sowjetische Presse wird sie mit Behagen breittreten und das nicht aufgeklärte Ausland wird natürlich irregeführt werden. Der Bericht gehört in die Kategorie der Brunnenvergiftung und ich bedauere, daß Sie keine andere Stellung zu nehmen sich bemüßigt finden, als die ist, die Ihrem Schreiben entnommen werden muß. Damit ist die Angelegenheit für mich erledigt, ich werde aber dafür sorgen, daß die Berichterstattung der Basler „National-Zeitung" in Deutschland und im Auslande bekannt wird.

II. Der deutsche Journalist Hans Fritzsche an die „Neue Zeitung" in München.

Sehr geehrter Herr!

In Nummer 165 der „Neuen Zeitung" vom 11. Oktober 1949 findet sich ein Aufsatz „Märtyrer und Gedächtnisschwund — Besuch bei einem Unbelehrbaren — von Hermann Rahskopff." Dieser Aufsatz enthält einige sachliche Unrichtigkeiten. Bitte gestatten Sie mir, Ihre Aufmerksamkeit darauf zu lenken. Da heißt es:

1. „Von den vergitterten Fenstern des geräumigen, hellen Zimmers im zweiten Stockwerk schweift der Blick über die in der Oktobersonne leuchtenden Dächer und Türme der alten Reichsstadt ..."

— Der Blick kann leider nicht schweifen, da die Fenster aller Zellen (Zimmer ist ein Euphemismus) zu hoch liegen, und da Milchglas undurchsichtig ist.

2. „Daneben das Besuchszimmer, hell und freundlich ..."

— *Das Zimmer ist so dunkel, daß in ihm auch am Tage Licht brennt, wenn mehr als der eine Tisch am Fenster benutzt wird. Ich wünsche Herrn Rahskopff nicht, daß sich sein Familienleben dort abspielt.*

3. *„Bewegungsfreiheit nicht beschränkt."*

— *Es gibt überhaupt keine Bewegungsfreiheit, obwohl man sie in Aussicht gestellt hatte. Die Möglichkeit, zwischen Gittern auf und ab zu gehen, kannman fairerweise nicht als Bewegungsfreiheit bezeichnen.*

4. *„Die Verurteilten sind meistens Denunzianten. „Kleine Leute", betitelt sie ... Hans Fritzsche. „Diehaben eben aus Dummheit oder purer Unkenntnis die Wahrheit gesagt"."*

— *Tatsächlich erklärte ich Ihrem Korrespondenten: „Die meisten Verurteilten sind kleine Leute. Weil man den Anschein, sie seien Top-Nazis, nicht mehr aufrechterhalten kann, bezeichnet man sie als Denunzianten. In Wahrheit haben die meisten niemals jemanden angezeigt, sondern nur die Wahrheit gesagt, nachdem sie einst vor Gericht einmal den Zeugeneid geschworen hatten. Das ist keine Denunziation. Später waren einige zu anständig, andere zu dumm und etliche (für einen Rechtsanwalt) zu arm, um durch die Maschen des Gesetzes zu schlüpfen. Darum blieben 40 von Hunderttausend hier hängen. Genau die Falschen ..."*

Außer diesen sachlichen Fehlern enthält der Aufsatz einige bedauerliche Sinnentstellungen.

Es ist richtig, daß ich sagte: „Selbst die böse Haft bei den Russen war leichter zu ertragen als dieser Zustand." Aber ich fügte hinzu, was man hier nicht weglassen darf: „... weil ein Mann den Haß des Gegners der Kriegszeit leichter erträgt als den Haß etlicher Landsleute. Deshalb gibt es Stunden, in denen ich meinen Freispruch durch das internationale Militärtribunal als viel grausamer empfinde, denn ein Todesurteil."

Der — verzeihen Sie vielmals, Herr Chefredakteur! — formvollendete Versuch Ihres Herrn Berichterstatters, mich wegen angeblicher Umgehung des gegen mich verhängten Berufsverbots zu denunzieren und mir schweizer Fränkli unter die saubere Weste zu schieben, ist beklagenswert. Er ist es um so mehr, als ich erst von ihm etwas über dieAuflagenhöhe „meines" schweizer Buches erfuhr, das eine von dritter Seite vorgenommene Sammlung meiner gerichtlichen Aussagen pp darstellt.

Schließlich begeht Ihr Berichterstatter eine Sinnverfälschung, die in dieser verwirrten Zeit etliche Köpfe noch mehr zu verwirren geeignet ist — was man doch tunlichst vermeiden sollte. Herr Rahskopff schreibt nämlich, ich hätte betont: „Wenn ich noch einmal die zwölf Jahre durchleben sollte, so würde ich wieder genau so handeln."

So einfach war die Sache nicht.. In Wahrheit betonte ich: „Auch ich habe viel gelernt, doch wehre ich mich bei allem Respekt vor echten Widerstandskämpfern gegen die charakterlose Selbstbezichtigung und -Verteidigung derer, die angeblich schon immer alles wußten und trotzdem mitmachten. Bei dem damaligen Stand meines Wissens könnte ich auch bei geschärftem Gewissen heute nicht anders handeln als einst. Inzwischen habe ich aber unter anderem z. B. erkannt, daß man keine Macht ohne öffentliche Kontrolle lassen darf usw. ..."

Gern bestätige ich Herrn Rahskopff die Richtigkeit meiner Bitte, er möge nichts über seinen Besuch schreiben. Dieser Wunsch entsprang der Beobachtung des Hasses und des in Vorurteilen verhärteten Herzens, die Ihr Berichterstatter bei seinem Besuch nicht zu verbergen vermochte, und die er in seinem Aufsatz zeigt, indem er das Nichtbestehen eines Rauchverbots offenbar als generös empfindet.

Er brachte zum Beispiel kein Verständnis auf für die im letzten Wahlkampf von etlichen Parteien erhobene Forderung: „Für wirklich kriminelle Verbrecher gibt es die ordentlichen Gerichte. Alle anderen sollte man freilassen." Hält man mich für staatsgefährlich, was ich nicht zu sein glaube, so soll man dies ehrlich sagen, aber keine Schuld konstruieren, nachdem ich einmal freigesprochen wurde. Man sollte mich dann so unterbringen, wie man Schuschnigg zunächst jahrelang wohnen ließ, der in der Gefangenschaft heiraten konnte. Dann könnten die kleinen Leute nach Hause gehen. Das wäre billiger und anständiger als das grausame Katz und Mausspiel, das man mit mir seit 54 Monaten treibt.

Ich bedauere, daß Ihr Berichterstatter meine Bitte, zu schweigen, nicht erfüllte.

Natürlich weiß ich, daß ich gänzlich rechtlos und vogelfrei bin, und daß ich mich gegen falsche und sinnentstellende Berichte nicht eigentlich wehren kann. Noch nie wurde eine über mich verbreitete Falschmeldung richtig gestellt. Ich wünsche Sie nicht in Schwierigkeiten zu bringen, indem ich Sie bitte, meine umständlichen Darlegungen zu publizieren.

Aber ich bin insofern — und nur darin — unbelehrbar, als ich nicht glauben kann, daß eine Aufklärung wenigstens der Redaktion sinnlos ist.

Uebrigens schlug der gewählte Vertrauensmann der Verwahrten den Aufsatz des Herrn Rahskopff am Schwarzen Brett des Lagers an, damit er auch denen zur Kenntnis kam, die der fraglichen Unterredung nacheinander beiwohnten.

Ich bin, Herr Chefredakteur, mit vorzüglicher Hochachtung

Ihr sehr ergebener

Hans Fritzsche.

Die Wertpapier-Bereinigung in Deutschland

Von Wolfgang Jäger

Das am 1. Oktober 1949 in Kraft getretene Gesetz zur Bereinigung des Wertpapierwesens (Wertpapierbereinigungsgesetz) ist für die westdeutsche Wirtschaft und die Wertpapierbesitzer, auch für die im Ausland lebenden, so bedeutend, daß im Nachfolgenden ausführlich darauf eingegangen werden soll.

Durch die Kriegs- und Nachkriegsereignisse mit all ihren für die Wirtschaft negativen Folgen ist auch das deutsche Wertpapierwesen stark in Verwirrung geraten. Dies um so mehr, als der größte Teil der deutschen Wertpapiere auf Befehl der Reichsregierung im Girosammeldepot der ehemaligen Reichsbank in Berlin zusammengezogen war und dort von den Sowjetischen Streitkräften im Mai 1945 beschlagnahmt worden war. Eine Freigabe dieser Depots konnte bisher nicht erwirkt werden und nachdem in den letzten Monaten einwandfrei festgestellt wurde, daß deutsche Wertpapiere aus den Berliner Depots in Westdeutschland und im Ausland auftauchten, sahen sich die verantwortlichen Behörden gezwungen, gegen solche für die westdeutsche Wirtschaft katastrophalen und schädigenden Ereignisse vorzugehen.

Ziel des Gesetzes ist es, neben einer allgemeinen Neuordnung den Eigentümern unrechtmäßig in den Verkehr gebrachter Wertpapiere zu ihrem Recht zu verhelfen. Außerdem sollen den zahlreichen Wertpapierbesitzern, deren Stücke durch die Schließung der deutschen Banken außerhalb des D-Mark — Währungsgebietes nicht verfügbar sind, wieder gültige Urkunden ausgehändigt werden. Auf den inneren Wert der Effekten nimmt das Gesetz keinen unmittelbaren Einfluß. Das Wertpapierbereinigungsgesetz bezieht sich auf alle Wertpapiere, die bis zum 8. Mai 1945 von Ausstellern ausgefertigt worden sind und die am 1. Oktober 1949 ihren Sitz in einem der westdeutschen Länder haben. Das Gesetz erstreckt sich auf Aktien, Kuxe und Schuldverschreibungen aller Art, jedoch nicht auf Schuldverschreibungen, die auf eine ausländische Währung lauten (z. B. Dollarbonds usw.). Für letztere ist eine besondere gesetzliche Regelung zu erwarten. Auch Reichswerte und solche Wertpapiere, die nach den Währungsgesetzen nicht auf D-Mark umgestellt sind, fallen nicht unter das Bereinigungsgesetz.

Bei Wertpapieren, die sich effektiv im D-Mark — Währungsgebiet befinden, kann die Berechtigungsprüfung im Verfahren nach den „Richtlinien über die Bescheinigung der Lieferbarkeit von Wertpapieren" in Westdeutschland erfolgen. Alle Wertpapiere, für die eine Lieferbarkeitsbescheinigung nach diesen Bestimmungen bis zum 1. Oktober 1949 ausgestellt ist, oder auf Grund eines bis zum 31. Januar 1949 gestellten Antrages bis zum 30. September 1950 ausgestellt wird, bleiben in Kraft. Alle anderen Wertpapiere, die unter das Bereinigungsgesetz fallen, werden kraftlos! Die Rechte aus den kraftlos gewordenen Wertpapieren sind bei einem Kreditinstitut im D-Mark — Währungsgebiet anzumelden. Die Fristen betragen sechs Monate und beginnen am ersten Tag des Kalendermonats, der auf den Ausgabetag des Oeffentlichen Anzeigers folgt, in dem die Bekanntmachung, daß die betreffende Wertpapierart bereinigt wird, enthalten ist.

Für Wertpapiere, die sich seit dem 1. Januar 1945 nachweislich außerhalb Deutschlands befinden (Stand v. 31. Dez. 1937), kann in der Anmeldung gleichzeitig der Antrag auf Ausstellung einer Lieferbarkeitsbescheinigung gestellt werden. Hierdurch sollen die Wertpapierbesitzer, deren Stücke sich bei Beginn der kritischen Periode bereits im Ausland befunden haben, nicht schlechter gestellt werden als die, deren Stücke sich im Währungsgebiet befanden. Die Erteilung der Lieferbarkeitsbescheinigung setzt voraus, daß das Wertpapier bei Stellung des Antrages bei einem Kreditinstitut im Ausland im Depot lag, dies durch eine Bescheinigung des Kreditinstitutes nachgewiesen und das Recht des Anmelders im Prüfungsverfahren als nachgewiesen anerkannt wird.

Der Wichtigkeit halber und zum besseren Verständnis sei das Kernstück des Bereinigungsgesetzes nachstehend im Wortlaut wiedergegeben:

§ 21

(1) Der Anmelder hat zu beweisen, daß er bei Inkrafttreten dieses Gesetzes Eigentümer oder Miteigentümer eines nach § 3 kraftlos gewordenen Wertpapiers oder Miteigentümer eines Sammelbestandes an kraftlos gewordenen Wertpapieren war und zwar

1. seit dem 1. Januar 1945 oder
2. infolge eines in der Zeit vom 1. Jan. 1945 bis 8. Mai 1945 einschließlich an einer Börse oder im Bankverkehr abgeschlossenen Rechtsgeschäftes oder
3. infolge von rechtswirksamen Maßnahmen der Behörden oder Besatzungsmächte des Währungsgebietes nach dem 1. Jan. 1945 oder
4. auf Grund einer ununterbrochenen Reihe von bürgerlich-rechtlichen Rechtserwerben nach einer Person, die am 1. Jan. 1945 Eigentümer oder Miteigentümer war oder die auf Grund von Nr. 2 und 3 Eigentümer oder Miteigentümer geworden ist; die Reihe gilt als ununterbrochen, wenn ein Erwerb auf den Vorschriften über den rechtsgeschäftlichen Erwerb vom Nichtberechtigten beruht. Ist ein Sammelbestandteil zur Zeit des Inkrafttretens dieses Gesetzes bei einem Kreditinstitut des Währungsgebietes verbucht, so wird vermutet, daß derjenige, zu dessen Gunsten die Verbuchung erfolgt ist, das Miteigentum am Sammelbestand auf Grund einer ununterbrochenen Reihe von bürgerlich-rechtlichen Rechtserwerben gemäß dieser Bestimmung erworben hat.

§ 22

(1) Der Anmelder hat zum Beweis der nach § 21 erheblichen Tatsachen in erster Linie öffentliche Urkunden oder Bankbescheinigungen, in denen das Wertpapier nach seinen Merkmalen genau bezeichnet ist, vorzulegen. Depotbescheinigungen müssen die Nummer des Depots und die Stelle des Depotbuches enthalten, unter denen das Wertpapier verzeichnet ist. Ferner ist eine Erklärung der Bank beizubringen, daß diese zur Vorlegung der betreffenenden Bücher bereit ist.

(2) Soweit Beweismittel der im Absatz 1 genannten Art nicht beigebracht werden oder nicht ausreichen, sind auch andere Beweismittel zulässig.

(Bei dem in § 21 Abs. 1 erwähnten Miteigentum am Sammelbestand handelt es sich um die Beteiligung an dem Girosammeldepot der früheren Deutschen Reichsbank — Wertpapiersammelbank).

Für alle ausländischen bzw. im Ausland wohnenden deutschen Besitzer deutscher Wertpapiere ist zu empfehlen, sich umgehend mit einem Kreditinstitut im D-Mark-Währungsgebiet oder, wenn ihre Stücke im Berliner Sammeldepot liegen, auch mit einem zugelassenen Westberliner Kreditinstitut in Verbindung zu setzen, die notwendigen Beweisunterlagen zu übersenden und es zu beauftragen, die Anmeldung vorzunehmen und gegebenenfalls gleichzeitig den Antrag auf Ausstellung einer Lieferbarkeitsbescheinigung für im Ausland befindliche Wertpapiere zu stellen. Wichtig ist, daß die Anmeldefrist eine Ausschlußfrist ist, deren Versäumung zum Rechtsverlust führt. Eine Wiedereinsetzungsmöglichkeit ist unter bestimmten Voraussetzungen vorgesehen, jedoch nicht für den Antrag auf Ausstellung einer Lieferbarkeitsbescheinigung.

Es ist vorgesehen, im Ausland an allen wichtigen Plätzen Beratungsstellen einzurichten, die die Aufgabe haben, die ausländischen Banken, Wertpapierhändler, Treuhänder und Börsen zu beraten und alle Beteiligten laufend über die Gesetze und Durchführungsbestimmungen in Kenntnis zu setzen. Alle Wertpapierbesitzer können sich also außerhalb des westdeutschen Bundesgebietes (ohne Osteuropa) von ihren dortigen Banken beraten lassen. Dies ist dann von besonderer Bedeutung, wenn das Gesetz zur Bereinigung der auf ausländische Währung lautenden Schuldverschreibungen erlassen ist.

Die Prüfung der sich aus den Anmeldungen ergebenen Rechtsansprüche erfolgt in einfach liegenden Fällen (mit den besonders bezeichneten Beweismitteln oder in Bagatellsachen) durch ein von der Bankaufsichtsbehörde bestätigtes Kreditinstitut als Prüfstelle. In besonderen Fällen entscheiden besondere Kammern bei den Landgerichten, gegen deren Entscheidungen eine sofortige Rechtsbeschwerde zugelassen ist. Der Anmelder wird durch die Anmeldestelle vertreten, vor Gericht ist eine Vertretung durch einen Rechtsanwalt zulässig. Je nach dem Beweisergebnis werden die angemeldeten Rechte als nachgewiesen oder nur glaubhaft gemacht anerkannt oder die Anmeldung abgelehnt.

Die Ausführungsbestimmungen zu diesem Gesetz sehen weiterhin vor, daß die kraftlos gewordenen Wertpapiere durch eine Sammelurkunde für jede Wertpapierart ersetzt werden. An dieser Sammelurkunde werden die Anmelder anerkannter Rechte durch Gutschriften auf Sammeldepotkonto beteiligt, wobei im Falle von Ueberanmeldungen die nachgewiesenen Rechte vor den nur glaubhaft gemachten rangieren; bei letzteren sind also noch Kürzungen, unter Umständen sogar auch Ausfall möglich. Das Konto für den Anmelder wird von der Anmeldestelle geführt, die ihm bei Anerkennung seiner Ansprüche Gutschrift erteilt. Sobald als möglich sollen die Sammelurkunden nach Abschluß des Prüfungsverfahrens wieder durch Einzelstücke ersetzt werden.

Das Wertpapierbereinigungsgesetz ist natürlich in den Kreisen der Wertpapierbesitzer begrüßt worden, da es sie wieder in den Besitz und die Nutznießung von Vermögungswerten bringt, die man mehr oder weniger schweren Herzens schon als Kriegsverlust abgeschrieben hatte. Es muß aber jedem Wertpapierbesitzer, besonders den im Ausland lebenden, empfohlen werden, die nach dem Gesetz vorgeschriebenen Nachweise und Anträge termingemäß zu leisten und zu stellen, um wieder über ihren Besitz verfügen zu können.

Auch für die Wirtschaft hat das Gesetz große Bedeutung, da es endlich wieder Ordnung in die Besitzverhältnisse der Unternehmungen bringt und die Vertretung des Aktienbesitzes in den Generalversammlungen wieder ermöglicht wird.

Der Schaden der Demontage

Auf Grund der Vereinbarungen zwischen den Hohen Kommissaren und der Bundesregierung sind die Demontagen auf den durch den Demontagestop in letzter Minute z. T. verschonten Werken beendet worden. Leider ist damit die Frage, was in den einzelnen Industriezweigen nach dem Demontageende an Kapazitäten übriggeblieben bzw. verloren ist, noch nicht zu beantworten. Die letzten Demontagearbeiter und die Beamten der britischen Behörden haben die Werke noch nicht verlassen, denn es bleibt immerhin noch ein einigermaßen umstrittener Komplex von Fragen zu klären. Unter Wahrung des Demontagestops ist man jetzt dabei, bereits demontierte Werksteile zu verpacken und abzutransportieren. Eine besonders strittige Frage ist, ob Betriebselemente, die von den Demonteuren gerade erst angegriffen und nur gering beschädigt sind, schon als Demontagegut beansprucht werden können oder den Werken belassen bleiben. Daß hier die Meinungen der deutschen und britischen Experten, die über diese Fragen z. Zt. noch verhandeln, geteilt sind, bedarf wohl keiner besonderen Erwähnung. Erst nach Abschluß dieser Verhandlungen und nach eingehenden Erhebungen wird es möglich sein, den endgültigen Schaden zu ermitteln, den die deutsche Wirtschaft durch die Demontagen erlitten hat.

Wolfgang Jäger.

Der Fall Massenmörder Kroupa

Ergänzung zu unseren Meldungen in Heft 10, S. 883 und Heft 12, S. 1094.

Die Sudetendeutsche Landsmannschaft stellte uns die folgenden Aussagen zur Verfügung:

Kroupa kam im Mai 45 nach St. Joachimsthal, nachdem er schon vor 1938 bei der staatl. Tabakfabrik in Beschäftigung gestanden hatte, zum Bürgermeister Franz Schmidt derz. Ottensoos bei Nürnberg, stellte sich als Vertreter der tschechischen Regierung vor und verlangte die Uebergabe des Amtes und der Polizei. Nach der Zusage, daß die Ordnung und Sicherheit unbedingt aufrechterhalten werden wird, erfolgte die verlangte Uebergabe. Kroupa amtierte nun ab 15. Mai 45 im Bürgermeisterzimmer, erließ alle Befehle und Anordnungen und zeichnete als Vorsitzender des tschechischen nationalen Bezirksausschusses. Er ist also für alles verantwortlich was in den Monaten Mai 45 bis Ende Mai 46 an den Deutschen verbrochen wurde. Weil ihm die Bewachungsmannschaften und die Lokale fehlten, wurden die Verhafteten mit Lastautos und Omnibussen nach dem 8 klm entfernten Schlackenwerther Schloß, das von einem Kom. Partisanen besetzt war, transportiert. Dort wurden dieselben fürchterlich verprügelt. Kroupa überzeugte sich persönlich davon, daß die Gefangenen entsprechend drangsaliert wurden.

gez. Franz Rehm.

*

Als Vorsitzender wurde Franz Kroupa, vormals Fabriksbeamter in der Tabakfabrik St. Joachimsthal, eingesetzt. Kroupa war einer der größten Deutschen- und Judenhasser. Er beteiligte sich persönlich an den Durchsuchungen der deutschen Wohnungen. Er war es auch, der bestimmte, welche Personen in Haft zu nehmen und zu liquidieren sind. In meinem Hause wurden zweimal Hausdurchsuchungen durchgeführt. Die erste Durchsuchung wurde vom tschech. Militär durchgeführt, das sich sehr anständig verhielt. Obwohl KZ-ler dabei waren. Die zweite Durchsuchung wurde auf Geheiß des Kroupa unter seiner persönlichen Leitung von der Gendarmerie durchgeführt, wobei Kroupa mit vorgehaltener Pistole vorging. Bei dieser Durchsuchung wurden mir alle Behältnisse aufgebrochen und ausgeraubt. Die Gäste die noch in meinem Hause waren, wurden zusammengetrieben und ausgeraubt. Obwohl sie bei mir nichts Belastendes vorfanden, wurde ich zur Polizeistation gebracht um angeblich ein Protokoll zu unterschreiben. Sämtlicher Schmuck, Uhren Gold und Silberwaren, sowie Bruchgold und Goldmünzen aus meinem Geschäft und mehrere Koffer mit Wertsachen, welche wegen Bombengefahr noch im Keller waren, sowie mehrere Koffer von Kurgästen wurden in bereitstehenden Autos weggefahren. Von der Polizeistation kam ich jedoch in Wirklichkeit in das berüchtigte Lager von Schlackenwerth, was Kroupa zu bestimmen hatte und es war bekannt, wer einmal in dieses Lager kommt, verläßt es nicht mehr lebend.

In diesem Lager war ich mit noch weiteren 37 Deutschen beisammen und wir wurden daselbst

Der Fall Kroupa in deutschen Zeitungen:

KROUPA UNTER UNS

„Juristisch ist die Sache so: Gegen die Vertriebenen können wir jederzeit einschreiten, wenn es Ausschreitungen gegen die Vertreiber geben sollte.“ →



Auf ins Land der Freiheit! „Zum weiteren Gedenken an den Henker von St. Joachimstal Frantisek Kroupa.



bestialisch mißhandelt. In der Nacht vom 5. bis 6. Juni 1945 (dieses Datum ist richtig) gegen 22 Uhr kamen 11 oder 12 Tschechen zu uns in den Tanzsaal und brachten eine Bank und Decken, mit denen die Fenster verhängt wurden. Als ersten ergriffen sie den Uhrmachermeister Johann Müller aus St. Joachimsthal, legten ihn auf die Bank, schnitten ihm bei lebendigem Leibe mit einem Messer die Ohren ab, stachen ihm die Augen aus, bohrten ihm mit einem Bajonett in dem Mund, brachen ihm die Zähne aus und brachen ihm durch Ueberlegen der Arme über die Knie und der Beine über die Bank die Knochen. Da er noch lebte, banden sie ihm einen Kabeldraht zweimal um den Hals und zogen ihn im Saal herum bis der Hals ausgezogen war und der Körper kein Lebenszeichen mehr von sich gab. Bei diesem Umherziehen stellte sich ein Tscheche auf den Körper, damit er beschwert wurde. Die Leiche war nur noch ein Fleischklumpen und wurde dann in meinen Mantel gewickelt und in die Mitte des Saales gelegt. Auf diese Art und Weise wurden diese Nacht noch sechs ermordet, davon drei reichsdeutsche Soldaten. Wenn wieder einer tot war, dann wurden wir wieder mit Gummiknütteln geschlagen. Da ich etwas tschechisch spreche, mußte ich dem Morden zuschauen, wogegen die anderen mit dem Gesicht gegen die Wand stehen mußten. Die auf diese Weise gemordeten Deutschen schrieen furchtbar, da sie bei vollem Bewußtsein hingemordet wurden. Durch dieses Miterleben wurden drei Inhaftierte wahnsinnig und ich selbst dem Wahnsinn nahe. Unter den Gemordeten in dieser Nacht befanden sich außer Uhrmachermeister Müller noch der Förster Kraus und Tischlermeister Zechel aus Joachimsthal sowie ein mir unbekannter Sudetendeutscher. Sämtliche Verhaftungen und Einweisungen aus St. Joachimsthal wurden auf Veranlassung des Kroupa durchgeführt.

gez. Otto Patek.

*

Neue Wendung im Fall Kroupa

Aus München wird sodann noch folgendes dazu gemeldet:

München (hvp). Der Fall des tschechischen Polizei-Kommissars Frantisek Kroupa, der sich grausamer Verbrechen an Sudetendeutschen, darunter des mehrfachen Mordes an Wehrlosen in St. Joachimsthal schuldig gemacht hat, hat eine neue Wendung erfahren durch eine Erklärung der IRO, deren Informationsabteilung in Bad Kissingen nämlich bekanntgab, daß für sie die Angelegenheit „vorläufig klar“ sei, da von ihr der Fall Kroupa „eingehend“ untersucht worden sei. Kroupa behalte seinen DP-Status und *seiner Auswanderung aus Deutschland würden keinerlei Hindernisse in den Weg gelegt werden*, es sei denn die Besatzungsmächte würden den Fall nochmals aufgreifen. Diese Verlautbarung der IRO wird von Kroupa nur als Aufforderung aufgefaßt werden, sich allen Weiterungen durch schleunige Flucht zu entziehen. Daran ändert auch die weitere Versicherung der IRO nichts, daß sie nicht versuchen werde, „ein Verfahren gegen Frantisek Kroupa zu vereiteln, wenn er formell angeklagt wird.“

Die deutsche Presse hatte den Fall Kroupa eingehend behandelt, nachdem er auf Veranlassung der amerikanischen Besatzungsbehörden freigelassen worden war, obwohl die Oberstaatsanwaltschaft in München ihn auf Grund der von den Sudetendeutschen vorgebrachten Beschuldigungen durch die deutsche Polizei hatte verhaften lassen und obwohl auch der Beauftragte des Tschechischen Nationalkomitees in London und Sprecher der Tschechischen Nationalgruppe in Deutschland, V. Fekelsky, sich an das bayerische Justizministerium und an das Amt des US-Landeskommissars in Bayern mit dem Ersuchen gewandt hatte, Kroupa vor Gericht zu stellen. Der „Münchener Merkur“ wies unter der Ueberschrift „Zweierlei Recht“ darauf hin, daß alle rechtlich Gesinnten in der Welt fordern müßten, daß die Peiniger wehrloser Menschen, gleich welcher Nation sie sind und ob sie zu den Besiegten oder Siegern gehörten, vor ein unabhängiges Gericht gestellt und für ihre Untaten bestraft werden. Die „Allgemeine Zeitung“ — Mainz fragt in einem Leitartikel: „Soll auch Frantisek Kroupa straflos bleiben, weil er auf der Seite der Sieger stand?“ und das „Darmstädter Echo“ weist auf das Moskauer Abkommen von 1943 hin, in dem es hieß: „Mögen sich diejenigen, die ihre Hand bisher nicht mit Blut besudelten, davor hüten, sich den Reihen der Schuldigen beizugesellen...“ Millionen Deutscher seien mißhandelt, beraubt, vertrieben worden. Und doch habe sich bisher kein Richter gemeldet und versucht, dieses Moskauer Abkommen anzuwenden, wenn es sich bei den Opfern um Deutsche handelte.

Drei Generale — zwei Welten

In seinem Buche „Kreuzzug in Europa“ schildert General Eisenhower, daß er den Vorschlag seiner Stabsoffiziere, den gefangenen deutschen Oberkommandierenden zu empfangen, weit von sich wies ... In Ottawa erzählte am 2. Januar Viscount Alexander, der frühere britische Oberkommandierende in Nordafrika, wie er während der Kämpfe um Tunis einen offenen Funkspruch seines Gegners, Generals von Arnim, empfing mit der Warnung, ein im Hafen liegendes bewegungsunfähiges Schiff nicht zu bombardieren, da auf ihm 600 alliierte Gefangene untergebracht seien. Nach der Gefangennahme wurde General von Arnim ins Hauptquartier General Alexanders geführt, wo er die Nacht verbrachte. Der britische Oberbefehlshaber sprach dort dem gefangenen Gegner seinen Dank für seine ritterliche Warnung aus.

Die Regensburger Resolution vom 9. Oktober 1949

„Die in Regensburg am Tag der verlorenen Heimat versammelten deutschen Vertriebenen, Schlesier, Pommern und Ostpreußen, Westpreußen, Posener, Sudetendeutsche und andere erklären feierlich, auch im Namen aller ihrer Leidensbrüder, daß sie den Anspruch auf die geraubte Heimat niemals aufgegeben haben, jetzt nicht aufgeben und niemals aufgeben werden. Wir fordern die Rückgabe unserer Heimat als Teil eines freien Reiches, mit allen demokratischen, staatsbürgerlichen und nationalen Rechten — und niemals als Glied irgend eines östlichen Zwangssystems.

„Vom Bundestag und der Bundesregierung in Bonn fordern wir, daß sie für die Rückkehr der Vertriebenen in eine freie Heimat mit allen Mitteln einzutreten haben.

„Den Heiligen Stuhl und den Evangelischen Weltkirchenrat in Genf bitten wir, daß sie die Austreibungen noch einmal als ein Verbrechen gegen die Menschlichkeit verurteilen und das göttliche und menschliche Recht der Vertriebenen auf das Land ihrer Väter bestätigen und verteidigen mögen.

„Bei den Vereinten Nationen in New York führen wir Klage über die Verletzung der Haager Landkriegsordnung und der Atlantic Charter. Wir beantragen die Feststellung, daß das Potsdamer Abkommen nichtig ist, weil es gegen die guten Sitten verstößt. Und wir fordern die Durchführung unseres unabdingbaren Menschenrechts der freien Wiederkehr in unsere Heimat, gemäß der Erklärung der Menschenrechte vom 10. Dezember 1948.

„Von den Regierungen Rußlands, Polens und der Tschechoslowakei fordern wir die unverzügliche Herausgabe unseres Heimatbodens und die Wiedergutmachung des begangenen Unrechts.

„Und von den übrigen Unterzeichneten des Potsdamer Abkommens, die durch ihre Unterschrift die Mitverantwortung übernommen haben, fordern wir die Wiedergutmachung des Unrechts auf friedlichem Wege und eine Ueberbrückungshilfe für die Zeit der heimatfernen Jahre.

„Die Vertriebenen erklären ferner ihren Entschluß, daß alle zur Feststellung und Verwirklichung ihrer völkerrechtlichen Ansprüche nötigen Schritte unverzüglich eingeleitet und mit aller Entschlossenheit vorwärts getrieben werden sollen.“

Amerikanische Militärpolizei befreit einen Mörder!

Am 1. Oktober 1949 wurden von der deutschen Polizei in Stuttgart festgenommen: Antonin Homolka, geb. 26. 7. 1902 in Birkigt, und sein Bruder Jan Homolka, geb. am 12. 2. 1918 in Stankowitz, beide derzeit wohnhaft im DP-Lager Ulm. Jan Homolka war wegen Schwarzhandels festgenommen worden. Antonin Homolka aber deswegen, weil er von einer Augenzeugin als Täter folgender Verbrechen erkannt wurde: 1.) Er hat am 9. Mai 1945 in Lobositz bei Prag/Tschechoslowakei einen deutschen Polizisten hinterrücks mit der Maschinenpistole erschlagen. 2.) Er hat sich am gleichen Tage an der Plünderung eines durch Lobositz ziehenden Trecks schlesischer Flüchtlinge beteiligt, wobei Hunderte von Schlesiern und Sudetendeutschen, die den angegriffenen Schlesiern zu Hilfe kamen, auf das furchtbarste mißhandelt und zum Teil zu Tode gemartert wurden. 3.) Er hat am 9. Mai 1945 in Lobositz einer Schlesierin, die mit ihrem Kinderwagen innerhalb des Flüchtlings-Trecks durch Lobositz fuhr, ihren einige Monate alten Säugling aus dem Kinderwagen genommen, das Kind mit dem Kopf zwischen seine Knie geklemmt, bei den Beinen gepackt und es bis zum Kopf in der Mitte auseinandergerissen.

Nach seiner Festnahme in Stuttgart sagte Homolka den deutschen Polizisten: „Wir haben noch zu wenig Deutsche erschlagen! Die Deutschen sollte man noch heute alle umbringen!“

Homolka wurde auf Befehl der amerikanischen Militärpolizei wieder freigelassen und befindet sich derzeit wohlbehalten im DP-Lager Ulm.

Meldung des Offiziellen Organs der Sudetendeutschen Volksgruppe vom 5. 11. 49.

La polizia militare americana libera un assassino.

Al 1. ottobre 1949 vennero arrestati dalla polizia tedesca in Stoccarda (Stuttgart): Homolka Antonin, nato 26. 7. 1902 in Birkigt e suo fratello Homolka Jan, nato 12. 2. 1918 in Stankowitz, ambe due attualmente abitanti nel campo dei D.P. Ulm. Jan Homolka venne arrestato per mercato nero; Antonin Homolka peró, perché venne riconosciuto da una testimone oculare quale autore dei seguenti crimini: 1.) Egli ha assassinato il 9 maggio 1945 in Lobositz presso Praga Checoslovaquia un poliziotto tedesco a tradimento con la pistola mitragliatrice. 2.) Lo stesso giorno partecipava al saccheggio di una colonna di profughi Silesiani, che passava per Lobositz, dove centinaia di Silesiani e Tedeschi dei Sudeti, che venivano in aiuto ai sacchegatti, furono terribilmente maltrattati ed in parte martoriati a morte. 3.) Il 9 maggio 1945 strappava ad una donna silesiana che spingeva il suo carrozzino in mezzo ad un gruppo di profughi, il suo lattante di pochi mesi, stringeva la testa del bambino fra le ginocchia, lo prendeva per le gambine e lo strappava in due pezzi fino alla testa.

Dopo il suo arresto in Stoccarda, Homolka disse alla polizia tedesca: „Ancora troppo pochi tedeschi abbiamo ammazzato! Ancora oggi si dovrebbe ucciderli tutti!“.

Homolka venne rilasciato in libertá per ordine della polizia militare americana e trovasi attualmente in buona salute nel campo dei D. P. in Ulm.

La police militaire américaine libère un assassin.

La police allemande arrêtait le 1er octobre à Stuttgart Antonin Homolka, né le 26 juillet 1902 à Birkigt et son frère Jean Homolka né le 12 février 1918 à Stankowitz, vivant tous deux dans le camp de D. P. à Ulm. Jean Homolka a été arrêté pour marché noir. Antonin Homolka parce qu'une femme témoin oculaire l'avait reconnu comme étant l'auteur des crimes suivants: 1.) Le 9 mai 1945, il assassinait à Lobositz près de Prague un policier allemand en le tirant dans le dos à coups de revolver. 2.) Le même jour, il participait au pillage d'un convoi de réfugiés silésiens passant par Lobositz. Des centaines de Silésiens et d'Allemands des Sudètes qui venaient au secours des Silésiens assaillis furent sérieusement brutalisés et certains torturés jusqu'à la mort. 3.) Le 9 mai 1945, à Lobositz, une Silésienne faisant partie du même convoi de réfugiés conduisait une voiture d'enfant oû se trouvait son bébé de quelques mois. Homolka arracha l'enfant de la voiture, lui plaça la tête entre ses genoux et saisissant le corps par les jambes le coupa par le milieu jusqu'à la tête.

Après son arrestation, à Stuttgart, Homolka dit aux policiers allemands: „Nous avons tué trop peu, d'Allemands; encore aujourdhui, on devrait tuer tous les Allemands."

Sur l'ordre de la police militaire américaine, Homolka a été remis en liberté et il se trouve sain et sauf dans le camp de D. P. à Ulm.

„U. S.-Military Police frees Murder“.

On October 1st, 1949, Antonin Homolka, born 26th July 1902 in Birkigt, and his brother Jan Homolka, born 12th February, 1918 in Stankowic, were arrested in Stuttgart by the German Police. They now live in a DP-Camp at Ulm/Danube. Jan Homolka had been arrested for black-marketing Antonin Homolka, however, was recognized by an eye-witness as the culprit who on May 9th, 1945, killed a German policeman at Lobositz near Prag (Czechoslowakia) by hitting the same from behind with an automaticgun. On the same day he took part in the plundering of a treck of fleeing Silesians passing 'Lobositz, when hundreds of Silesians and Sudeten Germans, who tried to help the attacked Silesians, were most terribly ill-treated and some of them martered to death. On this day he also seized the few months old baby from the perambulator of a fleeing Silesian woman, squeezed its head between his knees and holding it by its legs tore it to pieces, splitting it into halves.

After his arrest in Stuttgart Homolka adressed the German policeman: „We still killed too little Germans, the Germans should — even today — all be liquidated."

Homolka was freed by order of the U.S. Military Police and is all well in the D.P.-Camp at Ulm.

Pone en libertad a un asesino la policía militar norteamericana.

El 1º de octubre de 1949 fueron detenidos por la policía alemana en Stuttgart: Antonino Homolka, nacido el 26. 7. 1902 en Birkigt, y su hermano Juan Homolka, nacido el 12. 2. 1918 en Stankowitz, ambos con domicilio actual en el campamento de desplazados de Ulm. Juan Homolka había sido arrestado por dedicarse a actividades ilícitas en el mercado negro, pero Antonino Homolka, por el hecho de haber sido reconocido por una testigo ocular como autor de los siguientes crímenes: 1) El 9 de mayo de 1945, ultimó alevosamente en Lobositz, cerca de Praga en Checoslovaquia, a un policía alemán aplicándole golpes con una pistola automática. 2) El mismo día intervino en el saqueo de una caravana de fugitivos silesianos, que pasaba por Lobositz, y en esta oportunidad, cientos de silesianos y alemanes sudetes, que acudieron en auxilio de los silesianos agredidos, fueron ferozmente maltratados y ultimados, en parte, a raíz de salvajes torturas. 3) El 9 de mayo de 1945 arrebató a una mujer silesiana, que en medio de la caravana de fugitivos llevaba por Lobositz su cochecito, su lactante de pocos meses de edad, sacándolo del cochecito, apretó al niño con la cabeza entre sus rodillas y, agarrándole las piernas, lo partió en dos.

Al ser detenido en Stuttgart, Homolka manifestó a los policías alemanes: "Todavía no hemos matado suficientes alemanes. Todavía hoy, habría que ultimar a todos los alemanes."

Por orden de la policía militar norteamericana, Homolka fué nuevamente puesto en libertad, y ahora se halla sano y salvo en el campamento de desplazados de Ulm.

Amerikaanse militaire politie bevreijdt een moordenaar.

Den eersten october 1949 werden door de Duitse politie in Stuttgart gearresteerd: Antonin Homolka, geboren den 26-7-1902 in Birkigt, en zijn broer Jan Homolka, geboren den 12-2-1918 Stankowitz, allebeiden in die tijd wonende in't D.P.-Lager Ulm. Jan Homolka was wegens zwarthandels gearresteerd worden. Antonin Homolka echter daarvoor, omdat hij van een ooggetuige als dader van de volgende misdaden erkend werd: 1.) Hij heeft den 9. mei 1945 in Lobositz bij Prag/Tschechoslowakija een Duitse politieagent van achter met een maschine pistool doodgeslagen. 2.) Hij heeft denselfden dag aan de plundering van een door Lobositz trekkende optocht van Schlesische vluchtlingen deelgenomen, warbij honderden Schlesiers en Sudetenduitsers, die de aangevallene Schlesiers te hulp kwamen, of de ergste maanier mishandeld en gedeeltelijk ter dood gemarted werden. 3.) Hij heeft den 9. mei 1945 in Lobositz een Schlesierin, die met haar kinderwagen in de ling uit de wagen genomen, het kind met het optocht was, haar enige maanden oude suigehoofd tussen zijn knieen genomen en het tot aan't hoofd middendoor gescheurd.

Na sijn vastname in Stuttgart zei Homolka de Duitse politie: „Wij hebben nog te weinig Duitsers doodgeslagen. De Duitsers zou men nog vandaag allen ombrengen."

Homolka werd op bevel van de Amerikaanse politie weer vrijgelaten en bevindt zich tertijd goed en wel in het D.P.-Lager Ulm.

A policia militar americana liberta un assassino.

No dia 1 de outubre, foram presos em Stuttgart, na Alemanha, pela policia alema: Antonin Homolka, nacido em 26 de julho de 1902 em Birkigt (Checoslovaquia), e seu irmao Jan Homolka, nacido em 12 de fevereiro de 1918 em Stankowitz (Checoslovaquia), ambos atualmente residentes no campo de deslocados de Ulm (Alemanha).

A prisao de Jan Homolka foi motivada por atividades no cambio negro, a de Antonin Homolka porem, por ter sido reconhecido por uma testemunha ocular como culpado das seguintes atrocidades: 1.) No dia 9 de maio de 1945, em Lobositz perto de Praga, na Shecoslowaquia, assassinou um policial alemao, assaltando-o por traz e esfacelando-lhe o craneo com pancadas de uma pistola automática. 2.) No mesmo dia, fez parte no saquemento de um grupo de fugitivos que vinham passando por Lobositz, ocasiao na qual centenas de alemaes da Silesia e dos Sudetos que queriam socorrer aos fugitivos assaltados, sofreram atrocidades das mais horripilantes, chegando um grande numero entre eles a morrer. 3.) No dia 9 de maio, em Lobositz, tirou do carrinho de crianca de uma mulher fugitiva da Silesia, e que vinha acompanhando o grupo através de Lobositz, a sua criancinha de poucos meses, prendeu — a com a cabeca entre suas pernas, tomou — a pelas perninhas, e rompeu — a até a cabeca.

Após sua prisao em Stuttgart, Homolka respondeu aos alemaes "Ainda sao poucos os alemaos que matamos. Ainda hoje deviamos matalos todos!"

Por ordem da policia militar americana, Homolka foi posto em liberdade e se acha atualmente sao e salvo, no campo de deslocados de Ulm.

Den amerikansk militärpolisen låter mördare gå fri!

Den 1. oktober häktade den tyska polisen i Stuttgart: Antonin Homolka, föd 26. 7. 1902 i Birkigt, och hans broder Jan Homolka, född den 12. 2. 1918 i Stankowitz, vilka vistades i DP-läger i närheten av Ulm. Jan Homolka blev häktad på grund av svartabörshandelsaffärer. Antonin Homolka däremot blev häktad, då man i honom kunde fastställa gärningsmannen för följande förbrytelser. 1/ Den 9. maj 1949 mördade han i Lobositz vid Prag i Tjeckoslovakiet en tysk polis genom att bakifrån slå ned honom med en maskinpistol. 2/ Samma dag deltog han i utplundrandet av ett flyktingståg från Schlesien, som drog genom Lobositz, varvid hundratals schlesier och sudettyskar, som ilade dessa till hjälp, på det fruktansvärdaste misshandlades och t. o. m. i vissa fall ihjälslogos. 3/ Den 9 maj 1945 slet han från en tysk kvinna, som med en barnvagn kom med flyktingståget genom Lobositz, hennes några månader gamla barn ur vagnen, klämde barnets huvud mellan sina knän, fattade det i benen och slet det itu.

Efter att ha häktats i Stuttgart sade Homolka till de tyska poliserna: "Vi ha bragt allt för få tyskar om livet. Man borde se till, att alla tyskar blevo ihjälslagna!"

På order av amerikanska militärpolisen blev Homolka försatt på fri fot och befinner sig för tillfället välbehållen i DP-lägret vid Ulm.

„In Brasilien erscheint

eine kernige nazistische Zeitung" schreibt das „Argentinische Tageblatt" vom 22. November 1949. Die Bemerkung erfolgt auf Grund der AFP-Meldung vom 21. November aus London, in der es heißt: „Da einer der Abgeordneten darauf hingewiesen hatte, daß in Deutschland eine antisemitische und antibritische Zeitschrift mit dem Titel „Brücke zum Deutschtum der Welt" verbreitet wird, fügte Unterstaatssekretär des Aeußeren Mayhew hinzu: „Wir werden alle notwendigen Maßnahmen gegen derartige Veröffentlichungen ergreifen".

Am 23. Mai 1949 schrieb uns der Herausgeber dieser Zeitschrift, Herr Godofredo Entres, wie folgt wortwörtlich:

> *„Ich habe seit Jahr und Tag hier in Brasilien den Kampf für das deutsche Volkstum in vorderster Linie und mit dem Einsatz von allem, was ich besitze, mit ehrlichen und reinen Waffen und offenem Visier geführt und werde ihn weiter führen. Aber nicht für den Nationalsozialismus und seine Hintermänner. Auch bin ich mir meiner Pflichten meiner zweiten Heimat Brasilien gegenüber voll bewußt. Mein Kampf geht darum, der Vergewaltigung deutschen Volkstums und göttlichen wie menschlichen Rechts die Stirne zu bieten und zugleich die Ehre des deutschen Namens zu wahren. Das kann man nicht, wenn man zu nationalsozialistischen Torheiten und Vergehen schweigt und sie beschönigt. Mögen sich noch so viel „bessere" Deutsche als ich für die nationalsozialistischen Wahnideen und ihre Verwirklichung einsetzen, ich tue es nicht und ich bekämpfe jene, die es tun, schon allein, um den Deutschen hier in Südamerika und insbesondere in Brasilien erneute schwere Nackenschläge zu ersparen."*
>
> *(gezeichnet)*
>
> *Godofredo Entres.*

Es handelt sich also nachweisbar um einen scharfen Gegner der Nazis, um eine Zeitschrift, die alles andere sein kann, nur nicht „nazistisch".

Die beanstandete Nummer der „Brücke" enthielt einen Artikel unter der Ueberschrift „Europas Einigung steht und fällt mit der deutsch-französischen Verständigung" aus der Feder des verbissenen Hitlergegners Otto Strasser. Weil die genannte Zeitschrift auf Befehl des genannten britischen Unterstaatssekretärs „nazistisch" war, war also auch Strasser „nazistisch" und in Deutschland wurde eine Versammlung der Freunde Strassers mit dem Hinweis auf die in Brasilien erfolgte Veröffentlichung verboten!

Es wurde also nicht nur eine Zeitschrift, die jede Verbindung mit dem Nationalsozialismus auf das allerschärfste ablehnt, als „nazistisch" bezeichnet, sondern im gleichen Zusammenhang ein Politiker, der als Todfeind der Nationalsozialisten seine Heimat verlassen mußte und von dem alle Welt weiß, daß er vor seinen Gegnern hat flüchten müssen. Der Begriff „nazistisch" kann also nicht identisch sein mit dem Begriff „Nazi" als Mitglied oder Freund der Nationalsozialistischen Partei, er muß etwas anderes bedeuten. Es sollen mit diesem Begriff auch Personen erfaßt werden, die nicht als Mitglieder verfehmter Nazi-Organisationen belangt werden können. Der Begriff „Nazi" ist ein Kampfmittel der Demokraten. Nirgends wird er von ihnen definiert, damit sie ihn verwenden können, wenn sie wollen. Es wird daher Zeit, diesen Begriff zu klären. Es geht um die Beschreibung einer Waffe.

Die oben genannte demokratische Zeitung spricht fast im gleichen Atemzuge von dem Ministerpräsidenten von Südafrika, Malan, als von einem „Nazisten". Andere demokratische Zeitungen sprechen von dem „Nazi" Arnulfo Arias, der soeben wieder Präsident von Panama wurde. Wieder andere Demokraten beschimpfen Laureano Gomez, den soeben zum kommenden Präsidenten von Kolumbien gewählten konservativen Politiker und Trujillo, den Präsidenten der Dominikanischen Republik als „Nazis". Der Ire De Valera wurde in gleicherweise charakterisiert.

Die gleiche Bezeichnung wird also verwandt, ob es sich um Deutsche, Südafrikaner, Iren, oder Nordamerikaner usw. handelt. Alle diese Personen müssen also eines gemeinsam haben. Was haben sie gemeinsam, was haben sie insbesondere mit jenen deutschen, verstorbenen oder hingerichteten Politikern gemeinsam, nach denen man sie alle benennt?

Keiner von diesen fremden Staatsmännern ist Antisemit, keiner von ihnen ist ein Gegner der Polen oder der Tschechen. Das sind alles Sachen, die sie überhaupt nicht interessieren. Aber eines haben sie alle gemeinsam: sie sind leidenschaft-

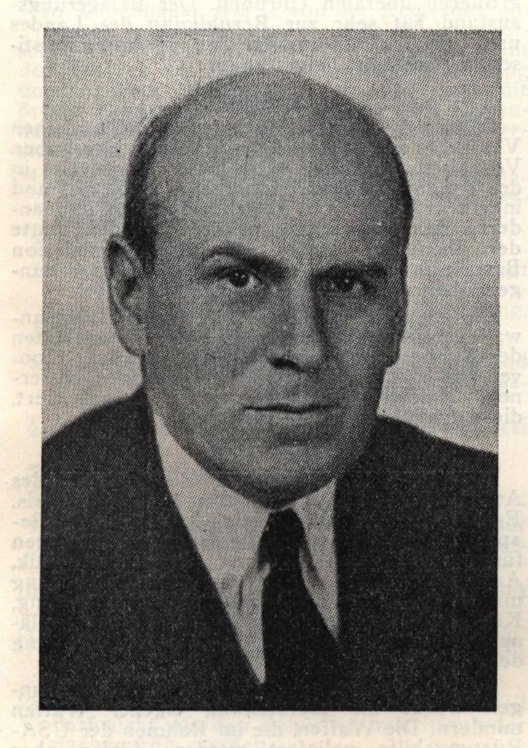
liche Verfechter der Rechte i h r e r Völker. Sie fühlen sich als verantwortungsbewußte Vertreter ihres V o l k e s. Sie vertreten nicht die Interessen dieses oder jenes Gewerbes, dieses oder jenes Volksteiles, sie sind nicht die Vorkämpfer der Rechte des Großgrundbesitzes oder der Proletarier, der Importeure oder der Banken, sie sehen über allen Interessen die Gemeinschaft ihres Volkes und diese vertreten sie. Für die Interessen des g a n z e n Volkes kämpfen sie. Und sie stellen dieses ihr Volk als G a n z e s der übrigen Welt gegenüber. Das haben sie gemeinsam. Das also ist ihr „Nazismus". Sie alle sind „Nazisten", weil sie keine internationalen Demokraten sind. Sie sind „Nazisten", nicht weil sie Mitglieder oder Freunde der Nationalsozialistischen Deutschen Arbeiter-Partei waren, sondern weil sie ihre Völker lieben und sich ihrer Volkszugehörigkeit in allen ihren Handlungen b e w u ß t sind. Das Wort „nazistisch" steht an Stelle des Wortes „volksbewußt".

M. L.

Klärung der Begriffe:

Das Wort „Demontage" steht für „Verschrottung"
Das Wort „nazistisch" steht für „volksbewußt"

Die Aufklärung wird fortgesetzt.



John Jay McCloy, US-Hochkommissar für Deutschland. Er arbeitete die amerikanischen Vorschläge für die Potsdamer Konferenz aus und ist auch durch seine Mitarbeit an der Planung der Kriegsverbrecherprozesse mit den deutschen Belangen vertraut.



Benjamin J. Buttenwieser wurde zum Stellvertreter des US-Hochkommissars für Deutschland ernannt.

Das Weltgeschehen

Die Völker sollen nicht mehr wissen, wofür sie leben und wofür sie sterben.

Dr. Adenauer machte den Vorschlag, deutsche Männer unter westeuropäischem Kommando zu einem neuen deutschen Heer zusammenzufassen. Dieser Vorschlag erfolgte, als die deutschen Soldaten und das deutsche Offizierskorps in der Person des Generalfeldmarschalls v. Manstein vor einem britischen Gericht angeklagt waren. Er erfolgte zu einer Zeit, da Kriegerwitwen, Kriegshinterbliebene und Kriegsversehrte vergeblich nach dem Dank des Vaterlandes ausschauen. So wurde dieser Vorschlag bei allen denen, die einmal mit Stolz den grauen Rock getragen haben, als das aufgefaßt, was er war: als eine **Beleidigung**. Die Alliierten waren auch ihrerseits nicht mit dem Vorstoß des christlichsozialen Bundeskanzlers einverstanden. Sie mögen befürchtet haben, daß der erste Angriff den Zwingburgen in Spandau, Landsberg und anderswo gelten könnte, um die dort schmachtenden Kameraden zu befreien. Sie bestätigten daher in einem neuen Gesetz das Verbot deutscher Remilitarisierung. Den Demokraten in aller Welt kam die ablehnende Haltung der deutschen Jugend gerade recht, um dieses Gesetz als in deren Sinne gegeben darzustellen. Ganz so liegt es aber nicht, meine Herren! Die deutsche Jugend ist nicht gegen eine deutsche Wehrhoheit! Sie ist gegen jegliche Art von Söldnertum, ob dieses in Ost oder West gewünscht wird. Sie ist aber **für** die Wiederherstellung der deutschen Souveränität und damit auch für die Errichtung eines Schutzes Mitteleuropas, der dann ausschließlich auf den Schultern jener Völker ruht, die dort seit Jahrtausenden zu Hause sind und sich ein Recht zur Verteidigung des Bodens erworben haben, den sie ihre **Heimat** nennen! Die deutsche Jugend ist nicht etwa angsterfüllt. Sie ist das ebensowenig wie sie bereit ist, sich in sinnlose Blutbäder auf Kosten anderer stürzen zu lassen. Die deutsche Jugend hat in diesen Tagen in allgemein beachteter vollständiger Einstimmigkeit ihre Meinung zu dem Vorstoß des Herrn Dr. Adenauer gesagt. Sie wird eines Tages in ganz genau der gleichen Einmütigkeit den Alliierten ihre Meinung zu ihrem neuesten Gesetz sagen. Daß sie heute ebenso einstimmig dazu **schweigt**, ist bereits der erste Satz dieser Antwort.

ARGENTINIEN

Das Jahr 1950 ist dem Gedächtnis des großen südamerikanischen Befreiers und argentinischen Nationalhelden General José de San Martín gewidmet, dessen 100. Todestag sich jährt.

Am 16. Dezember sah sich der deutsche Rennfahrer Manfred v. Brauchitsch gezwungen, von dem vorgesehenen Rennen in Buenos Aires zurückzutreten, da der Argentinische Automobil-Club ihm einen Wagen zur Verfügung gestellt hatte, dessen Verwendung zu einer schweren Gefährdung von Publikum und Fahrern geführt hätte. Der Rennleiter Borgonovo nahm die Erklärung entgegen, ohne sich zu entschuldigen.

Die Regierung erließ eine Verordnung, wonach Neueinwanderern Steuerbevorzugung bei inländischen Kapitalinvestitionen gewährt wird.

IBEROAMERIKA

Panama. Arias bestieg erneut den Präsidentenstuhl. Damit kehrte wieder Ruhe im Lande ein. Lediglich einige demokratische Politiker blieben im Exil in der Kanalzone.

In **Kolumbien** kam es nicht mehr zu größeren liberalen Unruhen. Der Belagerungszustand hat sehr zur Beruhigung des Landes und. zur Eindämmung der prokommunistischen Agitation beigetragen.

U. S. A.

Während die mehrfachen republikanischen Versuche zur Aufklärung landesverräterischen Verhaltens mehrerer Mitarbeiter Roosevelts in der Frage der Uranlieferung an Sowjetrußland in einem Wust von Falschmeldungen und anderen Machenschaften erstickt wurden., hatte der ehemalige Leiter der Atomkommission Baruch in Moskau mit Gromyko Besprechungen über die Atomforschung.

Die prokommunistische „Nationale Rechtsanwaltsvereinigung" bekämpft den Vorgesetzten der Bundesuntersuchungspolizei, J. Edgar Hoover und möchte ihn von seinem Posten entfernen. Präsident Truman wurde aufgefordert, diese Absichten zu unterstützen.

EUROPA

Die Verteidigungsminister der Mächte des Atlantikpakts trafen sich am 1. 12. in Paris. Es wurde Einigkeit erzielt über folgende Besprechungspunkte: Strategische Grundlagen für die Gesamtverteidigung des Nordatlantik, Aufstellung eines Programms zur Herstellung und Verteilung von Waffen und Ausrüstung, Koordinierung der verschiedenen Regionalpläne, Fortschritte in der Verteidigungsplanung des Nordatlantik.

Eine Bindung Englands an diese Abmachungen würde die Herstellung eigener Waffen mindern. Die Waffen, die im Rahmen der USA-Rüstungshilfe geliefert werden, dürfen aber nicht im Fernen Osten, zur Rettung Singapores verwandt werden.

Am 1. 12. kam es in Paris zur ersten Tagung der Vertreter Holland, Belgien, Luxemburgs, Frankreichs und Italiens, um eine Zoll- und

Wirtschaftseinheit zu besprechen (sogenannte Fritaluxstaaten).

Max Petitpierre wurde zum **Schweizer** Bundespräsidenten ernannt.

In **Großbritannien** griffen Zeitungen während des Mansteinprozesses die Verteidigung an. Man kann gespannt sein, wie ein britischer Staatsanwalt diesen „contempt of court" (Vergehen gegen den Prozeß-Schutz-Paragraphendesenglischen Rechts) verfolgen wird. Ansonsten darf unter Hinweis auf diesen Fall in Zukunft von einem mangelnden Rechtsbewußtsein der englischen Behörden gesprochen werden.

Während **Holland** vor dem Kriege und unter deutscher Besetzung nur einen niedrigen Prozentsatz von Raub und Ueberfällen aufwies, geht derzeit eine Gangsterwelle über das Land.

Spanien enteignete unter dem Druck der bekannten politischen Gruppen die deutschen Firmen Schering und Bayer.

In **Italien** halten die Spannungen im Süden weiter an. Die Bauern hielten weiterhin die Großen Güter besetzt. Ein Besuch De Gasperis verlief fruchtlos.

Die Frauenorganisation der MSI rief zur Unterstützung der von der Regierung seit 1945 durch die Anwendung von Ausnahmegesetzen festgesetzten Personen auf.

In Apenrade, **Dänemark**, wurde ein „Verband deutscher Büchereien in Nordschleswig" gegründet.

In Kopenhagen wurde von der Regierung ein Protokoll verkündet, das die Rechte der deutschen Minderheit enthält. Es ist, verglichen mit den Rechten der Dänen in Südschleswig, völlig unzureichend. Zudem fragt es sich, was die örtlich zuständigen Behörden aus dem Kopenhagener Protokoll machen. Die einzelnen zugestandenen Rechte sind die folgenden:

1. Das Recht auf freie Entfaltung der Persönlichkeit und die Unverletzlichkeit der persönlichen Freiheit.
2. Gleichheit vor dem Gesetz.
3. Niemand darf übervorteilt oder begünstigt werden auf Grund von Abstammung, Sprache, Herkunft oder politischer Anschauung.
4. Glaubens- und Gewissensfreiheit.
5. Das Recht auf freie Meinungsäußerung und Pressefreiheit, Vereins- und Versammlungsfreiheit.
6. Das Recht, den Arbeitsplatz und Beruf frei zu wählen.
7. Die Wohnung ist unverletzlich.
8. Das Recht, politische Parteien zu gründen.
9. Gleicher Zugang zu Beamtenstellungen für alle, die die notwendigen Bedingungen erfüllen.
10. Allgemeines, unmittelbares, gleiches, freies und geheimes Wahlrecht.
11. Das Recht, den Schutz der Gerichte anzurufen, wenn die Behörden irgendein Recht kränken.
12. Das Bekenntnis zur deutschen Minderheit darf nicht von den Behörden bestritten oder nachgeprüft werden.
13. Die deutsche Minderheit, ihre Organisationen und Mitglieder dürfen nicht daran gehindert werden, die Sprache zu verwenden, die sie wünschen, in Rede, Schrift oder Druck.
14. Es können Maßnahmen getroffen werden, um eventuell vorkommende Schwierigkeiten bezüglich der Sprache vor Gericht und bezüglich der Verbindung von nichtdänischsprechenden Personen mit den Behörden zu erleichtern.
15. Kindergärten, allgemeinbildende Schulen und Volkshochschulen, auch fachliche Schulen, können von der deutschen Minderheit mit Rücksicht auf die Gesetze errichtet werden.
16. Eltern und Erziehungsberechtigte können frei entscheiden, ob ihre Kinder Schulen mit deutscher Unterrichtssprache besuchen sollen.
17. Die dänische Regierung sieht es als eine Selbstverständlichkeit an, daß die Vertreter der deutschen Minderheit in kommunalen und anderen öffentlichen Versammlungen im Verhältnis zu ihrer zahlenmäßigen Stärke in die Arbeit hineingezogen werden.
18. Mitglieder der deutschen Minderheit haben auf gleichem Fuß mit anderen dänischen Staatsbürgern das Recht, gegenüber der Rundfunkleitung Sendungen vorzuschlagen.
19. Wenn eine Partei der Minderheit wieder im Reichstag vertreten sein wird, wird der Zugang zum Rundfunk, entsprechend dem anderer dänischer Parteien ihr wieder geöffnet sein.
20. Die Minderheit hat die Möglichkeit, Wahlgemeinden und Freigemeinden zu errichten, die in Uebereinstimmung mit der allgemeinen dänischen Gesetzgebung Zugang zur Benutzung von Kirchen und Friedhöfen u. a. bekommen können, unter wahlfreier Anwendung der Sprache, die sie selbst wünschen.
21. Kein Unterschied zwischen dänischen Staatsbürgern ungeachtet der Gesinnung bei der Verteilung öffentlicher Unterstützungen.
22. Wird eine deutschsprachige Tageszeitung herausgegeben, so glaubt der Staatsminister nicht, daß die Behörden einem solchen Blatt die öffentlichen Bekanntmachungen vorenthalten werden.
23. Anerkennung des besonderen Interesses der deutschen Minderheit an der Pflege ihrer religiösen, kulturellen und fachlichen Verbindungen mit Deutschland innerhalb des Rahmens, den die zu jeder Zeit an der dänisch-deutschen Grenze geltende Paßordnung zuläßt.

DER ORIENT

Israel. Entgegen dem Beschluß der UN-Generalversammlung wurde am 13. 12. Jerusalem zur „nationalen Hauptstadt" erklärt. Es kam zu einer schweren Regierungskrise, in welcher die Opposition es der Regierung vorwarf, daß sie den UN-Beschluß zur Internationalisierung Jerusalems nicht habe verhindern können.

AFRIKA..

Nach einer offiziellen Bekanntmachung in der „Gold Coast Gazette", dem „L'Eveil du Cameroun" und der Zeitschrift „Marchés coloniaux" wird der bisher unter Sequesterverwaltung stehende deutsche Besitz an der Goldküste und im französischen Mandatsgebiet Kamerun zum allgemeinen Verkauf freigegeben. Aehnliche widerrechtliche Maßnahmen sollen in den spanischen Besitzungen in Vorbereitung sein. Unterlagen über die Wertbemessung und Anrechnung im Rahmen der Reparationsleistungen waren nicht zu erlangen. Es handelt sich um

ausgedehnten Plantagenbesitz, Eisenbahnen und andere Verkehrsmittel sowie Fabrikationsanlagen.

E r y t h r e a. Die italienische Regierung richtete eine Protestnote an Großbritannien. Es wird angesichts der dauernden Morde an Italienern gefordert, daß die britische Besatzungsmacht Leben und Eigentum der Italiener schützt. Italienische Zeitungen wiesen bereits vor Jahresrist nach, daß die Uebergriffe der Eingeborenen im Britischen Club ihren Ursprung hatten.

Kaiser Haile Selassie forderte bei der Parlamentseröffnung erneut Erythrea für **A b e s s i n i e n.**

In **R h o d e s i e n** setzte eine scharfe Teuerung ein.

In **P o r t M o z a m b i q u e** kam es zur Verhaftung von Kommunisten, die sich als „Vereinigung junger Demokraten" zusammengetan hatten.

S ü d a f r i k a n i s c h e U n i o n. Ministerpräsident Dr. Malan erklärte bei der Eröffnung der wissenschaftlichen Konferenz in Johannesburg: „Die wissenschaftlichen Probleme, vor denen die Länder Afrikas stehen, sind in vieler Beziehung größer und dringender und bedrohlicher als diejenigen in irgendeinem anderen Teil der Welt."

Am 16. Dezember, mittags 12 Uhr wurde das Voortrekkerdenkmal enthüllt. Dr. Malan hielt eine Ansprache, in der er auf die Bedeutung dieses geschichtlichen Ereignisses für Südafrika hinwies.

Dr. Pirow wandte sich gegen die derzeitige Apartheidspolitik. Er fordert weitgehendere Unterstützung der nichtweißen Elemente zur Errichtung eigener Kulturinstitutionen.

In Port Elizabeth herrscht größere Arbeitslosigkeit infolge der Importbeschränkungen. Die Regierung erwägt Mittel zur Verhinderung weiterer Landflucht der eingeborenen Bevölkerung, die nur die Arbeitslosigkeit in den Städten vergrößern hilft.

Unter Leitung von Professor H. O. Mönning und Herrn E. C. G. Schweickerdt bildete sich in Pretoria eine Gesellschaft zur Förderung der Einwanderung von Spezialisten auf allen Gebieten.

60% der Deutschen, denen 1942 das Wahlrecht entzogen worden war, erlangte jetzt kraft eines Regierungsbeschlusses die frühere Rechtsstellung wieder.

Es ist ein Kapitalzufluß aus England und Kanada zu bemerken.

ASIEN UND AUSTRALIEN

I n d i e n. Pandit Nehru betonte in Washington erneut: „Wir haben nicht die Absicht, uns zu irgendeiner Zeit an irgendjemanden anzuschließen."

In der **I n d o n e s i s c h e n R e p u b l i k** soll das Holländische allmählich durch Englisch als Verkehrssprache ersetzt werden.

Teile **I n d o c h i n a s** sind bereits in kommunistischer Hand.

B u r m a erkannte die Regierung in Peking an.

Meldungen aus Peking besagen, „daß Moskau die chinesischen Kommunisten anwies, sich zur Vernichtung des Imperialismus in Südostasien bereit zu machen".

C h i n a. Die Nationalregierung verlegte weiter nach Tschengtu, nachdem Tschungking besetzt worden war. In Ablösung Ti Tsung Jens, der sich weigerte, sich an die Spitze der Truppen zu stellen, übernahm Tschiang Kai shek nach 11monatiger Unterbrechung wieder die Präsidentschaft Nationalchinas.

Die **M a n d s c h u r e i** wurde von Rotchina gelöst. 85% der Schwerindustrie liegen in der Hand russisch kontrollierter Gesellschaften. Handelsvertragsverhandlungen laufen in Moskau. Ein Volkskongreß bildete die erste mandschurische Volksregierung.

Die Wahlen in **N e u s e e l a n d** brachten der Labourpartei eine Niederlage. Eine UP-Meldung sagt von den siegreichen Nationalisten: „Sie unterstützen die UN, sind aber dem britischen Commonwealth stark verbunden".

Eine gleiche Niederlage erlitt die Arbeiterpartei in **A u s t r a l i e n.** Der Leiter der siegreichen liberalen Partei erklärte, er werde den Kommunismus für illegal erklären. Es wird befürchtet, daß „internationale Einflüsse" ihn in diesem Kampf bremsen.

Die Bodenerosion hat ungeheueren Umfang angenommen. In Neusüdwales wurde davon so gut wie der gesamte landwirtschaftlich genutzte Boden betroffen. Aehnlich liegt es in Viktoria und Südaustralien.

SOWJETRUSSLAND

Am 16. Dezember traf Mao Tse Tung zu einem Staatsbesuch in Moskau ein.

OSTEUROPA

Ende November fand eine geheime Zusammenkunft der Kominformstaaten in Budapest statt.

In der **T s c h e c h o s l o w a k e i** wurde die obligate Zivilehe eingeführt. Der Kulturkampf mit den Organen der katholischen Kirche geht weiter.

Die noch in **J u g o s l a w i e n** verbliebenen Juden erhielten Anweisung, nicht nach Palästina mehr auszuwandern. Die weiteren Verschiffungen wurden eingestellt.

George Allen wurde an Stelle von Cavendish Cannon zum USA-Botschafter in Belgrad ernannt. Er versicherte, „daß die USA niemals einen russischen Angriff auf Tito dulden würden".

B u l g a r i e n. Der Prozeß gegen den ehemaligen stellvertretenden Ministerpräsidenten Kostoff endete mit einem Todesurteil, das bereits am 16. Dezember vollstreckt wurde.

Die Hafenstadt Varna wurde in „Stalin" umgetauft.

DIE HEIMAT

W e s t d e u t s c h l a n d. In Bonn wurde ein Abkommen mit der ECA unterzeichnet, auf Grund dessen Westdeutschland und Berlin einen Kredit in Höhe von 269 Millionen Dollar als Wirtschaftshilfe erhielten.

McCloy erhielt eine neue „Direktive" für seine Politik.

Nach Anerkennung des Kolonialstatuts für die Ruhr durch die Bonner Regierung wurde Vizekanzler Franz Blücher zum Vertreter des Bundes in der Internationalen Ruhrbehörde ernannt.

Bei einem Gottesdienst in der St. Kunibertkirche in Köln stürzte eine Mauer der seinerzeit von Terrorfliegern beschädigten Kirche drei

Sitzreihen hinter Herrn McCloy ein und hätte ihn beinahe begraben.

Die SPD teilt mit, daß noch etwa 900 000 Kriegsgefangene in Sowjetrußland und weitere 100 000 in Polen, Jugoslawien, der Tschechoslowakei und Albanien sind. In Sowjetrußland sind noch 90 000 Wehrmachthelferinnen und zivilinternierte Frauen. Es wird vermutet, daß von 3½ Millionen deutscher Kriegsgefangener in Sowjetrußland 2 Millionen umkamen.

Bundespräsident Heuß empfing am 4. 10. den Präsidenten der Liga für die Opfer des Faschismus, Dr. Bruno Weil/New York und den bayrischen Staatssekretär für Wiedergutmachung, Dr. Auerbach. Es wurde die Schaffung eines Amtes für Wiedergutmachung erörtert.

Im Saarland soll jetzt französisches Strafrecht eingeführt werden. Die Völkerbundsabstimmung 1935 wird von den Vereinten Nationen einfach ignoriert.

Adenauer gratulierte Churchill zu seinem 75. Geburtstag mit den Worten: „Dem Kämpfer für die europäische Einheit".

Hans Wallenberg, der den Krieg gegen Deutschland als Major mitmachte, wurde vom Staatsdepartment in Washington jetzt erneut mit der Stellung eines Chefredakteurs der „Neuen Zeitung" in München betraut.

Während Feldmarschall v. Manstein vor einem britischen Militärgericht in Hamburg die Ehre von 14 Millionen ehemaligen deutschen Offizieren und Soldaten gegen eine Flut von Rechtsverdrehungen verteidigt, bietet Dr. Adenauer als Bundeskanzler deutsche Männer für ein Heer unter dem Oberkommando eines britischen Feld-Marschalls an.

Am 30. Januar jährt sich zum 5. Mal der Tag, da das deutsche Fahrgastschiff „Wilhelm Gustloff" mit 10.000 Frauen und Kindern an Bord in der Ostsee von einem feindlichen U-Boot torpediert wurde. Ganze 800 Menschen wurden gerettet.

Ueber eine halbe Million Deutscher ist verschiedenen Rauschgiften heute im besetzten Deutschland verfallen.

Es wurde der Berliner Polizei verboten, Säuberungsaktionen in dem Lokal „Haus Brandenburg" an der Ecke Kurfürstendamm/Brandenburgische Straße vorzunehmen, um die an dieser Straßenecke tätigen volksfremden Schieber zu schützen. Der Befehl wurde von der Militärregierung erlassen.

Auf Anordnung der britischen Besatzungsmacht (gibt es so etwas überhaupt noch im Bonner Staat) soll das Flüchtlingsdorf Reinsehlen am Nordrand der Lüneburger Heide liquidiert werden. Einsprüche des Bundesflüchtlingsministeriums waren ergebnislos.

Aus Meldungen in der deutschen Presse geht hervor, daß in der Britischen Besatzungszone nach wie vor eine Briefzensur besteht. Insbesondere wird so eine wirksame Spionage des deutschen Außenhandels betrieben.

Mitte November wurde das Urteil gegen die Inhaber der Werft von Blohm & Voss verkündet. Die Zuschauerreihen waren überfüllt mit Angestellten, Arbeitern und Handwerkern des Betriebes. Bei der Urteilsverkündung erhoben sie sich zusammen mit ihrem „angeklagten" Betriebsführer wie ein Mann von den Sitzen. Die „Zeit", Hamburg schreibt: „Durch die Sprengung von zivilen Werftanlagen und Verschrottung arbeitsfähiger Maschinen wird nirgendwo etwas wiedergutgemacht; die einzige Folge ist vielmehr die, daß in Deutschland ein Haßgefühl heranwächst, das die Erinnerung an eigenes Verschulden in der Vergangenheit vollkommen in Vergessenheit geraten läßt."

Erich Koch, einst Gauleiter von Ostpreußen, wurde in Hamburg vor ein Auslieferungsgericht gestellt. Dieser Mann gehört vor ein deutsches Gericht! Er ist für die Leiden der ostpreußischen Bevölkerung zu seinem Teil verantwortlich. Er hat mit seinem Verhalten das deutsche Ansehen in der Welt auf das schwerste gefährdet und hat damit den alliierten Nachkriegshandlungen Vorschub geleistet. Auslieferung bedeutet in j e d e m Fall eine Beleidigung der deutschen Justiz. Hier würde sie unermeß-

liches deutsches Leid ignorieren, und wäre nur als Racheakt zu werten.

Die Diamantenindustrien in Amsterdam und Antwerpen beschlossen, den deutschen Diamanthandel zu boykottieren.

Auf Grund der überhandnehmenden Ueberfälle amerikanischer Soldaten auf Taxichauffeure stellten diese in Bamberg die Personenbeförderung von 17 bis 8 Uhr ein.

Wöchentlich verlassen etwa 700 Deutsche Offenburg zum Dienst in der Fremdenlegion. Die Alliierten setzten die Paragraphen des deutschen Strafgesetzbuches außer Kraft, die solche Taten als Landesverrat unter Strafe stellen. Diese Deutschen mögen bedenken, daß dieser alliierte Schritt einen rechtswidrigen Eingriff bedeutet und daß das entsprechende deutsche Gesetz ohne Unterbrechung wieder Gültigkeit erlangt, wenn die heutigen unhaltbaren Zustände nicht mehr bestehen.

Herr Halder soll sich im Auftrage der Alliierten um eine Vereinigung älterer deutscher Generale und Generalstabsoffiziere bemühen.

Am 9. Oktober wurde von 15.000 Ostvertriebenen und Einheimischen in Regensburg eine Resolution angenommen, die in dem Schwur gipfelte, immer für die Rückgabe der Heimat zu kämpfen. In Massenversammlungen in anderen deutschen Städten wurde diese Resolution von Vertriebenen und Einheimischen beschworen. Am 3. und 4. Dezember wurde als Grundlage dieser politischen Forderung in Amorbach die Deutsche Aktion gegründet, der inzwischen bereits die meisten Verbände der Heimatvertriebenen und Abgeordnete aller Bonner Parteien beitraten.

Ab 15. März wird die Anzahl der deutschen Rundfunksender (soweit sie auf normalem Wellenbereich arbeiten) auf insgesamt 4 Wellenlängen herabgesetzt zugunsten der entsprechend vermehrten Westasiatischen Sender. Dies geschieht gemäß Beschluß der mit der UN verbundenen Internationalen Rundfunkkonferenz.

Ostdeutschland. Aus verschiedenen KZ's wurden wieder Personen nach dem Osten abtransportiert. Aus dem Lager Sachsenhausen 3800, aus Buchenwald 2500 (davon 300 Frauen), aus Bautzen 1700.

Ministerpräsident Grotewohl wurde wegen eines Nervenzusammenbruchs in ein Sowjetlazarett eingeliefert. Man spricht im Westen von einer politischen Krankheit.

Die Häfen von Rostock, Warnemünde, Wismar und Stralsund werden für Einheiten bis zu 20 000 t ausgebaut.

Oesterreich. Gemäß einer Meldung der Zeitung „Aufbau", New York, vom 14. Oktober 1949 „äußerte sich der österreichische Außenminister Dr. Gruber seinen Kollegen Acheson, Schumann und Bevin gegenüber vertraulich, daß der VDU unter Umständen nicht nur eine akute Gefahr für die Demokratie in Oesterreich, sondern in absehbarer Zeit für den Weltfrieden bedeutet." Der VdU ist eine österreichische politische Partei.

Am 9. Januar wollen sich die Beauftragten der vier Großmächte erneut in London treffen, um sich über den Staatsvertrag zu unterhalten. Eine recht schwere Geburt!

ÜBERSTAATLICHE VORGÄNGE

Der „Osservatore Romano", die Zeitung des Vatikans, teilte mit, daß die Sieger in den besetzten Ländern einen Plan der Geburtenbeschränkung durchzuführen gedenken.

Das gleiche Blatt war Gegenstand von Protestschritten der deutschen Geistlichkeit in Rom, da es die Oder-Neiße-Linie als zu Recht erkannte.

Die UN-Kommission für Menschenrechte wird sich in ihrer nächsten Sitzung mit der Ausweisung der sudetendeutschen Bevölkerung aus der Tschechoslowakei befassen. Es ist nicht bekannt, ob in diesem Rahmen von den Besatzungsorganen rechtliches Denken in der Frage der nach Deutschland inzwischen geflüchteten Mörder verlangt werden wird.

Die in **Genf** ausgearbeiteten neuen Rotkreuz-Konventionen sehen die Schaffung von Sicherheitszonen gegen Atomwaffen in einem folgenden Krieg vor. Außerdem soll der Partisanenkampf legalisiert werden. Voraussetzung für die Anwendung des Kriegsrechts soll Führung unter einem rechtskräftig ernannten Offizier und Mitgliedschaft in einer organisierten Widerstandsbewegung sein. Diese Vorschläge treten erst mit der Ratifizierung der einzelnen Regierungen in Kraft.

Der Treuhandausschuß der **UN** fordert, daß seine Verwaltungsorgane ihren Sitz direkt in den Treuhandgebieten (den ehem. Mandatsgebieten) nehmen. England bezeichnete das als einen Uebergriff der UN.

Abgeschlossen am 22. 12. 49. H. M.

DIE Rundschau

Die großen Probleme der internationalen Politik des abgelaufenen Jahres wurden durchweg in das neue Jahr hinübergenommen: sind auch Vorentscheidungen gefallen, so stehen die Lösungen friedlicher Art, wie man sie von der Klugheit der Diplomaten bezw. einer internationalen Körperschaft wie der U. N. doch eigentlich erwarten sollte, zu Beginn 1950 ebenso aus, wie in den vorhergehenden Jahren unruhigen Manövrierens und Abtastens der jeweiligen Stärke des Gegners. Die Entwicklung vom Pfade des Friedens weg nimmt stärkeren Rhythmus an, wie gleichzeitig die Enttäuschung unter den Völkern ob so vieler unerfüllter Versprechungen wächst. Doch was gelten noch die Meinungen der Völker, die zum Opfer nahender Auseinandersetzungen auserlesen sind?

Wenn wir die schwebenden Fragen in der Reihenfolge ihrer Wichtigkeit betrachten, so müssen wir trotz näherer Bande zu Europa und seiner Welt mit Asien beginnen, wo der Weltkommunismus Erfolge erzielt hat, die die Bedeutung all dessen in den Schatten stellen, was mittelmäßige Köpfe und mangelnder Wille im europäischen Mikrokosmos in Szene setzen, um ein brüchiges Gebäude überlebter Vorstellungen zu stützen, das zusehends tiefer in Sümpfen versinkt.

Vergessen wir bei diesen Ueberlegungen nicht, daß der Bolschewismus seit einem Menschenalter seine zähe Lebenskraft erwiesen hat und seit dem Ende des ersten Weltkrieges gegen die Mauern der überkommenen Ordnung Sturm läuft. Wie in den Endphasen des zweiten Weltkrieges, so wälzten sich damals die Fluten der revolutionären Welt des Ostens gegen Europa, brachen sich jedoch an den noch haltenden Dämmen und strömten zurück nach Asien, wo ebenfalls die anfänglichen Erfolge den wachsenden Widerstand nicht beseitigen konnten. Erst der zweite Aderlaß Europas trug die rote Fahne weiter vor, dank der Schildknappendienste der sich mit Stolz so nennenden westlichen Welt. Wo Bela Kun nach kurzem Blutregiment einst den Rückzug antreten mußte, sitzt nun das sowjetische Regime fest im Sattel, und ganz Osteuropa bis zu den Ufern der Ostsee (Baltikum, Polen, Ostdeutschland) und den Gestaden des Mittelmeeres (Albanien) blieb dem Kreml als Beute zurück, und mitten im Herzen Europas, in der böhmischen Zitadelle, wehen Hammer und Sichel vom Hradschin und bedrohen die schwache atlantische Front. Der Widerstand in Berlin und der Abfall Serbiens wiesen zum zweiten Mal dem Bolschewismus den Weg nach

dem Fernen Osten, ohne daß jedoch in Europa der Rückzug angetreten wurde. Jetzt fiel auch China endgültig, und das Ende des Jahres 1949 sah den Herrn über 500 Millionen Menschen als Ehrengast in Moskau; mit Betrübnis stellte der Westen, oder die sich als seine Wortführer ausgeben, fest, daß vorläufig Mao Tse-tung keine Symptome von Titoismus zeigte, wie der neue Begriff politischer Strömungen recht wenig aufschlußreich genannt wird. Chinas Aufgabe im Dienst der Moskauer Weltrevolution ist noch nicht abgeschlossen, sie beginnt erst, und alle Randgebiete des gelben Lebensraumes sehen gebannt, teils hoffend, teils fürchtend, der weiteren Entwicklung zu. Das Bewußtsein ihrer unbedingten Unterlegenheit gegenüber dem Druck aus den Tiefen des größten der Kontinente zwingt sie zur unvermeidlichen Anerkennung der neuen Herren Chinas, und dringt das Klirren der roten Waffen vernehmbar über die Grenzen südostasiatischer Staaten und Halbstaaten, so antworten diesem Aufruf gärende Rebellionen und Unruhen in Richtung auf diejenigen Machthaber, die sich im Solde der vom Osten verurteilten einstigen Herren an unhaltbare Positionen klammern.

Holland verlor sein Spiel trotz eifrigster Unterstützung durch die westlichen Kolonialmächte endgültig in Insulinde, und als weitumfassender neuer Bundesstaat, zum großen Teil übervölkert, reicht die Inselwelt der Malaien von der Festlandsküste Asiens bis in die Nähe der Philippinen und nach Süden in bedrohliche Nachbarschaft des menschenarmen Australien.

Soll man die Wahlniederlage des langjährigen Laboristenkabinetts in Australien auf das Konto der wachsenden Erkenntnis buchen, daß soziale Doktrinen eines vergangenen Jahrhunderts fehl am Platze sind, wenn nicht mehr Klassenprobleme, sondern die Frage um Sein oder Nichtsein der weißen Rasse als solcher im Vordergrunde steht?

Ist die internationale Rolle Indonesiens im Augenblick der Geburt des neuen Staates von 70 Millionen noch nicht näher umschrieben, so dürfte nicht viel Zeit darüber vergehen, bis Bande über das Meer nach dem Festland geknüpft werden: das Malaienschiff kann in Delhi Anker werfen, aber auch in Moskau; ob die Sirenentöne aus Washington in Jogiakarta gehört werden, wird uns die nahe Zukunft lehren, aber in jedem Fall wird der Kreml seine Trümpfe in das Spiel werfen: sie sind zum Unglück unerschöpflich.

Von der ruhigen Hand des umsichtigen Nehru gesteuert, bleibt Indien nach wie vor auf seinem eigenen Kurs, der Subkontinent, der für das ganze Asien immer in die Waageschale fallen muß, verharrt in seiner Ruhe; nicht in Karachi, dessen Macht durch die Zweiteilung des Staatswesens gebrochen ist, ehe sie in Erscheinung treten konnte, sondern in der ruhmvollen Stadt der Großmoguln liegt der Schwerpunkt des indischen Schicksals, umsomehr als der Tod Ali Jinnahs Nehru von einem Rivalen befreit hat, der keinen ebenbürtigen Nachfolger hinterließ. Währenddessen schwankt das Regiment Bao Dais unter den Stößen im benachbarten roten China, das leicht mit Hilfe der revolutionären Vietminh-Partei an strategisch starker Lage (Golf von Tonkin) Aenderungen schaffen kann, die Moskau dem Ziel der völligen Eroberung bezw. strategischen Beherrschung Asiens näher bringen. Aus dem verschlossenen Land der Lamas dringen so wenig sichere Nachrichten wie sonst über die politischen Vorgänge in die übrige Welt, aber es genügt, um zu erfahren, daß auch hier Moskau nicht müßig bleibt.

Kräfte, die sich den Plänen des Kreml in Asien aktiv entgegensetzen könnten, bestehen nicht mehr, wenn auch Delhi gleiche Distanz hält von Moskau wie von Washington. Diese mittlere Politik Nehrus mag allerdings das mit Delhi rivalisierende Pakistan zu einem Faktor der Unruhe kehren: da es dem Einfluß Londons mehr und mehr entzogen wird durch den erzwungenen Rückzug des Empirerestes von den Regionen vergangenen Glanzes, so muß Moskau zwangsläufig in die Versuchung kommen, seine Macht mit der Schwäche dieses mohammedanischen Staatswesens zu messen; und solchen Versuchungen widersteht Moskau nie, wenn klingende politische Münze daraus springt. So bleibt im Osten im Kampf gegen den Kommunismus nur die einsame Gestalt des erstaunlichen Kämpfers Tschiang Kai-schek, des verratenen Generals ohne Heer.

Indes der Kreml nach tatkräftigem und zielsicherem Handeln zum Ende des Jahres seine

reiche Ernte überzählt, werden von den leidtragenden Verdrängten Konferenzen abgehalten. Amerikanische Diplomaten in Bangkok, englische Diplomaten in Colombo (Ceylon), die einen so hilflos wie die andern, und dämmert den Söhnen Albions mit Sonnenuntergang eine Erkenntnis, die Europa nötig hatte als seine Sonne im Zenith stand, so fehlt es den Hörrohren Wahingtons am Pulsschlag Asiens an dem erforderlichen Verständnis für das dramatische Schicksal, das sich in asiatischen Ländern vollzieht. Washington schlug in Asien die Welt des weißen Mannes in Stücke, wie Roosevelt in Yalta Europa an Stalin auslieferte, und sieht sich heute einem immer noch wachsenden mächtigen Gegner gegenüber. Der expansiv drängende Kapitalismus Wallstreets strebte nach dem Erbe der europäischen Mächte; ob seine Kräfte ausreichen werden, dies Erbe zu erhalten, das ist die dunkle Frage, die über der Menschheit lastet.

Zu dieser Menschheit hat man auch Europa zu zählen, so sehr es zur Zeit am Rande der Dinge dahinvegetiert, und soweit Europa in Frage kommt, hängt sein gutes Schicksal unter den obwaltenden Umständen in der Tat wohl nur von einer Entwicklung ab, die man als Wunder bezeichnen könnte: davon, daß der von allen Seiten (warum macht Adenauer dabei mit?) mit Macht vorbereitete Krieg doch nicht ausbricht. So fern diese Möglichkeit auch liegen mag, so wird man es vor allem dem leidgeprüften deutschen Volke nicht verübeln dürfen, wenn es sich an diesen Strohhalm der Hoffnung klammert, sicherlich aber den ausgeprägtesten und aufrichtigsten Friedenswillen von allen europäischen Nationen hat. Um so größere Unruhe müssen die sibyllinischen Erklärungen des Bonner Kanzlers über die deutsche „Wiederaufrüstung" unter das Volk tragen, das durchweg keine Neigung zeigt, dem Rufe „The Germans to the front" (Die Deutschen an die Front) Folge zu leisten, umsomehr, als es sich eingestandenermaßen nur um eine Rückzugsfront à la Dünkirchen handeln würde. Wenn der Kanzler des westdeutschen Staatenzerrbildes von Rückzugsbewegungen von der Elbe zum Rhein spricht, so hätte er sich besser vorher bei einem ehemaligen Unteroffizier der deutschen Wehrmacht Rat geholt, in Ermangelung von Generalen, die wegen Pflichterfüllung gehängt, erschossen oder in den Kerker geworfen wurden. Der Unteroffizier hätte ihn darüber belehrt, daß man militärisch nur Linien halten kann, die man hat. Die Elbelinie wird aber nicht von den Westmächten, die ja die „Rückzugsbewegungen" der zwei deutschen Divisionen in ihren „hinhaltenden" Kämpfen gegen 200 sowjetische Divisionen kommandieren würden, gehalten, sondern von den Sowjets, und sie ist nicht deren Verteidigungs-, sondern Angriffslinie. Es bleibt weiter unerfindlich, warum eine angreifende sowjetische Armee, die doch schon stärkere Hindernisse im Kampf überwunden hat, sich ausgerechnet am Rhein länger aufhalten sollte als zur Aufnahme von Kühlwasser für die Motoren unbedingt nötig ist.

Diese ganze laienhafte Diskussion der Verteidigung Westeuropas (auf deutsche Kosten) durch die Politiker dient lediglich zur Verdeckung der wirklichen militärischen Planungen, und ist Adenauer die undankbare Aufgabe zugefallen, die Gemüter durch widersprechende Aeußerungen zu verwirren, so tun die Politiker der Westkoalition das ihre, um den Kuhhandel um ein eventuelles deutsches Blutkontingent zu vertuschen.

OBSERVATOR.

Das Buch

Wir beginnen heute mit der Veröffentlichung der neuen Spalte „Das Buch". In ihr wollen wir versuchen, unseren Lesern Ueberblick und Wegweiser durch das wesentliche deutsche und internationale Verlagsschaffen zu geben. In erster Linie werden wir das Augenmerk unserer Leser auf Veröffentlichungen lenken, die dem geistigen und praktischen Aufbau der Gegenwart und einer sinnvollen Zukunft dienen. Eine große Anzahl Rezensionsexemplare bedeutender Verlage ist uns bereits zugegangen: Aus räumlichen Gründen wird es uns nicht möglich sein, ihnen allen ausführliche Besprechungen zu widmen. Wir werden sie jedoch in den folgenden Heften aufführen. Darüber werden wir, soweit es der vorgesehene Raum zuläßt, Notizen und allgemein wissenswerte Nachrichten aus Literatur, Publizistik und Verlagsschaffen bringen. Wir würden uns freuen, aus dem Leserkreis Stellungnahmen, Anregungen und Vorschläge zu dieser neuen Spalte zu bekommen.

✦

„HIER SPRICHT HANS FRITZSCHE".

Das Buch ohne Autor. Interverlag Zürich.

Im Vorwort erklärt der Verleger, daß die Schrift ohne Mitwirkung des Autors entstanden sei, da er durch die Spruchkammer Berufsverbot habe und für neun Jahre in ein Arbeitslager eingewiesen wurde. Trotzdem sei jede Zeile des Buches von Hans Fritzsche; denn im Rahmen seiner Verteidigung habe er Denkschriften und Erlebnisberichte ausgearbeitet, die der Verlag zu einem Band spannendster Zeitgeschichte zusammengestellt habe. So ist dieses Buch, wie so vieles in der Gegenwart, ein „Kuriosum", bemerkt der Verlag.

Man liest dieses glänzend geschriebene Werk wie einen Roman, dessen Inhalt bereits der Geschichte angehört. Es beginnt mit dem schaurigsten Bild der letzten Kriegstage, mit dem Endkampf um Berlin. Fritzsche ist einer der wenigen Ueberlebenden, welche die „letzten Tage" an führender Stelle mitgemacht haben; er schildert das eschatologische Szenarium des „Dritten Reiches" mit der Meisterschaft des erfahrenen Propagandisten. Mensch und Schicksal wetteifern in der gezielten Wirkung. Sicherlich sprechen die Ereignisse für sich, aber es tut wohl, sie vom Scheinwerfer eines überlegenen Gehirns beleuchtet zu sehen. Daß der Autor dabei sich selbst nicht vergißt, wollen wir verständnisvoll übersehen. Cäsar und Friedrich der Große sind auch unter den Schriftstellern Einsame: sie konnten es sich leisten, im Hintergrund ihrer Zeitgeschichte, die sie selbst geschrieben haben, geräuschlos zu verschwinden.

Ausführlich schildert der Verfasser das letzte Auftreten des Dr. Goebbels im Kreise seiner engsten Mitarbeiter am 21. 4. 45. Goebbels rechtfertigte darin die Politik Adolf Hitlers: „der Krieg wäre durch den Verrat der „Reaktion" verloren worden. Die Leute des „20. Juli" hätten durch ihre planmäßig durch-

geführten ungeheuerlichen Sabotagen den Ruin des Reiches verursacht." Goebbels zählt viele Einzelheiten hierzu auf, er vergißt nichts; er klagt auch die „äußere Reaktion" an, die westliche Welt, die durch ihr widernatürliches Bündnis mit dem Bolschewismus den Untergang des Abendlandes herbeigeführt habe.

Goebbels soll mit den Worten geschlossen haben: „Wenn wir abtreten, wird der Erdkreis erzittern!"

Hans Fritzsche schreibt in seinem Buch, daß er mit der Abschiedsrede seines Ministers nicht einverstanden war; er wollte seinem Chef widersprechen, ihn gleichsam zur „Rechenschaft" ziehen. Es kam aber nicht mehr hierzu: denn Goebbels zog sich in den Führerbunker zurück und verkehrte mit den Angehörigen seines Ministeriums nur noch durch Kuriere.

Auch die Familie des Propagandaministers war im Bunker der Reichskanzlei untergebracht worden. Adolf Hitler ehrte die ungewöhnliche Haltung der Frau Goebbels, indem er sein „Goldenes Ehrenzeichen", das er jahrelang an seinem Rock getragen hatte, an ihr Kleid heftete.

Zweifellos ist die Stelle dieses Buches am schwächsten, in der Fritzsche seinen früheren Chef „abkanzeln" möchte; sie wirkt unecht, unehrlich, man ist peinlich berührt.

Da Hans Fritzsche seinen Minister nicht mehr versteht, rächt er sich, indem er eigene Politik macht: er setzt am 1. Mai eine Kapitulationsurkunde auf, die er persönlich dem Marschall Schukow überbringt. Vorher dringt General Burgdorf noch in seinen Bunker ein und will ihn mit den Worten: „Der Führer hat jede Kapitulation verboten, ich muß Sie erschießen", liquidieren. Der Zivilist überwältigt den General mühelos, der sich hierauf selbst die Ehre einer Kugel gibt. Nun hat Fritzsche freie Bahn, sie führt ihn zu den Russen, zunächst als Parlamentär, sehr bald als Gefangener.

Damit beginnt das zweite, nicht minder spannende Kapitel dieses Buches. Schon der Titel ist eine Messe wert: „Im Lubjanka-Gefängnis in Moskau".

Hier verdient sich Hans Fritzsche den Dank oder den Haß der Bolschewisten, wie man es nimmt: den Dank, weil er dem Lubjanka-Gefängnis ein recht gutes Zeugnis ausstellt, den Haß, weil er mit dieser Schilderung der roten Kerkerzentrale, deren Nimbus raubt, den man am Besten mit Dantes „Höllenüberschrift" umschreibt: „Ihr, die Ihr da eingehet, laßt jede Hoffnung fahren."

Hans Fritzsche wurde naturgemäß von den Russen x mal verhört, in Berlin wie in Moskau. Vierzehn Tage lang bedrängte man ihn mit der Frage: „Wo ist Hitler". Als selbst eine nächtliche „Schein-Genickschuß-Szene" den „Verstockten" nicht zum Reden bringen konnte, gaben die Kommissare auf.

Den Höhepunkt aller Vernehmungen erlebt Hans Fritzsche in Moskau. Schon einen Tag nach seiner Einlieferung in die Lubjanka läßt Berija, der Oberste Chef der NKWD, sich ihn vorführen. Die Vernehmung hat zum erstenmal Niveau, sie hat mehr: Geschichte; denn Berija versichert Hans Fritzsche mit überlegenem Lächeln, daß die Sowjetunion Deutschland „zwar nicht 1941, sicher aber 1942" überfallen hätte. Hans Fritzsche ist über die Rechtfertigung des deutschen Präventivkrieges gegen die Sowjetunion betroffen, er bezieht diese Feststellung Berijas auf seine Person und meint: „Aus der schmucklos-offenen Antwort schloß ich, daß die Chance einer Rückkehr in meine Heimat gleich Null war."

Mit dem Kapitel: „Die Rechtfertigung" beginnt der Hauptteil des Buches; er ist weniger dramatisch als die beiden vorhergehenden Kapitel, dafür aber sachlicher, belehrender, ja weiser.

Hier beantwortet Fritzsche die im Vorwort des Verlegers gestellt Frage: „Wie war es möglich, daß Millionen anständiger Menschen jahrelang dem heu-

ANZEIGEN AUS CHILE

te allgemein verurteilten Hitler leidenschaftlich Gefolgschaft geleistet und alles für ihn aufgeopfert haben?"

Hans Fritzsche stellt sich vor diese Millionen Anständiger und ist ihnen ein guter Dolmetsch und Anwalt; er beschönigt nicht die Fehler des Regimes, aber er sagt auch, daß der Nationalsozialismus mehr war als Judenverbrennung und Konzentrationslager. Er verurteilt die Exzesse, von denen die Masse wenig oder nichts gespürt habe, deren vordergründige soziale Interessen weitgehend befriedigt worden sind. Fritzsche schildert ausführlich, wie er einmal dieser dunkelsten Seite des Dritten Reiches auf der Spur war, ohne aber hinter den Vorhang zu kommen.

Belehrend ist dieses Buch, weil Fritzsche historische Tatsachen schildert, die der Laie nicht wissen kann, sachlich, weil er dies objektiv tut, weise, weil Fritzsche ohne Ressentiment ist. Darin liegt der eigentliche Wert dieses Buches. Fritzsche spricht als „Geläuterter", er steht über den Dingen und lehnt den unfruchtbaren Haß genau so ab, wie die Kollektivschuldsprüche. Kein Ressentiment zu haben der Vergangenheit wie der Gegenwart gegenüber — als Gefangener — ist ein Anfang!

Wer eine neue Zeit bejaht, muß einen Schlußstrich unter das Gewesene ziehen. Der Neubau Europas und der Welt beginnt in den Herzen jener Menschen, die frei von Ressentiment, Haß und Rache, dafür aber voll des guten Willens sind.

Der Interverlag AG Zürich hat hier eine mutige Tat vollbracht, indem er nach dem alten Rechtsgrundsatz handelte: audiatur et altera pars. Es ist Zeit, daß auch die andere Seite gehört werde. Die Zukunft wird entscheidend davon abhängen, ob die Welt diese a n d e r e Seite auch hört und — v e r s t e h t !

Gottfried H. Geyer.

✦

„OSTWAERTS DER ODER UND NEISSE".

Wer hätte je daran gedacht, daß die Namen dieser beiden deutschen Flüsse zu so schicksalhafter Bedeutung werden würden? Schicksalhaft nicht nur für Deutschland, das unmittelbar durch die Gebietsabtretung betroffen wurde, sondern auch für ganz Europa von schwerwiegender Bedeutung. Auch hier stand das unglückselige Potsdamer Abkommen vom 5. 8. 1945 Pate. Die westliche Welt setzte hier die Unterschrift unter ein Dokument, an dem das Blut ungezählter, unschuldiger deutscher Männer, Frauen und Kinder klebt und das unsagbares Elend materieller und seelischer Art für 11 Millionen deutsche Menschen zur Folge hatte, sie heimatlos machte und allen Besitzes beraubte.

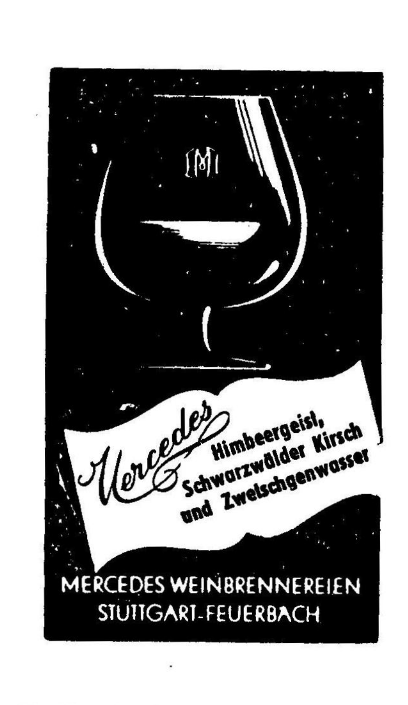
Es ist daher ein ganz besonderes Verdienst, das sich die drei deutschen Wissenschaftler: Professor Dr. Seraphim, Professor Dr. Maurach, und Dr. Wolfrum mit dem Buch:

„Ostwärts der Oder und Neiße"

erworben haben, erschienen in der wissenschaftlichen Verlagsanstalt K. G. Hannover 1949. Es ist ein Buch, das nicht nur jeder Deutsche gelesen haben müßte, sondern das auch im Ausland im Interesse von Wahrheit und Recht weiteste Verbreitung verdient.

Der besondere internationale Wert dieses Buches liegt darin, daß es sich hier nicht um eine kämpferische Revisionspropaganda oder rein deutsche Argumentation handelt, sondern um eine rein wissenschaftliche, objektiv geschichtliche Darstellung. Es ist eine Zusammenstellung ausschließlich objektiver, beweisbarer und wissenschaftlich überprüfbarer Tatsachen, die nicht nur vom deutschen, sondern vom gesamteuropäischen Verantwortungsbewußtsein getragen sind und deshalb für die gesamte Welt von Bedeutung sind.

Das Buch gliedert sich in drei Hauptteile, wovon der erste die Geschichte des Gebietes von Oder und



Neiße umfaßt, von Dr. Wolfrum dargestellt. In anschaulicher Weise führt der Verfasser den Leser durch die Geschichte Schlesiens, über die geographischen Grundlagen, die vorgeschichtliche Zeitabschnitte bis zum Mittelalter, zur Christianisierung, Besiedlung Schlesiens und Pommerns durch deutsche Bauern und Bürger, zum Ordensstaat und die Besiedlung West- und Ostpreußens. Anschließend folgt die Geschichte dieser Provinzen bis 1914, die wirtschaftliche Entwicklung der preußischen Ostprovinzen, sowie deren kulturelle Bedeutung für das Abendland bis zur Vertreibung der Deutschen 1945.

Im zweiten Teil des Buches zeigt Professor Dr. Seraphim in eindrucksvollem Zahlenmaterial die hohe Bedeutung dieser deutschen Gebiete für die gesamtdeutsche Wirtschaft, von besonderem Interesse sind die Ausführungen über die Wirkungen, die ein endgültiger Verlust dieser ostdeutschen Gebiete für die Wirtschaft Deutschlands haben müßte. Eine solche Abtrennung würde nicht nur zu einer Verminderung der gesamtdeutschen Wirtschaft führen, sondern auch eine Erholung der deutschen Wirtschaft auf lange Sicht unmöglich machen, ganz abgesehen von der Ernährungsfrage. Von besonderer Tragik sind die Darlegungen über das Schicksal des ostdeutschen Raumes durch dessen Einverleibung in den polnisch-russischen Wirtschaftsorganismus, das den industriellen und wirtschaftlichen Verfall des heute unter polnischer Verwaltung stehenden Gebietes zur Folge hat. An Hand amtlichen Zahlenmaterials beweist der Verfasser schließlich die europäischen und weltwirtschaftlichen Folgen, einer dauernden Abtrennung dieser Gebiete Ostdeutschlands.

Von ganz besonderem Interesse ist schließlich die von Professor Dr. Maurach im dritten Teil des Buches gegebene völkerrechtliche Untersuchung über die „rechtlichen" Grundlagen dieser Gebietsabtrennungen und ihre staats- und völkerrechtlichen Folgen. Es ist wohl das erstemal, daß in solch klarer, exakter, logisch zwingender und überzeugender Weise dieser Fragenkomplex rechtlich so umfassend dargestellt worden ist. Die juristischen und völkerrechtlichen Probleme der ostdeutschen Gebietsabtretungen sind in vollendeter wissenschaftlicher Form aufgezeigt. Der Verfasser gibt nicht nur eine umfassende Schilderung aller einschlägigen staatsrechtlichen und völkerrechtlichen Fragen, die sich um diese Gebietsabtretungen erheben, sondern beantwortet sie in ebenso umfassender und juristisch logischer, erschöpfender Art und Weise und gibt dabei interessante Einblicke in die völkerrechtlich verworrene und widerspruchsvolle Haltung der Siegermächte, besonders aber Sowjetrußlands und Polens. Den beiden Kernstücken der Darstellung: Die Einverleibung des Königsberger Gebietes durch die Sowjetunion" und „Die Austreibung der Bevölkerung Ostdeutschlands" kommt daher vom Standpunkt des Völkerrechts ganz besondere Bedeutung bei, da sich hieraus das Unrecht der Gegenseite klar ergibt.

Das Buch schließt mit einem Anhang von 10 interessanten ethnographischen und wirtschaftspolitischen Uebersichtskarten über die ostdeutsche Industrie, Wirtschaft und das Volksvermögen.

Möge dieses Buch seinen Weg in die Welt nehmen als Zeuge und Anwalt deutschen Rechts und als Ankläger begangenen internationalen Unrechts!

M. H.

Paul Hazard:

DIE KRISE DES EUROPAEISCHEN GEISTES 1680-1715.

Aus dem Französischen übertragen von Harriet Wegener. Hoffmann & Campe Verlag, Hamburg. 526 Seiten:

Der französische Historiker Paul Hazard schrieb diese Kulturgeschichte, die eine umfassende Geistesgeschichte Europas der Jahre 1680—1715 darstellt. Es geht ihm darum, das Jahr 1789 als das Ergebnis einer vorher einsetzenden Auseinandersetzung zu schildern. Zwei Fronten hatten sich bereits 100 Jahre vorher gebildet, die „Rationalisten" und die „Religionäre", wie Pierre Bayle sie bezeichnete. Hervorragende Köpfe standen in beiden Lagern und führten eine offene Fehde mit allem Freimut und glänzenden Formulierungen. Es war ein Ringen um den Menschen Europas, um den Menschen überhaupt. Diese Auseinandersetzung wurde von Menschen aller Nationen mit großer Spannung verfolgt.

Paul Hazard umreißt diese Zeit mit folgenden Sätzen: „Man mußte eine Politik ohne göttliches Recht, eine Religion ohne Mysterien, eine Moral ohne Dogmen schaffen. Man mußte die Wissenschaft dahin bringen, daß sie aufhörte, ein reines Spiel des Geistes zu sein, und statt dessen zu einer Kraft wurde, welche die Natur zu unterwerfen vermag. Durch die Wissenschaft würde man ganz ohne Zweifel das Glück erobern ... daß nahezu alle Ideen, die 1760 oder sogar noch 1789 revolutionär erschienen, um 1680 bereits ausgesprochen waren. Damals hat das europäische Bewußtsein eine Krise durchgemacht. Von der Renaissance, aus der diese Krise unmittelbar herstammt, bis zur Revolution, die sie vorbereitet, gibt es in der Geschichte der Ideen keine, die größere Bedeutung hätte. An die Stelle einer Kultur, die auf der Idee der Pflicht beruhte, der Pflicht gegen Gott, der Pflicht gegenüber dem Fürsten, versuchten die „neuen Philosophen" eine Kultur zu setzen, die sich auf die Idee des Rechtes gründete: auf das Recht des persönlichen Gewissens, das Recht auf Kritik, das Recht der Vernunft, die Menschen- und Bürgerrechte."

Es ist ohne weiteres deutlich, wie wichtig und zeitgemäß dieses Buch heute ist. Einige Teilüberschriften sollen das kennzeichnen: Verherrlichung des Atheismus; Gegen das Uebernatürliche; Leibniz und das Mißlingen einer Einigung der Kirchen; Pierre Bayle weigert sich, die naturgegebene Güte des Menschen anzuerkennen; das Naturrecht; die soziale Moral; der Aufstieg der Toleranz ist das Resultat einer zweifachen Krise, einer politischen und einer religiösen Krise; Calvinismus und Politik; Protest gegen den Mythos der Wissenschaft; das Nationale u. a. m.

Wenn Paul Hazard auch nachweisen wollte, daß die aufklärerisch-liberale Welt mit ihren Grundsätzen in einem nicht zu überbrückenden Gegensatz zu Hitler stand, so ist der Monatsschrift „Hochland" (Juni 1949) zuzustimmen, wenn sie schreibt: „... ist die Frage doch offen, ob sie nicht die Antithese von Aufklärung und Nationalsozialismus überspannen und einen Gegensatz sehen, wo in Wahrheit eine Fülle von schwer zu entwirrenden Wechselbeziehungen herrscht."

E. K.

L. Kretzschmar.
HELDEN UND ABENTEURER.

Mit einem Geleitwort von Josef Gerstenberger. Editorial Janus, Buenos Aires, 1948, 255 Seiten.

Es geschieht nicht oft, daß ein deutscher Auswanderer in seiner Muttersprache literarische Werke von Wert schafft, die in seiner neuen Umwelt wurzeln. Die physische Herauslösung aus der „arteigenen" Umgebung zieht wohl bald einen psychischen Bruch nach sich. Nirgends lassen sich dafür so viele Beweise finden, wie in der Literatur. Als vor vielleicht 10 Jahren der Lasso einen Ueberblick über die Dichtung der Auslandsdeutschen bot, zeigte eine sorgfältige Bilanz die Spärlichkeit von dem, was man unter Dichtung der Auslandsdeutschen verstehen könnte: nämlich verdichtendes Durchdringen der neuen Umwelt und Heimat, die Herstellung eines seelischen Kontakts, von dem aus die neue Welt aufhört, Fremde zu sein.

Solcher Dichtung sind also die zahlreichen Reisebeschreibungen nicht zuzuzählen und natürlich auch nicht die in der Emigration entstandenen Werke von Thomas Mann, Stefan Zweig, Erich Maria Remarque usw., die ihrer Natur nach alle unter die reichsdeutsche Literatur fallen.

Werner Hoffmann, R. F. Franke, Hans Tolten, Helmuth Albrecht, Max Tepp, sind innerhalb unseres Gesichtskreises einige jener Autoren, denen es gelang, jenen innigen Kontakt herzustellen, der ihre Werke als authentische Auslandsdeutsche Dichtung ausweist. Zu ihnen gesellt sich L. Kretzschmar mit ihren „Episoden aus der Südamerikanischen Geschichte". Die Autorin verdient Dank und vor allem Zuspruch, auf diesem Wege fortzufahren, da wir hoffen, daß sie uns bald ein zusammenhängenderes Werk vorlegen wird. In den „Episoden" führt sie uns bekannte und vergessene Helden aus der Geschichte Südamerikas seit der Entdeckung bis in die Epoche der Freiheitskriege vor Augen, zeigt, wahllos herausgegriffen aus dem überreichen Material dieser Jahrhunderte Größe und Wagemut, aber auch Schwäche und Begrenztheit jener Männer und Frauen, die diesem Teilkontinent mit sein Gepräge aufdrückten.

Die Erzählungen sind wohl zum Teil früher schon veröffentlicht worden. Die Sammlung zeugt aber besser als die Verstreuten von der Begabung L. Kretzschmars für diesen Stoff und diese Gestaltung. Allerdings sollte sie versuchen, etwas größere Abschnitte zusammenhängender zu gestalten, denn in der vorgelegten Form sind die „Episoden" zwar weit mehr als Anekdoten, jedoch fehlt ihnen noch zu viel um sie zu einer Erzählung, einer Novelle, einer Kurzgeschichte zu runden. Gerade wenn der Leser mit den Personen der Handlung jenen inneren Kontakt hergestellt hat, der die Teilnahme, das Interesse am Fortgang weckt, bricht die Darstellung ab. Alles in allem genommen verdient dieses Buch jedoch höchste Anerkennung, zeugt es doch für die Anteilnahme, die wir für die Geschichte unserer neuen Heimat empfinden.

Dieses Jahr ist dem Gedenken an San Martín gewidmet. L. Kretzschmar wäre dazu berufen, eine Arbeit über ihn in deutscher Sprache vorzulegen, keine schwierige Abhandlung, sondern eine packende Darstellung des großen Heldenlebens für die Menschen deutscher Zunge in der Welt. Niemand wird bei den San Martín Ehrungen 1950 das Deutschtum in Südamerika offiziell vertreten, inoffiziell könnte es niemand besser vertreten als L. Kretzschmar mit einem solchen Buch.

E. R.

✦

„UEBERSEE-RUNDSCHAU" LATEIN-AMERIKA, AFRIKA, ASIEN, AUSTRALIEN.

Herausgeber Ostasiatischer Verein Hamburg-Bremen, Afrika-Verein Hamburg-Bremen, Latein-Amerikanischer Verein Hamburg-Bremen, Hamburg, Otto Meißners Verlag. Hbg. I Mönckebergstr. 10 II.

Wo der Staat oder das, was einstweilen an seine Stelle getreten ist, versagt, da muß die Selbsthilfe einsetzen. Wo Universitäten und Lehrgänge, Lizenzpresse und Rundfunk unserem Volke vorenthalten oder vorenthalten müssen, wie es draußen wirklich aussieht, da ist es ein ganz besonderes Verdienst, daß gerade diejenigen, die eh und je das Tor zur Welt offenhielten, auch heute wieder sich gefunden haben und unserer in hartem Lebenskampf stehenden Jugend jetzt eine Zeitschrift vorlegen, die mit ihrem sachlichen Inhalt fern aller journalistischen Oberflächlichkeit das Rüstzeug liefert, das notwendig ist, damit Deutschland einmal wieder in der Welt etwas gilt. Anton Zischka rief an dieser Stelle vor einigen Monaten zu härtester, pflichtbewußter Arbeit auf. Die „Uebersee-Rundschau" gibt denen, die lernen und erkennen w o l l e n, die auch in Jahren erzwungener Inaktivität zuhause die Sinne wach erhalten wollen, das notwendige Material in die Hand. Wer den Wunsch und Willen hat, einmal die Fesseln der Gegenwart zu sprengen, der lerne beizeiten erkennen, wo es anzupacken gilt. Dabei aber wird ihm die „Uebersee-Rundschau" wesentlich helfen können. Daß das Deutschtum in aller Welt durch weitere Mitarbeit und sach- und ortskundige gegenwartsnahe kurze Meldungen aus Politik und Wirtschaft die Berichterstattung noch engmaschiger und vollständiger ausgestalten möge, ist unser Wunsch. H. M.

✦

„KREUZZUG IN EUROPA".

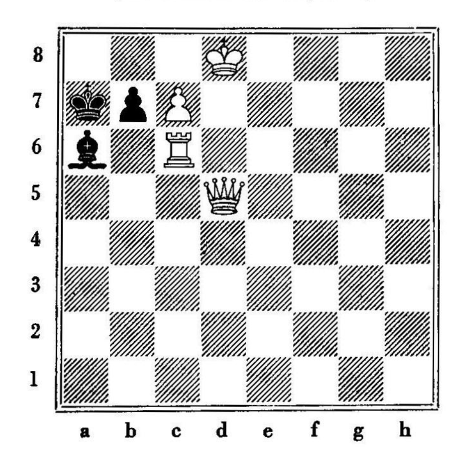
Zu diesem Memoirenbuch Eisenhowers schreibt der „Pressedienst für undoktrinäre Politik": „In dem Wort Kreuzzug soll die hohe geistige und moralische Ueberlegenheit der Alliierten mitschwingen, der Kampf des Christentums gegen das Heidentum, der Kultur gegen die Unkultur. Man wird es uns Deutschen nicht verargen, wenn wir dies angesichts der Vertreibungen, Ausplünderungen, Entnazisierungen, Nürnberger Prozesse überheblich finden. Die Ueberheblichkeit des Pharisäertums scheint uns nicht der Keim zu sein, aus dem Frieden und Eintracht wachsen können."

SCHACHECKE

30. AUFGABE

Von *I. Källström in Stockholm*

(Tidskrift f. Schack, 1930)



Weiß zieht und setzt in zwei Zügen matt.

Lösung der 29. Aufgabe: 1. *Se5—f7.* Abspiele: 1...*Kxd7.* 2. *Lf5* matt; 1... *Kxf7.* 2. *La2* matt; 1... *Lxd7.* 2. *Sd8 matt;* 1... *Lxf7.* 2. *Sf8* matt.

Richtig gelöst von Frau Maria Florians, La Lucila; Frau Emma Thiel, Concepción, Chile (auch Nr. 28), und den Herren: Heinz Belger, Taió, Brasilien (auch Nr. 28); Hermann Flad, Panambú, Brasilien (auch Nr. 28); Adolf Jensen, Posadas, Misiones; Hermann Höhlke, Córdoba (auch Nr. 28); Edgar Krotsch, Vicente López; Alban Stolz, Hohenau, Paraguay. — Nr. 28 löste richtig Herr Gustavo Wörner, Temuco, Chile.

J. H., Leandro Alem: Die letzten Lösungen sind leider mißlungen. Sehen Sie selbst: Nr. 28. 1. *Df2?, dxc6!* und Nr. 29. 1. *Sc6?, Lxh5!*

Hauptschriftleiter: Eberhard Fritsch, **Schriftleiter:** Gustav Friedl. - **Im Dürer-Verlag, Bs. Aires. Schriftleitung:** Casilla Correo 2398. Sarmiento 542, T. E. 34 - 1687. **Anzeigen-Annahme:** H. Müller, T. E. 32 - 2941. - **Druck:** Imprenta Mercur, Rioja 674. Sämtliche in Buenos Aires. Das Titelbild ist ein Holzschnitt von **Rudolf Warnecke**, Dinkelsbühl, November 1948. Für unverlangt eingesandte Manuskripte wird keine Gewähr übernommen.
Der Weg erscheint monatlich.

Der „Weg" ist in Buenos Aires in den deutschen Buchhandlungen erhältlich. Vertreter in allen Staaten Süd- u. Nordamerikas, in allen Staaten West- u. Nord-Europas, im Vorderen Orient, Indien, Südafrika u. Australien.

Printed in Argentine. Impreso en Argentina.

Se terminó de imprimir el 14 de Enero "Año del Libertador General San Martín" 1950.